S. G. DE GRAAF

EL PUEBLO DE LA PROMESA

TOMO IV

Cristo y las naciones

Traducido por
Humberto Casanova

SUBCOMISION LITERATURA CRISTIANA
de la
IGLESIA CRISTIANA REFORMADA
2850 Kalamazoo Ave. S.E.
Grand Rapids, Michigan 49560
EE. UU.

EL PUEBLO DE LA PROMESA

Publicado por primera vez en holandés bajo el título *Verbondsgeschiedenis*, por J. H. Kok de Kampen.

Esta versión fue traducida del inglés que lleva por título *Promise and Deliverance*, publicado por Paideia Press de St. Catharines, Ontario, CANADA, (1981) con su permiso.

ISBN 1-55883-068-5

SUBCOMISION LITERATURA CRISTIANA
2850 Kalamazoo Ave. S.E.
Grand Rapids, Michigan 49560, EE. UU.

Contenido

Juan: la palabra de vida

Juan: hemos visto su gloria

Juan: amor hasta el fin

Juan: la victoria del amor

Cristo y los judíos

El camino de Cristo a los gentiles

Cristo y los gentiles

El reinado mundial de Cristo

La consumación

Juan
La palabra de vida

1: La luz verdadera

Juan 1:1-34

La Palabra es el hijo eterno de Dios y como tal nos da la comunión de Dios. El mundo fue hecho por él. De manera que el mundo entero fue hecho para servir esa comunión entre Dios y el hombre, una comunión establecida por la Palabra. Esta comunión que estaba presente en el pacto del favor de Dios,* fue interrumpida por la caída, pero fue restaurada por la palabra eterna en el pacto de gracia. De esta manera la Palabra era vida porque la vida no es otra cosa que vivir en comunión con Dios. Esta vida es también la luz de los hombres. Ha estado resplandeciendo desde el principio ya que hubo una continua revelación de la palabra de comunión. Esa luz resplandeció en las tinieblas y las tinieblas no prevalecieron contra ella.

En el pacto del favor de Dios *antes* de la caída, la comunión entre Dios y el hombre dependía tanto de la palabra eterna como de Adán. Sin embargo, en el pacto de gracia *después* de la caída, la Palabra eterna, el Hijo de Dios, se propuso a hacerse Adán mismo, el segundo Adán. Aquello sucedió cuando la Palabra se hizo carne. Ahora la comunión entre Dios y el hombre depende únicamente de la Palabra que se hizo carne.

El Sanedrín en Jerusalén envió representantes a Juan el Bautista para preguntarle quién era. Al parecer este grupo estaba formado por saduceos, quienes le interrogaron primero, y fariseos, quienes lo hicieron después. El versículo 24 debería traducirse: "Había también representantes de entre los fariseos".

La expresión que aparece en los versículos 15 y 30 significa: El que viene después de mí me ha sobrepasado, me ha alcanzado y se me ha adelantado; me ha puesto a su sombra, porque era antes que yo.

*Véase Tomo I, p. 20—Trad.

Pensamiento clave: *La luz verdadera venía al mundo.*

La luz resplandece en las tinieblas. En el principio, cuando Dios creó el mundo, lo creó por medio de su Hijo. El Hijo de Dios llevó a cabo la obra de la creación. Había asumido la tarea de entregar el amor de Dios al pueblo que iba a ser creado. El mantendría la comunión entre Dios y el hombre. Cuando él creó el mundo, lo diseñó de tal manera que todo sería para el hombre una señal del amor de Dios y todo serviría la comunión entre Dios y el hombre.

Finalmente creó al hombre y le dio la comunión de Dios en el paraíso en el pacto del favor de Dios. ¡Qué vida maravillosa tenía el hombre entonces! Esa comunión con Dios era la luz de la vida del hombre.

Pero el hombre rechazó aquel amor de Dios, rompiendo así la comunión con Dios. Como resultado, toda la luz desapareció de su vida. Entonces el Hijo de Dios quiso restaurar esa comunión nuevamente, quiso renovar el amor de Dios hacia el hombre. El cumplió esto a través del pacto de gracia. Pero esta vez el amor de Dios tomó una nueva dimensión: era un amor por el cual Dios perdonaba el pecado del hombre.

Qué bendición que el Hijo de Dios siguió dando al hombre esta nueva comunión. El lo ha hecho a través de todos los tiempos. Al principio, el dio su comunión a toda la humanidad y más tarde, después que la raza humana se hubo apartado de él dos veces, lo dio solamente al pueblo de Israel. Pero la vida en comunión con Dios dada por el Hijo continuó. Después de todo aún había luz en el mundo. Esa luz siguió resplandeciendo en las tinieblas del pecado, pero las tinieblas no prevalecieron contra ella. Una y otra vez, aunque muchos se apartaron de Dios, la gracia de Dios revelada a través del Hijo salió victoriosa.

La palabra se hizo carne. Durante el pacto del favor de Dios en el paraíso, la comunión entre Dios y el hombre dependía tanto del Hijo eterno de Dios como de Adán. El Hijo de Dios daría esa comunión y Adán la recibiría. Cuando Adán rechazó la comunión de Dios el Hijo de Dios prometió actuar como la cabeza de la raza humana, tomando el lugar de Adán. Para hacer esto tuvo que hacerse hombre y hacer lo que Adán debería haber hecho además de hacer expiación por lo que Adán había hecho mal. Al reemplazar a Adán adquirió el derecho de restaurar al hombre nuevamente a la comunión de Dios.

Inmediatamente después de la caída la promesa fue dada que él vendría a tomar el lugar de Adán. Finalmente, después de muchos siglos, el tiempo había llegado: nació como un niño varon en Belén. Por treinta años vivió tranquilamente en Nazaret, pero luego comenzó su ministerio entre el pueblo.

El Hijo de Dios apareció para darnos la comunión con Dios. El mundo entero había sido creado por él y sin embargo, debido al pecado, ese mundo estaba alejado de él. Fue el pecado que nos apartó de Dios y la razón por la cual el mundo no lo conoció.

¡Peor aun, ni su propio pueblo lo recibió; el pueblo que Dios había escogido para ser su especial posesión, que tenía el privilegio de vivir en su pacto! ¡Aunque Dios había hablado a esa nación de posicion especial durante siglos, cuando llegó el tiempo su pueblo no conoció al Hijo de Dios!

Algunos de ellos sí lo recibieron en fe; ese fue el resultado de la obra de Dios en sus corazones. El Espíritu Santo cambió sus corazones de tal manera que conocieron al Hijo de Dios y creyeron en él. A ellos Cristo les dio la comunión con Dios. Tenían el privilegio de vivir a la luz del favor de Dios como sus hijos y fueron transformados más y más a su imagen.

¡Qué maravilloso fue para los suyos seguirlo! Jesús les mostró toda la gracia y fidelidad de Dios. Nadie jamás ha conocido a Dios por sí mismo y nadie puede subir hasta llegar a Dios para saber quién es. Al contrario, el Hijo de Dios nuevamente nos reveló Dios a través de su amor. No hay conocimiento de la gracia de Dios aparte del Señor Jesucristo, el Hijo de Dios.

Esto fue lo maravilloso acerca del Señor Jesús para aquellos que lo siguieron. Dios mostró su gracia a través de Jesús. El Hijo de Dios apareció como un ser humano ordinario, débil como nosotros. Por cierto, no tenía pecado, sin embargo llevó las consecuencias de nuestros pecados. Cargó también el yugo de nuestra miseria. Se hizo carne, un ser humano débil, un hombre sujeto al sufrimiento y a la muerte y de esta manera tomó sobre sí nuestros pecados para hacer expiación por ellos.

Enderezad el camino del Señor. Debido a que el Hijo de Dios se parecía a cualquier otro hombre y debido a que el mundo estaba tan apartado de Dios que no reconocía a su Hijo, Dios envió a Juan el Bautista para presentar a Cristo como el Hijo de Dios y nuestro Redentor.

Varios meses antes que el Señor Jesús comenzó su ministerio entre el pueblo, Juan había salido a predicar que el reino de los cielos estaba a la puerta. Aquel que nos introduciría nuevamente a la comunión con Dios y a través de esa comunión restauraría nuestra vida, había llegado al fin. Esto era el significado del reino. La gracia de Dios reinaría sobre nosotros otra vez y estaríamos gozosos de servirle en esta vida. Pero la vida en la comunión de Dios exigía un cambio completo en nuestras vidas. Nuestra vida sin Dios tenía que morir y una nueva vida debía comenzar. Por eso Dios envió a Juan para bautizar. El bautismo significa la muerte de la vieja vida y el nacimiento de la

nueva. Como resultado, recibimos el perdón de pecados, simbolizado por la cualidad limpiadora del agua.

Juan predicó y bautizó en Betania (Betábara) en Transjordania. Se nos dice que muchos venían a él para ser bautizados. Los ancianos del pueblo en Jerusalén oyeron lo que Juan hacía y quedaron preocupados que temían que por la influencia de Juan el pueblo rechazaría su liderazgo. Sabían que lo que Juan estaba diciendo era completamente diferente de lo que ellos decían. Ellos enseñaban que el hombre debe salvarse a sí mismo, mientras que Juan decía que Dios nos da su gracia a través del Señor Jesús. En su inquietud enviaron algunos representantes a Juan para saber quién era y qué era lo que estaba haciendo.

Entre estos representantes había algunos saduceos que creían que el hombre sólo necesitaba la luz de la razón y no como Juan afirmaba, la luz de la revelación de Dios. Comenzaron su entrevista preguntándole a Juan quién era, exigiendo saber si él afirmaba ser el Mesías y preguntando por qué pensaba él que necesitaba seguidores. Pero Juan, poco dispuesto a distraer la atención de Jesús, no respondió a sus preguntas. Los saduceos quisieron saber entonces si él pensaba que era Elías o algún otro profeta. Nuevamente la respuesta de Juan fue negativa.

Entonces exigieron que les dijera quién era; tenían que regresar con alguna respuesta. Juan entonces les refirió a la Palabra del Señor en que el profeta Isaías había dicho que una voz sería oída en el desierto llamando a los hombres a preparar sus corazones y vidas para recibir a Cristo. El explicó que él era esa voz y nada más.

El dijo que ellos no debían poner su atención en él, sino dirigirla al Mesías que venía. Si ellos estaban dispuestos a ver la gracia de Dios viniendo con el Mesías, recibirían su amor en sus corazones.

El está en medio de vosotros. Entre aquellos representantes había también algunos fariseos. Los fariseos creían que la vida era meritoria; no tenían más necesidad de la gracia de Dios, y los molestaba mucho que Juan llamaba a toda la gente a bautizarse. Eran justos en sí mismos y no necesitaban ninguna renovación de vida ni perdón de pecados. Sabían que al venir el Mesías el limpiaría al pueblo. Pero si Juan no era el Mesías, como él mismo decía, o un profeta regresado al mundo, ¿cuáles eran sus credenciales para bautizar?

Juan explicó que él solamente bautizaba con agua, él solamente daba la *señal* de la renovación de la vida. El no podía dar la renovación misma. La renovación sería dada por Cristo, el Hijo de Dios, porque él había venido para restaurar la comunión con Dios. Por lo tanto Cristo era tan superior a Juan, que

éste no era digno de desatar las correas de sus sandalias. Les advirtió que no deberían pensar que la venida de este Redentor era todavía algo muy lejano; de hecho, él estaba en medio de ellos. El ya había llegado y la vocación de Juan era de presentarlo al pueblo.

¿No debería el mensaje de Juan haberles advertido a estos representantes? Dios había enviado a su Hijo a restaurar la comunión entre Dios y su pueblo y además de esto, les había mandado alguien para señalarles al Hijo. Pero los líderes del pueblo no estaban impresionados. La gracia de Dios permanecía alejada de ellos; no quisieron tener la comunión de Dios.

¡He aquí el Cordero de Dios! ¿Cómo sabía Juan todo lo que dijo a los representantes? El Señor Jesús había venido a él para ser bautizado, porque tenía que ser incorporado a su pueblo como su cabeza. Después de su bautismo, los cielos habían sido abiertos y el Padre había proclamado al Señor Jesús como su Hijo amado. Además, el Espíritu Santo había descendido sobre él en la forma de una paloma.

En todo esto Juan había aprendido a reconocer al Señor Jesús por lo que él realmente era. Por ser parientes, Juan por supuesto conocía a Jesús, pero también sabía que era el Mesías. Juan aprendió sobre el papel mesiánico de Cristo cuando lo bautizó. Jesús era el Hijo de Dios, lleno del Espíritu Santo. Además se unió tan completamente con su pueblo que aceptó someterse al bautismo y con ello llevar todos sus pecados sobre sí. El era el verdadero cordero sacrificial que haría expiación por los pecados de su pueblo y Juan sabía todo eso.

El día despues que los representantes habían venido a Juan éste vio al Señor Jesús caminando hacia él. Juan señaló a Jesús y dijo, "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Esto es aquel, de quien yo dije: Después de mi viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo . . . y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios." Juan explicó además cómo le habían sido reveladas estas cosas a través de la señal de una paloma.

De este modo Juan fijaba la atención de la gente en Jesús, no en sí mismo. Era un verdadero gozo porque había visto la salvación del mundo en el Señor Jesús. Verlo y señalarlo es un gozo verdadero aunque nos aparte del primer plano. ¡Sólo Cristo cuenta!

2: Confesores

Juan 1:35-52

El llamado de los discípulos en Juan 1 fue diferente del llamado que ocurrió más tarde en Galilea. En esa ocasión posterior ellos fueron llamados a un discipulado especifico, pero en el llamado de Juan 1, Cristo los llama a una confesión de su nombre.

Cristo los conquistó y reclamó para sí porque mostró que él los conocía. Por su luz ellos reconocieron lo que eran. Cristo les fue revelado y eso hizo que ellos se conocieran a sí mismos. Los llamó a todos a confesar su nombre invitándolos así a la comunión con Su Padre; pero también llamó a cada uno de un modo personal, de acuerdo a la naturaleza y disposición de cada persona.

Pensamiento clave: ***Mediante su llamado, Cristo nos trae a una confesión de su nombre.***

Andres y su compañero. Al día después de la presentación del Señor Jesús como el Cordero de Dios por Juan el Bautista, éste nuevamente lo vio caminando cerca de allí. Juan tenía a dos de sus discípulos consigo. Uno era Andrés; el nombre del otro no fue registrado. Puede haber sido Juan, el escritor del Evangelio, y pudo haber omitido su propio nombre a propósito. Nuevamente Juan el Bautista señaló al Señor Jesús como el Cordero de Dios y lo anunció como la expiación de nuestros pecados.

Los discípulos de Juan no comprendieron totalmente las palabras de su maestro, pero ahora sabían, formalmente al menos, que Jesús era el Mesías. Deseaban ir a él; sin embargo no se atrevían a hablarle. Simplemente lo

seguian, cuando repentinamente Jesús se volvió y les habló, preguntándoles que era lo que estaban buscando.

Ellos no podían realmente contestar esa pregunta. ¿Qué es lo que en realidad estaban buscando? Ni aun ellos mismos sabían. Querían estar con el Señor Jesús, hablar con él, conocerlo, pero no comprendían el deseo ardiente de sus propios corazones. No sabían en ese momento lo que querían de él o, por lo menos, no podian expresarlo.

Turbados, preguntaron, "Maestro, ¿dónde moras?" Tal vez ellos pensaban que si estuvieran en el mismo cuarto con él, podrian identificar lo que estaban buscando.

Sin saberlo ellos, el Señor Jesús los habia conocido siempre. El sabía que el Padre los había hecho sentirse inquietos y solos. El sabía mejor que ellos que estaban buscando el contacto con Dios a través de él y que, tan pronto que encontraran a Dios, ellos entrarían también en contacto con la vida misma.

¡Cuánto gozo sentía Jesús al reconocer la mano de su Padre tocando a estos hombres! Los invitó al lugar donde moraba y como eran las cuatro de la tarde se quedaron con él el resto de ese día. No sabemos exactamente de qué hablaban, pero podemos estar seguros que Jesús se reveló a ellos. Les mostró que podía sentir la soledad de ellos y que podía satisfacer la necesidad de sus corazones. En su amor Dios se dio a ellos. Como el Hijo de Dios, les trajo la comunión de Dios. Esto llegó a ser algo tan maravilloso para ellos que más tarde recordaron la hora exacta en que sucedió.

A través de la historia, él rescata a la gente solitaria y la lleva a Dios y a la vida. La lleva a confesarlo como el Cristo, como Aquel que fue enviado por Dios para darnos la comunión con Dios.

Simón Pedro. Andrés era un hermano de Simón. Fue a Simón y confesó en público que había descubierto que Jesús era el Cristo; había llegado a conocer al Cristo en Jesús. Andrés no discutió el punto con Simón, sino que simplemente lo llevó a Jesús. Eso es lo que debemos hacer; todavía es posible hacerlo, aunque Jesús ya no está aqui en la tierra, porque tenemos su Palabra y es en esa Palabra donde él viene a encontramos. Debemos dar su Palabra al pueblo.

De este modo Simón fue conducido a Jesús. Desde el instante en que Jesús lo vio, supo cómo era Simón. Era un hombre emocional, muchas veces impetuoso, lo que lo hacía algo inestable; cambiaba rápidamente de un estado de ánimo a otro. ¡Pero desesperadamente quería cambiar! Dios lo había hecho sentirse insatisfecho consigo mismo y ahora Jesús le dijo: "Tú eres Simón, hijo

de Jonás; tú serás llamado Pedro, que significa *roca*". ¿Cómo conocía el Señor Jesús el anhelo desesperado de Simón por llegar a ser firme como una roca?

Jesús le prometió a Simón que algún día sería llamado Pedro. Jesús no solamente nos conoce sino que por el poder de su gracia también nos transforma en lo que debemos ser.

Es como un escultor que puede ver el producto final antes que comience a esculpir. Vio a un Pedro sensato en el pescador voluble y excitable llamado Simón. ¿Y qué de nosotros? ¿Qué hará de nosotros?

Si nos rendimos a él y permitimos que él obre en nosotros, el nos moldeará de acuerdo a su propia imagen. Escuchemos y leamos su Palabra diligentemente. Entonces comprenderemos cómo nos conoce y estaremos complacidos de confiarnos en sus manos.

Felipe. Al día siguiente el Señor Jesús quiso regresar a Galilea. Esa mañana se encontro con Felipe y lo invitó a regresar con él. Esto tuvo un significado totalmente diferente para Felipe. Era algo más que una mera invitación a acompañar a alguien. ¡El había sido llamado por Cristo, el Hijo de Dios! ¡Para Felipe esto fue una revelación! Sabía que Jesús conocía su deseo de tener comunión con Dios. Felipe comprendió el honor de su llamado y se rindió pronto.

Felipe no entendió todo acerca del Señor Jesús. Esto era evidente por lo que dijo más tarde acerca de Jesús. Pero se dio cuenta claramente que Jesús era Aquel que habia sido anunciado por Moisés y los profetas. El era el profeta a quien el Señor llamaría de Israel. Era Aquel que redimiría la vida y que declararía la voluntad de la gracia del Señor. El nos aseguraría que Dios nos conoce verdaderamente y que nuestras vidas han de ocuparse en seguirle.

Natanael. Felipe encontró a Natanael y le testificó que tanto él como Andrés y Pedro habían descubierto al Prometido en la persona de Jesús. Cuando Felipe presentó a Jesús como el hijo de José de Nazaret, Natanael, que venía de Caná, una ciudad cercana a Nazaret que constantemente venía con el pueblo de Nazaret, dijo: "¿De Nazaret puede algo bueno salir?"

Podemos imaginarnos lo que estaba sucediendo en el corazón de Natanael. Había escuchado lo dicho por Juan el Bautista y realmente deseaba creer que el Mesías había venido a redimir a su pueblo. Pero tenía sus dudas, especialmente cuando oyó la referencia a Nazaret. No era posible que el Mesías viniera de un lugar como ese. Hoy día mucha gente tiene la misma dificultad con el Señor Jesús. El no tiene importancia para ellos. A menudo les gusta permanecer en sus dudas, presentando objeciones para seguir dudando. Con

Natanael, sin embargo, este no fue el caso. La base de su reflexión y pregunta fue la fe, aunque todavía no estaba consciente de ello. Sin embargo, Felipe no comenzó a discutir con el fin de convencer a Natanael; simplemente dijo, "Ven y ve". Así es la fe. La fe confía y sabe que Jesús tiene el poder de revelarse a sí mismo a todos; él puede ser el Salvador de todos.

Al ver acercarse Natanael, Jesús dijo, "He aquí un verdadero israelita en quien no hay engaño". ¡Esta declaración demostró a Natanael que Jesús había mirado en lo más profundo de su ser! Aunque él dudaba, su duda no era insincera ni hipócrita. No fingía querer ser liberado de su duda cuando en realidad a él le gustaba. Por debajo de su duda yacía escondido su anhelo de fe. Su anhelo, en realidad, demonstraba su honestidad. Jacob, el progenitor del pueblo, también había luchado con Dios y como resultado había llegado a ser justo. Desde entonces Dios lo llamó Israel. Natanael era verdadero descendiente de ese Israel.

Asombrado y conmovido, Natanael preguntó a Jesús que cómo lo conocía. La respuesta fue totalmente inesperada: "Antes que Felipe te llamara, mientras aún estabas bajo la higuera, te vi". Evidentemente, mientras Natanael se hallaba sentado bajo la higuera se había estado preguntando si realmente era cierto que el Mesías ahora había llegado. ¡Qué bien lo conocía el Señor Jesús!

Entonces la palabra de Dios tocó su corazón y él dijo, "¡Maestro, tú eres el Hijo de Dios! ¡Tú eres el Rey de Israel!" Era mucho lo que confesaba Natanael con esas palabras. El era el Hijo de Dios en quien se manifestaba la plenitud del amor de Dios. Evidentemente Natanael había oído a Juan el Bautista decir esto y ahora le estaba diciendo "Amén" en fe. En ese amor de Dios Cristo reinaría sobre su pueblo. Así fue redimida la vida de Natanael; había sido conocido en su duda y había sido liberado de ella. El Señor Jesús nos libera también de nuestras dudas de la misma manera si tan sólo dejamos que nos hable a través de su Palabra.

Sin embargo, aún había algo en la vida de Natanael que amenazaba oscurecer su visión. Todavía habia mucho en su vida que necesitaba ser limpiado y corría el riesgo de preocuparse demasiado por su propía vida. Nosotros muchas veces corremos el peligro de hacer lo mismo y como resultado perder de vista a Cristo. Por esa razón Cristo dirigió la atención de Natanael hacia *su* gloria.

La visión que Jacob vio una vez en un sueño encontraría su cumplimiento en Cristo. Sus discípulos verían que había una comunión diaria entre Dios y Jesús. Los cielos serían abiertos sobre él; los ángeles llevarían sus oraciones a Dios y le traerían las respuestas de Dios. Todos podemos ver a Cristo a la luz de la comunión eterna de Dios y al verlo así en fe somos bendecidos.

3: El renovador de la vida

Juan 2:1-12

Cristo es Aquel que renueva la vida. Así él se reveló cuando transformó el agua en vino. El reveló especialmente cómo, por su gracia, él renueva la vida, transformándola en gozo.

Pensamiento clave: *La revelación que hizo Cristo de sí mismo como el renovador de la vida.*

Lo que la comunión de Dios significa para nuestras vidas. Cuando Jesús regresó de Judea a Nazaret, encontró que su madre, que muy probablemente ya era viuda, había ido a Caná para asistir a una boda. El también fue a Caná y fue invitado a la boda junto con sus seguidores. Aceptó la invitacion y junto con los que lo habían confesado como el Cristo fue a la fiesta de la boda y gozó de la alegría de la vida.

Esto debe haberles parecido muy extraño a los discipulos de Juan el Bautista quien se negaba todo placer, viviendo en el desierto y pasando mucho tiempo ayunando. Pero Juan tenía que entregar un mensaje diferente, o más bien, tenía que mostrar un aspecto diferente del mismo mensaje. Con su vida entera decía y mostraba que hemos perdido todo por nuestros pecados. Era un predicador de la penitencia. El Señor Jesús, por otra parte, decía y mostraba que él nos restauraría todo haciendo expiación por nuestros pecados.

Si hemos sido reconciliados con Dios y tenemos comunión con él, podemos gozar la vida en esa comunión de nuevo. El nos da una vez más el gozo de la vida. Pero este es entonces un gozo completo, un gozo por el cual damos

gracias a Dios, un gozo que es una ofrenda de acción de gracias por lo que él nos ha dado en su gracia.

La hora del Padre. Debido a que tantos huéspedes inesperados asistían a la fiesta de las bodas, el vino se acabó, una vergüenza para un anfitrión judío. Evidentemente María conocía bien al anfitrión y compartía su preocupación. Se dirigió al Señor Jesús y le susurró al oído que se habían quedado sin vino. ¿No ayudaría él, el Mesías? Cuán poco entendía María el llamamiento de Jesús. Ciertamente Jesús no había sido enviado simplemente a ayudar a la gente con sus problemas comunes. El había sido enviado a restaurar la comunión con Dios. Esto no significaba que no ayudaría a la gente con sus problemas; lo haría, pero manteniendo siempre ese propósito principal en mente. Así que él siempre tenía que esperar las oportunidades que el Padre le proveía.

Así como María fue insensata en esta ocasión, también nosotros a menudo deseamos ser rescatados de nuestras dificultades, aunque no anhelamos la comunión con el Padre. Pero esa no es la manera en que él ayuda. Por tanto, reprendió a María de manera cortante: "¿Qué tienes conmigo, mujer? No puedes intervenir en la obra que el Padre me ha dado que haga. Debo esperar la oportunidad que el Padre me da". ¡Sin embargo, cómo debe haber esperado Jesús, que el Padre le diera la oportunidad de revelarse! ¡Cuán maravillosamente verian aquí el poder de la gracia!

María simplemente no podía dejar de preocuparse. Quería por todos los medios ayudar a su manera y quería contar con la ayuda de Jesús para dar su propia solución. En consecuencia, le dijo a los siervos que mantuvieran sus ojos en Jesús e hicieran lo que él les dijera. Estaba convencida que Jesús encontraría alguna solución. Sin embargo, el Señor no ayudó del modo que María quería, sino que lo hizo según su propio método divino, porque entendió que el Padre le estaba dando la oportunidad de revelarse y al mismo tiempo de llamar a la gente a poner su fe en él.

La señal. Jesús vio cerca de allí seis tinajas de piedra vacías del tipo usado para el agua para lavarse. Cada una de estas tinajas tenía la capacidad de ochenta a cien litros. Dijo a los siervos que llenaran las tinajas con agua. Cuando las llenaron hasta el borde Jesús les ordenó que sacaran un poco de agua y se la llevaran al maestresala para que la probara.

Mientras tanto, por el poder de su gracia, Jesús había transformado el agua en vino. ¡Además, era un vino tan excelente que el maestresala preguntó al esposo por qué había servido el vino de menor calidad primero y había dejado el mejor para el último!

¡Qué milagro tremendo había hecho el Señor Jesús! Por cierto, la gracia del Señor gobierna toda la naturaleza y sus poderes. La gracia puede cambiar el agua en vino pero también puede restaurar y renovar nuestra naturaleza corrompida. Nuestra naturaleza depravada es gobernada por el pecado y culmina en la muerte; no conoce el verdadero gozo. Por el poder de la gracia somos restaurados al verdadero gozo de la comunión con Dios. Cada día la vida llega a ser una fiesta. Podemos gozar de todo en la vida porque lo vemos como un don de la gracia de Dios.

La fe de los discípulos. El milagro de Caná fue el primero que hizo Jesús. En él, el Señor reveló su gloria y su dominio sobre todas las cosas a través de la gracia. Sus discipulos habían estado con él solamente unos pocos días y ya habían confesado que él era el Cristo. Ahora, a través de este milagro concreto, vieron su gloria y se entregaron en sus manos por toda la vida. Ellos creyeron en él.

Su gloria es aún la misma; si la vemos, nosotros también ponemos nuestras vidas en sus manos. Toda la vida llega a ser una gran fiesta, un compartir del banquete del amor de Dios. Y un día nosotros también participaremos de las bodas del Cordero, la fiesta del amor de Dios después de esta vida.

4: El reino como una revelación

Juan 3:1-21

El reino de Dios es un misterio escondido a la carne. Nos tiene que ser revelado. Nacemos de nuevo a través de esta revelación. Debemos tener en mente que Cristo está hablando aquí acerca de la regeneración en el sentido más amplio de la palabra, de modo que incluya la conversión de nuestra vida y todas las formas en que esa vida se expresa en nuestras acciones.* Tal renacimiento es producido por la predicación del evangelio del reino. Podemos suponer que la regeneración en el sentido más limitado—no incluyendo la conversión continua—ya había ocurrido en Nicodemo; de otro modo él no hubiera venido a Jesús.

La respuesta de Cristo a Nicodemo fue: "... el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios". Esto era en oposición fundamental a la actitud de Nicodemo hacia la vida. Pero Cristo rechazó el modo de vida de Nicodemo con el propósito de salvarle. La respuesta de Cristo también tenía que ser instrumental en la conversión o santificación de Nicodemo.

Los asuntos terrenales del reino son aquellas cosas que suceden en la tierra, tales como la fe y la regeneración. Los asuntos celestiales son aquellos que yacen más allá de estos asuntos terrenales, a saber, el amor de Dios en Cristo y la soberanía de su gracia.

*En el uso de la palabra hoy en día, "regeneración", un acto único divino de renacimiento, se distingue de "conversión, un proceso de santificación de toda la vida. En la conversión el hombre obra con Dios al responder obedientemente a la palabra de Dios desde la naturaleza nueva que se le da por el nuevo nacimiento (regeneración).—Trad.

Pensamiento clave: *El reino de Dios se nos revela a nosostros.*

La revelacion del reino produce el nuevo nacimiento. Cuando Jesús comenzó su ministerio público no se quedó por mucho tiempo en Galilea. Muy pronto él y sus discípulos se encontraron en Jerusalén. Allí obró con gran poder como el Enviado de Dios. Hizo muchos milagros en esa ciudad. Esto produjo una profunda impresión en el pueblo y muchos creyeron en él. Aunque creyeron, su fe no siempre resultó en una rendición total a él. Jesús no podía contar realmente con su "fe", el resultado de una mera impresión.

Pero hubo también aquellos cuyos corazones fueron genuinamente tocados por sus enseñanzas y prácticas, entre los cuales había también unos pocos líderes. Produjo bastante conflicto en sus vidas porque lo que el Señor Jesús decía se oponía directamente a sus propias enseñanzas. Ellos creían que tenían que ganarse su propia salvación y futuro. Un día el reino de Dios vendría de la manera que ellos se imaginaban y ellos se habrían *ganado* un lugar en él. Pero Jesús vino con el mensaje del reino de la *gracia*: un reino como un don, no como algo ganado, un reino en el cual todo es dado libremente a través de la gracia. Nosotros podemos recibir este don ahora y llegar a ser ciudadanos del reino. Sin embargo, para que los líderes hubiesen creído aquello, hubieron necesitado una vuelta completa en sus vidas.

Había an lider del pueblo, un fariseo llamado Nicodemo, quien a menudo reflexionaba sobre las palabras de Jesús. Todavía no entendía la necesidad de un cambio total, pero no podía desprenderse del mensaje de Jesús. No se puso inmediatamente de su lado pero quería saber más acerca de él. En consecuencia, fue a ver a Jesús solo de noche, debido a que aún no había llegado a ninguna decisión. No podía abandonar todavía el concepto farisaico del mundo y de la vida, por eso nadie debía saber que él fue a Jesús. Por mientras al menos, aún se sentía avergonzado de lo que estaba haciendo.

Jesús lo recibió, aun siendo de noche. Nicodemo fue directamente al grano; comenzó por reconocer a Jesús como un maestro enviado por Dios. Los milagros eran prueba suficiente, y él fingía que sus colegas compartían su opinión. En seguida quiso que Jesús le explicara más sobre el reino. Nicodemo pensaba que su perspectiva y estilo de vida podrían permanecer como eran. Quería agregar el mensaje de Jesús acerca del reino de Dios a lo que él ya tenía.

La respuesta de Jesús debe haberlo asombrado: "¡El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios!" Tendrá que llevarse a cabo en él una renovación total, un cambio total. Esto era el nacimiento nuevo. Solamente si moría la antigua vida podría surgir una nueva.

Nicodemo no entendió aquello en absoluto. Ciertamente, pensaba él, ¿un hombre no podría nacer por segunda vez? "No", respondió el Señor Jesús, "el nuevo nacimiento viene por medio del agua y del Espíritu". Jesús le recordó a Nicodemo el bautismo de Juan el cual era una señal de morir y vivir nuevamente.

Esta nueva vida es producida en nosotros por el Espíritu. Procede de Dios, aunque viene a través de la predicación del evangelio del reino. Sin este renacer uno no puede entrar en el reino. Este nuevo nacimiento también era necesario para un judio como Nicodemo, un hijo de Abraham, porque todo lo que es nacido de la carne, carne es. Por causa del pecado toda la raza humana vive confiando en si misma. Incluso nacemos asi. Por eso, toda persona tiene que nacer del Espíritu para que confíe únicamente en la gracia de Dios.

Esto no debe sorprendernos. El nuevo nacimiento es la obra de Dios y por lo tanto es inescrutable. Podríamos, tal vez, compararlo con el viento: lo oímos, pero no podemos decir de donde viene o hacia donde va. Esto se aplica a todo aquel que es nacido del Espiritu. La vida nueva no puede explicarse como algo que existe en el hombre sino que tiene su origen en Dios.

La revelacion del reino sólo puede ser conocida por la fe. Si es verdad que la nueva vida tiene su origen sólo en Dios, no podemos investigarla mediante nuestra propia sabiduría; sólo la fe puede descubrir lo que Dios nos dice acerca de ella. Sólo así llegaremos a conocer aquella obra del Espíritu. Sin embargo, Nicodemo no estaba listo para escuchar con fe. Lleno de duda, preguntó cómo era posible el nuevo nacimiento.

Era un maestro en Israel pero no podía entender las enseñanzas de Jesús. ¿Qué es lo que había estado enseñando al pueblo entonces? ¿No les había hablado de Dios y del poder de su gracia? No, nada de eso. Siempre había confiado en el hombre y había enseñado al pueblo a confiar en su obediencia meritoria a la ley. Nicodemo y sus colegas pensaban neciamente que la sabiduría podía hallarse en ellos mismos.

Jesús declaraba que él y Juan, por el contrario, vivían por lo que Dios les había revelado. Eso les dio el derecho de predicar. Sin embargo, Nicodemo y sus colegas no habían aceptado su testimonio; no habían podido ver su sabiduría porque se jactaban en su propia insensatez. Y si su necedad los cegó para ver cualidades esenciales del reino como la conversión y la renovación, ¿cómo podrían llegar a entender jamás el amor de Dios que hace posible la conversión y la renovación?

¿Pensaba Nicodemo que realmente podría saber algo acerca de estas cosas por sí mismo? Podría haber sabido que el hombre no puede trepar al cielo para

descubrir tales verdades. Jesús lo sabía solamente porque él había descendido del cielo. En él la plenitud de Dios se mostró sobre la tierra y Dios le otorgó todo el conocimiento que debía poseer.

En consecuencia, los hombres debían mirarlo a él como aquel en quien la gracia de Dios habia venido a nosotros. Así como Israel fue sanado al mirar a la serpiente de bronce, nosotros podemos ser salvos solamente si miramos a nuestro Salvador crucificado. ¡Aprendamos a mirarlo en fe y a escuchar su palabra! El reino de la gracia nos será revelado y entraremos en él.

El origen del reino está en el amor de Dios. Debe ser fácil rendirse a la palabra del Señor Jesucristo y creer en él, porque en él el amor de Dios ha venido a nosotros. ¿Qué movió a Dios a enviar a su Hijo para establecer su reino aquí en la tierra sino su amor por el mundo? El quiso amar al mundo de nuevo en Cristo; ahora le daba la que era más precioso para él.

Nótese bien: Dios no envió a su Hijo para *condenar* al mundo. Esto era algo que los fariseos esperaban que sucediera. Ellos creían que junto con el Mesías ellos derrotarían y subyugarían a "las otras naciones", especificamente a los romanos. Sin embargo, al contrario de lo que los fariseos creían, el reino de Dios vino por medio de Cristo con el fin de que a través de Cristo el amor de Dios conquistara el mundo. Es cierto que la venida de Cristo implicaba juicio, pero esa juicio caería no sólo a "las otras naciones", sino a todos, judío o gentil, que no creyera que el amor de Dios había descendido en Cristo para *salvar* al mundo.

¡Hay muchos que simplemente no creerán esto! Cuando creemos en ese amor, la luz ha llegado a nuestra vida; bajo esa luz del amor de Dios nuestros pecados son expuestos. Entonces nos avergonzamos de ellos y los repudiamos. Sin embargo, mucha gente ama al pecado y no puede venir a la luz. Personas cuyas vidas son gobernadas por la verdad del amor de Dios quieren caminar en esa luz y comienzan a mostrar los efectos de la regeneración a través de una renovación de vida la cual es un don de Dios. Ellos viven sus vidas no por sus propios esfuerzos sino por fe, el don de amor de Dios.

5: El esposo

Juan 3:22-36

Juan el Bautista desvió la atención de sí mismo hacia el Cristo, el esposo de Juan 3. Si ahora enfocamos nuestra atención sobre el amigo del esposo, estaríamos procediendo contrariamente a la intención de Juan. El pudo desviar la atención de sí mismo porque vio la gloria del esposo y pudo dar testimonio de ella. Debemos dar testimonio de esa gloria con el mensaje de Juan.

Pensamiento clave: *El esposo recibe a la esposa de manos del amigo del esposo.*

El debe crecer. Después de su conversación con Nicodemo Jesús salió de Jerusalén, pero no se dirigió aún a Galilee. Cerca del Jordán en Judea, en Enón cerca de Salim, Juan el Bautista aún predicaba y bautizaba. Jesús fue a esa región y comenzó a bautizar allí tambien o, al menos, mandó que lo hicieran sus discípulos. Y muchos vinieron a él y fueron bautizados por sus discípulos.

Hizo su aparición a propósito en esta área desviando de este modo el movimiento desde Juan hacia sí mismo (Jn. 4:1,2). ¿No era cierto que Juan había reunido al pueblo para Jesús? ¿No les había señalado a Cristo? Cristo ya había comenzado su propio ministerio, de modo que Juan tendría que retroceder a un segundo plano.

Para los discípulos de Juan esto constituía un problema serio. Observaron el cambio con ojos envidiosos. Eso no era todo; Juan y sus discípulos pasaban

mucho tiempo en ayunos y guardaban también las enseñanzas de los escribas con respecto al lavamiento de las manos y otras cosas semejantes.* La enseñanza de Jesús enfatizaba fuertemente que el bautismo era la señal de completa limpieza en su reino. ¿Era el lavamiento necesario aún? Algunos de los discípulos de Juan discutían con respecto a este punto con los judíos. Este fue un asunto doloroso para los discípulos de Juan; molestos, se quejaban de que todos iban tras Jesús.

"¿No les he dicho", contestó Juan, "que yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él? En una boda el amigo del esposo presenta la esposa al esposo. El reúne a los dos; no puede desear la esposa para sí. Por el contrario, está feliz al reconcer el placer que tiene el esposo en su esposa". Ser el amigo del esposo era el papel de Juan. No deseaba al pueblo para sí; los trajo a Cristo. Fue una gozosa tarea porque vio la gloria de Cristo. ¡Cuán grande es el gozo del pueblo cuando encuentra a su Salvador! Es por eso que Juan dijo, "Es necesario que el crezca, pero que yo mengüe". El no quería interponerse entre el Redentor y el pueblo. De la misma manera, todo aquel que predica al Señor Jesús, si ve su gloria, nunca deseará ligar al pueblo a sí mismo.

El que viene de arriba es sobre todo. Juan aprovechó esta oportunidad para dar testimonio de Cristo nuevamente. ¡Y cuán altamente lo exaltó! Cristo era del cielo, el Hijo de Dios. La plenitud de la deidad, del amor divino, moraba en él. Y se hizo hombre para poder darnos testimonio de Dios. Su humanidad era gobernada completamente por este propósito y el Padre le reveló todo lo que necesitaba para dar este testimonio. Sólo a través de él somos nosotros, o cualquier profeta, capaces de dar testimonio. De otro modo sólo somos de la tierra y no conocemos la verdad. Aquel que viene de arriba es sobre todos. Delante de él todos los profetas se postrarán. ¡Cuán maravilloso es su testimonio!

Fe en su testimonio. Juan no sentía pesar por el hecho de que el movimiento se desvió hacia el Señor Jesús. Lo que sí, le daba tristeza fue que nadie aceptó el testimonio de Cristo. Juan dijo esto aun cuando mucha gente estaba siendo bautizada por los discípulos de Jesús. Los lideres del pueblo—y muchos otros con ellos—se mantenían alejados. ¿Y veían todos los que venian a Jesús que el era el Cristo, el Salvador del mundo, aceptando su testimonio en este sentido?

---

*Véase Tomo III, pp. 213-216

Aquellos que aceptaban su testimonio afirmaban que Dios es verdadero porque el testimonio de Cristo es el testimonio de Dios. El dio testimonio por medio del poder del Espíritu, el cual ha dado sin medida. Si alguno rechazaba el testimonio de Cristo, le haciá de Dios mentiroso.

Cristo, el Hijo de Dios, nos da vida eterna a través de la fe en él. Este poder le ha dado el Padre. ¿No vino él a restaurar la comunión entre Dios y nosotros? En esa comunión está la vida eterna. Cualquiera que no cree en el Hijo de Dios será destruido por la ira de Dios.

6: El don de Dios

Juan 4:1-42

Agua viva, es decir, agua clara y rica en oxígeno, muchas veces se llamaba el don de Dios. Cristo nos da agua viva conocida de otra manera como comunión con Dios. Aquella comunión fue lograda por medio de su expiación y es nuestra a través de la fe en su nombre. Así que Cristo es también el don de Dios al hombre.

Desde el principio mismo la mujer samaritana quedó impresionada por sus palabras. Pero una y otra vez trató de escabullirse de ellas. Fingió no entender y a veces usó la ironía. Era como una oveja que está siendo llevada al redil, pero cada vez que llega a la puerta, escapa, pasando de largo.

Vemos ya aquí que el Cristo fue más allá de los límites del pacto con Israel. Los samaritanos vivían fuera de este pacto. Haciendo entrar a los sicaritas profetizó la apertura del pacto a todas las naciones. Pero nótese que Cristo expresamente mantuvo la verdad del pacto con Israel en sus palabras, "Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación viene de los judíos". La mujer samaritana estaba asombrada de que un judío siquiera hablara con ella. La enemistad entre los samaritanos y el pueblo del pacto, sin embargo, fue rota en ella por el despliegue de su gracia. Lo mismo les sucedió a los sicaritas quienes confesaron que él era el Salvador "del mundo", no sólo de los judíos.

Los discípulos estaban asombrados de que él conversara con una mujer, ya que era contrario a la costumbre. También aquí tenemos una profecía de las condiciones bajo el nuevo pacto: en Cristo no habrá ni hombre ni mujer. Juan 4 es un capítulo que habla sobre la verdadera emancipación de la mujer.

Pensamiento clave: *El Cristo es el don de Dios a todas las naciones.*

Agua viva. Los fariseos en Jerusalén habían oído que el movimiento estaba desviándose de Juan el Bautista hacia el Señor Jesús. Estaban alegres que Juan estaba siendo desplazado, pero ahora los seguidores del Señor Jesús habían llegado a ser una amenaza mucho más seria para ellos. Los líderes se hicieron ferozmente hostiles a Jesús, pero Jesús no quería precipitar un conflicto todavía. Por esa razón decidió regresar a Galilea.

Jesús no tomó el camino indirecto como lo hacía la gente que quería evitar todo contacto con los samaritanos, sino que tomó el camino que pasaba por medio de Samaria. Cansado por causa del viaje, se sentó junto al Pozo de Jacob cerca de Sicar, un pozo que se decía había sido cavado por el mismo Jacob. Sus discípulos se fueron a la ciudad a comprar comida.

Mientras estaba sentado allí solo, una mujer de Sicar vino a sacar agua. Ella venía sola y al mediodía, la hora de más calor del día. ¿Por qué no venía con las otras mujeres al atardecer? ¿Andaba solitaria en la vida, una proscrita?

Después que ella hubo sacado agua Jesús le pidió de beber. ¡Ella estaba asombradísima! ¿Cómo podía él, un judío, pedir esto de una mujer samaritana? Los judíos detestaban a los samaritanos y además, no era costumbre hablar a una mujer en público. Pero no había menosprecio en su voz. Había venido a reunir a todos los pueblos en su reino y eliminar la disparidad entre el hombre y la mujer. Jesús logró esto a través de su gracia, mediante la cual reconcilió al mundo con Dios.

Jesús había también usado su sed como una oportunidad para hablar con la mujer. ¿No buscó siempre a los solitarios? En su respuesta Jesús sintió su amargura tanto por el menosprecio judío por los samaritanos como por el menosprecio de su propio pueblo hacia ella, una proscrita. ¿No había venido él a redimir? Aquí vio una oportunidad que el Padre le estaba dando. Por eso contestó, "Tú llamas a esta agua el don de Dios, pero si supieras lo que Dios quiere darle a los hombres y supieras quién soy yo, tú me pedirías y yo te daría agua viva". Por "agua viva" él quería decir la comunión con Dios que él podía dar.

La mujer se quedó impresionada por lo que Jesús dijo y entendió muy bien que no quería decir el agua del pozo. Sin embargo, ella estaba viviendo en pecado y estaba turbada por la mano bienhechora de Cristo. Fingía no entender y con cierto tono de burla señaló que el pozo era hondo y que el no tenía con qué sacar agua. ¿Acaso se creería él más grande que Jacob, el gran patriarca que necesitó un pozo para él y sus rebaños? ¿Podía Jesús proveer agua sin un

pozo? Era evidente que la mujer aún intentaba acercarse a Jesús, aunque en apariencia parecia alejarse de él.

Jesús usó su respuesta para abrir más la conversación. De un modo aparentemente enigmático le recordó a ella que todo el que bebiere de esa agua volvería a tener sed, pero que él podría darle agua que apagaría su sed para siempre. En él esa agua vino, a ser una fuente siempre rebozante. ¿No apaga nuestra sed para siempre la comunión con Dios?

La mujer comprendió que Jesús quería decir algo diferente que nuestra sed física. Se estaba impresionando cada vez más, pero todavía sospechaba una trampa. Ella èra como oveja que se pasaba de largo la puerta del redil una y otra vez. Por eso dijo con ligereza: "Señor, dame de esa agua para que no tenga yo sed, ni tenga que venir aquí a sacarla otra vez". Estaba impresionada pero aún trataba de tomar el asunto con ligereza.

Soy yo. Debido a que ella repetidamente trató de evadir a Jesús, éste ahora quiso hacerla cautiva mediante su palabra. El Padre le había revelado a él lo que había en la vida y corazón de esa mujer. Procedió a mostrarle que él la conocía. Le dijo: "Ve, llama a tu marido y ven acá". Ella tenía toda oportunidad de irse y no regresar nunca, pero ya no podía resistir a Jesús. Su respuesta, "No tengo marido", probablemente fue un sollozo patético que reveló su desesperación y abatimiento. Pero fue tomada por sorpresa inmediatamente cuando Jesús le dijo que ella había dicho la verdad. Ella había estado casada cinco veces, dijo él, y siempre había sido infiel. Ahora ella era la conviviente de un hombre. Jesús le dijo que de veras ella había dicho la verdad.

¿No debía haberse rendido y postrado ante sus pies confesándolo todo? En vez de ello, aún rehusó obstinadamente a entrar por la puerta de la salvación confesando su culpa, aun cuando veía esa puerta abriéndose. Obstinada hasta el final trató nuevamente de desviar la conversación de sí misma introduciendo otro asunto. "Veo que eres profeta," dijo ella. "Ustedes dicen que debemos adorar a Dios en Jerusalén, mientras que nuestros padres nos enseñaron que este monte es el lugar. ¿Qué debo pensar al respecto?" ¿Por qué le hacía esta pregunta a Jesús, un judío? ¿Era porque nunca había podido encontrar la paz y el consuelo en su propia forma de religión, aunque había hecho el viaje al monte Gerizín muchas veces?

"Según al pacto" contestó Jesús, "el Señor puede ser adorado solamente en Jerusalén, no en el monte Gerizín. Pero estás equivocada en otro aspecto también. Pronto la gente podrá adorar al Padre en todas partes. Entonces el servicio al Señor no tendrá nada que ver con Jerusalén. Ese tiempo viene pronto; muy pronto el Padre será adorado en todas partes en espíritu y en

verdad. Dios es un Espíritu, quien vuelve hacia nosotros completamente en la plenitud de su amor. Ahora él hace esto por medio de *símbolos* en el templo; pronto aquellos símbolos no significarán nada y el vivirá en nuestros corazones. Por la fe nos volvemos a él completamente y le abrimos totalmente nuestro corazón. Tú nunca has hecho esto; nunca te has entregado a él en fe, sino que siempre has permanecido en tu pecado".

La mujer había sido tocada en lo más profundo de su ser. ¿Podría aún haber redención para ella? Todo estaba tan obscuro todavía. Ella sabía que el Redentor vendría algún día para mostrar el camino de la salvación. ¡Cómo había anhelado ese día a veces, siendo una prisionera del pecado! Se lamentó con desánimo y confusión. Entonces vino la respuesta de Jesús que debe haberla tomado completamente desprevenida: "Yo soy el Redentor". De repente ella reconoció la gracia que le había venido. Al fin había sido tomada cautiva. ¡Dios en su gracia estaba muy cerca de ella y la había escogido!

Campos blancos. Ella no tuvo tiempo de reflexionar porque precisamente en ese momento regresaban de la ciudad los discípulos. Se sorprendieron de encontrar a su Maestro conversando con una mujer pero ninguno se atrevió a preguntarle lo que había hablado con ella. La mujer se fue aprisa dejando tras ella su cántaro.

Llegando a la ciudad le dijo a la gente: "¡Hay un hombre que sabe todo acerca de mí!" Ya no estaba avergonzada de admitirlo sino que confesó sus pecados delante de sus conciudadanos. Se sentía liberada de la maldición y amargura de ser una proscrita. Su confesión pública la alivió aun más. Había sido redimida por la misericordia de Cristo. Ahora se hizo evangelista en su ciudad. "¿No es este el Mesías?" preguntó ella. La gente estaba perpleja; se daban cuenta que algo especial le había sucedido a la mujer. Nunca la habían visto actuar de esta manera. Inmediatamente se dirigieron al Pozo de Jacob para ver a Cristo.

Mientras tanto los discípulos habían insistido en que Jesús comiera algo. Pero él les dijo que tenía comida que ellos no conocían . Sorprendidos, se preguntaban si alguien le habría traído algo para comer. Pero Jesús les dijo que su comida era hacer la voluntad de el que lo había enviado, explicando que si le era permitido revelar la gracia de su Padre, el no sufriría ni hambre ni sed.

Comenzó a explicar acerca de la cosecha. "Es común para un labrador decir, 'Faltan cuatro meses para que llegue la siega'. ¡Pero mirad!" Jesús señaló a la gente de Sicar que venía por el camino y siguió, "Allí está la siega. ¡No se preocupen por los cuatro meses; los campos están blancos para la siega ahora! Yo estoy sembrando ahora; en breve también sembraré mi propia vida. Mi vida

es el grano de trigo fructífero. Un día ustedes cosecharán el fruto de mi labor. Para eso los estoy enviando. Un día, cuando la gran cosecha llegue al fin de los tiempos, ustedes se regocijarán conmigo. Segarán lo que no han sembrado, porque uno es el que siembra y otro es el que siega".

La cosecha en este tiempo. Mientras tanto los sicaritas habían llegado hasta Cristo. Dios le había concedido abundante gracia a aquella mujer porque a través de su palabra los corazones de mucha gente de su ciudad fueron abiertos para creer en Cristo. ¿Cómo fue posible? ¿No tenían los samaritanos una actitud muy hostil hacia los judíos? ¡Pero cuán poderosa es la gracia de Dios a través de Cristo! Su misericordia hacia una mujer pecadora de entre ellos ganó sus corazones. ¡Solamente si está obrando el Espíritu de Dios!

Le rogaron a Jesús que permaneciera con ellos pero al parecer esa no había sido su intención. Sin embargo, se dio cuenta de inmediato que el Padre había preparado este campo para él. Se quedó dos días y enseñó a la gente del pueblo. Ellos habían sido movidos primero por el testimonio de la mujer, pero ahora la presencia de Cristo trajo la gracia de Dios, gracia para los samaritanos que eran detestados por los judíos. Cristo uniría a todas las naciones para que fueran su pueblo. Los samaritanos creyeron porque habían escuchado a Jesús y habían experimentado la gracia de Dios en él. Ahora ellos profesaban a Cristo como el Salvador del mundo, no sólo de los judíos.

Debido a su encuentro con Jesús, hecho posible por el testimonio de la mujer, el pueblo de Sicar creció en la fe. Nosotros también conocemos a Jesús en su palabra, aunque seamos conducidos a esa palabra por otros. A través de su palabra Cristo se da a sí mismo como el don de Dios. De esta manera el reune a las gentes de todas las naciones como sus elegidos.

Juan
Hemos visto su gloria

7: Abriendo paso en Galilea

Juan 4:43-54

Cuando Cristo habló de su propia tierra donde no recibía honor, difícilmente que no se refiriera a Galilea (véase también su declaración en Lucas 4:24). Sin embargo fue con toda disposición a Galilea para abrir esa tierra al evangelio. Después de hacer que sus discípulos bautizaran a muchos en Judea y después de ganar a los sicaritas en Samaria, dirigió su atención a Galilea.

Aunque el oficial de Capernaum mencionado aquí estaba en el servicio de Herodes Antipas, debe haber sido un judío porque Cristo lo incluyó con los otros cuando dijo, "Si no viereis señales y prodigios no creeréis". Galilea no había sido abierta al evangelio de la gracia.

Cuando este oficial y toda su casa creyeron, trataba de una fe verdadera en la cual una persona se rinde a Cirsto para toda su vida y con todo lo que posee. Así Galilea ful abierta al evangelio.

Pensamiento clave: *Cristo abre Galilea al evangelio.*

Pueblo cerrado. Aunque la palabra del Señor Jesús produjo mucho fruto en Sicar, él permaneció allí solamente dos días. Había sido enviado primeramente al pueblo del pacto. En Judea muchos habían sido bautizados. Ahora puso mano a la obra en Galilea. Trabajar allí sería mucho más difícil porque era el lugar donde él había crecido. El mismo había dicho que un profeta no recibe honra en su propia tierra. Nos sentimos mucho más inclinados a honrar a los extranjeros.

Cuando llegó a Galilea, las condiciones parecían más favorables que lo había esperado, porque los galileos lo recibieron con cierta expectación. Ellos también habían estado en la fiesta de la Pascua en Jerusalén y habían visto las señales milagrosas que Jesús había hecho allí. Ahora esperaban que hiciera lo

mismo en su tierra, pero esta no era la clase de expectación que Jesús deseaba. Los galileos sólo querían ver señales milagrosas y querían creer en su poder de hacer milagros. El sensacionalismo fue lo que cerró sus corazones al evangelio de la salvación. Pero Cristo deseaba sus corazones. ¿De qué manera le daría el Padre la oportunidad de alcanzar sus corazones con el evangelio de la gracia?

Rindiéndose en fe. Jesús vino de nuevo a Caná donde había hecho su primera señal. Aquella señal había sido vista por un círculo privado de amigos y evidentemente no era conocida por muchos. Rápidamente se esparció el rumor que Jesús estaba en Galilea otra vez. Incluso llegó hasta Capernaum donde él ya había pasado varios días antes de ir a Jerusalén. En Capernaum vivía un oficial real cuyo hijo estaba a punto de morir. Este hombre también había oído de los milagros que Jesús había hecho en Jerusalén. Se fue inmediatamente a Caná, un viaje de alrededor de cinco o seis horas.

Cuando halló a Jesús le rogó que fuera con él a sanar a su hijo. Aquí tenemos una petición directa para hacer un milagro. El Señor Jesús vio en su petición el deseo pecaminoso de los galileos por los milagros. Jesús se quejó al oficial que el pueblo estaba preparado para creer solamente después de verlo hacer algunos milagros.

¿Estaba realmente motivado el oficial por un deseo de ver milagros? ¿Sólo hasta allí alcanzó su fe? ¿No detectó Jesús alguna dimensión más profunda en el hombre? De todos modos, aquello debía manifestarse abiertamente porque Cristo deseaba los corazones de los galileos, incluyendo el corazón de este oficial que era un judío. Tal vez Jesús vaciló con el fin de enseñarle una lección.

Pero el oficial no se permitió ser rechazado. "Señor", dijo, "ven conmigo antes de que mi hijo muera". Aferrarse a Cristo de esta manera era excepcional, pero incluso su insistencia podía ser motivada por su gran necesidad. Por lo tanto, Cristo lo puso a prueba diciendo, "Vete, tu hijo vivirá". Y el hombre se fue, creyendo a Cristo.

El hombre debe haber venido esperando ver más que un simple milagro. Debe haber visto que Cristo habló con poder y autoridad. Si era así, su fe debe haber sido implantada por Dios. El oficial reconoció el llamado de Cristo y se confió en su palabra. Cristo lo había impulsado a rendirse en fe. Esta era una fe sin ver, verdadera fe—estando cierto de las cosas que no vemos, de la gracia que esperamos (Heb. 11:1). El oficial debe haber visto el poder de la gracia de Dios. ¿Sería Dios tan lleno de gracia como para salvar la vida de su hijo? El creyó que a través de la palabra de Cristo la gracia de Dios había venido sobre su casa aunque no había visto la "prueba". Del mismo modo, nosotros también

debemos aferramos en fe a la gracia de Dios aun cuando no siempre pueda verse inmediatamente en nuestras vidas.

La fe en la familia del oficial. Era alrededor de la una de la tarde cuando este hombre había encontrado a Jesús. Después de su viaje a Caná no podía regresar ya que era la hora más calurosa del día. Muy probablemente tampoco podía viajar de noche, lo que lo obligó a quedarse allí hasta la mañana siguiente. Mientras viajaba de regreso a casa al día siguiente, sus siervos vinieron a encontrarlo con el feliz mensaje de que su hijo se había recuperado. Cuando él les preguntó a qué hora se había mejorado, supo que había ocurrido el día anterior, exactamente a la una de la tarde. Había ocurrido precisamente como Jesús había dicho. ¡Qué alegría para toda su familia!

Pero aún sucedió algo más. Esta familia no sólo vio el milagro que había tenido lugar, sino que también creyeron en la gracia que ellos no vieron. Creyeron en la gracia de Dios para Israel y para todo el mundo; creyeron que esta gracia había aparecido en Cristo. Toda la familia siguió al Señor en espíritu. De modo que había una familia en Galilea, nada menos que la familia de un oficial de Herodes Antipas, que creyó. Se había abierto paso al evangelio en Galilea, no importa cuán estéril parecía haber sido ese campo. ¡Cómo debe haberse regocijado el Señor Jesús en esto!

8: El manantial eterno

Juan 5:1-18

No es posible determinarse a cual fiesta se hace referencia en Juan 5:1. En todo caso, entre la primera permanencia de Cristo en Jerusalén y el presente viaje viene un período de trabajo en Galilea.

En la mayoría de los manuscritos, incluyendo el más fidedigno, las últimas palabras del versículo 3—"que esperaban el movimiento del agua"—y todo el versículo 4 no aparecen. Probablemente fueron insertadas más tarde para explicar el versículo 7. Tal vez debmos pensar de Betesda como una fuente intermitente con poderes curativos. Entonces podemos imaginarlo así: un inválido tendrá que bajarse al agua tan pronto como la fuente se activara, porque el agua que brotaba e hervía se mezclaba con el agua del estanque e inmediatamente perdía su poder curativo.

Debemos, sin embargo, tener en mente que tal acción curativa de una fuente es la obra de la gracia de Dios que también gobierna las fuerzas de la naturaleza. La verdadera fuente es la gracia de Dios que no entra en acción solamente en ciertos momentos sino que fluye permanentemente. Como Cristo dijo "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo". Nótese que aquí él está hablando acerca del Dios de gracia. Dios está constantemente trabajando a través de su gracia.

La causa de la enfermedad del hombre, según Cristo ("No peques más, para que no te venga alguna cosa peor".) era su propio pecado.

Pensamiento clave: *La gracia de Dios es un manantial eterno.*

No conociendo la fuente. Después que Jesús hubo trabajado en Galilea por algún tiempo, subió a Jerusalén nuevamente para una de las fiestas. Mientras se encontraba allí, visitó un lugar para inválidos. Había venido a revelar la misericordia de Dios; por eso vez tras vez buscó a los que sufrían.

Este lugar, ubicado junto al muro de Jerusalén cerca de la puerta de las Ovejas, era llamado Betesda, Casa de misericordia. Mucha gente enferma, ciegos, lisiados y paralíticos yacían allí, porque había algo muy especial en este lugar. A intervalos regulares el agua del estanque se agitaba, aparentemente por una corriente subterránea. El agua de esa manantial evidentemente tenía poderes curativos. Para ser sanado, uno tenía que estar en el agua en el momento en que ésta se agitaba. Una vez que el agua del manantial se mezclaba con el agua del estanque perdía sus propiedades curativas.

Había un hombre a la orilla del estanque, inválido por treinta y ocho años cuya enfermedad era incurable. Finalmente había decidido una vez más buscar sanidad en Betesda. Pero era difícil para él moverse y nunca podía ser el primero en bajar al manantial. En realidad, esa esperanza también le era vedada. Ahí yacía el hombre, como uno atado no solamente por su aflicción sino también por la desesperanza de su situación. Miraba a Betesda pero no podía ver la gracia de Dios que yacía más allá. Además, estaba atado por la culpa de su pecado que era realmente la causa de su enfermedad.

Y sin embargo, ¿no debe haber sido Betesda un testimonio para él de la gracia de Dios? ¿Por qué hay todavía tales poderes sanadores en el mundo si no es por la gracia de Dios en Jesucristo y su deseo de salvar al mundo? Tales fuerzas sanadoras son también la obra de su gracia. A diferencia del manantial de Betesda, la gracia de Dios no es una fuente que fluye sólo intermitentemente; es una fuente que provee agua constantemente. Tal gracia nos sana completamente y para siempre. Pero este hombre no veía ese manantial. Todos buscamos ayuda aquí y allá pero no vemos la salvación total que nos da la gracia de Dios.

Sanando a traves del manantial de agua. Jesús vio al hombre echado allí y al Padre le señaló como un objeto de su misericordia salvadora (véanse vv. 19 y 20). A este hombre, atado por su pecado, Jesús podía mostrarle el propósito de su venida a la tierra: El vino a liberarnos del pecado y de todas sus consecuencias.

Jesús le hizo una pregunta extraña: "¿Quieres ser sano?" ¿Quién no quiere ser sanado? Pero la esperanza había muerto en este hombre y por su pregunta Jesús quiso despertar en él una nueva esperanza y un principio de fe. ¿Habría aún misericordia para él? A través de esta pregunta y por la manera en que Jesús lo miró empezó a ver un débil destello de luz. Se dirigió a Jesús como "Señor", y le contó sus problemas. Empezó a mirar a Jesús con un vago sentido de expectación.

Una vez que Cristo hubo despertado esta esperanza en el hombre, lo ayudó. Le dijo, "¡Levántate! Toma tu lecho y anda". Inmediatamente el hombre fue sanado e hizo lo que Jesús le mandó. Había sido sumergido en el manantial de la gracia de Dios y había sido liberado. La condena de la desesperación había sido quebrado.

Sin embargo, Jesús tenía algo más que enseñarle. Pero eso vendría más tarde; por ahora Jesús eludía la multitud. De no ser así el pueblo se habría aglomerado para adorarlo como un hacedor de milagros. Todos aquellos enfermos habrían querido ser sanados y entonces él simplemente no habría podido revelar que había venido para la redención de la vida por la eternidad.

Revelación acerca del Padre. Fue un diá de reposo cuando Cristo hizo este milagro. Los líderes de Jerusalén vieron al hombre sanado caminando y llevando su lecho al hombro. Eso no estaba permitido, según ellos, porque lo consideraban trabajo. Le preguntaron al hombre por qué hacia esto. El respondió que el hombre que lo había sanado le mandó hacerlo. Cuando le preguntaron quién era ese hombre, contestó que no sabia quien era. El no conocía al Señor Jesús. Por supuesto, había encontrado algo de la misericordia de Dios en él, pero no sabía quién era. Desagradados, los líderes se retiraron.

Algún tiempo más tarde el Señor Jesús encontró al hombre en el templo. Jesús pudo finalmente conversar con él con tranquilidad. Le dijo que su enfermedad había sido consecuencia de sus pecados. Le señaló la misericordia de Dios que le había salvado. En adelante, Cristo le dijo, debería vivir por la fe en la gracia de Dios y esforzarse para vencer sus pecados. Si rehusaba, si no aceptaba la gracia de Dios sino que caía de nuevo en pecado, algo peor le podría suceder. Así le mostró Cristo la gracia de su Padre.

Feliz ahora de haber conocido a Cristo, el hombre fue a los líderes del pueblo y les dijo que había sido el Señor Jesús que lo había sanado. Ellos, pensaba el hombre, estarían contentos por él y reconocerían la autoridad de Cristo como el Enviado del Padre. Después de todo, si Cristo lo sanó en un día sábado ¿cuál podría ser el daño? ¡Este modo de pensar del hombre mostraba cuán poco entendia a los líderes! Ellos constantemente mantenían sus ojos sobre Jesús, siempre buscando una oportunidad para matarlo porque, acusaban ellos, él había quebrantado el mandamiento del día de reposo. Sanó en un día de reposo y ordenó a un hombre quebrantar la Ley. Si aquello persistía, el minaría su autoridad. Después de todo, ellos cuidaban de que la ley fuera cumplida estrictamente.

Cuando acusaron a Jesús de quebrantar la ley del día de reposo, él respondió, "Mi Padre está siempre trabajando, a través de su gracia, hasta hoy. Su gracia

es un manantial eterno. Por esa razón yo también estoy siempre trabajando para revelar aquella gracia y su poder. Esa no es una violación del día de reposo. ¿Cuál es, después de todo, el significado del día de reposo? Es para asegurarles que ustedes pueden descansar en esa gracia de mi Padre. Pero puesto que ustedes rehusan descansar en esa gracia tampoco son capaces de entender el día de reposo".

Los líderes rechazaron su palabra; en realidad, estaban más determinados aún de matarlo porque llamaba a Dios su Padre. ¡Lo que los líderes rechazaron como blasfemia era precisamente la esencia de la fe, el hecho de que Cristo era el Hijo unigénito de Dios que nos revela y nos da todo el amor paternal de Dios! ¡Así es como se encuentra cerrado el corazón humano a la verdad como resultado del pecado!

9: El pan de vida

Juan 6

No analizaré todo este capítulo. No me referiré al caminar de Cristo sobre el mar porque eso fue tratado anteriormente.*

La multiplicación de los panes reveló el poder de la *gracia*, no solamente la omnipotencia de Dios. De lo que somos testigos aquí es del poder y la autoridad delegada a Cristo por su Padre. Así como en su gracia Dios sostiene y dirige todas la cosas a través de Cristo así también por esa misma gracia obró este milagro. Si no fuera así, Cristo no habría vinculado sus palabras "Yo soy el pan de vida" a este milagro. La gracia que nos ha sido dada en él satisface todas nuestras necesidades. Es importante que los niños vean claramente el poder de la gracia de Dios en este milagro.

Pensamiento clave: *Cristo se revela a sí mismo como el pan de vida.*

El poder de la gracia. Después de revelarse nuevamente en la fiesta en Jerusalén, Jesús regresó a Galilea. En Jerusalén los hombres llegaban a mostrarse hostiles hacia Jesús pero en Galilea era seguido por grandes multitudes. La noticia de la presencia de Jesús se difundió por todo el país.

Especialmente en el tiempo de la fiesta de Pascua grandes multitudes lo siguieron a causa de los milagros que había hecho. Ahora Jesús quería retirarse de las multitudes. Ansiaba estar solo con sus discípulos y orar en la montaña a solas. La tarea era muy gravosa ya que veía que el pueblo no lo estaba siguiendo porque creían que en él había venido la salvación de Dios sino que era sólo una "atracción especial". Sentía la necesidad de fortalecerse en comunión con su Padre. Por eso, tomó a sus discipulos y navegó hasta la orilla

*Véase Tomo III, pp. 81-83

opuesta del mar de Tiberias (es decir, el mar de Galilea). Allí subió a las colinas con sus discípulos.

Pero el pueblo lo había visto cruzar el mar y tenían una buena idea de dónde desembarcaría. Caminaron rodeando el lago para encontrarse con Jesús al otro lado. Cuando el Señor Jesús acababa de sentarse en la ladera del cerro, comenzaron a llegar los primeros. Desde ese momento, el desfile de gente siguió llegando, hasta que el grupo se transformó en una multitud de cinco mil hombres. Y nuevamente les dio de su tiempo.

Mientras todo esto sucedía, pasó el día y cayó la tarde. Había pasado ya la hora de comer. ¿Cómo podrían irse a casa todas aquellas personas sin ser alimentadas? Jesús le dijo a Felipe, uno de sus discípulos, ¿Dónde compraremos pan para que todos estos coman? Era imposible comprar pan para una multitud tan grande. ¿Dónde lo encontrarían en aquella región? ¿Además, de dónde sacarían el dinero? El Señor Jesús sabía la respuesta a estas preguntas; estaba pensando en otra cosa. Vio que el Padre le estaba dando otra oportunidad para revelarse. Pero Jesús estaba probando a Felipe. ¿Se la ocurriría también a Felipe que su Maestro quería revelarse en el poder de su gracia? Nada estaba más lejos de la mente de Felipe. Respondió que un sueldo de ocho meses no bastaría para comprar pan para toda aquella gente. Aunque ya había visto tanto, la visión de Felipe era aún muy, pero muy limitada. Con los otros discípulos era exactamente lo mismo. Uno de ellos, Andrés, había estado tratando de averiguar si el pueblo había llevado pan consigo. Había un niño que tenía cinco panes de cebada y dos pececillos. ¿Pero qué se podía hacer con eso?

El Señor Jesús quería demostrar el poder de la gracia tanto a sus discípulos como a toda la multitud. Por eso hizo sentar a la multitud. Había mucho pasto alrededor y era el comienzo del verano. Allí se sentaban, cinco mil personas. Jesús se paró frente a ellos, tomó los panes en sus manos, dio gracias a Dios por el don del pan y le pidió que lo bendijera. Entonces partió los panes y mandó a sus discípulos que distribuyeran los pedazos al pueblo. Hizo lo mismo con los peces. Pan y pescado se multiplicaron en las manos de Jesús de modo que todos quedaron satisfechos. Los pedazos que sobraron fueron recogidos, llenándose doce canastas. De esta manera sobró más que lo que había al comienzo.

Un milagro había ocurrido; sin embargo tales cosas extrañamente maravillosas suceden todo el tiempo. ¿Cómo crece, por ejemplo, el grano en el campo? Aquello también sucede por el poder de la gracia de Dios. Porque él desea darnos su comunión eterna en el Cristo, Dios hace que la tierra produzca el alimento. Y nos muestra esa misma gracia en todo lo que él hace.

Con este milagro el Señor Jesús quería mostrar que Dios en su gracia provee todas las cosas; tiene cuidado de todas nuestras necesidades con el fin de que podamos rendirnos a su gracia en fe. De este modo estamos bien provistos tanto para esta vida como para la vida venidera.

¿Había entendido la multitud toda la fuerza del mensaje de Jesús? Por cierto, estaban profundamente impresionadas por el milagro, diciendo que el era el profeta prometido (véase Dt. 18:15-19), pero no querían confiarse a él. Por el contrario, querían más bien manejarlo. Aunque Jesús rehusó jugar el papel de rey de Israel con el fin de liberar al pueblo de los romanos, eso era precisamente lo que el pueblo quería de él. Lo veían como un David reencarnado. Querían llevarlo a Jerusalén contra su voluntad con el propósito de proclamarlo rey. Pero Jesús evitó a la multitud y subió a la montaña para orar a solas. La multitud aún no había entendido que él quería liberarlos de sus verdaderos enemigos, eso es, el pecado, la muerte y satanás. No podían entender porque no estaban dispuestos a rendirse a él.

El que come mi carne y bebe mi sangre. Una gran parte de la multitud pasó la noche allí. Esperaban verlo nuevamente a la mañana siguiente. Jesús les había pedido a sus discípulos que volvieran con la barca pero él había permanecido en la montaña. No había otra barca, de modo que la gente pensó que todavía estaba allí. Sin embargo, no lo podían encontrar por ninguna parte. Otras barcas estaban llegando de Tiberias pero ninguno de ellos llevaba a sus discípulos. Por fin concluyeron que debe haber retirado él. Sin que se diera cuenta la multitud, el sí, se había ido durante la noche y por su extraño y maravilloso poder había caminado sobre el mar, reuniéndose con sus discípulos en la barca. No habiendo podido encontrar a Jesús la gente finalmente subió a las barcas desde Tiberias y volvió al otro lado del lago.

La gente encontró de nuevo a Jesús en la sinagoga en Capernaum (véase v. 59). Sorprendidos, le preguntaron cómo había cruzado el mar. El no les respondió, porque tenía algo más que decirles. Sabía que le seguían principalmente por los milagros; no estaban listos para aceptarlo ni a él ni al amor de Dios en él. Por esta razón, los amonestó que no se preocuparan del alimento que perece sino que se concentraran en el alimento que permanece por la eternidad, la comunión con Dios. Aunque un hombre tiene que trabajar por su pan diario, no debe ser su objetivo principal en la vida. Ese objetivo debe ser la comunión con Dios, conocerle y honrarle en comunión. A través de esa comunión Dios se ocupará de todo en nuestras vidas. El proveerá para cada una de nuestras necesidades, aunque nosotros debemos continuar con nuestra tarea diaria.

Así llamó Jesús a la multitud a creer en él. En contraste, ellos le pidieron una señal. De otra manera, dijeron, no podrían confiarse absolutamente en él. ¿Habían olvidado entonces la multiplicación de los panes y todas las otras señales? No, pero pidieron una señal del cielo como la que sus padres habían recibido, la señal del maná que descendió del cielo. ¡Sus padres habían creído Moisés como resultado de la señal y ellos ahora prometían creer en Jesús si el se acomodaba a ellos! Nuevamente Jesús tuvo que disputar con ellos para enseñarles a creer. Señalo que Moisés no les había dado a sus padres el pan del cielo. Ese maná había sido simplemente una prueba del favor de Dios. La gracia de Dios es el verdadero pan del cielo y esa gracia había aparecido en Jesús. El era el pan del cielo y no necesitaban otra señal.

Frustrados, se encogieron de hombros. ¿Se les estaba dando a sí mismo como comida? El Señor Jesús inmediatamente confrontó su falta obstinada para entender. Lo expresó en un lenguaje aun más fuerte; ellos tendrían que comer su carne y beber su sangre. Con esta declaración estaba prediciendo cómo iba a morir por los pecados de ellos y derramar su sangre por ellos. Comer su carne y beber su sangre significa creer en él; nos une con él, de modo que se nos asegura nuestra redención y el perdón de nuestros pecados.

Sin embargo, la multitud nada entendía de lo que Jesús quería decir porque no creían en él. Estaban ofendidos y se alejaron. Decían, "Esto es imposible. ¿Quién puede aceptarlo?" Y en verdad, sólo podemos entenderlo por fe.

La crisis. Todo esto fue parte de la enseñanza de Jesús en la sinagoga. Quejándose en alta voz, el pueblo abandonó el edificio. Entre ellos había mucha gente que de otro modo había seguido a Jesús. Queriendo aún ganarlos Jesús dijo, "¿Les ofende que yo diga que descendí del cielo? ¿Y que si me verían ascender al cielo?" Les estaba prometiendo así que verían su gloria si creían en él. Para desarmarlos aún más, les dijo que comer su carne y beber su sangre significaba que ellos eran parte de él y confirmaba que aceptaban por fe la gracia de Dios que les era dada a través de su sufrimiento. Aquella gracia y el Espíritu del amor de Dios venían a ellos en su palabra. Tenían que aceptar eso si iban a compartir su vida.

Al mismo tiempo les advirtió que algunos de sus seguidores no tenían fe verdadera. La fe, después de todo, es un don de Dios. Si ellos no se inclinaban humildemente delante del Padre para que él les enseñara a tener fe y si pensaban que podrían por sí mismos emitir un juicio acerca de Cristo, nunca lo conocerían ni tendrían parte con él. Dijo esto porque sabía que incluso entre sus doce discípulos había uno que lo iba a traicionar.

Ellos rehusaron escuchar su amonestación. Muchos se alejaron de él y ya no lo siguieron más. Había llegado a una crisis en ese punto. ¿Había sido un fracaso su obra? ¡Había tratado de reunir a la gente en fe y este era el resultado final! En poco tiempo lo rechazarían. Moriría en la cruz expiar los pecados de su pueblo. Otros creerían en él. Su mensaje ciertamente daría fruto. Quedaría claro que su obra no había sido en vano.

Sin embargo, el rechazo de ellos fue una profunda tristeza para él. Puso sus doce discípulos a prueba preguntándoles si ellos también deseaban irse, pero su respuesta fue de un espíritu diferente. En nombre de todos, Pedro respondió, "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios." Con estas palabras Pedro profesaba que por la fe habían visto el favor de Dios venir a ellos. Habían reconocido en Jesús el pan de vida. Para el Señor Jesús esto fue un gran consuelo. En aquellos hombres fieles vio a la multitud de aquellos que un dia creerían en él, la iglesia que sería reunida a través de la palabra de ellos.

Sin embargo, tenía que hacerles una advertencia aun a ellos: "¿No he escogido a doce de vosotros? Y uno de ustedes es un diablo". El sabía que Judas lo traicionaría. ¿Suponía Judas que la causa de Cristo en Israel estaba destinada al fracaso? ¿Marcaba este momento el comienzo de su traición? ¿Conocía el Señor Jesús los pensamientos de Judas? Sea que Judas se daba cuenta o no, Jesús sabía quién lo iba a traicionar. Y era uno de los Doce, uno de aquellos que él había recibido del Padre. Judas, sin embargo, nunca se había dado cuenta o reconocido totalmente el honor de esa elección; nunca había visto ni reconocido la disposición soberana de Dios sobre su vida. De este modo, su corazón concibió traicionar a Aquel cuyo amor había llegado tan cerca de él. Especialmente cuando se nos acerca tanto en su palabra, o lo aceptamos como el pan de vida o lo odiamos. Esta inminente traición, sin embargo, produjo en nuestro Señor Jesús una amarga angustia, un sufrimiento que también tuvo que llevar por nuestra causa. Porque por naturaleza todos lo odiamos y por eso él constantemente nos amonesta.

10: El gozo de la vida

Juan 7

La fiesta de los Tabérnáculos era un recuerdo del peregrinaje a través del desierto, cuando Israel vivía en tiendas. Dios los había traído a la tierra que fluía leche y miel. Ahora habitaban no en regiones estériles, sino en una tierra donde fluía el agua viva. Este era el gozo que celebraban en la fiesta de los Tabernáculos. Hacían enramadas de hojas y ramas y vertían agua ante la presencia de Dios como una ofrenda de acción de gracias dedicada a él.

Sin embargo, la gozosa celebración de esta fiesta se había deteriorado. Aunque el pueblo se regocijaba en las cosas buenas que la tierra ofrecía, esta generosidad no se veía como un don o como la prueba del amor bondadoso de Dios. Bajo tales circunstancias no se puede sentir el verdadero gozo de vivir. Había, por el contrario, inmoralidad y libertinaje. Cristo mandó detener dicha decadencia. El dio el agua viva de la comunión con Dios y, a través de ella, el verdadero gozo de la vida. En cualquiera que reciba la comunión a través del Espíritu, ese gozo llega a ser una fuente por la cual otros también son refrescados.

Pensamiento clave: *El Cristo da el verdadero gozo de la vida.*

La incredulidad de sus hermanos. En Galilea la hostilidad del pueblo hacía Jesús alcanzó proporciones de crisis. Pero era aun peor en Judea. La hostilidad allí era tan intensa que parecía que Jesús corría peligro si fuera visto allí.

La fiesta de los Tabernáculos estaba próxima. En esa fiesta los judíos recordaban su viaje a través del desierto y agradecían a Dios por la buena tierra a la que los había traído. Las multitudes ya estaban subiendo a Jerusalén. Los hermanos menores del Señor Jesús estaban preparándose también para el viaje.

Observaron que Jesús no se preparaba para ir a Jerusalén, por lo que le preguntaron si iba a ir. Secretamente se sentían muy orgullosos de los milagros de Jesús y de su gran reputación. Lamentaban que la muchedumbre en Galilea había comenzado a alejarse de él y que Jesús mismo se estaba retirando. El debía ir a Jerusalén, sugirieron, y hacer un gran milagro en la fiesta. Entonces los galileos indecisos se pondrían de su lado nuevamente y sus seguidores en Jerusalén recuperarían su valor.

Pero ellos no entendían que Jesús quería ser el Redentor del pueblo y aún permanecer en segundo plano. No veían que él había venido por la verdadera redención espiritual de su pueblo. Tenía también que sobrellevar el malentendimiento de sus hermanos. Debido a que ellos no creían en él, Jesús ahora no podía darse a ellos. Más tarde se revelaría a ellos también y en esa manera su fe sería despertada.

Jesús les explicó a sus hermanos que, puesto que su tiempo no había llegado aún, no podía acompañarlos a la fiesta. Ellos no sabían que Jesús estaba aludiendo a su sufrimiento en la cruz. No quería que las cosas se precipitaran en Jerusalén todavía. Por esa razón tendría que actuar discretamente, porque en Jerusalén lo odiaban debido a que predicaba constantemente contra el legalismo. Sin embargo, permitió que sus hermanos fueran; nadie tenía razón de odiarlos a ellos, ya que no habían declarado su fidelidad a Jesús. Más tarde, cuando la fiesta hubo comenzado y los caminos estaban abiertos, Jesús y sus Doce fueron también a Jerusalén.

La ley para la vida. Nuevamente entró en el templo para enseñar. La gente se había preguntado dónde estaba Jesús y si vendría a la fiesta. Estaban divididos con respecto a Jesús; algunos estaban de su lado, otros en contra, pero nadie se atrevía a hablar públicamente. Todos notaban la hostilidad en Jerusalén, pero el Sanedrín aún no había pronunciado ningún juicio.

La enseñanza de Jesús asombró al pueblo. ¿Cómo, se preguntaban, conocía él las Escrituras? Nunca había estudiado con los escribas. Jesús respondió señalando que él había sido enviado: había recibido su oficio de Dios y Dios mismo le había enseñado. Les animaba, diciendo que si hubo alguno que quería cumplir el llamado de Dios en sus vidas, tendrían que entender que la enseñanza de Jesús era de Dios. Ellos sabrían que él encarnaba verdaderamente la palabra de Dios. Muchas veces no queremos someternos a esa palabra y por eso no la entendemos.

Sus oyentes no se sometían a la palabra de Dios. En lugar de ello, se jactaban de la ley de Moisés que, a propósito, ellos no cumplían cuando conspiraban a asesinar a Jesús. La mayoría escogió malinterpretar a Jesús y lo acusaron de

estar poseído por espiritus malignos. Exigían saber quién creía él que estaba tratando de matarlo. Jesús no tomó en cuenta sus gritos y señaló que eran ellos los que querían deshacerse de él. El dijo que él traía la vida misma, la vida verdadera en el pacto de Dios, cumpliendo así el significado del día de reposo (véase Tomo I, p. 34). Lo odiaban porque les traía vida y ellos preferían aferrarse a su propio modo de vida que llevaba a la muerte. ¡Sus ojos estaban cerrados al pacto y al significado del día de reposo dentro de ese pacto! Para ilustrar la inconsistencia de su legalismo Jesús señaló que de acuerdo a la ley de Moisés los niños eran también circuncidados en el día de reposo. ¿Porqué, entonces, el sanar y perdonar pecados estaban excluidos del sábado?

Al final hubo una diferencia de opinión acerca de Jesús. Algunos abiertamente juraron deshacerse de él. Estaban atónitos de que incluso se le fue permitido aparecer en público. Se preguntaban si Jesús se las había arreglado para persuadir a los líderes de que era el Mesías. Algunos ancianos negaban esto enfáticamente. La mayoría de los líderes estaban convencidos que cuando viniera el Mesías, nadie sabría de dónde había venido. El verdadero Mesías, afirmaban, había permanecido entre ellos misteriosamente por un largo tiempo y algún día aparecería inesperadamente. Pero ellos sabían que Jesús era de Nazaret. Jesús contestó que ellos no sabían de donde era porque no sabían que el Padre lo había enviado.

La oposición se hizo más dura. Muchos querían apresarlo allí mismo. Muchos lo odiaban intensamente aunque nadie le puso mano sobre él. ¿Cómo era eso? El tiempo de su sufrimiento y muerte no había llegado aún; el Padre estaba cuidando de él.

Ríos de agua viva. La tensión aumentó. Mucha gente común decía, "¿Podría el Mesías hacer señales más milagrosas que las que ha hecho este hombre?" Comenzaron a creer en Jesús, un hecho que alarmó a los fariseos y los llevó a una alianza maligna con los saduceos. Habiendo decidido matar a Jesús, enviaron a sus siervos a arrestarlo en el primer momento propicio.

Los enemigos de Jesús estaban alrededor. La decisión había sido tomada; los dados habían sido lanzados. El iría a Dios de donde había venido. El pueblo lo buscaría en vano. Buscarían un Redentor, un Mesías, pero fracasarían en sus esfuerzos porque habían rehusado reconocer que Jesús había sido enviado por Dios.

La mayoría de los judíos no hizo ningún esfuerzo para entender. Mofándose le preguntaron si él intentaba ir más allá de Israel para buscar apoyo. Se daban cuenta muy bien que eso no era lo que Jesús estaba hablando; seguían preguntándose, porque Jesús los había inquietado.

Durante el último día de la fiesta la conmoción alcanzó su colmo. El pueblo se regocijaba en la buena tierra en que vivía. Se transformó en una fiesta de libertinaje. No veían las cosas buenas como una señal del favor de Dios en su pacto. No gozaban de la comunión de Dios en ese pacto. Como resultado, eran hóstiles a Jesús quien predicaba esa comunión y quería dárselo a ellos. Una vez más Jesús los invitó a compartir la comunión de Dios: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba". Ofrecía agua viva, el verdadero gozo de la comunión con Dios, comunicado por el Espíritu Santo. Ese Espíritu abriría la creación entera a los creyentes. Su gozo en el mundo sería la prueba de la bondad y fidelidad en el pacto de Dios. A través de este gozo ellos también llegarían a ser una bendición para otros, porque el gozo llegaría a ser una fuente siempre robozante en su interior.

Nuevamente surgió la disención. Algunos afirmaban que él era el profeta que habían estado esperando. Otros decían que era el Cristo. Aún otros contradecían ambas afirmaciones alegando que el Cristo había de venir de Belén, no de Galilea. El ambiente se cargó tanto por las recriminaciones que algunos querían apresarlo. Sin embargo, nadie pudo echarle mano, porque el tiempo del Padre aún no había llegado. Sin embargo, al fin lo rechazaron, porque la palabra de Dios no los había dado sed para el agua viva que él quería darles.

Autosuficiencia. La delegación de siervos (guardias del templo) regresó al Sanedrín sin haber llevado a cabo su misión. Cuando se les preguntó por qué no habían traído a Jesús, admitieron que ellos tambíen estaban profundamente impresionados por sus enseñanzas. Furiosos, los fariseos les preguntaron si ellos también habían sido engañados. Se les había mandado que siguieran las órdenes de sus superiores, ninguno de los cuales creía en Jesús. Los ancianos ciertamente se creían autosuficientes y no tenían necesidad de Jesús. Con arrogante suficiencia menospreciaban a la gente que no entendía la ley y los fariseos veían el peligro de que fueran con Jesús. Estos fariseos altivos maldecían al pueblo común mientras que Jesús les extendía la mano.

Afortunadamente había un fariseo que pensaba en forma diferente. Ese era Nicodemo, quien en una ocasión anterior había ido a Jesús de noche. Evidentemente su corazón estaba abriéndose cada vez más a la palabra de vida. Se atrevió a oponerse a sus colegas, preguntándoles si era conforme a la ley condenar a una persona sin primero oírle.

Entonces volcaron su furia sobre Nicodemo. ¡Vaya! ¡Ponte del lado del galileo ahora!, dijeron con desprecio. ¿Alguna vez ha salido un profeta de Galilea?, preguntaron, riéndose. Su orgullo se hacía evidente en su actitud

desdeñosa hacia Galilea, no tomando en cuenta el hecho de que Dios a menudo prefiere lo humilde. Sin haber logrado nada los ancianos se fueron a casa. El tiempo de Dios no había llegado aún. Sin embargo, para muchos fariseos el tiempo de la gracia se estaba acabando; en su autosuficiencia habían decidido rechazar el agua viva que ofrecía Jesús.

11: Venido para salvar

Juan 8

No voy a tratar la autenticidad de la primera parte de este capítulo.

La mujer sorprendida en adulterio merecía la muerte de acuerdo a la ley. Sin embargo, Cristo no se puso en el lugar de las autoridades que tenían que pronunciar sentencia. No negaba que, según la ley de Moisés, esta mujer debía ser apedreada, pero se opuso a la actitud con que sus acusadores la trajeron ante él. A primera vista, sus acusaciones eran consistentes con la ley. Lo que objetaba Jesús era su arrogante legalismo y su odio impersonal hacia la mujer. Les faltaba reconocer no sólo sus propios pecados, sino que también la misericordia de Dios. De modo que tampoco fueron capaces de mostrar alguna misericordia, sino al contrario, lo que mostraron fue un placer satánico en la muerte de la mujer. Ya no estaban interesados en guardar la ley de Dios. Querían triunfar sobre esta mujer pecaminosa, elvando así la opinión que tenían de sí mismos. Sus corazones estaban llenos de pensamientos homicidas.

Que la pena de muerte debía ser aplicada en este caso era consistente con las normas del antiguo pacto. A través de un castigo tan severo tenía que ser revelada la rigurosidad de la justicia de Dios. Sin embargo, Cristo redimiría a la vida de la maldición de la ley y su trato misericordioso hacia la mujer era una profecía del perdón que sería una marca distintiva de su reino. La santificación de la vida tiene que venir a través de la fe en el perdón de los pecados.

Pensamiento clave: ***El Cristo vino a salvar nuestra vida.***

Las autoridades legalistas. Una mañana temprano, mientras estaba aún en Jerusalén, Jesús fue al atrio del templo. Estaba enseñando al pueblo que se acercaba a él, cuando repentinamente un grupo de escribas entró, arrastrando una mujer que había sido sorprendida en un acto criminal. De acuerdo a la ley

de Moisés esta mujer debía ser apedreada. Jesús a menudo se había mostrado amigo de cobradores de impuestos y pecadores, de modo que se la trajeron para ver que diría. ¿Se pondría Jesús ahora contra la ley de Moisés?

El Señor Jesús reconoció su trama. ¡En su arrogancia habían juzgado a esta mujer como si ellos nunca pecaron! Querían que la mujer fuera ejecutada con el propósito de aparecer ellos como guardadores de la ley y justos. Eran incapaces de templar la justicia divina con la misericordia divina porque no había nada divino en su frío legalismo calculador. Por eso es que en sus corazones ellos eran homicidas, no importa lo correcto que haya sido la sentencia en sentido técnico.

Pero los escribas y fariseos no tienen el monopolio de la arrogancia y el legalismo. ¡Cómo nos gozamos en juzgar a otros para aparecer nosotros mismos justos en comparación!

Escribiendo sobre la tierra. ¿Cómo iba a responderles el Señor Jesús? El no había venido a abolir la ley de Moisés, pero tampoco era él la autoridad con jurisdicción legal. Si los fariseos esperaban atraerlo a esa trampa, no les daría en el gusto. Lo que hizo fue inclinarse y escribir en tierra, como si nadie le hubiese preguntado nada. No era su tarea juzgar, ni deberían ellos haberlo forzado a ejercer ese papel.

No permanecía en silencio porque estuviera perplejo buscando una respuesta o porque no tuviera interés en la ley o en la mujer. El problema le causaba dolor, aun cuando siguió escribiendo en la arena. Percibía la malevolencia e hipocresía de ellos y su ira se encendió contra ellos. ¡Y cuán claro se hacía para él la necesidad de hacer expiación por el pecado que existía en los corazones de todos los hombres. Incluso mientras su ira estaba encendida, también llevó la culpa de pecado sobre sí mismo y sufría bajo su peso.

Si alguno está sin pecado. Que el Señor Jesús no se hallaba perplejo buscando una respuesta se hizo evidente cuando insistieron que dijera algo. Poniéndose en pie, les dijo: "¡El que de ustedes esté sin pecado, lance contra ella la primera piedra! Los confrontó así con sus propios pecados y los avergonzaba por su hipocresía al querer juzgar a la mujer. No dejo duda de que entendía su trama.

Sus palabras dieron en el blanco. Todos fueron tocados en sus conciencias y admitieron interiormente que no estaban libres de pecado. Nadie se atrevió a levantar una piedra; uno por uno se fueron retirando, comenzando con los más viejos.

Para la mayoría de ellos esto difícilmente representaba una verdadera confesión de culpa; estaban, tal vez, desconcertados por la percepción de Jesús. Solamente si estamos genuinamente avergonzados por la gracia de Dios hasta sentirnos humildes y dejamos de proclamar nuestra propia grandeza podemos confesar humildemente nuestro pecado ante él y recibir perdón.

El Hijo del hombre les librará. Mientras los acusadores se alejaban de Jesús nuevamente escribió en la tierra. Finalmente no quedó ninguno sino sólo la mujer. Cuando Jesús le preguntó "Mujer, ¿dónde están ellos? ¡No te ha condenado ninguno?" Ella respondió, "Ninguno, señor". El declaró, "Entonces yo tampoco te condeno. Vete ahora y abandona tu vida de pecado". La gracia de Dios irrumpió en la vida de la mujer. Ella era una proscrita; había merecido morir. Sin embargo, el Señor Jesús le reveló que todos somos culpables por nuestros pecados, pero que hay perdón a través de Dios.

¿No pasó Jesús por alto la ley de Moisés después de todo? El no había venido a abolir esa ley, sino más bien a cumplirla. ¿Por qué es que en el Antiguo Testamento Dios había puesto un castigo tan severo para este tipo de transgresión? Lo hizo para enseñarle a Israel cuán estrictas son las demandas que la justicia de Dios impone y cómo su juicio cae sobre nuestros pecados. El Señor Jesús había venido a sufrir este juicio y a restablecer la justicia divina que había sido violada. En la ley de Moisés, la pena de muerte era aplicada a varios pecados como señal de que, a causa de nuestros pecados, merecemos ser proscritos de la comunión de Dios para siempre. Este propósito de la ley de Moisés ha sido cumplido por la cruz de Cristo. Allí vemos lo que merecemos por nuestros pecados, pero allí él también escogió hacer expiación por esos pecados.

Expiando nuestros pecado y deseando traernos a un conocimiento y confesión de ellos, Cristo quiere darnos libertad (véase v. 32). De esta manera él perdona nuestros pecados y destruye el poder que el pecado tiene sobre nosotros. El habló de estas cosas más tarde estando en el atrio del templo (v. 20). Pero debido a esto los ancianos se enojaron con él. ¿De quien pretendía libertarlos? No eran esclavos, declaraban, sino hijos libres de Abraham. No veían que eran esclavos del pecado y del diablo.

El diablo, mentiroso desde el principio, nos engaña para creer la mentira. El diablo impidió que los ancianos entendieran la verdad acerca de su pecado y de la gracia de Dios. El Señor Jesucristo les reprochó por eso. Ellos no oían ni reconocían la voz de Jesús porque no conocían al Padre. Jesús es la Verdad y nos revela la Verdad a nosotros. ¡Si escuchamos somos avergonzados por sus palabras! Pero sólo entonces podemos entender que él vino a salvar al

mundo, no a condenarlo. El destino del mundo yace en el hecho de que el mundo no cree en su palabra de gracia.

12: Venido para juicio

Juan 9

Cuando Cristo en el versículo 39 dijo que había venido a este mundo para juicio, no estaba negando que no había venido a condenar al mundo, como dijo en otra parte. El vino a salvar al mundo, pero aquel que no cree se condena *a sí mismo*. Así es como Cristo trae juicio.

El versículo 39 deja claro que versículo 41, "Si fuerais ciegos, no tendríais pecado" debe entenderse como sigue: "Si ustedes admitieran su ceguera, creerían en mí y no serían culpable de pecado, no echando de sí el pecado de incredulidad". Pero los fariseos estaban diciendo, "Vemos", y por lo tanto permanecían en el pecado de la incredulidad.

Los discípulos, partiendo de la noción de que los pecados individuales particulares son la causa de juicios particulares, estaban confrontados con un misterio en el caso del hombre nacido ciego. Apenas podían creer que había sido castigado de esta manera por un pecado de sus padres. ¿Pero era posible para una persona cometer un pecado antes de su nacimiento o tal vez que su alma cometiese pecado en una existencia previa? Los juicios individuales, sin embargo, frecuentemente son revelaciones de la ira de Dios sobre la culpa social. Las grandes obras de Dios que habían de ser reveladas en este hombre nacido ciego son sus obras para remover esa culpa.

Como se puede apreciar en todo este capítulo, la sanidad del hombre nacido ciego tenía como propósito revelar a Cristo como Aquel que nos hace caminar en la luz. De este modo, la forma de sanar tenía un significado simbólico. Cristo puso barro en los ojos del hombre para remover cualquier ilusión que éste era capaz de ver. El nombre del estanque de Siloé era también simbólico, al parecer, porque Siloé significa "Enviado"; simboliza Aquel enviado por el Padre.* En su comunión recibimos nuestra vista.

*Es una referencia a descubrimientos que asocian el estanque de Siloé con el trabajo del rey Ezequías en 2 Reyes 20:20. Véase Tomo II, pp. 346, 347. Cf. Is. 7:6—Trad.

Pensamiento clave: *A través de Cristo los ciegos reciben su vista y aquellos que ven llegan a ser ciegos.*

La iluminación de los discípulos. El discurso anterior del Señor Jesús con los líderes del pueblo había terminado en la mayor de las tensiones. Ellos habían querido apedrearlo, pero él se había escabullido. Su hora no había llegado aún. Al abandonar el templo con sus discípulos, vieron a un mendigo que era ciego de nacimiento. Al parecer el hombre era bien conocido y los discípulos sabían que había nacido ciego. Los discípulos no se encontraban bajo una tensión tal que no pudieran ver a este hombre. Estaban convencidos que tras un juicio tal como la ceguera de este hombre debía haber siempre un pecado particular. Ahora la pregunta surgió entre ellos en cuanto a si en este caso el impedimento del hombre era el resultado del pecado de sus padres. No podían creer eso. ¿Pero era posible entonces que este hombre hubiese pecado *antes* de haber nacido? Tenían muchos problemas con la pregunta del pecado y su poder, los cuales habían originado en su asociación con el Señor Jesús. Mientras el pecado es mantenido en la oscuridad tiene poder. Jesús vino a descubrirlo y quitarle. Era comprensible por lo tanto que los discípulos llevaran su pregunta a Jesús.

Les dio una respuesta que era muy reveladora. La causa de la ceguera del hombre no era un pecado que él o sus padres habían cometido. Hay una culpa comunitaria que se manifiesta en un punto en uno de los juicios de Dios, y en otro punto en otro lugar. El Señor Jesús vino a quitar esta culpa. Estas son las grandes obras que Dios quiso realizar a través de él y que resultarían en la eliminación de toda miseria. Esto tenía que ser mostrado en la vida de este hombre.

Una y otra vez quiso enseñar a sus discípulos y a nosotros también de la gracia que se había manifestado en él. Y el Padre le mostró oportunidades para revelar esta gracia, esta vez al sanar al hombre. El añadió que hizo esta obra con gran gozo. Mientras estaba en el mundo él era la luz del mundo. Se le permitió hacer su obra para iluminar al mundo. Pronto, con su muerte, vendría la noche cuando él tampoco podría obrar. Es cierto que se levantaría de los muertos y estaría obrando en la nueva mañana eterna para la iluminación del mundo, pero esa tarea se basaría en la obra que había acabado en la tierra. Por esa razón él trabajaba intensamente y encontraba gozo en todo lo que lo hacía.

Abriendo los ojos del hombre. Después que él hubo dicho esto, escupió en tierra, hizo un poco de barro con la saliva y lo puso sobre los ojos del hombre. Esto era muy extraño. ¿Por qué hizo eso? A veces uno no puede decir si un

hombre es ciego o no. Con esta acción Jesús dejó bien claro que este hombre era en realidad ciego, porque quería señalarles algo. No estamos conscientes de nuestra ceguera, ni de que carecemos de la luz del favor de Dios. Esto es lo que debemos empezar a comprender. Eso es lo que quería decir al poner el barro en los ojos del hombre.

Entonces le dijo que se lavara en el estanque de Siloé. Siloé significa "Enviado". No fue sin intención que Jesús mandó que este hombre se lavara en el estanque. El Señor Jesús es el Enviado por el Padre. En comunión con él recibimos nuestra vista. Todos los detalles de esta sanidad sugieren comunión con él.

En este punto el hombre no había captado todo el significado de esto. Pero todo lo que Jesús hizo fue calculado para producir su expectación. Y él creyó; es decir, creyó que podía suceder un milagro en él. Probablemente ya habia oído algo acerca del Señor Jesús. Fue llevado a Siloé, se lavó y recibió su vista.

Otra vez había acontecido un acto milagroso. Pero no fue la intención del Señor Jesús simplemente ayudar a ese hombre. También tenía que revelarse a sí mismo como Aquel que nos hace caminar nuevamente en la luz del favor de Dios.

Despertamiento espiritual. El ciego que había sido sanado no regresó a agradecer al Señor Jesús sino que se fue a casa lleno de gozo por haber sido sanado. Se olvidó de su benefactor. Obviamente no reconocía en Jesús al Salvador del mundo.

Cuando sus vecinos y otros conocidos lo vieron no podían creer que era la misma persona que ellos conocían. Algunos decían que era otro que se parecía a él. Pero el verificó su identidad y cuando le preguntaron, les dijo cómo había sido sanado. Todo lo que él sabía era que Jesús lo había sanado pero que no sabía donde había ido éste.

Esta curación también había ocurrido en el día de reposo y los fariseos nuevamente intervinieron. Trajeron al hombre ante ellos y él repitió su historia. No sabían qué hacer al respecto. Este Jesús, razonaban algunos, de ninguna manera podía venir de Dios, porque no guardaba el día de reposo. Pero otros decían que si él no era de Dios no podría haber hecho un milagro como ese. Finalmente, le preguntaron al hombre mismo lo que pensaba de Jesús. El hombre contestó que Jesús era un profeta; más allá de eso no tenía idea.

Los fariseos querían negar todo el milagro. Estaban de acuerdo que el engaño probablemente había tenido una parte en todo esto. Obstinados en su opinión hicieron llamar a los padres del hombre. Los padres confirmaron que era su hijo y que había nacido ciego. Pero eso fue todo lo que dijeron. Nada

dijeron en apoyo de Jesús porque los ancianos ya habían amenazado con expulsar de la sinagoga a cualquiera que confesara al Señor Jesús como el Mesías. Los padres no estaban dispuestos a comprometerse más que eso.

Por segunda vez los fariseos llamaron al hombre y le dijeron que Dios lo había sanado y lo instaron a dar la gloria a Dios. Jesús nada había tenido que ver en ello, le explicaron, porque no era sino un pecador, de esto ellos estaban convencidos. Pero su oposición sólo redundó en un mayor crecimiento espiritual en el hombre. ¡Resultó en que comenzó a tener dudas acerca de la autoridad de los fariseos! No estaba de nada seguro que Jesús era un pecador; que él había sanado era un hecho más allí de toda duda.

Esperando encontrar algo que beneficiara sus investigaciones, los fariseos le pidieron que les contara una vez más como había sucedido todo. En este punto el hombre comenzó incluso a burlarse de ellos. Les preguntó por qué querían escucharlo de nuevo. ¿Querían ellos hacerse sus discípulos también? Con esto, los fariseos perdieron la paciencia y comenzaron a insultar al hombre. Tratando de intimidarlo, le dijeron que el era un discípulo de Jesús, pero que ellos eran discípulos de Moisés. Moisés era de Dios; pero en cuanto a este Jesús, nada sabía de donde había venido.

Esta intimidación continua condujo a un crecimiento espiritual más profundo. Dios puede también usar la oposición para iluminar nuestra mente. El hombre se extrañó que nadie pudo decir de donde había venido Jesús, aunque éste hacia semejante milagros. Llegó a la conclusión que uno evidentemente tenía que creer en él para conocerlo y para saber que era de Dios. El hombre estaba siendo atraído más y más cerca del Señor Jesús. Testificó ante los ancianos que su benefactor tenía que venir de Dios, porque Dios no escucha al pecador. El hombre comenzó a ver una chispa de luz; ¿llegaría al punto de ver la luz eterna en el Señor Jesús?

Furiosos ahora, los fariseos lo acusaron de ser un pecador, porque de otro modo, razonaban ellos, no habría nacido ciego. Rudamente lo echaron de su reunión, forzándolo a sufrir desprecio por causa de Cristo. Eso también debe haberlo acercado aún más. Fue obligado a escoger comprometiendo toda su vida aunque esa elección le acarreara la hostilidad de su pueblo. Sin embargo él pensaba que valía la pena.

Aquellos que ven y aquellos que son ciegos. Sin embargo, el hombre aún iba buscando. Jesús oyó lo que había sucedido y fue a buscarlo. Sin decirle aún quién era, Jesús le preguntó si creía en el Hijo del hombre. El hombre debe haber sospechado que se hacía referencia a su benefactor, pero aún no sabía que era el mismo Hijo del hombre que estaba en ese preciso momento frente

a él. Cuando le preguntó quién era el Hijo del hombre para poder creer en él, el Señor Jesús se reveló a él. El hombre respondió, "Señor, yo creo", y postrándose, lo adoró. Ahora él creó en Jesús como el Salvador, el Hijo del hombre, que había sido enviado por Dios. Su vida entera fue bañada en la luz; Cristo se había revelado a él como la luz del mundo.

Cristo le dijo también algo al hombre respecto a la lucha que acababa de tener con los fariseos. Le dijo que no debería sorprenderse que las cosas hubieran sucedido de ese modo, porque Cristo había venido a este mundo para juicio. Aquellos que creían ver, tal como los fariseos, se harían ciegos y extraviarían completamente de su camino; llenos de hostilidad, resistirían hasta el fin. Aquellos cuya ceguera Cristo descubriría y que admitieran ser ciegos, recibirían la vista. Así era como la polaridad, la antítesis vendría al mundo.

Algunos de los fariseos le oyeron decir esto y le preguntaron si, en su opinión, ellos eran ciegos. ¿Si afirmaba haber venido a dar vista a los ciegos, estaba sugiriendo que todos los hombres eran ciegos, incluyendolos a ellos mismos? Una vez más el Señor Jesús trató de desalojar su seguridad en sí mismos y de su propia manera de razonar. ¡Si tan sólo admitieran ellos su ceguera y reconocieran su dependencia de él, el Señor Jesús podría sanarlos! Tal confesión quitaría su pecado de la incredulidad. Pera ahora ellos continuaron insistiendo que podían ver y por lo tanto persistieron en el pecado de la incredulidad. Cuando Cristo llega a ser una luz para nosotros, nos enseña a reconocer nuestra ceguera. Sin él estamos completamente en las tinieblas.

13: El Buen Pastor

Juan 10

Cristo no usa aquí una parábola, sino que emplea una alegoría. Repetidamente usa varias figuras del lenguaje cuando se refiere a sí mismo. En este caso mezcla sus metáforas, que quiere decir que hay dos ideas diferentes, aunque no son desconectadas. Por una parte llama a sí mismo el Buen Pastor y, por otra, la puerta a través de la cual pasan las ovejas. Como dije, no están desconectadas, porque el pastor muchas veces durmió a la entrada del redil, sirviendo así como la puerta que protege a las ovejas.

Pensamiento clave: *El Cristo es el Buen Pastor*

Mis ovejas oyen mi voz. La tensión entre Jesús y los fariseos había aumentado grandemente luego de la sanidad del hombre nacido ciego. Jesús ahora continuó su conversación con los fariseos, usando una figura del lenguaje que tomó de la vida de un pastor.

Al anochecer los pastores reunían sus rebaños en un redil común. Durante toda la noche uno de los pastores guarda la entrada contra los animales salvajes. En la mañana los otros pastores regresaron y el pastor guardián los dejaba entrar al redil. Cada pastor se paraba en la entrada y llamaba fuera a sus ovejas. Todas las suyas conocían su voz, dejaban el redil y esperaban que el pastor las condujera a los pastos.

Un extraño no sería admitido por el guardián. Imagínese que alguien quiera robar algunas ovejas. Tendría que venir de noche y trepar la cerca del redil. Cualquiera fueran sus razones para invadir el redil, es seguro que sus intenciones no serían buenas.

Contrástese aquello con el buen pastor. Plenamente confiadas, las ovejas lo siguen aun cuando él las conduce a través de lugares escabrosos y por los precipicios. Ellas se confían y se sienten seguras por la voz conocida del pastor. Nunca seguirían voluntariamente a un extraño.

Por "extraño" el Señor Jesús se estaba refiriendo a los fariseos y a los otros líderes falsos del pueblo; al referirse al Buen Pastor Jesús se estaba aludiendo a sí mismo. Aquellos líderes venían con malas intenciones, buscando su propio provecho. El rebaño no los conocía; cuando ellos hablaban las ovejas no escuchaban la voz de amor de Dios y por eso no podían seguirlos. Pero cuando Jesús hablaba, las ovejas oían una voz en la que podían confiar. Por eso, aquellos que eran verdaderamente pueblo de Dios, como el hombre ciego de nacimiento, terminaron siguiendo a Jesús.

La puerta de las ovejas. Los fariseos no entendieron nada de lo que Jesús decía. Sus corazones deben haber estado realmente cerrados porque el mensaje era muy claro. Las cosas más sencillas se nos hacen oscuras cuando nuestros corazones no están dispuestos a entender. Por eso es que Jesús siguió conversando con ellos.

El dijo literalmente que todos los que habían venido antes de él, pretendiendo guiar al pueblo pero que en realidad lo alejaban de él, eran ladrones y salteadores. Habían venido a destruir. Solamente a través de Jesús podrían los líderes llegar a ser una bendición para el rebaño y guiar a las ovejas a la seguridad del redil o llevarlas a los pastos.

Jesús era el pastor y guardián que admitía a los pastores al redil y dejaba salir y entrar al rebaño. Tal vigilante era como una puerta para el redil, por lo que dijo, "Yo soy la puerta". Al anochecer dejaba entrar las ovejas al redil y en la mañana las dejaba salir.

Sin el Buen Pastor todo el pastoreo de los líderes era en vano. Sin embargo, así era exactamente como había sido. Cada pastor actuaba por si mismo motivado muchas veces por su propio interés. Esto era, se podía predecir, perjudicial para las ovejas. Sólo si un pastor hablaba por Cristo y estaba motivado por él podría servir genuinamente los intereses de las ovejas. En Cristo el rebaño tendría vida y abundancia, porque sólo él podría dar verdadera vida en comunión con Dios. En Cristo nunca nos falta nada.

El pastor peligra su vida por las ovejas. Un buen pastor es aquel que sacrificará su vida por las ovejas. Un asalariado piensa solamente en su ganancia y no le importan las ovejas. Cuando viene un lobo, abandonará el

rebaño para salvar su propio pellejo. Un buen pastor, sin embargo, tiene interés en sus ovejas y se arriesgará en una lucha de vida o muerte.

En un sentido mucho más sublime el Señor Jesús daría su vida por sus ovejas. Pondría su vida para reconciliar y salvar a su pueblo, movido por un amor que excede por mucho a cualquier modelo humano de amor. Su amor por su pueblo puede ser comparado solamente al amor entre él mismo y su Padre. Ese amor entre el Padre y el Hijo es la base del amor del Hijo por su pueblo.

Jesús daría su vida no solamente por su pueblo en Israel sino también por otros de entre todas las naciones del mundo. De entre esas naciones el Padre le había dado muchos que en ese momente nunca habían oído de él. De acuerdo al decreto del Padre ellos eran ya sus ovejas, aunque eran de otro redil distinto al del pueblo de Israel. Todos ellos, sin embargo, se reunirían en un solo rebaño bajo un solo pastor. Y hoy día vemos este rebaño del que Jesús habló entonces y por el que dio su vida.

Dar su vida por sus ovejas sería una obra voluntaria; nadie arrebataría su vida. Si él no lo hubiese querido, no habría muerto a manos de sus asesinos. Voluntariamente dio su vida por su pueblo; el Padre le había dado autoridad para llevar a cabo este acto de redención. Y con el propósito de seguir siendo el Buen Pastor, también recibió autoridad para tomar su vida nuevamente. Se levantaría para llevar su pueblo a la salvación.

Toda esta obra la hizo motivado por un amor sin paralelo entre los hombres. Todo amor humano falta mientras que su amor es todo en todo. No nos sorprende que los hombres no le entendieran cuando hablaba de esta manera. Algunos lo juzgarán como demoníaco y loco aunque otros estaban profundamente impresionados y decían, "Estos no son dichos de un hombre poseído por un demonio, y además, sanó a un hombre que había nacido ciego". Todos habían sido confrontados con el amor de Dios que excede por mucho nuestra comprensión. Pero un fiero odio se había encendido en muchos otros.

Yo les doy a mis ovejas vida eterna. Nada nos relata Juan de lo sucedido en los meses que siguieron a la fiesta de los tabernáculos. Tal vez Jesús regresó a Galilea a enseñar durante ese tiempo. En el mes de diciembre estaba de vuelta en Jerusalén para la fiesta de la dedicación o Hanukkah, es decir, la fiesta que hacía memoria de la restauración del templo. En aquella ocasión los judíos rememoraban cómo Judas Macabeo había purificado el templo después de su profanación por Antíoco Epífanes (165 a.C. Véase Macabeos IV y Josefo, *Antigüedades* XII 7.6).

Jesús caminaba bajo la columna techada del lado este del patio exterior llamado el pórtico de Salomón. Allí los judíos rodearon a Jesús y exigieron que les dijera claramente si era el Mesías. Le advirtieron que respondiera sin rodeos. Le exigieron que dijera si los liberaría del yugo romano y también restauraría el templo así como Judas Macabeo lo había hecho una vez.

Jesús no podía darles una respuesta directa. Ellos esperaban otro tipo de Mesías, un Mesías político. En vez de ello, les dijo lo que ellos ya sabían, pero su respuesta no fue suficiente para ellos. ¿Por qué no creían, aunque sus obras daban testimonio de él? No creían porque no pertenecían a su rebaño; sus corazones no estaban abiertos a él. Solamente sus ovejas conocían su voz y solamente para ellos era el Mesías.

Comenzó a decirles lo que el verdadero Mesías hace y quién es. Le da a su pueblo vida *eterna* y no como ellos esperaban, una solución política. También preserva a su pueblo en esa vida eterna de comunión con Dios, de tal manera que nadie puede arrebatarlos de su mano o de la mano de su Padre. El pueblo que él reune es también la posesión más preciosa de Dios. El podía asegurar aquella vida de comunión con Dios solamente porque, él era uno con el Padre. Es el Hijo de Dios y también es Dios mismo. En él ha llegado a nosotros el amor pleno de Dios.

Cuando los judíos lo oyeron afirmar que era el Hijo de Dios agarraron piedras para apedrearlo. Completamente tranquilo, el Señor Jesús permaneció frente a ellos. Les preguntó por cuál de sus obras querían apedrearlo. Confundidos pero todavía airados, contestaron que no era por sus obras sino por su blasfemia, específicamente porque había afirmado ser uno con el Padre. Calmadamente les señaló que en las Escrituras hay gente que veces son llamadas "dioses", por ejemplo aquellos a quienes vino lo palabra de Dios y que hablaron en su nombre. ¿Se había equivocado al llamarse a sí mismo Hijo de Dios, viendo que había sido enviado por el Padre al mundo? El hecho de que el Padre lo había enviado se hacía claro por los milagros que hacía. Cristo les dio una oportunidad de elección y ellos inmediatamente se hicieron culpables de rechazar la revelación de Dios en él.

Lo que Cristo dijo era demasiado para ellos. A estas alturas ya estaban enfurecidos y trataron de agarrarlo. Endurecieron sus corazones y no cedieron al amor de la Palabra de Dios, la palabra del Buen Pastor. Pero, para que el amor de Dios nos haga cautivos a nosotros, nuestros corazones tienen que estar abiertos.

Jesús escapó de sus manos y regresó a través del Jordán al lugar donde Juan había estado bautizando antes. Los esfuerzos de Juan en ese lugar habían sido bendecidos, porque ahora mucho creyeron en el Señor Jesús. Se dieron cuenta

que todo lo que Juan había dicho acerca de Jesús era verdad. Esto es una señal para nosotros que la misión de Juan era verdadera. Aunque muchos rechazaron a Cristo, su obra de reunir a su rebaño continuaba.

14: La resurrección y la vida

Juan 11

La resurrección de Lázaro no se refiere solamente a la restauración temporal de su vida en la tierra; más bien destaca la revelación del poder de Cristo sobre la muerte. Cristo tiene ese poder porque restaura la verdadera vida en comunión con Dios. En el poder de su gracia reina sobre la muerte. Así habló acerca de ello con Marta.

No sabemos dónde y en qué estado se encontraba Lázaro mientras estuvo muerto. ¿Fue ese el llamado "sueño del alma", o realmente experimentó Lázaro un estado de bendición que fue borrado de su memoria después que regresó a la vida?

Pensamiento clave: *El Cristo es la resurrección y la vida.*

Para que la gloria de Dios sea revelada. El Señor Jesús y sus discípulos se quedaron en el lado este del río Jordán donde encontraron descanso y seguridad. Mientras estaba allí le llegó un mensaje diciéndole que alguien en Betania estaba seriamente enfermo. Esa persona era Lázaro, hermano de María y Marta. Jesús ansiaba ir a su casa, porque tenía una relación muy especial con estas personas, como se manifiesta en la naturaleza de su mensaje: "Señor, aquel que tú amas está enfermo".

María y Marta deben haber pensado que Jesús vendría inmediatamente para sanar a Lázaro, porque evidentemente la enfermedad le había puesto grave.

Cuando Jesús recibió el mensaje todo lo que dijo fue que esa enfermedad no acabaría en muerte, sino que redundaría para la gloria de Dios. Se quedó tranquilamente donde estaba y no hizo preparativos apresurados para irse. Su

respuesta y actitud deben haber frustrado a María y Marta, porque cuando el mensajero regresó Lázaro ya había muerto. ¿Qué quiso decir Jesús con esas palabras? En su profundo dolor ellas deben haberse aferrado a esas palabras en fe, pero el significado del mensaje era demasiado profundo para ellos. La muerte y la dolorosa pérdida hablaban demasiado fuerte. No tenían otra esperanza sino que Jesús viniera a consolarlas, pues ellas habían perdido a Lázaro.

Con todo, Jesús sabía lo que hacía. El padre lo hizo ver el propósito de esta enfermedad y muerte de Lázaro. Ocurriría allí cerca de Jerusalén, una de las señales más grandes y milagrosas, de modo que Jesús una vez más sería revelado a los judíos. Este milagro precipitaría la crisis. O ellos creerían en él o rechazarían la salvación que se había manifestado en Cristo.

El que anda de día no tropezará. Jesús se quedó por dos días más al este del Jordán. Entonces anunció a sus discípulos que iban a regresar a Judea. Pero los discípulos se encogieron espantados. Habían experimentado una persistente hostilidad en Jerusalén y sabían que allí había una tremenda tensión. Estaban seguros que su Maestro estaba encaminándose a su muerte.

Jesús respondió que estaba caminando en la senda de su Padre; él estaba siempre, por lo tanto, en la luz. Por eso ningún daño podía sucederle. El Padre transformaría su obediencia hasta la muerte en bendición eterna. Si no hacía la voluntad del Padre, sería como alguien que camina en la noche y tropieza. Pero caminando por la luz del Padre haría la voluntad del Padre hasta el fin. Si tan sólo sus discípulos pudieran ver lo que él veía, también ellos estarían en la luz. Pero para ello, tendrían que rendirse completamente a él y a su palabra en fe.

Entonces les dijo que su amigo Lázaro estaba dormido y que él iba a despertarle. Cuando los discípulos ingenuamente le dijeron que el sueño le haría bien, Jesús al fin les dijo claramente que Lázaro había muerto. Agregó que estaba contento de no haber estado allí para sanarlo, pues ahora ellos iban a ser testigos de una gran señal milagrosa. Más que nunca antes verían ellos el poder de su gracia, para que ellos pudieran aumentar aún más su fe en él.

Sin embargo, los discípulos no podían percibir lo que Cristo veía. Tomás, el más pesimista de los Doce advirtió que la vida de Jesús estaría en peligro. Sin embargo, difícilmente podrían ellos dejarlo ir solo. No había más que hacer sino morir con él si fuera necesario. No entendían que Cristo, viviendo en comunión con Dios, tenía poder sobre la muerte y que por lo tanto, siempre permanecía en la luz y sabía lo que hacía.

El que cree en mí vivirá. Cuando Jesús llegó cerca de Betania la noticia de su venida ya lo había precedido. En la casa, con María y Marta, había muchos visitas ofreciendo sus condolencias. Muchos habían venido de Jerusalén. Al parecer, Lázaro tenía muchos conocidos allí porque Jerusalén estaba solamente a media hora de Betania. Cuando Marta oyó que Jesús estaba cerca, inmediatamente salió al encuentro.

Marta le dijo a Jesús que su hermano no habría muerto si él hubiese estado allí. Esto fue más una afirmación de su fe que un reproche. Dios lo había decretado así y ella sabía que Jesús siempre hacía la voluntad de su Padre. Reconociendo esto, Marta podría nuevamente rendirse a Cristo en fe. Por eso agregó, "Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará". Con esas palabras estaba expresando la esperanza de que lo que estaba roto podria aún ser restaurado. Era como si ella luchara por alcanzar más allá de los límites de su fe. La manera que formuló su declaración muestra que creía, aunque no sin cierta vacilación. Y sin embargo, si ella no creía totalmente lo que decía, ¿podría realmente creer que la gracia de Dios como se manifestaba en Jesús podía restaurar la comunión con Dios y también conquistar la muerte? ¿No podría ella esperar fielmente ver esa victoria sobre la muerte ante sus propios ojos?

Pero ella no había alcanzado aún ese nivel, porque cuando Jesús trató de llevarla a esa fe diciendo que su hermano se resucitaría otra vez, ella respondió, "Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero". Ella pudo aceptar la resurrección como un hecho futuro, pero esperar contra esperanza la resurrección *ahora* era demasiado para ella. No podía ver el poder de Cristo, aunque él estaba frente a ella misma. Entonces, para revelarse completamente a ella, Jesús dijo, "Yo soy la resurrección y la vida". Agregó que todo aquel que creyera en él viviría, aunque hubiese muerto, y todo aquel que viviera y creyera en él no moriría jamás. La muerte no tenía poder sobre aquellos que creyeran en él porque la muerte no tenía poder sobre él. Por el contrario, aquel que recobró para nosotros la comunión con Dios obtuvo la victoria sobre la muerte. Cualquiera que pudiera ver a Cristo en esa luz podría esperar ver la victoria sobre la muerte, ahora y en el futuro.

El quería llevar a Marta a ese nivel de fe. Le preguntó "¿Crees esto?" Su respuesta confirmó su total rendición: "Si, Señor; yo he llegado a creer (tiempo perfecto en el griego) que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo". Una vez más ella entró en su presencia inmediata y esperó todo.

A petición de Jesús fue a llamar a María. María se levantó rápidamente para ir sola donde estaba Jesús. Pero los huéspedes pensaban que se dirigía a la tumba y la siguieron. Tras ella venía Marta también. Jesús había permanecido

donde estaba. María repitió lo que su hermana había dicho, pero Jesús no repitió la conversación que ya había tenido con Marta. Se conmovió profundamente al ver a María y a los judíos que estaban llorando con ella. Vio el poder de la muerte y la miseria que había traído. Se encendió su ira contra aquel sufrimiento. Tan grande era su deseo de derrotar la muerte que casi lloró.

Victoria sobre la muerte. "¿Dónde lo pusisteis?" preguntó y lo condujeron a la tumba. Entonces no pudo retener sus lágrimas. Compartió el dolor de la raza humana y todo su sufrimiento bajo el poder de la muerte. Mientras experimentaba ese sufrimiento, también llevó la culpa que era la causa de ello, sobre sí mismo. Los judíos comentaban entre sí el hecho de que estaba llorando. Molestos, algunos preguntaban si él no habría podido sanar a Lázaro. Estos no creían en él y nada veían de la gloria que sería revelada.

Profundamente conmovido, se acercó a la tumba, encendida su ira contra el poder de la muerte. Mandó quitar la piedra de la tumba. Incluso en ese momento, Marta todavía no se daba cuenta que el milagro iba a llevarse a cabo allí mismo. Aún no estaba lista para él. Por eso respondió que la piedra no podía ser removida puesto que su hermano había sido enterrado hacía ya cuatro días. Reprochándola, Jesús suavemente, dijo: "¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?"

Cuando hubieron quitado la piedra, Jesús dio gracias al Padre por haberle escuchado, para poder demostrar el poder de la gracia. Añadió que no había dudado que el Padre lo escucharía. ¿No tenía él siempre las mismas intenciones que el Padre? El había orado ya sin embargo, tal vez en Transjordania, para que pudiera realizar esta señal milagrosa y dio gracias a su Padre en voz alta para que la muchedumbre pudiera apreciar cómo él y el Padre eran uno y que había venido para hacer la voluntad del padre.

Entonces llamó a Lázaro a la vida, revelando la victoria sobre la muerte. Expiaría el pecado, rompiendo así el poder de la muerte. Trajo la vida eterna de comunión con Dios. Resucitar a Lázaro fue una señal de esta comunión y también una profecía de la salvación y restauración de la vida de los creyentes. Asombrados de la resurrección de Lázaro, muchos de los judíos creyeron el él.

Es conveniente para ustedes que un hombre muera por el pueblo. Algunos de los testigos oculares llevaron la noticia a los fariseos. ¿Cómo reaccionarían ellos ante este poderoso milagro? Los fariseos y los principales sacerdotes convocaron una reunión del Sanedrín. Algo tenía que hacerse, y de

inmediato. No podía posponerse la acción. Como resultado de una señal milagrosa como esa todos creerían en él.

Decían entre ellos, "Si todos creen en él, causará una rebelión contra los romanos, lo que sería un desastre y todo lo que nos queda de nuestra independencia nacional también se perderá. Jerusalén será destruida, junto con el templo". ¿Creían ellos mismos lo que estaban diciendo? El hecho de que Jesús no era el Mesías que ellos deseaban era precisamente la razón de su pánico. Tenían más temor de perder el control de las masas que cualquier otra cosa.

El sumo sacerdote Caifás, el encargado de la reunión era el más vehemente. Reprochó a los miembros por su falta de valor. Ellos tendrían que tomar la decisión ahora de eliminar a Jesús de Nazaret, porque era mejor que un hombre muriera por el pueblo que toda la nación pereciera. Lo que Caifás dijo era cierto, por supuesto, pero no en el sentido en que lo dijo. Su espíritu era hostil a Cristo y sin embargo el Espíritu Santo estaba operando aquí. El sumo sacerdote Caifás, sin que se diera cuenta, se hizo profeta, porque era cierto que Cristo moriría por la salvación del pueblo.

En aquella reunión los miembros del Sanedrín decidieron que Jesús debía morir. Lo único que quedaba por decidir eran los detalles. La traición de Judas arreglaría esos. Por un poco de tiempo aún el Señor Jesús se retiró porque su hora todavía no había llegado, aunque estaba cerca. Fue a una región cerca al desierto, a una ciudad llamada Efraín, en el límite entre Judea y Samaria. Allí permaneció escondido por algún tiempo. Mediante su cruz y resurrección él pronto sería revelado completamente como el vencedor de la muerte.

15: La semilla fructífera

Juan 12:20-33

Los griegos que querían ver al Señor Jesús podrían haber sido de Galilea y por eso, era posible que conocieran a Felipe. Tal vez no eran prosélitos sino simplemente gente piadosa que quería adorar al Dios verdadero. Sin embargo, permanecían alejados, no dispuestos a incorporarse al pacto.

No sabemos si estos griegos habían tenido alguna vez la oportunidad de hablar con Cristo. El tiempo para eso había pasado realmente, porque ahora Cristo sería revelado en su cruz. La crucifixión como revelación debe haber sido contraria a la expectación de los griegos. Sin embargo, en Cristo deben haber estado buscando las cualidades de una vida hermosa. El puso fin a la expectación hablando del grano de trigo que muere con el fin de producir mucho fruto.

Pensamiento clave: *El Cristo es como el grano de trigo fructífero.*

El deseo de los griegos. Después de resucitar a Lázaro Jesús se retiró. Antes de la fiesta de Pascua que estaba ahora muy cerca, el pueblo se preguntaba si Jesús asistiría a la fiesta. Seis días antes de la Pascua regresó a Betania. Al día siguiente (domingo) entró en Jerusalén con los gritos de aclamación de la multitud, lo cual produjo en los ancianos aun mayor amargura. Durante aquellos primeros días de esta semana (final) éstos lo siguieron constantemente. En el curso de esos días el Señor Jesús tenía aún mucho que decir.

Llegando al final, algo extraordinario sucedió. Algunos griegos querían ver a Jesús y hablar con él. No se atrevían a preguntarle directamente, de modo

que se dirigieron a Felipe, uno de sus discípulos. Felipe se mostraba igualmente vacilante a molestar a Jesús en estas circunstancias. Los ancianos se enfurecerían aun más si descubrían que Jesús tenía trato con los gentiles. Por lo tanto, Felipe habló primero con Andrés. Juntos decidieron pedirle a Jesús que hablara con los griegos.

Qué sensaciones debe haber experimentado Jesús cuando escuchó esa petición. Aquellos griegos eran gentiles que habían venido a la fiesta a adorar al Dios de Israel. No habían querido incorporarse al pacto del Señor y por eso se les permitía solamente entrar al patio del templo. También en espíritu todavía permanecían lejos. Por medio de esta petición el Señor Jesús veía en el espíritu como en un tiempo no lejano muchos gentiles estarían buscando a Dios; veía como podría conducirlos al pacto del Señor por la fe en él. Entonces ellos ya no estarían lejos, sino que experimentarían una total comunión con el Padre.

La ley del reino de Dios. ¿Pero por qué querían los griegos ver a Jesús? Había pasado el tiempo para sostener una tranquila conversación; la tensión había alcanzado su climax y su sufrimiento estaba muy cerca. ¿Qué es lo que buscaban? Evidentemente habían oído de Jesús, de sus maravillas y obras. ¿Deseaban ellos oír nueva sabiduría de él, ansiosos siempre los griegos de escuchar novedosas declaraciones de sabiduría? ¿Deseaban ver una vida de belleza, llena de armonía y paz interior? ¡Ciertamente no encontrarían el ideal en él! ¡Había en realidad sabiduría y belleza en el Señor Jesús; pero estas fueron reveladas de un modo muy diferente de lo que ellos—o nosotros—esperábamos!

El Señor Jesús, por lo tanto, comenzó a hablar de su gloria. Sería glorificado y el tiempo de su glorificación había llegado. Sucedería en la cruz, porque al morir por los pecados del pueblo salvaría a muchos. Esto debe haber asombrado a aquellos griegos sofisticados, pero Jesús continuó explicando que sería con él en la misma manera que con el grano de trigo que cae en la tierra y debe necesariamente morir antes que puede dar fruto.

El ciclo de vida de un grano de trigo es análogo a la ley en el reino de Dios. Esta ley no solamente se aplica a Jesús sino también a todo el que pertenece a él. Si un labrador, por cualquier razón, guarda su grano en el granero, permanecerá sin fruto; pero si lo siembra en el campo donde el grano perece y muere, recibirá mucho fruto. Del mismo modo, el Padre ha entregado a su Hijo a la muerte para que lleve mucho fruto. Así también el creyente debe dar su vida como un sacrificio. Si, por cualquier razón uno quiere guardar su vida para sí mismo, también permanecerá infructuoso, una sola semilla que no dará fruto. Cuando se la entregue al Señor y por causa de Dios a su prójimo, llevará

mucho fruto. A través de la semilla que germina su vida es salvada. Dios honrará la semilla fructífera, así como honró a su Hijo.

La glorificación del nombre de Dios. Hablar de su muerte inminente era extremadamente difícil para Jesús porque la forma en que iba a morir era doloroso, incluso para él. Su sacrificio traía consigo el sufrimiento sobre la cruz y, lo que era peor aun, el ser abandonado por Dios. Se turbó profundamente en el curso de la conversación. Por un momento surgió de repente un pensamiento de si hubiera otra manera. En voz alta se preguntó. "¿Qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Inmediatamente, no obstante, comprendió que no había otra manera sino el camino de la cruz. No, era precisamente por esta razón que su vida había llegado a este punto y por lo que había tanta tensión en Jerusalén. Una sola cosa quería de su Padre—que el Padre glorificara su nombre en él—no importando el resultado. Con ese fin se rindió a la muerte. Y cuando supo que su sacrificio serviría la gloria de Dios, se sintió confirmado y consolado.

Este consuelo y confirmación quería darle el Padre. Una voz del cielo, la voz del Padre, confirmó que Cristo había glorificado el nombre de Dios a través de su sufrimiento y lo haría nuevamente. Con qué gratitud el Señor Jesús aceptó este consuelo aunque estaba ahora más seguro de la inminencia de la cruz.

A esa glorificación del nombre de Dios se rindió Cristo. El tenía que morir para que el nombre de Dios fuese glorificado en los muchos frutos que dio. Nosotros también debemos rendirnos a la glorificación del nombre de Dios. Dios puede hacer con nosotros lo que quiera sólo si su nombre es glorificado y llevamos mucho fruto para él. La fuerza para esto la recibimos por la fe en el Cristo.

Mucho fruto. La muchedumbre que estaba reunida alrededor suyo había oído también la voz, al menos había oído un sonido sino las palabras. Los discípulos pueden haber oído las palabras. Algunos decían que era un trueno, mientras que otros decían que un ángel le había hablado. Pero pocos entendieron las palabras. Se requiere fe para entender las palabras de Dios, incluso hoy día, porque sin fe no escuchamos la voz de Dios en la Biblia y no entendemos lo que el tiene que decirnos.

Jesús le dijo a la gente que la voz era para el beneficio de ellos. El no tenía necesidad de una voz porque siempre supo que Dios estaba en control de todo. La voz había venido simplemente por causa de la multitud, con el fin de que pudieran estar preparados para los sucesos decisivos que estaban a punto de desarrollarse. Aunque esta señal no haría creyente de un incrédulo, aquellos

con ojos perceptivos y corazones receptivos podrían llegar a entender lo que iba a suceder.

Ahora, por su sufrimiento, Cristo vencería el pecado y triunfaría sobre satanás. Mediante la expiación de los pecados del pueblo le quitaría a satanás el derecho de tener al pueblo en su puño. Satanás, quien había llegado a ser el príncipe de este mundo, sería expulsado de su trono. Y cuando por su resurrección y ascensión el Señor Jesús fue levantado de la tierra, a través de su Santo Espíritu ligaría y atraería hacia sí a todos los que el Padre le había dado. Entonces se haría claro como su vida había producido abundante cosecha.

Juan
Amor hasta el fin

16: Amor hasta el fin

Juan 13:1-17

El primer versículo de este capítulo es en esencia una especie de título no sólo para este pasaje sino para toda la narración de la pasión. Sin embargo, se refiere especialmente al lavamiento de los pies de los discípulos.

El "amor hasta el fin" de Cristo es un amor hasta la muerte. Así que, la frase "hasta el fin" no tiene simplemente un significado temporal. Cristo estaba dispuesto a ser consumido por su propio pueblo. Dio todo lo suyo y sin embargo nada recibió a cambio que no hubo dado él primero.

Su amor estaba siendo extendido al máximo. Esto se refiere al amor de su corazón humano que estaba basado en su amor divino, apoyado por este amor y por consiguiente elevado a su más alto grado.

Tenemos que señalar un sentido triple en el lavamiento de los pies. En primer lugar, él quebró la barrera del orgullo humano, tomando un lugar muy bajo. De esta manera llevó a cabo para el mundo su acto de liberación. En segundo lugar, el lavamiento de los pies es un símbolo del lavamiento de nuestros pecados diarios. Y, finalmente, Cristo estableció un ejemplo.

Pensamiento clave: *En el lavamiento de los pies el Cristo revela su amor en toda su extensión.*

Su humillación. El sufrimiento del Señor Jesús estaba ahora a las puertas. Una vez más antes de su pasión quería darse totalmente a sus discípulos. Era como si su amor se hubiese hecho más fuerte a medida que su sufrimiento se acercaba. Su amor divino aumentaba el amor de su corazón hasta el máximo. Quería ofrecerse a sus discípulos en una cena comunal antes de su muerte.

El ambiente al comienzo de aquella cena parecía nada apropriado. Cuando hubo entrado en el aposento alto con sus discípulos, había allí un lavatorio con agua y una toalla, pero no había ningún siervo para lavar los pies de ellos. ¿Quién iba a hacerlo? ¿Lavaría uno de los Doce los pies de los otros? Consideraban esa tarea no apropiado para su dignidad. Discutían más bien acerca de cuál de ellos era más importante. ¿No era horrible que ellos pelearan mientras Cristo rebozaba de amor por ellos?

Ninguno lavó los pies de Jesús tampoco. Se reclinaron junto a la mesa con los pies sin lavar y murmurando disgustados. El ambiente discordante era turbador en vista de la muerte inminente de Jesús y repentinamente Jesús supo cómo enseñarles una lección sobre el reino. Vio a sus discípulos—en realidad a todos los hombres—tratando de tener el primer lugar porque rehusaban humillarse ante Dios y aceptar un segundo o último lugar. A menos que ese orgullo fuese roto, la raza humana no podría ser salva. Hasta ahora, ninguno de los Doce estaba dispuesto a tomar un lugar secundario con respecto a los demás. Entonces el Cristo supo que había llegado la hora de realizar su acto de redención.

Observó también a Judas, el que lo traicionaría, reclinándose junto a la mesa. Enfrentado con esa traición su amor se ensanchó aun más. Si él no quebrantaba el poder del pecado mediante su amor, todos ellos se perderían como Judas. Tenía plena consciencia de su llamado como Salvador. El Padre le daría autoridad sobre todas las cosas para salvar al mundo. Esa autoridad la obtuvo a través de su humillación. Con el fin de ganar esa autoridad, él había venido de Dios y con el fin de recibir esa autoridad, volvería a Dios.

Impulsado por un amor que estaba preparado a morir por los suyos, se levantó, se despojó de su manto, tomó la toalla, echó agua en el lavatorio y comenzó a lavar los pies de sus discípulos; luego, los secó con la toalla que se había ceñido a la cintura. Estupefactos y avergonzados los discípulos tenían clavados sus ojos en él. Mediante este acto de humillación quebrantó el poder del egoísmo.

Un amor que estaba dispuesto a dar todo sin esperar nada a cambio hizo posible que hiciera este sacrificio. Tal amor no existe entre los hombres, pero ese amor estaba en el corazón de Jesús. No solamente quebrantó el poder del pecado sino también tomó el lugar más bajo entre todos los hombres para poder salvar a todos, incluyendo a los más despreciables entre ellos.

El lavamiento de los pecados. Jesús lavó los pies de los discípulos uno por uno hasta llegar a Simón Pedro. Pedro no pudo soportar más su pena. ¿Se humillaría el Señor a sí mismo por él? Le dijo, "¿Señor, tú vas a lavar mis

pies?" Era claro que Pedro estaba conmocionado por la humillación de Cristo, como debemos conmocionarnos nosotros cuando recordamos que era necesario para él humillarse.

Sin embargo, Pedro tuvo primero que inclinar su cabeza, como debemos hacerlo nosotros, aunque lo que Cristo hizo pueda parecernos extraño. El entedimiento llegará después, cómo Jesús le señaló a Pedro. Pero Pedro protestó, "¡No me lavarás los pies jamás!" El Señor derribó el orgullo testarudo de Pedro diciendo, "Si no te lavare, no tendrás parte conmigo". Pero ser parte de Cristo era lo que Pedro quería desesperadamente. Dijo, "¡Señor, no sólo mis pies, sino también mis manos y mi cabeza!"

Entonces Cristo le enseñó lo que este lavamiento de pies significaba. "Cualquiera que va a una cena generalmente se baña antes. Por el camino los pies en sus sandalias se cubren de polvo, pero una vez que ellos se lavan, todo el cuerpo está limpio. De la misma manera, ustedes ya han sido limpiados de sus pecados, como el bañarse en casa. Dios los ha perdonado para siempre. Sin embargo, sus pecados diarios—el polvo que viene del camino—mancha sus conciencias e interfiere con la comunión con Dios. Siempre estaré obrando para sacar estas manchas una y otra vez con el fin de que vivan en plena comunión con Dios. Y ahora están limpios, aunque no todos". El sabía quién lo traicionaría. ¿Qué diría el Señor Jesús si estuviera aquí en la tierra hoy, lo que efectivamente es una realidad . . . ?

El ejemplo. Volviendo a la mesa, Jesús les preguntó si habían entendido lo que él había hecho. "Les he dado un ejemplo" dijo. "Si yo, el Señor y Maestro, he lavado sus pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros porque un siervo no es mayor que su Señor, ni un mensajero mayor que el que lo envió. Y ustedes son mis mensajeros en el mundo". Esto se aplicaba a los discípulos y se aplica a nosotros también.

Lavarse los pies los unos a los otros no es lo mismo que hacer una buena obra ocasional. Debemos ser capaces de servir y aprender a ser el último. Es, sobre todo, la disposición de nuestro corazón la que determina nuestros actos de servicio. Debemos siempre estar listos para perdonar y así quebrar el poder del pecado en el mundo.

Jesús terminó diciendo, "Ahora que conocen estas cosas, bienaventurados sean si las hacen". ¿Pero cómo podemos aprender a humillarnos? Para empezar, nuestro orgullo debe ser quebrantado. Su amor lo capacitó para humillarse y nos ha enviado su Espíritu para darnos el poder de hacer lo mismo.

17: La roca

Juan 18:11-27

Juan no nos entrega un relato del juicio oficial ante el Sanedrín, sino que menciona la comparecencia provisional ante Anás y Caifás. Probablemente durante esta vista fue convocado el Sanedrín.

Quizás las casas de Caifás y Anás estaban ubicadas en el mismo patio interior pero en lados opuestos, de modo que incluso después que Cristo fuera llevado a la casa de Caifás, Pedro pudo haberse encontrado en el mismo patio, junto con los hombres de Caifás.

En este juicio provisional Cristo rechazo los cargos de haber complotado en secreto. El evangelio del reino es para la redención del mundo; es por lo tanto un asunto público. Sólo la "carne"* le teme como algo oculto y peligroso.

Pensamiento clave: *En su sufrimiento el Cristo es la roca sobre la cual podemos construir.*

Su rendición. El tiempo del sufrimiento y la muerte de Jesús no fue determinado por sus enemigos sino por Dios. Por eso sabía Jesús que el tiempo de su muerte había llegado. La noche antes de su sufrimiento él se fue al Getsemaní donde lo arrestaron. Allí luchó su batalla espiritual, al fin de la cual se rindió voluntariamente a los soldados del Sanedrín.

Que su entrega fue voluntaria es evidente por el hecho de que los soldados cayeron a tierra cuando Jesús dijo, "Yo soy". No podían echarle mano a menos que Dios lo permitiera.

---

*Para el significado bíblico de este término, véase Tomo III, p. 14—Trad.

Cuando se dio a conocer por segunda vez, dijo, "Si me buscan a mí, dejen ir a estos hombres". Se lanzaba a la brecha por sus discípulos. De la misma manera se dio a sí mismo por nosotros, para que pudiésemos quedar libres.

¡Qué burla hizo su rendición de los soldados! ¡Habían venido con antorchas y armas como si esperaran encontrarlo escondido entre las matas, preparados para pelear! Toda su vida la vivió abiertamente al igual que su muerte. Esta franqueza hizo de su obra el fundamento para la vida. No fue la obra de las tinieblas, hecha con subterfugio o fuerza.

La caída de Pedro. Primero, los soldados llevaron a Jesús a la casa de Anás, suegro de Caifás, el sumo sacerdote. Caifás también estaba presente. Juntos le concedieron una vista provisional. En aquellos días todo el Sanedrín tenía que ser convocado para el juicio oficial. Anás y Caifás pensaban interrogar a Jesús para poder más tarde acusarlo oficialmente ante toda la asamblea.

En Getsemaní todos los discípulos, incluyendo a Pedro, habían huido. Jesús les había advertido de ello previamente. Cuando Pedro había dicho que nunca abandonaría a su Señor, el Señor Jesús había predicho que él de hecho lo negaría tres veces. Aunque Pedro había protestado vehemente, él también huyó. Sin embargo, inmediatamente se sintió avergonzado y regresó.

Había un discípulo no identificado, conocido del sumo sacerdote, que también había entrado a la casa de Anás. Habló en favor de Pedro para que la muchacha que cuidaba la puerta lo dejara entrar.

Esta muchacha problablemente sabía que Pedro era un discípulo del Señor Jesús y luego se acercó a Pedro y le preguntó si él también era uno de los discípulos del prisionero. Se perturbó Pedro. Se había aventurado en las fauces del león y ahora no se atrevía a admitir que pertenecía a Jesús. Balbuceó una negativa.

Ahora había negado a su Maestro. Anteriormente Jesús había cautivado su imaginación y espíritu y le había dicho que sería llamado Pedro, una roca. Jesús sabía cuán inestable era Simón, hijo de Jonás. Simón había querido mostrar más firmeza de carácter y Jesús había predicho que llegaría a ser. ¿Qué pasó con esa promesa? Su impetuosa confianza en sí mismo había resultado en una negación traicionera. El era todavía el mismo Simon.

Solamente por la fe podría Simón llegar a ser un Pedro. No había actuado en fe, sino con amor propio.

La confesión fiel. Mientras tanto había comenzado la vista provisional del Señor Jesús por Anás y Caifás. Lo interrogaron acerca de sus discípulos y su enseñanza. ¿Qué clase de doctrina secreta, celosamente guardada de los

extraños, estaba enseñando? ¿Quiénes eran los otros conspiradores? Estaban seguros que Jesús y sus discípulos habían estado maquinando algo siniestro.

¿Qué podriá decir Jesús? Ciertamente, no podía, tomarlos en serio. Por el contrario, rechazó los cargos de intriga, diciendo que toda su enseñanza había sido expuesta en lugares abiertos al público; nada había enseñado en privado a sus discípulos. Y debido a que siempre se había mostrado en público todos también conocían a sus discípulos. El sumo sacerdote no tenía que interrogarlo a él, señaló Jesús, porque sus oyentes podrían testificar de lo que él había dicho.

El reino de Dios no es algo escondido en el mundo; no está abierto solamente a los de dentro. Es para el mundo porque ha sido anunciado abiertamente. Todo aquel que cree lo conocerá y verá. Aquel también pertenece a sus discípulos y encuentra en el evangelio del reino el fundamento de su vida. Pero aquellos, como Anás y Caifás, que son desobedientes al evangelio, le temen como a un complot secreto para echar abajo el orden social.

Así es como Jesús testificó de su obra en el juicio. No negó ser llamado, aunque uno de los suyos estaba en esos precisos momentos negándolo a él. Parecía como si su obra hubiese sido hecha en vano. Y sin embargo, no sería en vano. En sí mismo Pedro no era la roca; Cristo era la roca. Jesús hizo su confesión en su propia fuerza divina. Debido a esa confesión él también moriría y expiaría los pecados de su pueblo. De manera que llegaría a ser la roca sobre la cual se edifica la vida.

Pero esa vida es edificada sobre la roca por fe. Solamente por la fe Simón llegaría a ser Pedro. Por la fe, también, nuestras vidas estan ancladas en la roca.

Inmediatemente, Jesús fue llamado a sufrir por aquella confesión abierta. Uno de los siervos lo golpeó en la cara, diciendo, "¿Así es como le hablas al sumo sacerdote?" Jesús simplemente contestó, "Si he hablado mal, dime que es. Pero si he hablado la verdad ¿por qué me golpeas?" El honor de su palabra y obra así como lo sagrado del llamado de su Padre estaban en juego, no solamente su dignidad personal.

Caído y salvado. Después de este juicio provisional Jesús fue llevado a la casa de Caifás para ser procesado oficialmente por el Sanedrín. La casa de Caifás estaba al otro lado del mismo patio. Pedro estaba en el patio todavía, junto al fuego. Allí negó a su Maestro dos veces más, una vez a sus superiores y una vez a un pariente de Malco, el siervo del sumo sacerdote cuya oreja Pedro había cortado en el Getsemaní.

La primera vez Pedro no llegó al arrepentimiento. Confundidos en nuestro pecado vamos de mal en peor. ¿Qué otra cosa puede posiblemente salvarnos sino el amor de Cristo? Podemos negar nuestro vínculo con él, pero él no niega

lo suyo. No lo negó delante del sumo sacerdote ni lo niega ahora. Una y otra vez nos busca. Puede usar toda clase de medios para traernos al arrepentimiento. Así que, el canto del gallo le recordó a Pedro la advertencia que había recibido. Pedro ahora reconoció el amor de Cristo expresado a él en aquella advertencia. A través de ese amor, que es más fuerte que cualquier cosa, Pedro vino al arrepentimiento. Y a través de ese amor aprendió a amar con un poder más fuerte que la muerte misma.

18: No de este mundo

Juan 18:28—19:16

El hecho de que el reino de Cristo no es de este mundo no significa que no sería revelado en nuestra historia, ni que no entrará en nuestra vida en este mundo. El texto original griego dice que el reino no es "de" o "desde" (griego, ek) este mundo. El reino no tiene su principio (origen, raíces) en este mundo que dice ser autosuficiente desde que se ha separado de Dios. Más bien, el reino de Cristo tiene su origen en la gracia de Dios. En todo reino que tiene su origen en este mundo, la autopreservación es el factor dominante. Si el reino de Cristo fuera "de este mundo", sus siervos necesariamente habrían peleado para impedir su arresto.

No quiero decir que todo reino terrenal tiene su raíz en este mundo. La autoridad del gobierno como tal es de Dios y tiene su origen en la gracia de Dios. Si el gobierno así como los súbditos reconocen esta verdad, tal reino no es "del mundo" sino que puede ser de servicio al reino de Cristo. Por supuesto que un gobierno puede estar en el servicio de Cristo solamente con la autoridad limitada que le ha sido dada. Sin embargo, un reino terrenal no está necesariamente en conflicto con el reino de Dios. La defensa nacional y la aplicación de la ley no están en conflicto con el espíritu del reino de Dios. ¡Si tan sólo se usaran las armas para el mantenimiento de la justicia de Dios y no para la autopreservacíon!

Pensamiento clave: *Rechazar a Cristo significa rechazar el reino de los cielos.*

El reino de la verdad. Una sesión oficial del Sanedrín subsecuente al juicio provisional por Anás y Caifás sentenció a muerte a Jesús. En las primeras horas de la mañana fue conducido a través de las calles de Jerusalén al palacio del gobernador romano Poncio Pilato. El estaba en Jerusalén para las festividades. El Sanedrín quería entregar a Jesús a Pilato para que él lo sentenciara a morir

a la manera romana (por crucifixión). No se les permitia a ellos apedrearlo hasta morir, por lo cual se lo entregaron a los gentiles.

No entraron al palacio con su acusado, probablemente porque había pan con levadura presente en ese lugar. Si entraban al palacio se harían impuros y no podrían celebrar la Pascua. Pilato los complació y salió a ellos. Cuando preguntó acerca de los cargos, ellos respondieron con insolencia, "Si este no fuera un criminal ciertamente no te lo habríamos entregado". Le pidieron a Pilato que endosara la sentencia que ellos habían pronunciado. Preferían no sostener otro juicio ante Pilato porque su acusación probablemente significaría muy poco para él. Pero Pilato no lo veía de ese modo. "¿Por qué no lo toman ustedes y lo juzgan según sus propias leyes?" Entonces admitieron que ya habían pronunciado la sentencia de muerte y necesitaban que él, Pilato, la llevara a cabo. Jesús había predicho esta secuencia de acontecimientos hacía mucho tiempo; todo esto sucedía de acuerdo a su presciencia y en conformidad con su sacrificio voluntario.

Le informaron a Pilato de la acusación específica: Jesús se había llamado rey de los judíos. Pilato hizo llamar a Jesús y le preguntó, probablemente con sarcasmo fino, si él era el rey de los judíos. ¿Cómo podría responder Jesús la pregunta? El era, después de todo, rey de los judíos, aunque no de la manera que Pilato lo entendería. Por eso Jesús contestó haciendo otra pregunta: "¿Es tu pregunta genuina, hablas en serio, o solamente estás siguiendo el juego?" Pilato respondió con arrogancia que él no era judío y que nada sabía de las disensiones que había entre ellos. Bajo ninguna circunstancia sería él interrogado por un criminal. Insistió que Jesús le dijera lo que había hecho. Al hacerlo así, el gobernador esquivaba el intento del Señor de hacerlo oír el evangelio de la gracia.

A pesar de que Pilato lo rechazaba, el Señor Jesús continuó proclamándole el evangelio. Su reino no era de este mundo pecaminoso en el cual cada uno busca lo suyo, de otro modo sus siervos habrían también luchado para defenderse. Su negativa a pelear era prueba que su reino no era de este mundo. Tenía su origen en la gracia de Dios; era el reino de los cielos.

Desconcertado, Pilato preguntó, "¿Entonces eres un rey?" Solemnemente el Señor Jesús respondió que aceptaba el título aunque no en el sentido que Pilato entendería. Había nacido y había venido al munco como Rey de un reino de la verdad; la gracia de Dios debe conquistar y reinar sobre el pueblo. Todo aquel que nace de nuevo de esa verdad oiría su voz y lo reconocería como rey. Tal persona encontrará la certidumbre fundamental de la vida en ese reino.

¿Qué podían significar estas palabras para Pilato, un hombre que había abandonado la verdad y la certidumbre interior? Pilato tomaba la vida como

venía y no buscaba la luz de la gracia de Dios. Así que se encogió de hombros y suspiró, "¿Qué es la verdad?" Y, en realidad, nadie enterderá la verdad y el reino de la verdad sino aquel a quien le es revelado. Pero cómo sufría el Señor Jesús bajo este desprecio por su reino. En los ojos del gobernador romano su reino era una ilusión.

Poder dado sobre el Cristo. Pilato condujo a Jesús fuera del palacio y declaró que no lo había encontrado culpable de ningún crimen. Esto produjo semejante alboroto entre los judíos que el gobernador volvió atrás; tentativamente entregó al Señor para que fuese azotado.

Pero Pilato hizo aún un esfuerzo por salvarlo de los airados judíos. Salió afuera y le dijo al pueblo que traería a Jesús allí una vez más. Jesús llegó llevando una corona de espinas en su cabeza y vestido con un manto de púrpura, objetos diseñados para mofarse de su alegada realeza. Señalándolo, Pilato dijo, "Aquí está el hombre. No encuentro crimen en él". Si Pilato contaba con el sentido de compasión de los judios, estaba totalmente equivocado. Su sed de sangre se había encendido; demandaban que Jesús fuese crucificado. Pilato quería rechazar cualquiera responsabilidad y les dijo que ellos tendrían que hacerse responsables por esta crucifixión porque él no encontraba motivo para acusar a Jesús. Los judíos respondieron que ellos asumían toda la responsabilidad, porque de acuerdo a sus leyes el hombre merecía la muerte por haberse llamado el Hijo de Dios.

Los judíos estaban expresando aquello a lo que Jesús ya había hecho alusión cuando dijo que su reino no era de este mundo. Pilato estaba conmocionado por estas acusaciones. Hizo entrar nuevamente a Jesús y le preguntó de dónde venía. ¿Era él un hijo de los dioses? Un temor supersticioso había sobrecogido a Pilato. Pero no recibió respuesta. El Señor Jesús nunca rehusó una respuesta a quien estuviera deseoso de la salvación, pero no cooperaría con alguien que trataba de deshonrarlo. Cómo humillaba a Pilato esto. ¡Pero cómo hacía sufrir a Jesús esta clavada de palabras y dobles sentidos!

Intrigado, Pilato le preguntó por qué no respondía. ¿No se daba cuenta, preguntó Pilato, que él tenía el poder para crucificarlo o dejarlo libre? "No tendrías poder sobre mi", contestó Jesús, "si no te fuese dado por mi Padre. Estoy en tu poder sólo porque el Padre así lo decreta. Como rey en el reino de la gracia de Dios seré ahora condenado por ti para que por mi sufrimiento y muerte yo pueda darle su fundamento a ese reino. Algún día también, todos los reinos de la tierra serán gobernados por mi reino. Por el momento, sin embargo, estoy en tus manos". Se rendía así voluntariamente al poder de la autoridad temporal. Del mismo modo su propio pueblo tendría aún que sufrir

opresión e injusticia. Pero el sufrimiento solamente consolidará el reino de la gracia de Dios.

Pilato nada entendió de esto. La razón, por supuesto, era su pecado y el pecado de todos los gentiles; las naciones habían abandonado el pacto de Dios. Pero el Sanedrín y el sumo sacerdote tenían mayor pecado porque ellos tenían conocimiento del pacto de Dios.

No tenemos más rey que César. Después de esta conversación, que después de todo había impresionado mucho a Pilato, éste hizo varios intentos por dejar libre a Jesús. Sin embargo, no tuvo éxito. Los judíos amenazaron con informar al emperador en Roma acerca del hecho. El Señor Jesús había afirmado ser el rey de los judíos. Por lo tanto él era un rebelde y un enemigo del emperador. Merecía ser ejecutado.

Frente a este chantaje Pilato se derrumbó. Trajo a Jesús fuera y se sentó en la silla del juez. Señalando al Señor Jesús, dijo, "He aquí vuestro rey". Pero ellos gritaban, "¡Fuera con él! ¡Fuera con él! ¡Crucifícalo! No tenemos más rey que César". De este modo traicionaron no sólo sus esperanzas de independencia política sino también sus esperanzas del reino de Dios. Por el contrario, escogieron el *status quo* dominado por el Sanedrín, un reino de este mundo . . . .

Por fin, Pilato entregó a Jesús para ser crucificado y los soldados se lo llevaron. Así es que el Rey del reino de la gracia de Dios fue condenado y rechazado. Afortunadamente este sufrimiento sólo sirvió para ganar la victoria por aquel reino eterno. Mediante su sufrimiento él quiso hacer expiación por el pecado de rechazo, del cual todos nosotros somos culpables.

19: La ofrenda de amor

Juan 19:17-42

Juan describe algunos sucesos que no se mencionaron en los otros evangelios. Solamente me referiré a estos sucesos en este capítulo. El sacrificio que Cristo hizo en amor se encuentra aquí en primer plano.

Juan intencionalmente no menciona el sufrimiento más severo de Cristo, su abandono por Dios. Sin embargo, sí menciona que Cristo, antes de declarar, "consumado es", también dijo, "tengo sed". Su sed nos da cierta comprensión del sufrimiento que él ya había padecido. No había mencionado su sed antes; simplemente estaba dispuesto a sufrirla. Su sed simbolizaba su sed espiritual por la comunión con el Padre y con otros seres humanos, una comunión que le fue negada.

Pensamiento clave: *Cristo trae su ofrenda de amor.*

Echando suertes sobre su túnica. Cuando los soldados hubieron conducido a Jesús al Gólgota, lo crucificaron entre dos malhechores. Pilato había ordenado poner sobre su cabeza una inscripción que decía: *"Jesús nazareno, rey de los judíos"*. Con este letrero Pilato se mofaba y se vengaba de los judíos porque ellos lo habían forzado a ser parte de esta sentencia.

Ante los ojos mismos de Jesús los soldados se repartieron sus vestiduras en cuatro partes. Habían terminado ya con él y podían proceder a repartir sus pertenencias. Sin embargo, su túnica era algo especial, una vestidura tejida de una sola pieza sin costura. Había sido el regalo de amor de alguien para honrarlo. Los soldados no querían romperla, de modo que echaron suertes sobre ella. Esto también había sido predicho en las Escrituras (Sal. 22:18).

Jesús voluntariamente rindió esta prenda de amor con el fin de ganar para su propio pueblo el derecho de amarlo, y a través de él, de amar a Dios también. A través de su sufrimiento muchos llegarían a honrarlo con dones de su amor.

¡Mujer, he ahí tu hijo; hijo, he ahí tu madre! Varias mujeres estaban allí cerca de la cruz, entre ellas su madre María. Juan, su discípulo, también estaba cerca. Estaban traspasados de dolor por la crucifixión. Más profundo era el sufrimiento de Jesús debido al sufrimiento de ellos, especialmente el de su madre (Is. 53:4). El conoce nuestro sufrimiento en carne propia.

Además, había que terminar ahora las relaciones personales de treinta y tres años de su vida. Luego de su victoria él se iría a otra vida. Ciertamente esa vida tenía sus propias relaciones de naturaleza más sublime, pero él sería conocido primeramente como la Cabeza de su pueblo; el lazo personal con María ya no existiría más. Ella ya no sería más su madre, sino simplemente una que tendría su propio lugar entre el pueblo que él había comprado con su sangre. Por lo tanto él tenía que despedirse de María como su madre. Se daba cuenta cómo le afectaría a ella el término de la relación madre-hijo porque por el momento ella no podría ver el orden de relación más elevado que su sacrificio traería. Y Jesús sufría bajo esta realización porque en ninguna manera estaba gozando de esta relación más elevada ahora. En esos momentos él solo se sentía afligido y abandonado.

Pero aun mientras decía adiós proveía el consuelo para su madre. Se le dio a Juan como su hijo como alguien que tomaría su lugar para cuidarla y designó a María para ser la madre de Juan; había nacido una nueva relación, una relación que fue atesorada por ambos como evidencia del amor de Cristo por ellos. Sin embargo, el Señor Jesús sacrificaba algo de inmenso valor al hacer esto. Ahora él entraba a una soledad aún mayor. No obstante, obtuvo para sí el derecho de establecer aquellas relaciones espirituales más elevadas y eternas.

Mientras estamos en la tierra siempre experimentamos la rotura de relaciones. Sin embargo, si estos lazos son santificados por el amor de Jesús la brecha inevitable no es permanente. Por el contrario, los lazos interpersonales que tenemos aquí en la tierra son transformadas en lazos de un orden más elevado.

Tengo sed. Jesús había estado sufriendo en la cruz varias horas. Nunca podremos entender completamente lo que él sufrió. Tanto Dios como el hombre se volvieron contra él. Experimentó el infierno del abandono. Su sufrimiento físico contribuyó a ello; el dolor agudísimo lo hacía consciente de que todos, especialmente Dios, lo habían abandonado. Eso, para él, era una

dolorosa realidad. Una sed insoportable intensificaba su sufrimiento. ¡Cuánto tiempo había pasado desde que había bebido algo! Su sed se agregaba a todas las otras angustias que había experimentado desde su arresto, desde los golpes despiadados hasta los rayos del sol cruel. Y no había alivio, ni siquiera un vaso de agua para apagar su sed, ni tampoco una sola palabra de Dios que calmara su terror. Más que sed de su garganta seca, su alma tenía sed de comunión con Dios. Pero ambas cosas le fueron negadas.

Sin embargo, él sufría voluntariamente. Si nosotros tenemos agua en abundancia, es porque él sufrió sed. Y nuestro consuelo en la comunión con Dios se lo debemos a él, quien obtuvo la comunión para nosotros. Si, por otra parte, carecemos de algo aquí en la tierra, no debemos decir que lo que queremos por sobre todas las cosas es gozar la vida. Jesús voluntariamente renunció a todo placer con el fin de obtener para nosotros la comunión con Dios. Esa comunión, por lo tanto debe ser nuestro objetivo principal en la vida. Por todo lo demás que no sea la comunión que él quiera darnos aquí en la tierra, debemos esperar en el Señor y recibir con gratitud aquello que él nos dé. Un día nuestros deseos santificados se cumplirán a la perfección.

Un soldado mojó una esponja con vinagre, clavó la esponja en una caña de hisopo y la levantó hasta sus labios. Jesús lo bebió porque sabía que su más terrible sufrimiento, el ser abandonado por Dios, había acabado. La batalla había sido peleada y el sacrificio se había cumplido. No había amado a sí mismo más que a Dios sino que había dado a sí mismo para recobrar el mundo para Dios. Por eso es que ahora él dijo, "Consumado es".

Ahora se había cumplido todo lo necesario para la redención del mundo y la humanidad. No se nos demanda hacer una contribución de nuestra parte como, por ejemplo, nuestras buenas obras. Su amor era perfecto y así también lo fue su ofrenda de amor. Todos los suyos son salvos completamente por ese sacrificio.

Entonces "entregó su espíritu" y rindió su ofrenda de amor a Dios como pago total por nuestro pecado. De este modo el Señor compró nuestra libertad.

Ninguno de sus huesos será quebrado. Era ya la tarde del viernes. A la puesta del sol comenzaría el sábado. Y este era un sábado especial, porque era la Pascua. Los criminales que se consideraban malditos, no podían ser dejados colgando de la cruz hasta la noche porque en ese caso la tierra sería profanada. Por eso los judíos pidieron a Pilato que hiciera matar y enterrar a los crucificados. Pilato accedió a su petición.

Por lo general daban muerte a los criminales crucificados quebrando sus piernas y atravesando el corazón con una lanza. El quebrar sus piernas era aún

otra tortura. Este procedimiento fue seguido en el caso de los dos malhechores, pero el Señor Jesús ya había muerto.

Para asegurarse de ello, uno de los soldados clavó una lanza en su costado y partió su corazón, causando brotar sangre y agua repentinamente de la herida. Dios intencionalmente decretó esto. Hizo que Juan, un testigo ocular, lo registrara en su evangelio para nosotros, para que nadie pudiera alguna vez dudar que el Señor Jesús realmente había muerto. El selló su ofrenda de amor con su muerte.

Sus piernas tampoco fueron quebradas y así fue puesto su cuerpo sin defecto en la tumba. Esto también fue el cumplimiento de una profecía. No podía quebrarse ningún hueso del cordero pascual que había de comerse; era servido entero. A través de esta señal el Señor prometió que su pueblo como un todo sería salvo. Serían restaurados como una unidad. El cuerpo sin quebrar del Señor Jesús nos profetiza que su cuerpo espiritual, es decir, su pueblo, permanecerá sin quebrar y que un día será restaurado a la unidad. Esperamos que esta profecía se cumpla en gloria.

Su costado traspasado también nos recuerda el versículo de las Escrituras "Mirarán a aquel que traspasaron". Esa promesa también se cumplirá. Creyentes de toda la historia han admitido que han sido ellos que de verdad mataron a Cristo. Aquellos que no creen también serán confrontados con él, a quien en su enemistad, persiguieron y mataron.

Su sepultura. José de Arimatea obtuvo permiso de Pilato para enterrar el cuerpo de Jesús, como era el derecho de la familia. Los malhechores probablemente recibieron una sepultura sencilla, posiblemente en una tumba común, pero Dios concedió al Señor Jesús una sepultura que profetizaban cosas venideras.

José de Arimatea era un discípulo de Jesús. Sin embargo, debido a su temor de los judíos nunca lo había admitido abiertamente. Ahora, mediante esta acción él lo estaba confesando públicamente porque el cuerpo fue puesto en la tumba de su familia que estaba cerca. Además, se acercó otro discípulo secreto, Nicodemo, un miembro del Sanedrín judío. Trajo una cantidad de mirra y áloes, declarando abiertamente su amor de este modo.

Habría sido fácil para estas personas prominentes permanecer ocultos en estos momentos. No había ya ninguna razón para negar nada. Y sin embargo, precisamente en esos momentos, se mostraron públicamente, incluso más rápidamente que los otros discípulos. El amor de Jesús era la causa de estas profesiones de fe. Su amor los impulsó a testificar públicamente. Esto ciertamente era prueba que su vida no había acabado. En los corazones de los

suyos él no había sido sepultado; en ellos su amor estaba vivo. Mediante su sepultura él obtuvo el derecho a morar dentro de los corazones de su pueblo para siempre.

Juan
La victoria del amor

20: La resurrección del amor

Juan 20:1-18

Especialmente en esta sección debemos enfocar nuestra atención no tanto en los discípulos y María como en Cristo. Con él ha resucitado también el amor. El busca a los suyos y hace que el amor nazca en ellos.

Cuando Juan vio la condición de los lienzos en la tumba entendió que el cuerpo no había sido "robado". Por consiguiente, creyó. De repente recordó las palabras de Cristo acerca de la resurrección. Pero su fe todavía era débil y evidentemente no se atrevía hablar aún con Pedro acerca de la ausencia del cuerpo. Hasta ahora ellos no habían entendido por las Escrituras que Jesús había de levantarse de entre los muertos (v. 9). La fe de Juan todavía no se fundaba en el entendimiento total de las Escrituras.

La fe de María aún se fundaba demasiado en su experiencia de la misericordia que el Señor le había mostrado. Por esa razón su fe era demasiado dependiente de la presencia de él. La muerte de Cristo la había confundido totalmente. Cuando ella lo reconoció, esperaba la restauración de su relación con él de antes, como se demuestra por la manera en que se dirige a él: ¡Raboni! Sin embargo la fe no puede fundarse simplemente en ver a Jesús; la fe abarca toda la palabra de Dios. La aparición sólo confirma que la palabra es verdad.

Pensamiento clave: *En el Cristo el amor ha resucitado.*

La búsqueda de María. Después del entierro las mujeres que habían conocido a Jesús estaban muy agitadas. Inmediatamente después del sábado, al amanecer del domingo, fueron a la tumba esperando atender el cuerpo, lo que no habían podido hacer el viernes. Cuando llegaron a la tumba encontraron

que, inexplicablemente, la piedra había sido quitada. Una de ellas, María Magdalena, pensó que el cuerpo había sido robado. Esto la molestó tanto que inmediatamente regresó a Jerusalén para avisar a Pedro y Juan. Sin suficientes pruebas, dijo, "¡Se han llevado de la tumba al Señor y no sabemos dónde lo han puesto!"

María siempre había tenido un vínculo muy especial con el Señor Jesús. El había expulsado siete demonios de ella. Su vida había sido puesta en peligro porque estaba controlada por poderosos espíritus. Solamente Jesús pudo atar a aquellos espíritus. Desde entonces ella había sido guiada por su amor. Ella lo siguió constantemente y no podía estar sin su presencia. Sin embargo, confiaba demasiado en aquella única experiencia y demasiado poco en la perspectiva total de su palabra. La fe en la palabra del Señor puede ser muy intensa aun cuando él no sea visible; por eso es que cuando ya no lo veía, estaba, muy turbada.

Sin embargo, el vínculo entre Jesús y María permanecía. Esto era muy evidente por la presencia de María cerca de la tumba; de alguna manera María fue atraída hacia allí. ¿Qué era sino el amor de Cristo? ¿No probaba esto que Cristo y su amor estaban vivos? El amor de Cristo llevó a María a buscar ese mismo amor, algo que ella hasta ahora no había entendido. Del mismo modo, Cristo nos insta a buscar, aunque a menudo no sabemos exactamente lo que estamos buscando.

Pedro y Juan atraídos. Avisados por María, Pedro y Juan también fueron a la tumba. Juan no despreciaba a Pedro por haber negado a Cristo. Recordaba su propia falta de valor y conoció también el amor perdonador del Señor Jesús. ¡Cómo vivía Cristo en sus vidas a pesar de que había muerto! Su amor no había muerto sino que había resucitado con nuevo poder.

Pedro caminó más lentamente que Juan, lo cual no era habitual. La vergüenza de su negación era sin duda la causa de ello. Juan echó primero un vistazo dentro de la tumba, aunque su amor lo hacía vacilar en entrar. Entonces Pedro entró en la tumba, seguido inmediatamente por Juan. Vio el sudario enrollado en un lugar aparte. Este nitidez descartaba la posibilidad de que la tumba hubiese sido profanada. Juan se acordó de repente de lo que el Señor había dicho acerca de su resurrección. ¿Le recordaba el orden en la tumba la atención dada por Cristo a los detalles, tal como en sus grandes milagros?

Sin embargo, la fe de Juan era débil aún. Anteriormente no había entendido el mensaje de las Escrituras acerca de la muerte y resurrección de Cristo. Aun ahora su fe no estaba basada en las Escrituras. Jesús tendría todavía que enseñar a sus discípulos la perspectiva total de las Escrituras. No entendiendo, Juan no

se atrevió comentarlo con Pedro. Sin embargo había comenzado a nacer en Juan la esperanza de que aún vería a Cristo en su gloria. El amor de Cristo estaba vivo y conquistaría el mundo. Si creemos estas cosas sobre la base de las Escrituras, también recibimos el poder para testificar.

Pedro no había llegado a ese punto aún. Entre él y la fe permanecía su negación. No podía creer que un día todo estaría bien nuevamente y que escucharía de los labios de Jesús mismo que había perdón para sus pecados. Jesús tenía que reclamar a Pedro, lo que en efecto procedió a hacer. No podemos creer en la resurrección sin que libera nuestra vida entera. Si la fe en la resurrección no nos libra, no podemos creer verdaderamente.

El amor de Jesús reclama a María. María volvió a la tumba y quedó allí sola. ¿Qué más podía hacer? Se inclinó para mirar al interior de la tumba y vio dos ángeles dentro. Los vio recién en ese momento, porque el Señor de repente había abierto sus ojos. Comenzaba a estar consciente de la presencia de Dios. Pero aquella presencia era aún lejana, lo que explica por qué no estaba impresionada por la presencia de estos ángeles. Cuando ellos le preguntaron por qué estaba llorando, contestó, "Porque se han llevado a mi Señor y no sé donde lo han puesto".

Entonces ella tenía la sensación de que alguien estaba detrás suyo. Volviéndose vio a Jesús. El amor de Jesús no había muerto. Su amor había conquistado la muerte mediante la expiación por nuestros pecados, porque era un amor divino, no simplemente humano. Su amor humano había nacido de su amor divino y por lo tanto era omnipotente. Ahora su amor buscaba a María. Y buscaba a ella primero porque de todos los seguidores de Jesús María era la más alejada de su amor.

Pero María no lo reconoció, en parte como resultado de la gloria que Jesús había recibido a través de su resurrección, pero también debido a que ella falló tan miserablemente en reconocer su nueva gloria. Ella estaba tan enceguecida por su dolor que no podía comprender la gloria de su palabra. En su ignorancia lo tomó por el jardinero y le preguntó si él se había llevado el cuerpo por órdenes de José de Arimatea.

Jesús sólo dijo: "¡María!" Su amor salió hacia ella. Le mostró que comprendía su dolor. La trajo a su amor misericordioso. Al mismo tiempo, confrontándose a sí misma, ella reconoció su dolor como una forma de incredulidad.

Volviéndose ella gritó, "¡Raboni!" y corrió para agarrarlo. Ahora que él había regresado a ella, María no quería dejarlo ir jamás. Se dirigió a Jesús usando el título que había usado tantas veces antes. Pensaba que el pasado

había sido restaurado ahora, pero no sería así. Ella tendría que aprender a aceptar su palabra como su pan cotidiano, porque pronto él dejaría a sus seguidores. Iba a ascender a su Padre, señalando el comienzo de su reinado de amor a través del Espíritu Santo. Pero por medio del espíritu de su amor él estaría más cerca de María que si ella abrazara a sus pies. Por eso Jesús le dijo que no lo tocara. El ascendería a su Padre, a quien María conocería como su propio Padre, a su Dios, a quien María conocería como su propio Dios. La presencia de Jesús con el Padre nos traería a la comunión con Dios.

Mediante la fe basada completamente en su palabra, María proclamaría el mensaje de que Cristo ascendería, comenzando su reinado de amor y, a través de su Espíritu y nuestra fe, traernos a la comunión con Dios. Por la fe María relató este mensaje a los discipulos. De la misma manera la fe en el triunfo del amor de Cristo nuestros corazones son llenados e impulsados a testificar.

21: Cristo, el Hijo de Dios

Juan 20:19-29

La fe en la resurrección del Cristo se basa no en su aparición, sino en la palabra de Dios. La aparición sólo confirma que la palabra de Dios es verdad. Esa fue la experiencia de todos los discípulos, incluso Tomás. Este mismo pensamiento se encuentra en las palabras, "Bienaventurados los que no han visto y sin embargo han creido".

No es posible tener simplemente una fe histórica en la resurrección de Cristo. La fe en su resurrección también implica la resurrección de la vida del creyente. Esta fue una de las razones por qué los discípulos no podían creer en un principio, particularmente Tomás. No creían que la vida había ganado la victoria; mantenían la redención a la distancia. Era algo tan grande para ellos que no podían creerlo.

De modo que no debemos explicar la incredulidad de Tomás por su disposición pesimista. Al máximo el pesimismo contribuía a la incredulidad de los discípulos. Por lo tanto, Cristo no trató la incredulidad de Tomás con una terapia sicológica sino que lo declaró culpable de incredulidad. Al mostrar la incredulidad como pecado, la conquistó.

Repetidamente Cristo mostró las marcas de sus heridas. Al hacerlo no sólo hizo que sus discípulos vieran que él había resucitado en la carne. También los hizo comprender que su sufrimiento había sido voluntario, porque salió victorioso. De este modo su sufrimiento había sido una ofrenda por el pecado. Así su bendición—"¡Paz a vosotros!"—llegó a tener su significado pleno para ellos. Ahora ellos también habían resucitado.

Si ellos creían, podrían también ser enviados. Para esta misión Cristo les dio su Espíritu Santo por medio del cual ellos llevarían la palabra de Dios al mundo. Por medio de esa palabra perdonarían o no perdonarían pecados. Los pecados de todos los que creyeron en esa palabra serían perdonados. La iglesia es ahora la portadora de esa palabra. Y siendo creada por la palabra y sujeta a ella, debe ahora también perdonar el pecado.

Pensamiento clave: *La revelación del Resucitado como el Cristo, el Hijo de Dios.*

La resurrección. Más tarde en el día de la resurrección los discípulos se reunieron. María Magdalena, entre otros, había visto al Señor Jesús y había difundido la noticia de la resurrección. Esto había reunido nuevamente a los discípulos. Esperaban sinceramente que el mensaje de María fuera cierto, pero apenas podían creerlo. Si era cierto que el Señor Jesús había resucitado, la vida de cada uno también estaba redimida. En realidad, el mundo entero estaba redimido. Era demasiado maravilloso para creerlo. ¿Habría hecho Dios tal milagro?

Aún no podían creerlo y por eso no habían logrado la victoria todavía. Todo el mundo judío permanecía hostil, un poder temible. Que ellos conquistarían al mundo judío y gentil en el nombre de Jesús era algo que todavía no podían imaginar. Todavía vivían con temor de los judíos y por eso guardaban las puertas cerradas. Así de temorosos, no estaban preparados para ir al mundo. Tendrían primero que despertar a la fe.

Entonces, de repente, Cristo apareció en medio de ellos. Aparentemente había abierto la puerta sin ser notado. "Paz a vosotros", dijo, su saludo de antes. Les mostró sus manos y su costado; ellos vieron las marcas de su sufrimiento. Percibieron no solamente que era realmente Jesús resucitado en la carne, sino que por la fe vieron su triunfo sobre el sufrimiento y la muerte. Se dieron cuenta que él siempre había sabido que volvería de la muerte. Era claro que aquel sufrimiento había sido un acto voluntario, un sacrificio por la expiación de nuestros pecados. Ahora él les distribuía los frutos de su sacrificio. Había ganado la victoria sobre la muerte para ellos. Ahora era su privilegio compartir esa victoria. También ellos habían conquistado el pecado y la muerte. Su vida en comunión con el Cristo y a través de él con Dios nunca moriría aunque ellos todavía tenían que morir. Sintieron completa felicidad cuando vieron al Señor. Creyeron la palabra de la resurrección que él les había dicho antes.

Nuevamente les dijo, "¡Paz a vosotros!" Tenían que darse cuenta totalmente de la paz que él les traía a través de su resurrección. El saludo no fue simplemente algo informal; realmente la paz fue comunicado a ellos. Si creemos en Cristo como el Señor resucitado, tenemos paz porque compartimos la victoria sobre el pecado y la muerte.

La misión. Ahora que ellos creyeron y fueron despertados a una nueva esperanza, el Señor Jesús podía enviarlos al mundo. Ya no estaban dominados por el temor. Llevarían el mensaje a todos. Por lo tanto, el Señor dijo, "Como

me envió el Padre, así también yo os envío" (v. 21 cf. Jn. 17:18). De su propia misión el Señor Jesús tuvo el poder para comisionar a sus discípulos. Fue su comisión lo que les dio osadía y confianza. Esa misma comisión nos da a nosotros una tarea en el mundo.

La comisión de los discípulos, sin embargo, fue muy especial. Por un lado ellos eran los primeros. Por otro el Señor puso su palabra directamente en sus bocas por medio de su Espíritu Santo. Por lo tanto, les dijo, "¡Recibid el Espíritu Santo!" Como prueba de que él les daba el Espíritu Santo, sopló sobre ellos. Debido a esa señal, sería más fácil para ellos abrir sus corazones en fe para recibir el Espíritu Santo. Incluso esta obra especial del Espíritu Santo, que llegaría a ser su porción, tendría que ser recibida por la fe. Cada vez que ellos proclamarían la palabra de Dios por el Espíritu Santo, los hombres y mujeres o serían liberados de sus pecados por esa palabra o serían condenados aun más. La palabra o liberaría a través del perdón o condenaría al hombre a sus cadenas.

Gracias a Dios esta palabra de los apóstoles, la palabra de Dios, no se ha perdido sino que ha sido preservada en la Biblia. La iglesia tiene que ser ahora la portadora y proclamadora de esta palabra. A través de la proclamación la iglesia o perdona o condena. A los que creen, la iglesia proclama que los pecados del hombre son perdonados; a los que rechazan la Palabra, la iglesia proclama que el hombre permanece esclavo del pecado.

La reprensión. Aquella noche Tomás estaba ausente, tal vez porque no pudo compartir el entusiasmo de los otros en cuanto a la resurrección. El no creía ni una palabra de ello, ni podía aceptar el hecho de que había redención y que la vida había ganado una completa victoria. Era particularmente difícil para él debido a su disposición negativa.

Más tarde los otros discípulos le dijeron que el Señor Jesús había aparecido en medio de ellos, pero él no creyó. Deben haberlo imaginado, concluyó él. Si él no podia poner su dedo en las marcas de los clavos en el cuerpo de Jesús, no podía creer la historia. Confiaba solamente en su propio sentido de vista y de tacto. ¿No había creído el mensaje anterior de Jesús acerca de la resurrección? Tomás todavía no podía captar aquello; no podía imaginar que el pecado y la muerte pudieran ser conquistados. Era vergonzoso que él confiara en sus propios sentidos de vista y de tacto pero no en la palabra del Señor Jesús. ¿Llegamos nosotros a veces a la fe por medio de nuestros sentidos? Creer siempre comprende confiar en la palabra que el Señor ha hablado.

El domingo siguiente los discípulos estaban reunidos otra vez. Esta vez Tomás estaba con ellos. Nuevamente el Señor apareció en medio de ellos y

dijo, "¡Paz a vosotros!" Entonces dirigiéndose a Tomás le dijo que pusiera su dedo en las marcas de los clavos y que se convenciera. ¡Jesús conocía su incredulidad! ¡Cuán humillante fue esta represión para Tomás! Probablemente no fue necesario para él poner su dedo en las marcas de los clavos. Reconoció su vergonzosa incredulidad pero también vio la confirmación de la palabra de Cristo. Por la fe vio a Jesús como el vencedor del pecado y de la muerte. Había ganado esa victoria porque era el enviado de su Padre y era verdadero Dios. Adorándolo, Tomás dijo, "¡Mi Señor y mi Dios!" El reinaba sobre todas las cosas, incluso sobre el pecado y la muerte; era verdaderamente Señor. Y eso fue posible sólo porque era también Dios.

Pero Tomás confesó a Cristo sólo porque compartió la victoria de Jesús. Por eso es que él dice, "¡Mi Señor y mi Dios!" Si creemos en la resurrección de Jesús, también somos salvos.

Tomás necesitaba la aparición de Cristo para creer en la palabra del Señor y Jesús lo reprendió por ello aún después que creyera. Cuánta gente, le dijo a Tomás, tendría que creer sin nunca ver. Aquello era aún mas maravilloso y mayor gloria traía a Dios. ¡Cuán benedicidos son aquellos que creen en la Palabra de Dios! Es el derecho de Dios que creamos su palabra.

22: Su vínculo a esta vida

Juan 21

Hay una diferencia entre "aparecer" y "manifestarse". En este capítulo leemos repetidamente que Cristo "se manifestó". La aparición tenía el propósito de confirmar la palabra de la resurrección. Pero cuando las Escrituras hablan de que Cristo "se manifestaba", se pretende algo más. En los cuarenta días después de su resurrección Cristo reveló lo que siempre sería para su pueblo después de su ascensión. Por lo tanto todo lo que ocurrió junto al mar de Tiberias también tiene un significado simbólico y profético.

Pensamiento clave: *Después de su resurrección Cristo continúa sus vínculos a esta vida.*

Su bendición sobre nuestra obra. Ya habían pasado varias semanas después que Jesús había resucitado de los muertos. Los discípulos habían regresado a Galilea, porque el ángel y Jesús mismo habían dicho que lo verían allí. ¿Pero dónde y cuándo se mostraría a ellos? Tenían que esperar más instrucciones.

Siete de los discípulos estaban reunidos junto al mar de Tiberias. Entre ellos estaban Pedro, Tomás, Natanael, Juan y Jacobo. Sintiéndose desanimado y desamparado, Pedro les dijo a los otros que él iba a pescar. Su oficio anterior lo atraía nuevamente, como le sucedía a los otros. No había nada malo en esto ya que el Señor Jesús puede encontrarnos en cualquier parte, incluso en el trabajo. En realidad, es allí donde quiere encontrarnos porque es precisamente en las actividades de la vida donde él tiene un mensaje para nosotros.

Aquella noche no pescaron nada. ¿Echarían la culpa a las condiciones adversas? Probablemente. Deberían tal vez haber pensado en Jesús, el resucitado, quien tenía el poder de bendecir sus esfuerzos.

A la mañana siguiente vieron a alguien en la playa. Este preguntó "¿Tenéis algo de comer?" Sólo podían verlo tenuemente a la luz del amanecer. Podían oírlo también ya que no estaban a más de cien metros de la orilla. Ellos respondieron, "No". Estaban molestos porque su labor había sido en vano. El extraño entonces les dijo que echaran la red al otro lado de la barca. ¿Pudo él haber visto un banco de peces a esa distancia? En todo caso, ellos estuvieron de acuerdo y cuando trataron de recoger la red encontraron que estaba repleta.

El extraño en la playa no se había identificado. ¿Deberían ellos haberlo reconocido? En realidad, hubo uno solo que reconoció al Resucitado, su Maestro de antes, por sus obras. Los peces, después de todo, están en sus manos también. Fue Juan quien reconoció a Cristo e informó a Pedro. Su gran amor por Jesús lo hizo el más perceptivo. Uno puede imaginar a Juan parado en la proa de la barca, protegiendo sus ojos de la luz, mirando fijamente a la figura en la playa con sus ojos concentrados por el amor.

Pedro era de una naturaleza diferente a la de Juan. Cuando oyó que era Jesús, rápidamente amarró su túnica a la cintura, saltó al agua y nadó hasta la orilla. Eso era característico de Pedro, no resignado a estar separado de su Señor.

Mientras tanto los otros en la barca se aproximaban a la orilla. Vieron una fogata con peces asándose sobre las brasas. ¿Por qué entonces Jesús les había pedido pescado? Ahora Jesús les pide que traigan algunos peces de los que acababan de pescar. Nuevamente Pedro fue el primero; arrastró la red hacia la playa y juntos los discípulos contaron los peces. Había 153 peces grandes en la red, demasiada carga para la red y sin embargo la red no se había roto.

¡Qué bendición por su trabajo! !Y qué verdad les enseñó Jesús a través de esta poderosa obra! El Señor resucitado tiene todas las cosas en sus manos; en la soberanía de su gracia él gobierna todas las criaturas. Si está contra nosotros toda nuestra labor es en vano, pero con su bendición nuestro trabajo prosperará. Aparte de él toda nuestra vida es vanidad. Pero él quiere darnos su bendición; incluso ahora, él no esta más lejos de nosotros que lo que estuvo con sus discípulos en la playa. A veces él retiene su bendición para hacernos poner atención en él y reconocer su mano en nuestras vidas.

Hablando estrictamente, él no necesita los frutos de nuestras vidas más de lo que necesitaba los peces de los discípulos. Y sin embargo él los pide. Y así como con los peces en la red todos los frutos del trabajo de nuestra vida serán contados. Nada de lo que hacemos para el Señor le escapa.

Amor atrayente. Después que el pescado fue preparado, Jesús invitó a sus discípulos a desayunar. Sentados alrededor suyo en la playa vestidos para el trabajo, desayunaron con él. Era, parecería, como en los primeros días; sin embargo, era muy diferente. Había ocurrido la resurrección. Su gloria les acababa se ser revelada nuevamente en esta pesca milagrosa. Su resurrección lo había elevado a tales alturas que casi parecía más allá del alcance de ellos. Mediante su resurrección había demostrado más allá de toda duda de que él era el Hijo de Dios (Ro. 1:4). ¡Se hallaba tan cerca de ellos y, no obstante, tan lejos! Nadie se atrevía a preguntarle, "¿Quién eres?" No era necesario porque sabían que era su Señor. Sin embargo, las preguntas ardían en sus corazones: "¿Quién era él para ellos? ¿Podían ellos aún amarlo? ¿Se les permitiría a ellos amarlo? ¿No estaba él demasiado grande para ellos?" Durante la comida, mientras el Señor les daba pan y pescado, las preguntas les molestaban. Parecía como que si les diera su amor, pero ellos difícilmente se atrevían a aceptarlo.

Al término de la comida sucedió algo sorprendente. Jesús se volvió a Simón Pedro y le preguntó, "Simón, hijo de Jonás, me amas más que éstos?" Lo llamaba ahora Simón hijo de Jonás. Toda la dignidad apostólica desaparecía por un momento. ¿Había seguido Pedro a Jesús por el esplendor del oficio ¿Pero amaba Pedro el hombre, el hijo de Jonás, a Jesús? ¿Se jactaría aún de su propia fuerza y fanfarronearía de su incomparable amor por Jesús, un amor más grande que el de los otros discípulos? La pregunta era penetrante, incisiva. Sin embargo, había también algo más en ella. En ese momento en que pidió el amor de Pedro y lo desafió a darlo, Jesús estaba inmensamente por sobre ellos, verdaderamente el Hijo de Dios. Y aun entonces él pidió el amor de un ser humano. A Simón se le permitió amarlo, como la harían los otros. Jesús no estaba demasiado lejos para el amor de un hombre; al contrario, lo pidió. Aún lo hace hoy; ¡nosotros también podemos amarlo!

El Señor preguntó a Simón si lo amaba con un amor que podía dar todo. Pero hecha así la pregunta, Pedro no podría responderla. Ya no deseaba decir que tenía más amor que los otros. Ni siquiera sentía que tenía el derecho de hablar de amor y sabía que Jesús conocía su corazón. De modo que respondió, "Tú sabes que mi corazón te anhela, que hay un lazo entre tú y yo". Pedro se entregó, porque el Señor lo había llevado a profesar su amor.

Entonces el Señor Jesús dijo, "Apacienta mis corderos". El Señor restauró así la comisión de Pedro. Por su negación, Pedro había desvirtuado el oficio de discípulo y apóstol; el Señor públicamente lo restableció a este honor. Pedro alimentaría el rebaño si permanecía fiel a este amor, un amor motivado por el amor de Jesús.

Después de un momento de silencio el Señor preguntó nuevamente, "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?" Esta vez el Señor omitió las palabras, "más que éstos". Simplemente invitaba a Pedro a amarlo. Simón tenía que repetirlo una y otra vez, ungiéndolo con su amor. El Señor pide esto de todo su pueblo. Ellos pueden en realidad amarlo y él anhela oírles decirlo. La respuesta de Pedro fue la misma. Y nuevamente el Señor lo comisionó con la supervisión del rebaño, "¡Apacienta mis ovejas!"

Entonces el Señor hizo la pregunta por tercera vez. Ahora empleó las mismas palabras que Pedro había usado: "¿Me anhela tu corazón?" Entonces se entristeció Pedro. ¿Dudaba el Señor que lo amaba? Pedro puede haber dudado su derecho de hablar del amor, ¿pero no sabía Jesús que había más en su corazón que su previa negación? Contestó, "Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo". De nuevo el Señor dijo, "Apacienta mis ovejas".

Esta conversación era análoga a la triple negación de Pedro. Tres veces el Señor pidió una profesión de su amor al restaurarlo a su oficio de discípulo y apóstol. Pero esta conversación realmente tenía que ver con todos los discípulos. A todos se les permitía amarlo y Jesús pidió su amor, tal como una novia pide el amor de su novio. Y fue Dios que hizo esto; porque Jesús es Dios, la plenitud del amor de Dios. De la misma manera Dios en Jesús pide nuestro amor. ¡Y cuál será nuestra respuesta! ¿Responderemos tan espontáneamente como Pedro, sin considerar nuestros pecados?

El gobierna soberano sobre las vidas de los suyos. El Señor le hizo a Pedro una advertencia enfática de que, aunque él había actuado siempre en completa libertad, cuando fuera viejo otros lo conducirían contra sus deseos y lo llevarían donde él no querría ir. Este pasaje fue escrito antes de la muerte de Pedro como mártir por Jesús. El pasaje predice la muerte de Pedro.

¿Qué significaron estas palabras para Pedro? Pedro era uno que le gustaba estar en la línea de fuego. Estaba dispuesto al liderazgo. El Señor sabía esto y por un tiempo Pedro iba a ejercer el liderazgo. Pero más adelante sería diferente; Pedro sería conducido y obligado a seguir. Sería forzado a retirarse a la retaguardia. ¡Ese pensamiento debe haber horrorizado a Pedro! Y sin embargo, retirarse a un papel secundario lo santificaría aun más. A menudo la guía de Dios va contraria de nuestros deseos e inclinaciones. Nos da una cruz pesada que llevar. Pero el Señor sabe lo que está haciendo mejor que nosotros.

Esto quedó claro inmediatamente. Jesús le dijo a Pedro, "Sígueme". Evidentemente Jesús quería hablar algo privadamente con Pedro. Al mismo tiempo este llamado intimaba que toda la vida de Pedro sería vivida siguiendo al Señor. Juan temía que el Señor desaparecciera otra vez repentinamente y

siguió a Jesús y a Pedro a distancia. Pedro se volvió y vio a Juan que los seguía y le preguntó a Jesús qué papel había de jugar Juan. Esto demostraba la impaciencia de Pedro, porque el papel de Juan era algo escondido en el soberano control de Jesús sobre todas las cosas. Jesús contestó, "Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú". Así el Señor alejó la curiosidad de Pedro.

Sin embargo, la respuesta de Jesús era de la mayor importancia para Juan. El Señor no había dicho realmente que Juan permanecería vivo hasta su regreso pero este llegó a ser el rumor. Pedro había malentendido a Jesús una vez más, y probablemente Juan también. Juan tenía que tomar en cuenta la posibilidad que pudiera tener que vivir hasta el regreso de Cristo. La idea era contraria a los deseos de Juan porque él quería estar con Jesús. En cierto sentido Juan efectivamente vivió hasta el regreso del Señor, porque fue él a quien el Señor reveló el fin de todas las cosas, el libro de Apocalipsis. ¡Qué todos entreguemos nuestras vidas en las manos del Señor Jesús! El nos glorifica y nos conduce a nuestro fin designado.

Con este suceso termina el Evangelio de Juan, lo que no significa, por supuesto, que todo lo que Jesús dijo e hizo fue dejado escrito. Nadie nunca será capaz de describir completamente la revelación de Aquel que es la vida. Esa vida es nueva para nosotros cada día.



Cristo y los Judíos

23: Exaltado como rey

Hechos 1:4-14

Los hechos de los apóstoles son realmente los hechos del Cristo exaltado a través de sus apóstoles. Después de su exaltación el evangelio del reino sale hacia todas las naciones. Todo el mundo vendrá a servir a Cristo. El pacto es abierto a todos los pueblos, haciendo del pueblo de Israel una nación entre muchas. De esta manera se hace manifiesto el reinado de Cristo sobre todo el mundo.

Fue poco a poco que la iglesia llegó a aceptar el hecho de que la salvación era para todas las naciones. En el libro de los Hechos se nos habla primero de la difusión del evangelio entre los judíos. En segundo lugar, se muestra los sucesos en que la iglesia fue llevada a la predicación del evangelio entre los gentiles. Finalmente es descrito el curso del evangelio entre los gentiles hasta alcanzar a Roma. Vemos en este libro la fuerza conductora del Espíritu, alcanzando a todas las naciones con la palabra de Dios. En Roma fue alcanzado el centro del mundo. El pacto fue abierto a todas las naciones. Cristo es el Gobernante soberano del mundo.

El ejerce su soberanía a través de su Espíritu, el Espíritu de amor y comunión, enviado precisamente para ese propósito.

Pensamiento clave: *Por su ascensión Cristo es exaltado como Rey.*

El bautismo del Espíritu Santo prometido. Hacía cuarenta días que Cristo resucitó de entre los muertos. Se apareció varias veces a sus discípulos. Se reveló solamente a ellos, no al mundo. Pero desapareció repetidamente de su vista y ni los discípulos sabían dónde estaba.

Todos ellos sintieron que esto era sólo temporal. Algo tendría que suceder en el mundo; la salvación tendría que ser revelada totalmente. Esta tensión llegó a ser cada vez más una parte de sus vidas. Cuarenta días después de la

resurrección Jesús apareció a sus discípulos nuevamente en Jerusalén. Evidentemente esta aparición había sido planeada porque todos los once discípulos estaban reunidos. Permaneció con ellos más tiempo que otras veces. Incluso caminaron juntos por las calles de Jerusalén. Salieron fuera de la puerta, a través del valle del Cedrón y luego subieron al monte de los Olivos. Era como en los días antes de su muerte.

Jesús les dijo que no se fueran de Jerusalén, sino que esperaran allí el cumplimiento de la promesa que les había hecho. Muy pronto ellos serían bautizados con el Espíritu Santo. En esa relación les recordó el bautismo de Juan el Bautista. Ese bautismo iba a experimentar ahora su cumplimiento total. A través del Espíritu Santo morimos al pecado con el fin de entregarnos al Señor en una vida nueva. A través del Espíritu Santo la vida es santificada, transformándola en sacrificio perfecto. Eso ahora iba a suceder muy pronto.

La expectación de los discípulos. ¡Cuánta expectación provocó esta promesa y aumentó la esperanza de ellos! Era evidente por la pregunta que le hicieron al Señor Jesús. "Señor", preguntaron, "¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?" Esperaban que la promesa dada por los profetas fuera a cumplirse ahora. ¡El reino de David y Salomón había sido tan glorioso! Aquel reino sería restaurado con una gloria aún mayor cuando Cristo, ungido por el Padre, reinaría a través de su Espíritu.

¿No veían los discípulos cuán rebelde y hostil era Israel realmente? Habían pensado en eso, pero también habían oído la promesa que Cristo les había dado con respecto a su Espíritu Santo. ¿Sería esa restauración demasiado maravillosa para el Espíritu? ¿No sería capaz de renovar a Israel espiritualmente para que reconociera a Cristo como Rey? Los discípulos así lo creían. Además, recordaban la promesa profética que Dios regresaría nuevamente a su pueblo (por ejemplo, Jer. 16:14,15,30,31 y Ez. 37-39).

Debemos también creer lo que ellos creían. El hecho de que todas las naciones se rebelan contra el Señor Jesucristo está en conflicto con su soberanía. ¿No sería Dios, a través de su Espíritu, capaz de renovar la vida de las naciones hoy? Debemos creer que lo hará y continuar orando por aquello, porque tenemos la promesa que el Señor será llamado Dios de toda la tierra.

Los tiempos y las sazones del Padre. Al mismo tiempo, Dios es soberano en cuanto al tiempo y la manera en que cumpla su promesa. No podemos decir que debe hacerse en un momento particular y en cierta manera; debemos reconocer la libertad soberana de Dios. Jesús respondió a sus discípulos, "No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola

potestad". Los caminos del Señor son siempre sorprendentes; son diferentes de nuestros caminos.

Los discípulos simplemente habían de llevar a cabo su llamado. No podían ver de antemano el fin de los caminos de Dios. Se les dijo que se concentraran en lo que quedaba inmediatamente delante—su llamado y el poder del Espíritu Santo que recibirían para cumplir ese llamado. Ellos habían de testificar acerca de Cristo en Jerusalén, Judea, Samaria y entre todas las naciones. A través de su testimonio Dios cumpliría su promesa. De este modo el reino de Cristo sería establecido entre las naciones mediante el cambio milagroso que el Espíritu Santo llevaría a cabo. El deber de ellos era predicar el evangelio.

Llevado a la gloria. Los discípulos recordaron a menudo las palabras de Jesús dichas justo antes de su ascensión. ¡Porque aunque la ascensión de Cristo puede haberles tentado a no tomar en cuenta su llamado terrenal, la enseñanza de Cristo había sido dirigida a su llamado en el mundo!

Mientras tanto, los discípulos habían llegado a las laderas del monte de los Olivos. Jesús estaba en medio de ellos y, mientras los discípulos lo contemplaban, él se fue. Sus pies dejaron la tierra y ante los ojos de los discípulos ascendió al cielo.

Ascendió para heredar la gloria celestial. Los ángeles lo recibieron con regocijo. ¡Cómo había anhelado y orado por aquella gloria! La ascensión hacía cabal su ser. Nunca podremos imaginar su gozo, pero un día podemos esperar verlo en su esplendor.

En ese momento Jesús tomó su lugar a la diestra de su Padre; el reino de su gracia comenzaba a extenderse a todas las naciones. Así como el cielo es glorioso y está firmemente establecido, así también es su reino. Y como los cielos se extienden sobre toda la tierra, su reinado glorioso se extiende sobre todas las naciones.

Además, su ascensión no lo ha separado de nosotros en el sentido de que somos privados de su bendición. Por el contrario, su ascensión nos ha abierto los tesoros del cielo. Toda la plenitud que el cielo mantiene para la tierra Cristo deseaba abrir para nosotros. Por nosotros también heredó la gloria del cielo.

La nube que lo ocultó de la vista. Entendemos esa plenitud solamente por la fe, porque ya no está presente visiblemente entre nosotros. Mientras los discípulos lo contemplaban, una nube lo cubrió. Desde ese momento la vida sería vivida por la fe. No lo vemos y no obstante sabemos que él reina en los cielos sobre todas las cosas. El incluye a todas las naciones en el reino de su gracia. Aunque las naciones se "libran" de él y parecen olvidarlo, Cristo no las

olvida. A través de su gracia él lucha con todas aquellas naciones con el fin de salvarles para su reino. Aquello sucederá solamente en el tiempo escogido por el Padre. Un remanente será salvo. Dios se glorificará salvando a las naciones.

Todo esto creemos, pero no lo vemos. Verlo será posible sólo al regreso de Jesús en las nubes del cielo. Por esa razón, la atención de los discípulos fue dirigida a ese día. Mientras ellos miraban hacia Cristo, dos ángeles vestidos de blanco aparecieron junto a ellos. Advirtieron a los discípulos que no esperaran verlo nuevamente por ahora. Era tiempo que ellos comenzaron su tarea misionera, así como era tiempo que la gracia de Dios saliera al mundo. Pero un día Cristo regresaría en gloria, tal como ellos lo habían visto irse al cielo. Todas las labores de los discípulos fueron basadas en el regreso de Cristo.

De repente vieron por la fe más que cuando subieron el monte de los Olivos con Jesús. Por eso pudieron regresar a Jerusalén con gozo. Los once se reunieron en Jerusalén, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, así como sus hermanos que habían llegado a creer en él. Oraban diariamente por el cumplimiento de la promesa que recibirían el Espíritu Santo. Imploraban al Cristo ascendido que pudieran ver la senda claramente ante sí y permanecer en comunión con él. Oraban que Cristo llegara a glorificarse en su reino entre todas las naciones de la tierra.

24: La organización de la iglesia

Hechos 1:15-26

La elección de Matías no fue un error, de otro modo tendríamos que concluir que Pedro se equivocó en su apelación al Antiguo Testamento. Si Pedro vio el fin de Judas tan claramente profetizado en el Antiguo Testamento, concluyó correctamente que la instrucción, "Tome otro su oficio", (Sal. 109:8) tenía ahora que ser llevada a cabo por ellos. Aunque nada se menciona más adelante acerca de la actividad de Matías, no hay ninguna razón para pensar que se cometió un error. Nada se nos dice de la obra de la mayoría de los apóstoles. Tampoco hay razón para concluir que por el llamamiento posterior de Pablo se cometió un error. Los doce apóstoles antes que nada tenián que llevar el evangelio a los judíos, mientras que Pablo fue llamado inmediata y especialmente para la predicación a los gentiles.

Por la elección de Matías queda claro que los apóstoles consideraban al apostolado no sólo como un don sino también como un oficio. Cuando Judas cayó, ninguno afirmó que sólo los once restantes tenían el don apostólico. Vieron en el oficio un vacante que ellos tenían que llenar. Es claro que incluso otras personas tenían dones apostólicos porque fueron propuestos dos nombres. Sólo uno, sin embargo, fue eligido al oficio. En realidad, Pedro hizo mención específica de un oficio cuando dijo, "Tome otro su oficio."

Pedro menciona aquí los requisitos para el oficio de apóstol. Un apóstol debe poder testificar de la resurrección de Cristo. Por lo tanto el oficio de apóstol era sólo un oficio temporal.

Los apóstoles estaban ocupados con la organización de la iglesia mientras esperaban el derramamiento del Espíritu Santo. Así la expectativa por el Espíritu y la organización de la iglesia no están en conflicto la una con la otra. Al contrario, podemos esperar la obra del Espíritu Santo sólo si luchamos por organizar la iglesia de acuerdo con la palabra del Señor.

Pensamiento clave: *Puede esperarse la obra del Espíritu Santo al organizar la iglesia de acuerdo a la palabra del Señor.*

La ascensión y la organización de la iglesia. Antes de su ascensión el Señor Jesús había prometido a sus discípulos que recibirían el Espíritu Santo en Jerusalén. Mientras ellos esperaban, oraban, porque aunque tenían la promesa, debían aún orar regularmente por su cumplimiento.

Sin embargo, ellos entendieron que esperar el cumplimiento era más que esperar pasivamente. Además de la oración, había trabajo que hacer. ¿Qué es lo que quería de ellos el Señor, quien había ascendido al cielo y entrado plenamente en su reino? Como rey de la iglesia les había dado la autoridad del oficio. Sin embargo, Judas había caído. La primera organización de la iglesia instituida por Jesús mismo había sido atacada por el pecado. Ellos sabían que esta brecha debía ser cerrada.

Un día, cuando se habían reunido ciento veinte personas, Pedro se puso en pie y les habló. Debido a que deseaban la voluntad de su Rey en el cielo, la Escritura del Antiguo Testamento les fue abierta. En ella vieron la voluntad de su Señor.

"La obra de Judas", dijo Pedro, "estaba profetizada ya en el Antiguo Testamento. Dios lo ordenó así en su consejo eterno. Eso no elimina la responsabilidad de Judas. Este había recibido altos honores de Jesús, pero en cambio traicionó al Maestro. Sabemos el juicio que ha caído sobre él por su traición. Se colgó y cuando la cuerda se rompió cayó a su condenación. El salario de sangre fue usado para comprar el lugar de la sepultura llamado 'campo de sangre'. Todos saben que Judas murió en desgracia. En realidad, había sido profetizado en la Escritura. Pero la Escritura también establece que otro debe asumir su oficio. Debemos elegir a alguien que estuvo con Jesús durante su vida en la tierra; en otras palabras, alguien que conozca cada detalle de su vida y que pueda testificar especialmente de su victoria en su resurrección".

Había un mismo sentir entre ellos y estuvieron de acuerdo. A través del Espíritu vivían en estrecha comunión con su Señor y él reveló su voluntad en la Escritura. Había un vacante, un oficio que Cristo, como Rey de la iglesia, había investido con autoridad. Por el honor del Señor, la brecha en la organización de la iglesia tenía que ser cerrada. Nuestro amor por el Señor aumenta nuestra preocupación por su iglesia. En asuntos de iglesia también debemos obedecer su voluntad, una voluntad que él nos revela en la Escritura.

La organización de la iglesia y el derramamiento del Espíritu Santo. Los discípulos conocían a dos hombre apropiados para este oficio, José y Matías. El mismo Rey de la iglesia tendría que decidir a cual de ellos pondría en el oficio. En aquellos días el Señor a menudo revelaba su voluntad por medios especiales. Por tanto, oraron que el Señor señalara mediante la suerte cuál de los dos había escogido. Judas había tomado su propio camino y había perecido. Para que el Señor pudiera ahora escoger a alguien que se entregara en obediencia a su llamado, los discípulos echaron suertes. La suerte designó a Matías; los participantes unánimemente concordaron en ponerlo en el oficio apostólico.

De esta manera los apóstoles habían cerrado la brecha en la organización de la iglesia. En aquellos días, mientras esperaban al Espíritu Santo, esta asunto no era algo de poca importancia. Si ellos no vivían en acuerdo completo con la voluntad de su Señor dentro de la iglesia, el Espíritu Santo debe ser nuestro centro focal. Aquel Espíritu tiene que crear nueva vida dentro de nosotros y en el mundo. En la iglesia, sin embargo, tenemos que ser obedientes. Sólo entonces podemos esperar la poderosa acción del Espíritu Santo a través de toda la iglesia. Nunca podemos esperar esto si vamos por nuestro propio camino, porque aunque el Espíritu Santo ha sido derramado sobre la iglesia, aún debemos esperar constantemente su creciente actividad poderosa. Nuestra vida también continúa siendo una paciente espera del Espíritu.

25: El Espíritu de comunión

Hechos 2

Con el Nuevo Testamento vino a morar el Espíritu en el pueblo del Señor. Este es un Espíritu de comunión con Dios en su pacto. A través del Espíritu Jesús derramó el amor de Dios en nuestros corazones. Pues Jesús es el que lleva a cabo la comunión entre Dios y nosotros.

Es difícil determinar la diferencia entre la obra del Espíritu en el Antiguo Testamento y su obra en el Nuevo. El nuevo nacimiento, la fe y la renovación total de la vida eran de igual manera la obra del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento. Pero en el Antiguo Testamento Dios todavía no moraba en los corazones por el Espíritu. Hasta este momento este morar había sido solamente simbolizada y profetizada por la presencia de Dios en el templo. El gobierno del corazón por el Espíritu había ocurrido solamente desde el exterior. En el Nuevo Testamento, a través del Espíritu de comunión con Dios, el pueblo de Dios recibió un principio de vida todo suyo. Este Espíritu nunca dejará el pueblo. En la dispensación del pacto, ha llegado el nuevo y eterno testamento. Esta dispensación del pacto no será seguida por otra, aunque al regreso de Cristo nuestra vida entrará en una gloria más alta. Ahora ha llegado una comunión con Dios a través del Espíritu que permanecerá para siempre.

El Espíritu de comunión con Dios fue derramado en la congregación, en todo el pueblo de Dios, no en personas individuales. El Nuevo Testamento no trae el individualismo. Por el contrario, la unidad del pueblo en Cristo la Cabeza ha sido confirmada y fortalecida a través del Espíritu morando en él. Mientras que cada persona comparte ese principio de vida de la iglesia, la vida de las personas dentro de esa comunión se destaca más claramente.

Hay todavía otro aspecto en esta transición que debemos tener igualmente en mente. Durante el período del Antiguo Testamento la iglesia había estado separada de la vida de las naciones, a quienes Dios había permitido vagar en sus propios caminos. Ahora la iglesia va a ser reunida de entre todas las naciones y todas las naciones serán salvas en el pacto. El pacto con Israel no ha sido quebrantado, sino que ha sido abierto a todas las naciones de modo que Israel ha llegado a ser uno de muchos, ni más ni

menos que cualquier otra nación. El pueblo del Señor que está siendo reunido de entre todas las naciones ahora tiene un derecho sobre el mundo nuevamente; tienen un derecho sobre la vida en toda su plenitud y el derecho de hacer uso del mundo.

En los tiempos del Antiguo Testamento el aislamiento fue, en muchas maneras, la exigencia de la ley de Dios. Israel fue separado de las otras naciones. El mundo y la vida eran realmente inmundos, como las leyes relativas a la limpieza ritual tenían el propósito de enseñar a Israel. Los mandamientos sobre el ayuno enseñaban que el pueblo había perdido el derecho al uso de los recursos del mundo. Pero ahora viene otra dispensación. La iglesia esta siendo reunida de entre todas las naciones. A través del Espíritu morando en su pueblo, Dios nuevamente adopta al mundo entero y lo santifica, de modo que en principio la impureza del mundo es purificada. A través de la redención en Cristo el pueblo del Señor obtiene de nuevo el derecho de hacer uso del mundo entero. Su pueblo ahora goza de libertad cristiana. También en este respecto ha llegado el reino de Dios.

Debido a que la dispenasación nueva y eterna ha llegado ahora, el fin de esta era está más cerca. Esta plenitud del Espíritu clama por la glorificación completa de la vida. Vivimos ahora en los últimos días. Por eso en la profecía de Joel la renovación del cielo y la tierra está relacionada directamente con el derramamiento del Espíritu.

Puede apelarse a una serie de argumentos para fundamentar la idea de que en el día de Pentecostés los discípulos hablaron en un solo lenguaje, el lenguaje del Espíritu y que este único lenguaje fue oída por las varias personas en su propio idioma. Así, tenemos un milagro de lenguaje por parte de los discípulos y un milagro de audición por parte de sus oyentes. Concretamente, hay por una parte una maravillosa revelación de unidad a través del Espíritu, mientras que por la otra se señala que la renovación efectuada por el Espíritu toca la vida ordinaria y ricamente variada de este mundo, porque la palabra del Espíritu es comprendida por los oyentes en su lengua natal.

Pensamiento clave: *Con el Espíritu Santo el amor de Dios es derramado en los corazones de su pueblo.*

Esperando al Espíritu. Después de la ascensión los discípulos esperaban el cumplimiento de la promesa que ellos recibirían el Espíritu Santo. Diariamente se reunían para orar. Aún eran incapaces de enfrentar al mundo; necesitaban el Espíritu de comunión con Dios. Eso les daría un poder invencible. Del mismo modo, el mundo no estaba preparado para su misión porque Dios había permitido a los gentiles desviarse de su luz, buscando sus propios caminos. No fue sino hasta que Dios readoptó a las naciones y las incluyó en la benedición salvadora de su pacto que los apóstoles pudieron predicar el evangelio de la salvación al mundo. Sin el Espíritu prometido por Jesús estaban mal equipados para ir al mundo.

Diez días después de la ascensión los judíos celebraban la fiesta de Pentecostés. Jerusalén estaba llena de gente en actitud festiva celebrando el fin de la cosecha del trigo. Los primeros panes cocidos de la harina nueva eran traídos ante la presencia de Dios. Así reconocía el pueblo que la cosecha era del Señor y que él sostiene la vida. Meditaban también sobre la institución del pacto de Dios con su pueblo en el monte Sinaí, sobre la ley del pacto a través de Moisés, y sobre el honor de Israel de ser llamado el pueblo del Señor.

El día de la fiesta los discípulos tambíen estaban reunidos en Jerusalén. Sin duda se preguntaban si el Señor cumpliría ahora su promesa y si serían permitidos ahora recoger la cosecha del mundo. Se preguntaban si el mundo finalmente se abriría a ellos. ¿Verían ellos cómo eran sostenidas y hechas fructíferas sus vidas por el Espíritu Santo? ¿Era esta la inauguración de la dispensación del pacto que sobrepasaría por mucho la gloria del pacto que Dios había hecho con su pueblo en el monte Sinaí? Tales pensamientos deben haber estado en sus corazones ya que estaban viviendo con gran expectación.

La venida del Espíritu en medio de señales. No sabemos con precisión donde estaban reunidos los discípulos. En cualquier caso, era una sala lo suficiente grande como para dar cabida a todo el grupo. Mientras estaban reunidos allí, oyeron repentinamente el sonido de un viento poderoso que parecía estallar en la sala. El sonido llenó toda la casa. Aquello fue una señal muy especial, porque no había tormenta afuera y el sonido duró sólo un momento.

Pronto descubrieron que la señal era acompañada por el Espíritu Santo. Dios quiso que su venida fuera conocida también mediante señales externas. A través de tales medios los discípulos, y nosotros también, creeríamos y comprederíamos más fácilmente lo que poseemos. ¡Qué maravillosa y apremiante fue esta señal! Simbolizaba la fuerza que el Espíritu aplica a nuestros corazones, al principio cerrados a él y resistentes a su influencia. Nada puede frenar este poder del Espíritu que en todas partes opera invisiblemente. El Espíritu conquista al corazón más endurecido.

Habiéndose recobrado del impacto inicial los que estaban reunidos vieron llamas sobre cada una de sus cabezas, como si ellos estuvieran incendidos de adentro y las llamas temblaban sobre sus cabezas. Por supuesto que estaban incendidos de adentro. El Espíritu del amor de Dios había venido a morar en ellos. Hizo de sus corazones y vidas un sacrificio para sí mismo. Todo su ser llegó a ser un sacrificio vivo. Y puesto que este sacrificio fue santificado al Señor, fue también purificado. Estaban ahora unidos al Señor por el vínculo perfecto del Espíritu. Al ofrecerse a sí mismos a Dios como un sacrificio tenían

el privilegio de conocerlo en su perfecto amor en el Señor Jesucristo. Y habiendo conocido a Dios a través de Cristo ellos estaban apropiadamente equipados para proclamar su salvación. De este modo llegaron a ser una luz en el mundo.

Inmediatamente se hicieron manifiestas las consecuencias del Espíritu morando en sus corazones. Vieron cosas que nunca habían visto antes. Por el Espíritu ellos vieron algo de las profundidades de Dios, de la grandeza del amor de Dios, de su eterno amor en su Hijo. También recibieron palabras para expresar lo que vieron. Glorificaban a Dios por aquel amor en palabras que nunca habían sabido que existían. Esto sobrepasaba mucho su vida anterior. Era el milagro del Espíritu. Sin embargo en el Nuevo Testamento es normal para un hombre estar ardiendo por su Dios, "ardiendo por amor", que entienda las profundidades del amor de Dios testifica de este amor. ¡Desgraciadamente, este nivel normal es rebajado mucho por nuestro pecado! Sin embargo, es solamente a través de este amor que una persona alcanza su valor y es verdaderamente humana. No podemos quedarnos contentos si amamos y proclamamos menos que los discípulos. Aunque fallen las señales externas, nuestra vida debe ser de igual manera un sacrificio.

La multitud sorprendida. Muchos viajeros no judíos, convertidos al judaísmo, estaban en Jerusalén para la fiesta. Probablemente había también muchos judíos, nacidos y criados en la dispersión, que habían venido a Jerusalén para pasar los últimos días en las cercanías del templo y ser sepultados en tierra santa. Era gente muy devota que buscaba al Dios de Israel. Evidentemente muchos de ellos estaban cerca de la casa donde los discípulos estaban reunidos cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre ellos. Al sonido del viento se juntó la multitud; allí vieron a los discípulos y los oyeron hablar.

Estaban asombrados, porque oían a los discípulos hablar en sus idiomas nativos. ¿Cómo podían aquellos discípulos hablar en esos idiomas distintos? Probablemente el Espíritu hizo que los discípulos hablaran un solo lenguaje, el lenguaje del Espíritu, pero al mismo tiempo hizo que los oyentes lo escucharan como el suyo propio. Fue un milagro del Espíritu que dio fuerte expresión al hecho de que el Espíritu Santo creaba una unidad entre los pueblos.

La multitud estaba profundamente conmovida. Escuchaban las cosas más secretas y maravillosas de la gracia de Dios en su propio idioma. No era el sagrado lenguaje hebreo de la ley y los profetas como podría esperarse; las cosas más profundas eran entendidas por ellos en su propio idoma. Estaban siendo directamente confrontados con la gracia de Dios.

¡Estaban totalmente asombrados! Sin embargo, era gente devota que asistía a las ofrendas sacrificiales y estudiaba las Escrituras regularmente y por lo tanto, podrian haber esperado el cumplimiento de las promesas de las Escrituras. Sin embargo, aquello estaba mucho más allá de sus expectativas. ¿Pero, acaso no encontrará la gracia de Dios siempre una pasmosa incredulidad? Sus corazones estaban tan poco receptivos a la salvación que algunos admitían que no sabían qué decir mientras que otros se burlaban de los discípulos por estar ebrios. Así es como reaccionamos por naturaleza cuando somos confrontados con la obra del Espíritu.

Entrados en los ultimos días. Entonces Pedro se dirigió particularmente a la multitud y amonestó al pueblo por pensar que ellos estaban ebrios. No estaban bajo la influencia del vino sino bajo la influencia del Espíritu de Dios. Explicó que ellos estaban presenciando el cumplimiento de la profecía.

"Recuerden lo que profetizó Joel" dijo Pedro. "A través de él Dios prometió que derramaría su Espíritu, no sólo sobre un grupo particular de personas, sino sobre hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, amos y siervos. A través de este Espíritu todos ellos serían uno, escribió Joel, porque todos conocerían al Señor y testificarían de su gracia. Dios se revelaría a ellos a través del Espíritu".

El derramamiento del Espíritu iniciaría el fin del mundo. El mensaje del Espíritu demanda la renovación del cielo y la tierra, una renovación iniciada en Pentecostés. Pentecostés inauguró la nueva y eterna dispensación del pacto de Dios. Es por eso que Joel podía presentar la profecía del fin del mundo inmediatamente a continuación de la profecía del Espíritu, no importando cuánto tiempo habría entre los dos sucesos. El sol se transformará en oscuridad y la tierra en sangre. Entonces el Espíritu irrumpirá en toda la creación y Dios se aparecerá a su mundo.

Aquella irrupción, sin embargo, es dada en principio con este derramamiento del Espíritu; ahora el día del Señor ha llegado. El mundo entero ha alcanzado un estado de crisis. Cada uno es confrontado ahora con una decisión. Cualquiera que invocare el nombre del Señor en fe, confiado en su palabra, será salvo en este día del Señor.

El Espíritu de vida de Cristo. Pedro procedió a contarles cómo el Señor Jesucristo viviente había derramado su Espíritu. Aunque entregado a la muerte en la cruz, él había sido levantado de acuerdo al consejo de Dios. Dios había dirigido el hecho de la muerte de Cristo con el fin de poder levantarlo de los muertos. ¿No había sido profetizada la muerte de Cristo en las Escrituras? David había cantado que Dios no lo dejaría en el reino de los muertos ni

permitiría que su cuerpo viera la destrucción. David no pudo haber dicho eso de sí mismo. David había sido sepultado; su tumba estaba con ellos. David había profetizado de Cristo, quien, de acuerdo a la promesa, era su descendiente. Que la profecía de David se cumplió es testificado por los discípulos que habían visto a Cristo después de su resurrección.

Del mismo modo, la ascensión de Cristo había sido profetizado en los salmos: "El Señor dijo a mi Señor, siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies". Este Jesús, a quien ellos habían matado, había sido exaltado por Dios para ser Señor y Cristo. Reina en el reino de gracia, y ay de aquellos que no se someten en fe a su gracia.

Tal fue la predicación del evangelio en el día de Pentecostés. Aquella predicación proclama los actos de gracia de Dios, declarándonos de ese modo culpables porque todos hemos rechazado a Cristo. Debemos ahora confiar en el Señor quien ha hecho expiación por nuestros pecados.

La conversión. Muchos fueron conmovidos por lo que escucharon. Vieron lo que Dios a través de su gracia había hecho y lo que, por contraste, habían hecho ellos. ¿Qué sería de ellos? ¿Había aún liberación para ellos? "Hermanos, ¿qué haremos?", preguntaron. Pedro los instó a arrepentirse, volverse a Dios a quien ellos habían despreciado cuando habían confiado en sí mismos. Los animó a poner su esperanza en la gracia de Dios y recibir el perdón por sus pecados. Pedro ofreció bautizarlos como señal del perdón de Dios. Recibirían el Espíritu Santo y podrían testificar de la maravillosa gracia de Dios, así como los apóstoles lo hacían.

Ellos como el pueblo del pacto de Dios recibieron la promese de que la salvación en Cristo era para ellos. Los instó a aceptar y creer la promesa. Fue con el propósito de su salvación que Dios los alcanzó. ¿Por qué rechazar su oferta de salvación? No deberían, les advirtió Pedro, endurecer sus corazones contra el Señor como lo habían hecho sus antepasados.

De los que estaban allí presentes, muchos creyeron. Con gozo aceptaron el perdón de sus pecados y fueron bautizados. Por lo menos tres mil fueron bautizados en una nueva comunidad de fe motivada por el Espíritu Santo, separada en principio de tantos compatriotas judíos que continuaron confiando en sí mismos.

La nueva comunión. (Véase Hechos 4:32-37.) Todos juntos practicaban una comunión ordenada: en la mañana se reunían en el pórtico de Salomón en el templo donde los apóstoles los instruían en el conocimiento del Señor y de su gracia; en las noches se reunían en grupos más pequeños en hogares de los

miembros para fortalecerse uno al otro en fe, para celebrar la cena del Señor y para orar. "Y el Señor añadía a su número cada día aquellos que habían de ser salvos".

La palabra que los apóstoles predicaban era confirmada por muchas señales; vieron la sanidad de la vida por el Espíritu Santo.

A esta comunidad pertenecía mucha gente pobre que ya no eran sostenidos por las sinagogas a las cuales habían pertenecido. Esta gente ahora tenía que ser ayudada por los creyentes, que con gozo así lo hicieron. Si había alguna escasez alguien vendería un terreno o una casa y daría lo obtenido a los pobres. Formaban una comunidad de participación y servicio que aún es la marca de una congregación aunque tal compartir no hace imposible la posesión de propiedad privada.

Alababan a Dios y gozaban del favor de toda la gente que no era hostil a los creyentes. El Señor obró su milagro de la conversión en los corazones de muchos, de modo que diariamente se añadían nuevos creyentes a su comunión.

Esto caracterizó a la primera congregación a comunidad de creyentes, la iglesia madre en Jerusalén. Desde allí la comunidad de creyentes se extendería a todo el mundo. Había aún mucho que hacer antes de que esta meta pudiera realizarse. No obstante, este comienzo fue un milagro del Espíritu Santo, un milagro que continuaría hasta el día de hoy. ¡Es un milagro que haya una iglesia del Señor Jesucristo! Es a través de la proclamación de la palabra que el Espíritu Santo desea llevar a cabo este milagro.

26: Revelado a Jerusalén

Hechos 3—4:31

En el libro de *Hechos* vemos el evangelio llevado de un lugar a otro: de Jerusalén a Samaria, Antioquía, Asía Menor, Europa, Roma. Pero en este pasaje vemos la revelación de Cristo a la gente de Jerusalén.

Esta revelación ocurre a través del Espíritu Santo, quien despierta en Pedro y Juan así como en el hombre cojo la fe necesaria para la sanidad.

Tanto los discursos de Pedro al pueblo y ante el Sanedrín fueron inspirados por el Espíritu Santo, así como el sacudimiento del lugar donde los discípulos estaban reunidos. Este temblor es una profecía de lo que el Espíritu Santo hará en los últimos días cuando el cielo y la tierra una vez más sean sacudidos (véase Hag. 2:1-9, y compárse con Ex. 19:16-18 y Heb. 12:18-26, especialmente v. 26).

Pensamiento clave: *Cristo es revelado a Jerusalén como Aquel que está vivo eternamente y para siempre.*

El poder de su resurrección. Ya eran tres mil personas personas las que habían creído, pero eran de diferentes partes del mundo. La fiesta de Pentecostés había llegado a su fin y muchos habían dejado la ciudad nuevamente. ¿Cuántos de aquellos tres mil vivían en Jerusalén? ¿Tendrían que esconderse? ¿Se detendría en Jerusalén el movimiento que había tenido un comienzo tan auspicioso? No, eso no podía suceder, porque el evangelio tenía que ser proclamado a todas las naciones. Los discípulos deben haber esperado en fe por la dirección adicional del Señor Jesús y de su Espíritu.

Un día, a las tres de la tarde, Pedro y Juan fueron al templo a orar. Ellos también querían tomar parte en la oración de la nación entera para que el Dios de Israel se revelara a su pueblo. Pedro y Juan también querían orar por esta

revelación, pero entonces como una revelación de Dios a través de Jesucristo. Todavía iban al templo aunque todo el servicio del templo había sido cumplido por la obra de Cristo. Ahora uno podría adorar a Dios en cualquier parte, pero los discípulos aún guardaban las reglas y prácticas del Antiguo Testamento lo más posible. Eventualmente, esta forma externa llegaría a desaparecer.

Después de cruzar el patio de los gentiles, los discípulos tenían que pasar a través de la puerta hermosa al área del templo mismo. Adelante de esa puerta se encontraba sentado un mendigo, uno que había sido cojo desde su nacimiento. Era llevado todos los días a ese lugar para pedir limosna. Pedro y Juan probablemente habían visto varias veces al hombre sentado allí, por lo que era una figura conocida. Repentinamente, sin embargo, su atención se centró en el hombre. En el poder del Espíritu Santo vieron al hombre como el objecto de la buena voluntad de Dios. Dios quiso revelar a aquel cojo el poder de la resurrección de Cristo. Mediante el Espíritu Santo comprendieron la voluntad del Padre, tal como Jesús la había visto tan frecuentemente durante su vida en la tierra.

El mendigo no había visto nada de esa voluntad. Cuando Pedro y Juan pasaban él les pidió también una limosna. El Espíritu Santo tuvo primero que despertar la fe en el hombre. Lo hizo por medio de las palabras y acciones de Pedro. Mirándolo fijamente Pedro y Juan, Pedro dijo, "Míranos", y agregó, "no tenemos oro ni plata pero sí algo mucho mejor: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda". Diciendo esto, Pedro lo tomó de la mano y lo levantó. Instantáneamente el espíritu del hombre fue cambiado. Si le complace, el Espíritu Santo no necesita horas para hacer su obra. Por la palabra y acción de Pedro la fe en el nombre de Jesús fue despertada y el hombre fue sanado. De un solo salto, se puso en pie y empezó a caminar.

De esta manera le fue revelado el poder de Jesucristo. Pedro declinó darle una limosna porque tenía algo mucho más grande que darle: la restauración de su vida. La sanidad era equivalente a la restauración de la vida. El era ahora normal y fuerte como los demás. Al sanarlo, el Espíritu Santo lo llamó a entregar su vida restaurada al Señor. Entonces verdaderamente sería sanado, porque la restauración de la vida yace en comunión con Dios. Esta es la restauración que el Señor Jesús quiere traernos. Muchas veces el Señor no nos da limosnas, es decir, cosas que pensamos que necesitamos, porque tiene algo mejor para nosotros. La restauración completa de nuestra vida es el fruto de su resurrección. El ha resucitado a una completa comunión con Dios y quiere compartir aquello con nostoros. Algún día esta comunión resultará en la restauración completa de nuestra vida en la gloria final. Ese poder de la resurrección de Cristo era ahora revelado en la sanidad de este hombre cojo.

El hombre probablemente reconoció su sanidad como un don de la gracia de Dios y entró en comunión con Dios. En todo caso, siguió a los apóstoles al templo, saltando y alabando a Dios.

El ha resucitado, de acuerdo a las escrituras. No sólo tenía el hombre cojo que ser sanado, sino que el Señor Jesucristo tenía que ser revelado a toda Jerusalén como el Señor viviente. Y eso fue precisamente lo que sucedió porque el hombre seguía a Pedro y Juan mientras alababa a Dios. La gente que lo veía lo reconoció como el mendigo lisiado. Cuando supieron lo que había sucedido, se asombraron. ¡Jesús de Nazaret había hecho milagros semejantes a este! Pero ciertamente Jesús de Nazaret estaba muerto. . . . Los líderes inmediatamente temieron que el pueblo pudiera pensar que él vivía. Pero eso era exactamente lo que el Espíritu Santo quería decir a las masas.

Juzgando por el asombro de la multitud, era tiempo que Jesús fuera revelado a Jerusalén. Pedro proclamó: "Nosotros no hicimos caminar a este hombre por nuestro propio poder o piedad. Esta es la revelación del Dios de nuestros padres de acuerdo al pacto que él hizo con nuestros padres. Su hijo Jesús, a quien ustedes entregaron a la muerte en la cruz, fue levantado de los muertos. Somos testigos de su resurrección. El es el Señor soberano de la vida. El poder de su resurrección ha sido revelado en este hombre porque aprendió a creer en el Señor.

"Hermanos, ustedes no estaban totalmente conscientes de lo que estaban haciendo cuando lo mataron. A través de su crimen Dios cumplió su palabra que su Cristo sufriría para expiar el pecado. No es demasiado tarde para ustedes aún. Vuélvanse a Dios y crean en Jesucristo para que puedan recibir el perdón de pecados y la salvación eterna en él. Traerá nueva esperanza para la nación. ¿No fue su venida profetizada por nuestros antepasados? Bien, el tiempo ha llegado. Jesucristo está ahora en el cielo, guiando a su pueblo sobre la tierra hasta el tiempo cuando haga todas las cosas nuevas en su reino.

"Todos los profetas les dijeron que deben escuchar al Enviado del Padre. A ustedes fue enviado primero, porque son el pueblo del pacto y de la promesa. Si creen, llegarán a ser, de acuerdo a la profecía dada a Abraham, una bendición para todas las naciones porque ustedes pueden hacerlas saber el mensaje de su resurrección. Pero todo aquel que no cree será completamente cortado de su pueblo".

Por medio de la maravillosa sanidad de este hombre lisiado y de las palabras de Pedro, Cristo fue revelado a Jerusalén como el Señor viviente. Muchos creyeron en él y el pequeño número de creyentes en Jerusalén subió a cinco mil. Cristo había comenzado a someter a Israel a su reinado de gracia.

Conflicto con el Concilio (Sanedrín). Mientras que Pedro y Juan hablaban al pueblo, los sacerdotes, el capitán de la guardia del templo y los saduceos se acercaron. Los saduceos no creían en la resurrección de los muertos, pero ahora escuchaban la noticia que Jesús se había levantado de los muertos y había conquistado la muerte para todos los que le pertenecían. Se enfurecieron. Arrestaron a los dos apóstoles y los encarcelaron hasta el día siguiente.

Al día siguiente se reunió el Sanhedrín. Incluía también los fariseos que creían en la resurrección pero odiaban a Jesús con pasión. Por supuesto que ellos estaban renuentes a que se divulgaran las historias acerca de la supuesta resurrección de Jesús. No es de sorprenderse entonces que todo el Concilio estuviera unido contra Pedro y Juan.

El Sanhedrín interrogó a los apóstoles demandando saber con qué autoridad o en cuál nombre habían hecho ellos su milagro. Todo el hecho para ellos había sido una suerte de truco. Los apóstoles tuvieron que confrontar su prejuicio con un mensaje directo acerca de Jesucristo como el Señor resucitado. Por supuesto eso significó acusar al concilio.

Lleno del Espíritu Santo, Pedro dijo, "Puesto que esta es una corte judicial, les haremos un relato completo de lo sucedido. No hubo truco ni magia; Jesucristo, a quien Dios levantó de los muertos, sanó a este hombre. Por el crimen de ustedes Jesús fue enjuiciado y crucificado. Por medio de ustedes la siguiente profecía ha sido cumplida: "La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo. Sobre esa piedra Dios ahora va a construir un nuevo mundo en su reino, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en que podamos ser salvos".

Los miembros del Sanhedrín estaban colerizados ante la impertinencia de los apóstoles. ¡No eran más que discípulos de este alborotador Jesús y campesinos despreciables! ¿Pero qué del hombre que había sido sanado? ¡Allí estaba ante ellos! De este modo era manifiesto al Sanedrín el Espíritu Santo y poder de Jesucristo. Confusos, nada podían hacer al respecto. Sin embargo, cerraron sus corazones; no querían humillarse ante Dios o su Cristo. ¡Nunca se someterían a él en fe! ¡Cuán intransigente puede ser nuestra incredulidad!

Después de despedir a los apóstoles, discutieron lo que deberían hacer, ya que no podían negar el milagro. Pero el movimiento, decidieron, tenía que ser aplastado. Por lo consiguiente, amenazaron a los apóstoles severamente y les prohibieron hablar del Señor Jesús. Pero los apóstoles respondieron que ellos obedecerían a Dios antes que a aquellos hombres, porque era de Dios que ellos habían recibido el mandato de predicar a Jesucristo. Era por medio de Jesús, insistieron, que Dios quería hacer su gran obra en el mundo. El Concilio amenazó aun más a los discípulos pero no los pudieron castigar, porque no

habían cometido ninguna ofensa digna de castigo. De hecho, todo el pueblo estaba glorificando a Dios. El hombre había sido lisiado hacía cuarenta años y ahora era sano. Este no era sino un milagro divino. No hay nadie tan ciego como aquellos que no verán. . . .

La respuesta del cielo. Una vez puestos en libertad, Pedro y Juan se dirigieron directamente al círculo de creyentes e informaron todo lo que los miembros del Sanedrín les habían dicho. Todos se reunieron a orar. Confesaron que Dios era el soberano Señor que había hecho los cielos y la tierra. En su amor él tenía el derecho a todo lo que había hecho. Y ahora, como Jesús había advertido, hombres hostiles conspiraban nuevamente contra él. Era como si Herodes y Pilato maquinaran nuevamente contra el Señor Jesús, en quien la gracia de Dios nos ha llegado. Toda carne se hallaba en la oposición. Pero como el Señor mismo había profetizado una vigorosa oposición, se sintieron con paz y seguros. Nada podía escapar el consejo de Dios. El dirigiría todo para obrar la venida de su reino. Por eso, no pidieron primeramente protección sino valor para testificar, para que el Señor se complaciera en fortalecer su testimonio haciendo muchas señales milagrosas en el nombre del Señor Jesús.

Dios respondió a su oración, porque en ese momento el lugar donde ellos estaban reunidos fue sacudido. El mundo de los judíos y gentiles parecía tan firme en su oposicíón a Cristo, pero el Espíritu Santo sacudiría la confianza que el mundo tenía en sí mismo y llevaría a éste a encontrar otra seguridad por la fe en Cristo. Además, el Espíritu un día sacudiría esta tierra y cielo y produciría la nueva tierra y el nuevo cielo con el reinado de Jesucristo en la gloria eterna.

Todos estaban llenos nuevamente del poder del Espíritu Santo y proclamaban la palabra de Dios con valor. La obra del Espíritu no podía ser detenide.

27: Una comunión santa

Hechos 4:32—5:11

Es un error sugerir que en la iglesia en Jerusalén existía un comunismo más o menos en la forma que lo conocemos hoy día. Aunque ninguno decía tener sus propias posesiones sino que tenían todo en común, esto no implica una adhesión dogmática al principio de la posesión colectiva. Cada vez que alguno vendía una casa o un terreno, entregaba las ganancias a los pobres; era un acto voluntario de acuerdo a todo este pasaje de la Escritura.

La comunidad cristiana en Jerusalén probablemente contaba con un gran número de gente pobre, una conclusión que se puede sacar también de *Hechos* 6. Estos pobres habían sido sostenidos previamente por sus propias sinagogas. Ahora, repentinamente su sostén recaía sobre la naciente comunidad. Por esta razón los fondos ordinarios de las ofrendas diarias o semanales no eran suficientes. Y por eso, algunos de los hermanos más ricos daban grandes donaciones, las que obtenían por la venta de tierras o casas. Al parecer, cierto Bernabé había sido el primero en hacer esto y él tal vez debe su sobrenombre a este hecho. (Su nombre era José, pero los apóstoles le habían dado el apelativo de Bernabé que significa "hijo de consolación".) Bernabé y sus hermanos en Cristo estaban convencidos de que nada poseían únicamente para sí mismos. La comunidad se basaba en la creencia que eran uno en Cristo. Por esa razón ellos debían usar todas sus posesiones para el beneficio de todos. En tal sentido siempre hay en la comunidad cristiana una economía orientada al servicio. Sin embargo, el individuo todavía retiene el derecho de disponer de lo que es suyo, aunque ese derecho es calificado por la comunión en Cristo.

Obviamente, el castigo dado a Ananías y Safira no era una advertencia contra el mentir en general. Ananías y Safira mintieron al Espíritu Santo. Ellos no vivían por el Espíritu, quien estaba estableciendo una nueva comunidad, sino que por el contrario profanaron la obra del Espíritu con su engaño. Profanaron la verdadera vida que el Espíritu estaba creando y esa fue la razón de su muerte. Cuando relatamos esta historia debemos destacar la santidad de la nueva vida en comunión con Dios.

Pensamiento clave: *El Espíritu Santo crea una nueva comunidad santa.*

La revelación de la nueva comunidad. La congregación de los cinco mil que había nacido en Jerusalén como resultado de la predicación de los apóstoles formaba una verdadera unidad. No sólo estaban organizados bajo el liderazgo de los apóstoles; tambien sentían amor unos por otros y se entendían el uno al otro porque compartían los mismos sentimientos. El amor del Señor Jesús que había llegado a ellos a través del Espíritu Santo y que había despertado esta respuesta de amor en sus corazones los unió.

Este vínculo se manifestaba en su entendimiento de que sus posesiones no eran sólo para ellos. Por fe sabían que eran uno. Ahora también entendían su llamado a vivir los unos por los otros. No sólo sus dones espirituales sino también sus posesiones materiales debían promover la comunión que había entre ellos.

¿Por qué tenían ellos una consciencia tan fuerte de su comunión? Era porque los apóstoles testificaban fervientemente de la resurrección del Señor. Y esta predicación a su vez ejercía gran poder porque el Espíritu la bendecía. De este modo todos compartían la nueva vida de comunión con Dios. Habían resucitado con el Señor Jesús a una nueva vida en la que vivían cerca de Dios como su Padre. Puesto que ellos estaban conscientes de participar de su favor, no conocían el temor. Y es siempre el temor lo que nos hace tan egocéntricos.

Había mucha gente pobre en la congregación de Jerusalén. Anteriormente habían sido cuidados por las sinagogas a las cuales pertenecían. Sin embargo, sus lazos con aquellas sinagogas habían sido rotos y ahora la congregación de creyentes tendría que cuidar de ellos. Las ofrendas y donaciones diarias y semanales que los apóstoles recibían para este propósito no alcanzaban. Por eso algunos de los hermanos más ricos vendieron quizás una casa o un terreno y daban las ganancias a los apóstoles para distribuirlas entre los pobres. Esto trajo alivio para las necesidades de la congregación. El Espíritu Santo había obrado esta liberalidad en los corazones de esos hermanos. Un cierto José fue probablemente el hombre que comenzó esto. Los apóstoles lo llamaban Bernabé, es decir, hijo de consolación. Su acto había alentado grandemente a los apóstoles y a la congregación. En aquel acto ellos sintieron la cercanía del Espíritu Santo.

La congregación en Jerusalén fue la obra del Espíritu Santo. Los miembros se amaban el uno al otro por causa de Dios. Honraban y servían a Dios su Redentor, cuidando el uno del otro. Era verdaderamente una comunidad santa, consagrada a Dios. Era así enteramente diferente a cualquiera comunidad que existe aparte de la fe. Era de Dios, por Dios y para Dios, quien es el Redentor.

Farsa. ¿Vio y experimentó toda la gente en la congregación de esa manera? Aparentemente que no. Incluso en ese tiempo aquellos que no vivían verdaderamente por la fe se unían a la congregación. Se entusiasmaron por el movimiento que el Espíritu Santo había hecho nacer. Algo de este poder los tocó por cierto, pero no lo reconocieron como un movimiento del Espíritu Santo. Vieron en el poder poco más que una empresa humana. Querían ser parte de ello por el beneficio de la satisfacción propia. Tampoco entendían la fe como un don de Dios mediante el cual vemos el milagro de la gracia de Dios en su Cristo. Consideraban la fe simplemente como un acto de la voluntad humana.

Había dos personas, Ananías y su esposa Safira, que consideraban el movimiento de esta manera. Deseaban hacer su contribución a ello porque notaron el honor que Bernabé había recibido por su generosidad y querían ser honrados del mismo modo. Querían actuar por sí mismo y para sí mismos. No conocían realmente al Espíritu Santo; la fe no los había liberado de su egocentrismo. No habían sido liberados y por consiguiente no estaban libres de temor. Ananías y Safira por lo tanto encontraron difícil dar a los apóstoles la ganacia total de la tierra que habían vendido. Decidieron retener una parte. No obstante, querían todo el crédito y por eso acordaron en decirles a los apóstoles que su donación constituía la ganancia total de la venta.

Estas personas vivían muy cercanas a la obra del Espíritu, al menos físicamente, y de alguna manera fueron afectados por ella pero nunca conocieron realmente al Espíritu. Elgieron deshonrar la obra gloriosa del Espíritu con su egoísmo y engaño. Engañaron el Espíritu del Señor Jesucristo, quien está presente en la congregación. Este engaño puede parecer algo extremo y sin embargo cualquiera que se une a la congregación no viviendo por el Espíritu Santo, en principio comete un fraude similar. Tal persona también se ofenderá ante el Espíritu Santo, como lo hicieron Ananías y Safira.

La disciplina del Espíritu Santo. El apóstol Pedro, iluminado por el Espíritu Santo, percibió lo que había sucedido y confrontó a Ananías. Dijo, "¿Ananías, cómo es que Satanás ha llenado tanto tu corazón que has mentido al Espíritu Santo?" Pedro comprendió que esta era la obra de Santanás quien había atizado la llama de la codicia en el corazón de Ananías queriendo así destruir la obra del Espíritu. Pedro quería que Ananías estuviera completamente consciente de la naturaleze de su pecado. "Después de todo", señaló Pedro, "fue un acto de libre decisión tuya. Te has entregado en las manos de Satanás; has luchado contra el Espíritu Santo".

En el momento en que Ananías escuchó esto, el juicio del Espíritu Santo le tocó y él cayó muerto. El Espíritu Santo siempre guarda su honor y el de la comunidad santa que él ha establecido. Esto fue un acto redentor del Espíritu Santo. Así redimió a su iglesia de la corrupción del pecado. Un gran temor cayó sobre todos. Los hermanos más jóvenes de la congregación levantaron a Ananías y lo enterraron. Mientras tanto, su esposa no sabía lo que había pasado. Con este juicio el Espíritu Santo había hablado. Ananías fue sacado fuera como uno rechazado.

Unos tres horas más tarde entró Safira. Pedro le pregentó si ella había sido parte de este engaño. Cuando se hizo evidente que ella había participado en la misma mentira, la palabra de Pedro la derribó también a ella. Los dos habían coincidido en tentar al Espíritu del Señor. Habían conspirado neciamente para probar el poder del Espíritu Santo. Ella también fue tocada por el juicio del Espíritu. Inmediatamente cayó muerta a los pies de Pedro. Los jóvenes que acababan de regresar de enterrar a Ananías la encontraron allí y la sacaron a ella también.

Quedó claro para todos que en esta congregación había una comunión santa que había sido establecida por el Espíritu Santo. De acuerdo a su pacto, Dios moraba en medio de su pueblo, pueblo que él había comenzado a reunir para sí, comenzando con Israel. El Señor repelía los pecados de la incredulidad y del desprecio de su santidad. De este modo el estaba redimiendo a su pueblo.

28: Jerusalén lleno de su Nombre

Hechos 5:12—6:7

Colocar a los enfermos en sus camas de tal manera que la sombra de Pedro pasara sobre ellos no puede haber sido una forma de superstición. El Espíritu Santo no promueve la superstición mediante sus milagros. Además, un poco antes de este pasaje se nos dice que ninguno de los otros se atrevía unirse a estos creyentes. Había cierta vacilación con respecto a la santidad que existía en esta comunidad. Ellos no permitirían que la superstición profanara esta aura de santidad. Los creyentes fieles veían este pasar de la sombra de Pedro sobre los enfermos como una señal que el poder de la gracia de Cristo los cubriría.

Las palabras de Gamaliel no significan que él o el Sanedrín tuvieran la más mínima duda de que una persona crucificada era maldita por Dios. El no creía que este movimiento era de Dios. Pero se preguntaba si el crecimiento de este movimiento después de la muerte de Jesucristo era bendecido por Dios. Señaló que era extraño que el movimiento de Teudas y el de Judas el galileo habían quedado en nada, mientras que este movimiento se estaba extendiendo. Razonaba él que podría ser la voluntad de Dios para probar a los judíos. Gamaliel por lo tanto aconsejó no oponerse al movimiento. Su expansión, suponía él, era una señal que Dios estaba probando a Israel. ¡Quería escrudiñar el consejo de Dios con el fin de preparar una respuesta que correspondiera con lo que él consideraba el consejo de Dios! Haciendo esto, descargaría su propia responsabilidad. Gamaliel, sin embargo, estaba considerando la dirección de Dios en la historia en una manera equivocada.

Pensamiento clave: *A través del Espíritu Santo Jerusalén es llenada con el nombre de Jesucristo.*

El movimiento en Jerusalén. Hubo en Jerusalén un número significativo de creyentes y nuevos miembros estaban siendo agregados diariamente a la communidad. Esto fue en parte el resultado del poder de la gracia de Jesucristo a través del Espíritu Santo que fue tan ricamente revelado en los muchos actos de sanidad realizados por los apóstoles. Además, todos los días el evangelio estaba siendo proclamado públicamente por los apóstoles en el pórtico de Salomón, una parte cubierta del atrio del templo.

Sin embargo, nadie se atrevía a unirse a la comunidad sólo en base a aquellos actos de sanidad. El juicio que había caído sobre Ananías y Safira había hecho una profunda impresión. El pueblo sentía la presencia de la santidad entre los hermanos y los creyentes eran tenidos en alta estima. Sólo cuando había una verdadera fe en el Señor Jesús buscaba la gente asociarse con la comunidad. Y muchos fueron los que llegaron a creer.

Los actos de sanidad se multiplicaron. El Espíritu Santo revelaba de este modo que el poder de la gracia para restaurar la vida no se había ido aún aunque el Señor ya no era visto en la tierra. Había tantos enfermos, algunos de las ciudades vecinas, que sus parientes y amigos simplemente los ponían en sus lechos de tal manera que la sombra de Pedro pasara sobre ellos. Esta era una expresión de fe; escogieron ver una señal de que el poder de la gracia cubriría a sus enfermos. Por la fortaleza de esa gracia ellos serían sanados. En realidad, todos los enfermos y todos los que estaban poseídos por el demonio eran sanados. La misericordia de Dios descansaba sobre su pueblo. El quería mostrar cómo en su pacto él hacía completa la vida otra vez. Para ese fin demandaba fe en la gracia del Señor Jesús. Aunque en nuestro tiempo tales milagros ya no suceden, la gracia del Señor no se ha ido de su pueblo y por la fe debemos buscar la comunión con ellos.

La oposición derrotada. Por supuesto que el sumo sacerdote y todos sus colegas, especialmente los saduceos que negaban la resurrección de los muertos, estaban bien conscientes de lo que estaba sucediendo. Estaban llenos de enojo. Era muy claro que habían calculado mal. Pensaron que la muerte de Jesús daría por terminado al movimiento, pero ahora se difundió más que antes. En su furia echaron mano a todos los apóstoles y los encerraron en la cárcel pública. Ahora su hostilidad se manifestaba activamente y la persecución llegó a ser más común. Antes de esto sólo Pedro y Juan habían sido arrestados; ahora todos los apóstoles eran tratados como criminales.

Con estas medidas tan severas los enemigos del evangelio pretendían controlar su curso y quebrar el poder del movimiento en Jerusalén. Sin embargo, el curso del evangelio no puede ser detenido por hombres. Dios demostró esto enviando un ángel que en la noche abrió invisiblemente las puertas de la cárcel y sacó a los apóstoles. El ángel les ordenó predicar el evangelio de vida, que es comunión con Dios por medio de Jesucristo. Obedientes a ese mandato volvieron al templo a la mañana siguiente. Este rescate no fue tanto por causa de los apóstoles como para demostrar que el evangelio no puede ser detenido. ¡Cuántas veces han entregado sus vidas los creyentes en su lucha por Cristo! El poder del evangelio no había de ser detenido en su obra; esa fue la razón de la liberación de los apóstoles. Nada puede detener el curso del evangelio. Dios está constantemente abriendo nuevas avenidas mediante la obra milagrosa del Espíritu Santo, haciendo receptivos los corazones de los hombres.

Esa mañana el Sanedrín se reunía oficialmente. Mandaron traer a los apóstoles pero se enteraron con constemación que la cárcel estaba vacía. ¡Era increíble, pero los guardias no habían notado nada! ¡Mientras se devanaban los sesos buscando una explicación, se les dijo que los apóstoles estaban enseñando en el patio del templo! Se hallaron confrontados nuevamente con el poder milagroso del Señor, pero ni incluso esto les hizo entrar en razón. ¿Cuándo será quebrantada la hostilidad de los hombres? Evidentemente no será sino hasta el día final.

Apelación al consejo secreto de Dios. Evitando la violencia, el capitán de la guardia del templo trajo a los apóstoles ante el Concilio. No podían usar la fuerza porque el pueblo los habría apedreado. Tal era el respeto del pueblo por la comunidad del Señor. Toda Jerusalén estaba ocupada con este movimiento; todo el pueblo estaba pensando acerca de él. Esta había sido la intención del Señor: todo el mundo tenía que ser confrontado con el evangelio.

El Sanedrín les reprochó a los apóstoles por haber violado la prohibición de predicar en el nombre del Señor Jesús. Ellos dijeron,"Habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina". ¿No habían sellado estos gobernantes la tumba del Señor previamente, presumiéndolo muerto? Sin embargo, él ahora vivía en su evangelio y por el poder del Espíritu. Su nombre no había perecido con él; en vez de ello, había llenado toda la ciudad. La extension del evangelio era una amenaza a sus posiciones de autoridad. Además, habían sentenciado a muerte a Jesús y temían que los apóstoles pudieran estar planeando vengarlo.

Este resultó ser un juicio tumultuoso. Los miembros del Sanedrín estaban llenos de temor y odio. Tampoco los discípulos estaban dispuestos a rendirse;

creían correctamente que tenían que fundamentar su posición en el evangelio. El evangelio pide nuestra entrega total; en últímo término, el conflicto no puede evitarse. Pedro y los apóstoles respondieron: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. Ustedes mataron a Jesús cruficándolo en la cruz". De este modo declararon al Sanedrín culpable delante de Dios. Al mismo tiempo, sin embargo, proclamaban la palabra de la gracia, diciendo que Dios había resucitado a Cristo y lo había exaltado como Rey y Salvador para dar arrepentimiento y perdón de peceados a Israel. "Somos testigos de la gracia que está en él; el Espíritu Santo también testifica en aquellos que reciben a Cristo en fe. Ellos tienen la paz y el gozo maravillosos que resultan de la comunión con Dios", proclamaron.

Cuando los miembros del Sanedrín oyeron la acusación y esta predicación de gracia se enfurecieron. ¡Cómo podía esperarse que ellos se sometieran a Cristo! Deliberaron y resolvieron dar muerte a los apóstoles. Pero Gamaliel, un fariseo astuto y muy respetado, mandó a los apóstoles esperar afuera. Para benficio de sus colegas reexaminó el caso. Una situación como esta, señaló, nunca había ocurrido antes. Generalmente los movimientos de este tipo se desintegraban después de la muerte de su líder. Este movimiento, sin embargo, continuaba. Esta podía muy bien ser la manera en que Dios estaba probando a los judíos. Sí este era el caso, razonaba Gamaliel, ellos no debían oponerse por temor a provocar sobre ellos la ira de Dios. Con toda su sabiduría, Gamaliel era todavía un necio, porque si este movimiento era blasfemo—y de eso Gamaliel no tenía dudas—ellos deberían oponérselo con todas sus fuerzas, no importa si Dios lo estaba usando para probar a la nación o no. Pero Gamaliel quería ponerse en lugar del consejo de Dios, eliminando de este modo la propia responsabilidad del Sanedrín. Eso es lo que hacen muchas veces los hombres arrogantes. Tenemos que decidir, de acuerdo con la palabra de Dios, lo que es bueno y lo que es malo y lo que, consecuentemente, debemos hacer. Gamaliel daba vuelta a esta cosa. Quería analizar el consejo secreto de Dios y desembarazarse de cualquiera responsabilidad. Pero no podemos escapar al juicio de Dios tan fácilmente. Cualquier intento nuestro por alcanzar el consejo secreto de Dios será derrotado por el evangelio. El evangelio trae la vida de la humanidad a un punto de decisión. El hombre debe escoger entre la sumisión humilde y la rebelión abierta. El "tercer camino" de Gamaliel no existía.

Gozo en sufrir por el evangelio. Por el momento las palabras de Gamaliel tuvieron su efecto. Los miembros del Sanedrín aceptaron su consejo, pero también querían demostrar a los apóstoles que estaban hablando en serio. De

modo que ordenaran que fuesen azotados. Y después que les hubieron ordenado nuevamente que no hablaran del Señor Jesús, los dejaron ir.

Los apóstoles se regocijaron de que el Señor los haya considerado dignos de sufrir por su nombre. Al sufrir eran uno con el Señor Jesús. Vivían en comunión con él más estrechamente aún. No cesaron de proclamar el evangelio diariamente, públicamente en el templo como tambíen privadamente en los hogares de los creyentes. Toda Jerusalén tenía que oír el mensaje de salvación.

La extensión de la comunidad. Como resultado de la expansión de la comunidad cristiana, la obra de caridad también crecía. Los apóstoles ya no podían supervisar la actividad de la comunidad. Algunas de las viudas, particularmente algunas judías que habían regresado a Jerusalén desde el extranjero, empezaron a ser descuidadas. Cuando las quejas se hicieron conocidas, los apóstoles sugirieron que la comunidad escogiera siete hermanos a quienes ellos entonces encargaran el cuidado de los pobres. Habría sido un error para los apóstoles sacrificar la predicación de la palabra con el fin de cuidar de los pobres.

La comunidad hizo lo que los apóstoles pidieron. Se escogieron siete hombres de reputación, llenos del Espíritu Santo. Estos fueron presentados a los apóstoles, quienes los confirmaron en el nuevo oficio. Estos hermanos cuidarían de los pobres en el nombre del Señor Jesucristo, para mostrar por ello la misericordia de nuestro Señor en los cielos. Así es como aún se hace en la iglesia de Cristo hoy día. La vida es así ungida con la misericordia del Señor.

El número de creyentes continuó aumentando. Un gran número de sacerdotes llegó a ser obedientes a la fe. Además de practicar el oficio sacerdotal ellos llegaron a ejercer el oficio de todos los creyentes, dedicando toda la vida al Señor.

El camino de Cristo a los gentiles

29: En novedad del Espíritu

Hechos 6:8—8:4

La actividad de Esteban estableció el escenario para la predicación del evangelio entre los gentiles. Evidentemente él vio muy claramente—y lo dijo abiertamente—que el evangelio no estaba atado a Israel, sino que saldría a todas las naciones. Esa fue la razón por la cual la hostilidad de los líderes judíos se dirigió especialmente contra Esteban y lo acusaron de blasfemar contra el templo y la ley. Es significativo en esta respecto notar que Saulo consentía en la muerte de Esteban aun cuando era este mismo Saulo que más tarde fue llamado a llevar a cabo la obra de Esteban. Lucas nos muestra la obra del Espíritu Santo en este hecho.

El contenido del discurso de Esteban parece tener poca relación con los cargos con que se le acusaba. Pero es evidente que Esteban quería expresar cómo vez tras vez Dios obra maravillas nuevas. En el curso de la historia la obra del Espíritu fue sorprendentemente nueva cada vez. Este había sido el caso en los tiempos de Abraham, Moisés, David y Salomón. Pero el pueblo nunca había estado dispuesto a recibir esta novedad; se habían aferrado al pasado, a su "tradición" y siempre habían rechazado las dimensiones innovadoras de la revelación de Dios. Una vez, cuando habían recibido el tabernáculo de Dios y Moisés, lo incorporaron en la adoración de Moloc porque no podían desprenderse de lo que había llegado a ser parte de su tradición pagana. Ahora estaban condicionados en tal forma a la adorción formal del templo en Jerusalén que no entendían que Dios no habita en templos hechos con manos. En esencia su pecado fue resistir al Espíritu Santo.

Que el discurso de Esteban fue inspirado del mismo modo que otros escritores de las Santas Escrituras, en otras palabras que es infalible, es un punto discutible. Su hablar ciertamente no era infalible. Pero debemos considerar este discurso como algo de gran significado, porque el Espíritu Santo hizo que Lucas lo reprodujera de esta manera. Todavía queda la duda, por lo tanto, de si la referencia de Esteban a la tumba que se dice que Abraham había comprado a Hamor el padre de Sequem, debería ser considerada como un error. La referencia puede ser también considerada como un resumen de dos compras distintas pero relacionadas: la de Abraham y la de

Jacob. José fue enterrado en una tumba diferente a la de Jacob (veanse Gn. 23; 49—50:13; Jos. 24:32). Pero Estaban pasa por alto esa diferencia y hace referencia solamente al entierro de los patriarcas en Canaan. Abraham había comprado su lugar de entierro a los hititas, pero José fue más tarde enterrado en la propiedad que Jacob había comprado a Hamor. Un discurso hecho bajo la inspiración del Espíritu tal vez carece de la precisión de un relato detallado de un historiador.

Pensamiento clave: *El servicio de Dios en la novedad del Espíritu es glorioso.*

El conflicto de Esteban. De todos los diáconos escogidos por la congregación en Jerusalén pronto se destacó Esteban. El Espíritu Santo lo había dotado con dones especiales. No solamente para el diaconado, sino también para testificar y hacer muchas maravillas. El Espíritu Santo habló y obró poderosamente a través de él. También vio claramente lo que el Señor pensaba hacer y cómo había de cumplir el Señor su promesa de que el evangelio saldría a todas las naciones. Los gentiles adorarían al Dios de Israel. Pero ya no tendrían que hacerlo en el templo de Jerusalén, porque el significado de aquel templo había sido cumplido en el Cristo. Ya no esperamos la revelación de Dios en el templo, sino su revelación en Cristo quien está ahora en el cielo y es el Salvador del mundo. Dios ya no habita en un templo sombrío, sino en los corazones de su pueblo por su Espíritu Santo.

El discurso de Esteban se refería a todas esas cosas. El vio la gloria de la dispensación del Nuevo Testamento que también hizo gloriosa su propia vida. Por supuesto, en Jerusalén la gente resistió su mensaje. No podían aceptar que el privilegio especial de Israel fuera una cosa del pasado y que Dios estuviera ahora extendiendo su pacto a todas las naciones.

Había muchas sinagogas en Jerusalén; en realidad, cada grupo tenía una propia. La gente que había vivido fuera de Israel hablaba un idioma extranjero y después que regresaron a Jerusalén se unieron con otros de antecedentes similares para formar sus propia sinagoga. Especialmente judíos que habían regresado del extranjero fueron los que ofrecieron fuerte oposición a Esteban. ¿Qué sentido tenía regresar a Jerusalén si había perdido su significado especial en el pacto de Señor? Sin embargo, no podían simplemente suprimir la sabiduría y el Espíritu con que hablaba Estaban.

Su hostilidad provocó un tumulto entre la gente y sus líderes. Lo acusaban de blasfemia contra Moisés y Dios. Y cuando la atmósfera estaba

suficientement envenenada, agarraron a Esteban y lo trajeron ante el Concilio. Había suficientes testigos falsos a mano que lo acusarían de blasfemia contra el templo y la ley. Afirmaban haber oído a Esteban decir que Jesús destruiría el templo y dejaría de lado la ley. ¿Pero era realmente blasfemia que él dijera que las promesas dadas en el templo y en la ley habían sido cumplidas perfectamente?

Los miembros del concilio miraban fijamente a Esteban y vieron que su rostro resplandeció como el de un ángel. Esteban estaba siendo glorificado, como si fuera, ante sus propios ojos. Su vida ya había sido gloriosa porque por la fe permanecía en la libertad del Espíritu. El veía más que otras y se regocijaba en la obra del Espíritu. Su rostro resplandecía de aquella gloria interna. De este modo la vida de los creyentes es glorificada por la fe. Esteban estaba allí solo, pero la vida de toda la comunidad de creyentes es glorificado así como fue la suya.

El testimonio de la historia. A la pregunta si las acusaciones eran ciertas, Esteban les dio una respuesta. Pero como los apóstoles antes de él, no hizo una defensa de su ministerio; su respuesta fue un ataque contra el Sanedrín; fue tanto un testimonio como un sermón. Mostró como a través de la historia Dios en su gracia había llevado a cabo repetidamente algo nueve y soprendente, pero cuán poco había conocido la gente al Señor o había confiado en él.

Esteban recordó como Dios había llamado a Abraham y su parentela de su tierra y le prometió la tierra de Canaan. Abraham creyó al Señor y aceptó la promesa, aunque ni un metro de tierra en Cannan le pertenecía todavía. Todos los patriarcas creyeron esta promesa. Daban mucha importancia a ser sepultados en Canaan incluso mientras su pueblo vivía como extraños en Egipto.

La gente, sin embargo actuaba muchas veces en forma diferente que los patriarcas. Aunque gemían bajo la opresión en Egipto, carecían de la fe para esperar la liberación de la mano de Dios. Mediante una visión muy especial, Dios llamó a Moisés para ser su libertador. ¿Pero cuál fue la actitud del pueblo hacia Moisés desde el principio? El estaba en el desierto con el Angel del Señor y llevó la palabra de Dios al pueblo, pero ellos se bajaron a la adoración idólatra en Sinaí. El pueblo no veía la gloria de la revelación de Dios.

En el desierto Dios les había dado el tabernáculo (la tienda del testimonio). A petición de David fue reemplazado por un templo construido por Salomón. El pueblo por lo general no veía la gloria de esta revelación tampoco. Encerraron a Dios en el templo y con eso lo hicieron igual a los hombres, aunque en realidad el cielo es su trono y la tierra su estrado. El templo

simbolizaba una profecía de su presencia en los corazones de su pueblo a través de su Espíritu*. Pero el pueblo no estaba dispuesto a ver el templo de este modo. Tal símbolo excedía en mucho su imaginación y expectación humanas. Si ellos hubiesen reconocido el simbolismo habrían llegado a ser humildes ante Dios. Pero no lo hicieron; y siempre resistieron la obra del Espíritu Santo, así como la estaban resistiendo ahora.

El pueblo siempre había perseguido a los profetas que señalaban a la gloria de la revelación de Dios, una gloria que superaba por mucho toda norma humana. Y ahora que la gloria completa les había llegado en Jerucristo, ellos lo traicionaron y lo asesinaron. Habían rechazado así la ley en la cual la promesa del Justo, el Redentor, había sido dada. Y sin embargo esa ley era tan gloriosa. Esto se hizo evidente por el hecho de que había sido dada por ángeles. Aquellos ángeles revelaron la majestad de la gracia de Dios.

La muerte victoriosa de Esteban. Cuando Esteban hubo terminado de hablar sus interrogadores estaban enfurecidos. ¿Cómo se atrevía él acusarlos de rechazar la ley? Pero Esteban no estaba intimidado por su ira. Lleno del Espíritu Santo y mirando al cielo, vio la gloria de Dios y vio al Señor Jesús a la diestra de Dios. Esteban tenía el privilegio de ver ahora la gloria de la gracia de Dios, por la cual Dios había realizado cosas grandes y nuevas. Y testificó de lo que veía.

El testimonio de Esteban era una advertencia para ellos. Dios deseaba revelarse a ellos a través de la gloria escrita en el rostro de Esteban. Pero ellos nada tendrían de eso; dieron grandes voces para sofocar su voz y taparon los oídos. De este modo rechazaron obstinadamente la gracia del Señor. Lo agarraron y lo sacaron de la cuidad con órdenes de que fuera apedreado. Aún mantenían una apariencia de justicia porque los testigos tenían que lanzar las primeras piedras.

Mientras le tiraban las piedras Esteban oraba, "Señor Jesús, recibe mi espíritu". Rindió en las manos de su Señor una vida vivida en comunión con Dios. Después de eso clamó a gran voz para que todos lo escucharan: "Señor, no les tomes en cuenta este pecado". No tenía resentimientos contra sus enemigos, porque su enemistad estaba realmente dirigida contra el Señor y contra su Espíritu. Fue movido a compasión por ellos y por ellos oró. Esteban murió una muerte gloriosa y victoriosa de acuerdo con la dispensación del Espíritu, a quien él vio por la fe. En vida y muerte debe ser de esa manera para toda la congregación de los creyentes.

*Véase Tomo I, pp. 307-314; Tomo II, pp. 198-204.—Trad.

La linea extendida. Hombres devotos llevaron a Esteban a su tumba e hicieron grande lamentación por él. De este solo hecho estaba claro que la fe de Esteban no habia muerto con él. Además, Dios estaba también obrando en la preparación de algo igualmente maravilloso. Un cierto Saulo estaba presente en la muerte de Esteban. Estaba complacido, porque despreciaba el mensaje de Esteban. Buen judío como era, ayudó a la ejecución "cuidando las ropas" de aquellos que apedreaban a Esteban. Al mismo tiempo era Saulo a quien Dios había escogido para llevar el mensaje de Esteban. ¡Imagínese el cambio de corazón necesario para Saulo! ¡Otro de los grandes milagros de Dios! ¿Que podría impedir que su consejo se lleve a efecto?

Inmediatamente, con Saulo aún hostil al evangelio, la persecución irrumpió contra la iglesia en Jerusalén. Nadie se atrevía tocar a los apóstoles, pero los otros miembros fueron echados en la cárcel. Saulo incluso sacaba a hombres y mujeres de sus hogares. Sin embargo, esta presecución también sirvió los propósitos del Señor para difundir el evangelio, porque muchos huyeron de Jerusalén y proclamaron la palabra del Señor por todas partes.

30: La victoria sobre la magia

Hechos 8:5-25

No quiero poner demasiado atención en la figura de Simón el mago. Más importante es que Samaria llegó a ser obediente a la palabra de Dios siendo así liberada de la magia.

La magia es el intento del hombre por someter los poderes divinos y usarlos para sus propios fines. No hay necesidad de hablar de los variados medios usados para alcanzar ese fin, pero deberíamos estar conscientes de las formas de magia encontradas dentro de la iglesia cristiana. Me refiero no solamente al concepto mágico de los sacramentos de la Iglesia Católicorromana. La administración de la palabra y la oración bien pueden ser transformados en medios mágicos. Y los hombres que desean manipular a Dios como, por ejemplo, en su justicia legalista están también practicando la magia. Tal cosa es el rechazo del pacto en el cual el Dios supremo nos da su comunión a través de su Espíritu Santo, una comunión que nos da vida.

En el versículo 5 leemos cómo Felipe predicaba a Cristo a los samaritanos. Cristo era el punto central de su predicación. Probablemente esta breve descripción del contenido de su mensaje fue intencional. Cristo es lo opuesto de la magia. La revelación de Jesucristo no insta al hombre a controlar los poderes divinos sino que pone al hombre en sujeción a la palabra de gracia y lo incorpora al reino de gracia. Dios ha descendido a nosotros en Cristo y así nos conquista.

Pensamiento clave: *Samaria es liberada de la magia por la palabra del Espíritu.*

El evangelio de Cristo y la magia. Debido a la persecución muchos tuvieron que huir de Jerusalén. Entre ellos estaba Felipe, un diácono como

Esteban. Felipe viajó a la capital de Samaria cuyas habitantes eran una mezcla de ancestros judíos y no judíos. Estos samaritanos muchas veces hablaban acerca del Dios de Israel que se había revelado a su pueblo a través de Moisés, pero no querían adorarlo en el templo de Jerusalén. A propósito habían establecido su propia forma de adoración en Samaria. ¿Le era permitido a Felipe predicar el evangelio a esta gente de raza mezclada? Felipe debe haber pensado que sí; después de todo, tenía el propio ejemplo de Jesús.

Samaria estaba bajo el hechizo de cierto mago llamado Simón quien pretendía ser un redentor. Afirmaba que podía abrir el camino a Dios. Podía movilizar poderes divinos y hacerlos servir la redención del hombre. Desplegaba su arte en muchas formas de magia que siempre encantaba a la gente. Lo llamaban el gran poder de Dios, el redentor prometido.

A través de la persona de Simón, Satanás tenía a los samaritanos en su poder; tenía al pueblo hechizado. Si un hombre podía hacer uso de poderes divinos, creían los samaritanos, significaba que tenía a Dios en su poder. ¡Y aquello significaba la liberación de la vida! ¡Había muchos fanáticos como él en aquellos días, pero también los tenemos en nuestro medio. Si pudiéramos manipular a Dios y hacer que él haga lo que nosotros queremos, y si pudiéramos ser supremos, estaríamos en control total. Para lograr eso los hombres a menudo usan todos los medios disponibles, incluyendo la oración.

Sin embargo, la fe y el evangelio son algo distintos a eso. No gobernamos sobre Dios; él nos gobierna a nosotros en su gracia. Ese era el mensaje que Felipe trajo a la capital de Samaria. Les dijo a los samaritanos cómo Dios en su gracia soberana había venido a nosotros nuevamente en Jesucristo. Hizo un llamado a la sumisión en fe a la palabra de gracia. Felipe habló por el Espíritu Santo, que a su vez confirmaba la palabra con las señales y maravillas que Felipe hacía. La palabra de gracia luchaba con la magia, igual que en el día de hoy en todo el mundo. ¿Reconoceremos la soberanía suprema de Dios sobre nosotros o trataremos de subordinar a Dios bajo nuestras propias maquinaciones?

Sumisión en fe. En realidad muchos en aquella cuidad llegaron a creer. Para cada persona esto requería una completa transformación, subordinándose a la gracia de Dios. ¿Quién sino el poderoso Espíritu Santo puede llevar a cabo semejante cambio? Nuestros pecados nos han cegado al punto que nuestros esfuerzos por liberación están condenados.

No es que los nuevos creyentes, habiéndose sometido, se sintieron repentinamente encadenados a unas ataduras opresivas. Por el contrario, se regocijaron y la ciudad se llenó de felicidad porque supieron que su liberación

de verdad había llegado. Nuestra libertad se encuentra en comunión con Dios la cual obtenemos mediante el fiel sometimiento a su palabra. Los samaritanos veían ahora que su fascinación con Simón había sido un yugo. El seguirlo no les trajo liberación sino servidumbre al pecado y al temor. Al ser bautizados recibieron la señal de que el viejo hombre, el adicto a la magia, había muerto y que el nuevo hombre, el seguidor de Cristo, estaba vivo.

Incluso Simón creyó y fue bautizado. Abandonó su magia y se sometió al reinado de la gracia de Jesucristo. En cierto momento se sintió tentado a "comprar" más poder, posiblemente como un medio de aumentar su propio poder. Si la fe no nos hace totalmente sumisos, somos tentados a utilizar los dones del Espíritu para nuestros propios propósitos. En cualquier caso, Simón fue bautizado y permaneció constantemente en compañía de Felipe, asombrado de las señales y los grandes milagros que éste hacía. ¿Fueron su asombro, su fe en la gracia del Señor, genuinos? ¿O quería simplemente congraciarse con los discípulos en un esfuerzo por aumentar su influencia?

El don del Espíritu Santo. Los apóstoles en Jerusalén oyeron que Samaria había aceptado la palabra de Dios. Los apóstoles no tuvieron la más mínima objeción a que el evangelio fuese predicado allí. Recordaron que ellos habían estado en Samaria con el Señor Jesús más de una vez. Entonces eviaron a Pedro y a Juan, de modo que los samaritanos pudieran gozar la comunión de fe con la congregación en Jerusalén.

Cuando Pedro y Juan llegaron a Samaria, supieron que muchos habían llegado a creer y ser bautizados, pero nada se vio del don especial de lenguas que se hizo evidente repetidamente en Jerusalén. En esa cuidad los creyentes profetizaban o hablaban en lenguas extranjeras frecuentemente. Esta era una revelación de la obra poderosa del Espíritu en ellos que mostraba cómo una investidura con el Espíritu Santo efectuaba una completa glorificación de sus vidas. Si los samaritanos también recibían este don del Espíritu Santo, serían uno en espíritu con la congregación de Jerusalén. Mostraría que el Espíritu Santo también obraba a través de ellos. Por lo tanto Pedro y Juan oraron para que los samaritanos recibieran este don e impusieran sus manos sobre ellos. Al hacerlo así ellos expresaron su solidaridad con toda la comunidad de creyentes y con la cabeza de la iglesia. Cuando los samaritanos se sometieron el Espíritu Santo vino también sobre ellos y profetizaban.

Estas señales especiales fueron solamente para aquel primer período de lucha durante el cual la iglesia echó raíces. Ya no ocurren. Pero el poder del Espíritu Santo que produce fe y establece la comunión con Jesucristo y con su iglesia está todavía con nosotros hoy. Esa fe contiene la promesa y deseo de

la glorificación perfecta de la vida. En comunión íntima con Dios a través del Espíritu Santo hay completa liberación de la brujería y superstición.

El juicio sobre el hechicero. Cuando Simón vio que el Espíritu Santo había sido dado a través de la imposición de manos de los apóstoles, pidió comprar este poder. Vio este acto como una clase de magia, el secreto de la cual podía ser vendido. No había reconocido la soberanía de la gracia de Dios. Simón parecía creer que el acto de humilde fe y sumisión a Cristo de parte de los apóstoles era un tipo de magia. Instintivamente vio la imposición de manos como una herramienta con la cual podía adquirir poderes divinos. Pero no podía ver lo que realmente había allí.

Pedro respondió: "¡Perezca tu plata contigo, porque pensaste que podrías obtener el don de Dios con dinero!" Pedro le reprochó su falta de fe en la palabra de Dios y señaló que su corazón estaba lleno de premeditaciones amargas. Simón trató de hacer barata la gracia de Dios transformándola en una mera triquiñuela. Tendría que experimentar un cambio completo, arrepentirse de su maldad y volverse a la gracia de Dios por fe. Pedro lo instó a orar por el perdón.

Simón pidió a los apóstoles que oraran por él, para que el juicio no cayera sobre él. Si realmente hubiese sido tocado por la amonestación de Pedro, él mismo habría clamado a Dios. No se nos dice si fue alguna vez convertido. Pero antes de volvernos de nuestra autosuficiencia y pedir a Dios su misericordia, el Espíritu muchas veces nos hace pasar a través del crisol.

Después de confirmar la predicación de Felipe, los apóstoles regresaron a Jerusalén. En su camino a casa predicaron el evangelio en muchas aldeas samaritanas. Así fue abierta Samaria al evangelio. El Señor Jesucristo había agregado Samaria a su reino de gracia.

31: El camino a los gentiles

Hechos 8:26-40

Con un hecho come este hay un gran peligro de contar la historia de la conversión del oficial enfatizando la vida personal de este personaje y en el proceso perder de vista cómo Felipe fue conducido a este bautismo por el Espíritu Santo. Aquí el primer gentil es bautizado. Para llegar hasta aquí la iglesia fue conducida a través de un sendero sorprendente. La fe en Jesucristo florece sin consideración de raza, nación o nivel económico. El pacto es abierto a todos. Es el Espíritu Santo el que reune judíos y gentiles en el pacto.

Pensamiento clave: *A través de la obra del Espíritu Santo el judío y el gentil se reunen en el pacto.*

Guiado a los gentiles. Dios había bendecido grandemente la predicación de Felipe en Samaria a un pueblo de antepasados mixtos. Sin embargo, varios lazos los unían a Israel. El Señor tuvo que conducir la iglesia aún más allá; la tenía que llevar a los gentiles. La iglesia tenía que entender que la salvación en el Señor es para todas las naciones porque Dios había abierto su pacto a todos los pueblos. La salvación ya no estaba limitada a Israel; Israel ya no tenía privilegios especiales. Pero la iglesia no podía asimilar este pensamiento inmediatamente. Solamente el Espíritu Santo podía llevar la iglesia a aceptarlo.

Con ese propósito el Señor nuevamente escoge a Felipe. Un ángel del Señor le apareció y le dijo, "Levántate y vé hacia el sur, por el camino que desciende de Jerusalén a Geza, el cual es desierto". Felipe evidentemente había aprendido ya que estar al servicio del Señor requiere obediencia sin hacer preguntas. De modo que se levantó y fue al camino de Gaza.

Cuando Felipe llegó allí vio un carro acercándose. Era obvio que pertenecía a un oficial importante. El hombre del carro era del sur, el ministro de finanzas en la corte de la reina de Etiopía. El hombre estaba leyendo en voz alta de un rollo que tenía, en la mano. El Espíritu Santo habló al corazón de Felipe, diciéndole que se uniera al hombre en su carro. El propósito del Señor de enviarlo allí era el encuentro con el gentil. Debe haberle parecido extraño a Felipe, pero él había aprendido a obedecer. Vería en seguida la gran obra del Espíritu quien estaba transmitiendo la fe desde Israel a los gentiles. Entonces estaría verdaderamente asombrado. La obra del Espíritu en el mundo está llena de sorpresas. Todo el mundo es llamado a la obediencia de la fe en Jesucristo. Y mientras el Espíritu llama a su modo, en su tiempo, nosotros debemos estar listos a obedecer su llamadas.

Desde los confines de la tierra. ¿Cómo es que el oficial se encontraba en este camino? Había venido desde Etiopía a adorar en Jerusalén, aparentemente con permiso de su reina para ausentarse. El apremio en él debe haber sido fuerte. De alguna manera había oído del Dios de Israel y anhelaba conocer su nombre.

Así había llegado a Jerusalén. No importa cuán maravilloso era el lugar donde era adorado el verdadero Dios, su estadía en Jerusalén debe haber sido una desilusion. No había sido incorporado a Israel y se hallaba de este modo fuera del pacto. Sólo se le había permitido entrar al Patio de los gentiles y estaba limitado a adorar de lejos. Su corazón debe haber anhelado una comunión más íntima con Dios. Había venido desde el fin del mundo conocido, pero su visita no lo había acercado a Dios espiritualmente.

Confuso, había partido de regreso a casa. Sin embargo, llevaba consigo uno de los libros sagrados de Israel y, no dispuesto a demorar su exámen, comenzó a leer en su viaje de regreso.

Esto también fue la obra del Espíritu Santo. Fue él quien puso en el hombre una inquietud y lo trajo a Jerusalén. Fue él quien lo impulsó a examinar las Escrituras. El Espíritu Santo quería acercar al que estaba lejos y hacerlo partícipe de la comunión con Dios en su pacto. Siempre nos asombra hasta donde va el Espíritu Santo a buscar personas para traerlos a la comunión del Señor.

Proclamando el evangelio. Cuando Felipe se acercó al carro, oyó que el oficial estaba leyendo el capítulo cincuenta y tres del profeta Isaías acerca de la humillación y exaltación del Señor Jesús. Lo debe haber conmovido profundamente a Felipe. ¡Aquí había un gentil leyendo acerca del sufrimiento

y condenación del Señor Jesús! Felipe interrumpió para preguntar si entendía lo que estaba leyendo. El oficial contestó que no podía entender porque no había nadie que le explicara. Invitó a Felipe a explicarle la palabra. Evidentemente había puesto atención en las palabras que había leído, porque preguntó de quién se hablaba en el capítulo.

¡Qué oportunidad esplendida tuvo Felipe de proclamar el evangelio! Sabiendo que era el Espíritu Santo quien le había dado esta oportunidad, dio testimonio del Señor Jesús, comenzando con este capítulo. También sabía que la intención de Dios era que se predicara el evangelio a los gentiles. Mientras explicaba las buenas nuevas al hombre, Felipe debe haber visto más claramente que sólo el pacto y la fe en Jesucristo es lo importante. Dios no estableció restricciones de raza o nación. Y cúanto tuvo que decirle el evangelista a ese extranjero que entendió y embebió las palabras de las Escrituras. La fe surgió en él con toda claridad.

Aquí Felipe fue enfrentado con la milagrosa actividad del Espíritu. El Espíritu los había reunido y había abierto el corazón del gentil en fe a la palabra del Señor.

Unidad en el pacto. Mientras continuaban su camino y conversaban, llegaron a un estanque de agua. Al parecer Felipe le había dicho que todos los que creían eran bautizados como señal de la nueva vida en comunión con Dios a través de su pacto. Esto había hecho impresión en el personaje. Si sólo pudiera él también pertenecer a esta nueva hermandad; así que, al ver el agua, dijo, "Mira, aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?" Si creemos en el Señor anhelamos la señal de nuestra incorporación al pacto.

Felipe enfrentaba una tremenda decisión. ¿Le era permitido bautizar a un gentil? De acuerdo a la palabra de Dios lo único que se necesitaba para el bautismo era fe en Jesús. Además, sabía que el Espíritu Santo había abierto el corazón del oficial. Sin vacilar hizo su decisión: "Si crees de todo corazón, bien puedes". Al instante Felipe vio que el pacto había sido abierto a los gentiles. En respuesta, el oficial confesó su fe: "Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios". En Jesucristo el amor total de Dios nos ha llegado y ese amor abarca a todas las naciones.

Descendieron al agua y el oficial fue bautizado. Era una señal de que la autosuficiencia del gentil había muerto; dentro de él había surgido la fe en Jesucristo. Debe haber sido un momento muy especial para Felipe también. Un judío y un gentil eran uno en el pacto a través de la fe en Jesucristo. Todos los obstáculos habían sido vencidos. ¡Cómo deben haberse regocijado y glorificado a Dios los ángeles!

Repentinamente el Espíritu del Señor se llevó a Felipe. ¿Se había roto la hermosa unidad? El oficial sabía la respuesta; no volvió a Jerusalén en busca de Felipe, sino que continuó en su camino regocijándose. Sabía que la unidad en la fe sería preservada aunque ellos no se veían el uno al otro. El Espíritu Santo continuaría atendiendo su propia tarea. Ese también era un pensamiento y confianza que provoca el asombro. ¿Hay alguna cosa que el Espíritu Santo no puede hacer? En cuanto a eso, ¿hay alguna cosa que nosotros no podamos hacer siempre que nuestros corazones hayan sido abiertos por la fe? El oficial debe haber difundido las buenas nuevas del evangelio en Etiopía. Más tarde cristianos etíopes se ligaron a la iglesia mundial y se desarrolló una floreciente iglesia nacional.

Felipe fue visto después en Azoto en la costa. Predicó sin parar. Proclamaba el evangelio en todas las aldeas hasta llegar a Cesarea donde permaneció un largo tiempo. De esta manera el mensaje de salvación fue difundido fuera de Israel y la iglesia echó raíz en todas partes.

32: Llamado a ser un portador de la palabra

Hechos 9:1-30

Poner el título "La conversión de Saulo" sobre esta sección sugeriría una descripción de la conversión personal de Saulo. Sin embargo, como el Cristo le dijo a Ananías, Saulo fue llamado a llevar el nombre del Señor ante los gentiles. Fue el instrumento escogido del Señor. Como tal, fue elegido. La elección, sin embargo, no se limita a la bendición eterna, sino que incluye la elección a una tarea presente. Fue así para Saulo y para todos los elegidos de Dios. Como Saulo, cada creyente individual ha sido llamado para llevar la palabra de Dios al mundo. No debe hacernos pasar por alto lo que fue especial en el llamado de Saulo. Fue su tarea especial el de llevar el evangelio los gentiles; había de ser un pionero del evangelio en el mundo gentil. Saulo, sobre todos los otros, proclamó inequívocamente que el pacto del Señor había sido abierto a los gentiles.

En el versículo 7 leemos que aunque los hombres que accompañaban a Saulo oyeron la voz, no vieron a nadie. En Hechos 22:9 dice que aunque ellos vieron la luz, no escucharon la voz. Probablemente debe entenderse del relato que mientras ellos vieron una luz y oyeron un sonido, no vieron la figura de Cristo ni entendieron las palabras.

El versículo 23 dice "Pasados muchos días", refiriéndose a la estadía de Saulo en Damasco. Muy probablemente debemos colocar su estadía en Arabia en este período. Desde allí regresó a Damasco (véase Gá. 1:17) La visita a Jerusalén fue muy breve, solamente catorce días (Gá. 1:18,19). Después de eso permaneció en Tarso alrededor de diez años.

Pensamiento clave: *El llamado del Espíritu a ser portador de la palabra de Dios.*

Hostilidad hacia el evangelio. La persecución de Saulo contra la comunidad de creyentes en Jerusalén continuaba. Cuando el evangelio se proclamaba en todas partes, y estaban ganando discípulos, Saulo solicitó cartas de recomendación del sumo sacerdote para las sinagogas en Damasco. Damasco por supuesto, quedaba fuera de las fronteras de Palestina, pero el sumo sacerdote tenía suficiente autoridad sobre las sinagogas de los judíos allí que los obligarían a ayudar a Saulo en su persecución de los creyentes. Saulo quería arrastrar a los creyentes en Damasco a Jerusalén para ser juzgados.

No importando el costo, Saulo intentaba parar al evangelio en su curso. ¿Por qué era tan hostil al evangelio? El era un hombre dotado que había sido educado a la manera de los fariseos en la escuela de Gamaliel, un miembro de la secta de los fariseos más estricta. Lo que es más, dominaba en él un celo apasionado por la secta y quería ganar su salvación por sus propias obras. Toda su vida estaba poseída por ese pensamiento. Y ahora el evangelio proponía el mensaje totalmente opuesto: que la salvación, la redención de nuestra vida, es un don de la gracia de Dios. Saulo no podía tolerar aquel mensaje, porque negaba todo lo que él creía.

Y sin embargo el Señor Jesús tenía grandes planes para este Saulo. El había de llevar el evangelio a los gentiles y guiar a la iglesia a confesar que el pacto del Señor había sido abierto a los gentiles. Ciertamente que nosotros no habríamos escogido a Saulo, pero el llamado del Señor puede cambiar totalmente el curso de la vida de una persona. ¿Y no estaba el Señor ya poniendo una inquietud en él? ¿No era su furia contra el evangelio un intento de silenciar la inquietud y vacío interior de su modo farisaico de vida? Jesús más tarde tuvo que advertirle que al perseguir a los creyentes se estaba simplemente hiriendo a sí mismo. El había sido llamado tiempo atrás; su continua resistencia llevaba a la autodestrucción. Había estado presente en la muerte de Esteban; había leído las Escrituras; había oído del Señor Jesús. Sin embargo, no quería someterse y en vez de ello se ponía furioso. ¿Qué tendría que hacer Cristo para cambiar el curso de su vida? ¿Cómo sería quebrantado para llegar a ser un instrumento en las manos del Señor?

Encuentro con Cristo. Cuando Saulo y sus compañeros llegaban cerca de Damasco, repentinamente una luz del cielo resplandeció alrededor de todos ellos. Saulo cayó a tierra y oyó una voz que le decía, "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Evidentemente también veía un especie de figura en la luz,

porque dijo, "¿Quién eres, Señor?" a lo que el Señor contestó, "Yo soy Jesús, a quién tú persigues. Dura cosa te es dar coces contra el aguijón" (cf. Hch. 26:14). La gracia gloriosa del Señor resplandeció a su alrededor. Más tarde él recordaba que la luz era más brillante que el sol. El sol después de todo, debe su luz a la gracia del Señor. Aquella gracia sobrepasa por mucho la luz del sol en gloria. Sin embargo, para Saulo el esplendor de la gracia de Dios era horroroso porque era hostil a esa gracia. El Señor se le apareció y se reveló a Saulo y al mismo tiempo reveló que Saulo era un perseguidor del Señor. Esto derribó a Saulo.

Temblando y atónito, preguntó qué era lo que el Señor quería que hiciera (cf. Hch. 22:10). Entonces el Señor solamente le mandó entrar en Damasco donde se le diría que hacer. Cuando se levantó estaba ciego; los hombres que estaban con él tuvieron que llevarlo de la mano. Los otros habían visto cierta luz pero ninguna figura; habían oído un sonido pero no entendieron las palabras. Sólo Saulo había sido derribado y cegado porque estaba rebelándose contra el Señor incluso mientras el Señor lo estaba buscando.

En Damasco estuvo totalmente ciego por tres días. Durante ese tiempo no comió ni bebió. Estaba completamente avergonzado y no podía pensar en nada sino en la enemistad entre el Señor y él. El Señor estaba contra él y él estaba contra el Señor. En su ceguera se descubrió a sí mismo. Se daba cuenta que de hecho siempre había estado ciego, ciego en su oposción a Cristo y su persecución de los cristianos. Durante aquellos tres días oró por la liberación. ¿Cómo podía él ser reconciliado con el Señor? ¿Era el trato severo del Señor hacia él evidencia de que el Señor buscaba salvarlo, no destruirlo? Lentamente Saulo debe haber aprendido lo que significa la gracia. En este tiempo Saulo no tenía la más minima idea de la clase de llamado que el Señor tenía planeado para él. Primero tenía que aprender lo que significaba vivir por la sola gracia; de otro modo sería incapaz para el evangelio.

Sus ojos iluminados. El tercer día el Señor se le apareció en una visión a Ananías, un discípulo en Damasco. Cuando el Señor lo llamó, respondió, "Heme aquí, Señor". Su respuesta sugería que estaba totalmente preparado para escuchar y servir. Si esto era enteramente cierto es algo que veremos. El Señor le dijo que fuera a la calle llamada "Derecha" y buscara en la casa de un hombre llamado Judas por Saulo de Tarso. El Señor le dijo a Ananías que esta Saulo había visto una visión en que un hombre llamado Ananías imponía sus manos sobre él, restaurándole la vista. Habiendo oído de Saulo, Ananías tuvo inmediatamente algunas objeciones. Ananías estaba dispuesto a ser obediente hasta cierto punto. Aún tenía que acostumbrarse a las maravillas del

Señor. Pacientemente el Señor le explicó lo que quería de Saulo. Había escogido a Saulo para ser un instrumento para llevar su nombre a los gentiles, a los reyes y a los hijos de Israel. Saulo tendría que sufrir mucho por el nombre del Señor. El Señor le dio a Ananías un vislumbre de su consejo y le permitió una mirada en la vida futura de Saulo. A través de Saulo el Señor cumpliría su promesa de que los gentiles llegarían a conocerlo.

Después de aquello, Ananías salió obedientemente. Encontró a Saulo y puso sus manos sobre él, explicando que el Señor lo había enviado para que cobrara su vista y fuera lleno del Espíritu Santo. Unas escamas cayeron de los ojos de Saulo y fue sanado. Esta sanidad le recordaba su ceguera en los días anteriores, pero también le decía que el Señor había quitado su ceguera, es decir, su culpa. Tratado como hermano en el Señor, Saulo creyó que el Señor lo había buscado y creyo que había gracia y perdón para sus pecados. Fue bautizado indicando con ello el lavamiento de sus pecados y su integración a la iglesia del Señor. Saulo se había hecho hombre nuevo; pudo oír el llamado del Señor. Ahora se recobraba y volvía la vida, resucitado de sus pecados y antojusticia.

El tiempo de prueba. Después de su conversión Saulo permaneció en Damasco por un tiempo. Inmediatamente procedió a proclamar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios, que en él nos ha llegado la plenitud del amor de Dios.

¡Esto provocó gran desánimo en las sinagogas, porque los judíos estaban bien conscientes del propósito de la visita de Saulo a Damasco! Al predicar, la gracia de Dios en Jesucristo llegó a ser cada vez más clara y les daba pruebas a los judíos por las Escrituras que Jesús era el Mesías prometido.

Saulo se quedó allí por algún tiempo. Durante este tiempo también hizo un viaje a Arabia. Al regresar comenzó a predicar nuevamente pero encontró que la enemistad de los judíos había aumentado al punto de que planeaban matarlo. Día y noche vigilaban las puertas de la ciudad para impedir que se escapara. Pero una noche los discípulos lo bajaron por el muro de la ciudad en un canasto y escapó. Era irónico que Saulo estuviera sometido a la misma hostilidad que anteriormente infligía a otros. Su predicación se hacía inefectiva por el odio que encontraba; no pudo cambiar sus corazones. Damasco fue una prueba dolorosa para Saulo. Sin embargo, debe haberle hecho entender mucho más la gracia de Dios que nos escoge.

Desde Damasco se dirigió a Jerusalén. Allí quiso juntarse con los discípulos, pero éstos no confiaban en él. Su pasado estaba a su contra. Sin embargo, Bernabé había oído lo sucedido en el camino a Damasco y cómo Saulo había predicado a Jesucristo en las sinagogas allí. Por lo tanto, lo recomendó a los

apóstoles quienes entonces lo aceptaron. En Jerusalén Saulo también habló sin temor en el nombre del Señor Jesús. Predicaba principalmente a los judíos de habla griega (helenistas) porque él también era extranjero. Como en Damasco, los de Jerusalén también complotaron para matarlo. Por eso los hermanos lo enviaron fuera, acompañándolo hasta Cesarea.

Desde Cesarea se dirigió a su ciudad natal, Tarso, en Asia Menor donde se retiró por diez años por lo menos. Allí el Señor le enseñó muchas cosas con el fin de prepararlo para su futuro llamado. Este fue el tiempo de su prueba, su santificación y madurez. El Señor había determinado todo esto para él de antemano para poder usar a Saulo en su servicio de llevar la palabra a los gentiles. Así el Señor guía a todos aquellos que creen en él en preparación para su servicio.

33: La vida eterna

Hechos 9:31-43

Cuando las viudas le mostraron a Pedro las túnicas y los vestidos que Dorcas había hecho, no lo hicieron como un despliegue jactancioso de sus buenas obras. La costura de Dorcas como obra de caridad era simplemente una obra del Espíritu Santo. En Jope la gente estaba desanimada porque esta obra del Espíritu había sido cortada. Con la resurrección de Dorcas podría ahora continuar. Esto revelaba que la obra del Espíritu no podía ser destruida; la vida que es del Espíritu es eterna. Las puertas del infierno—es decir, del reino de los muertos—no prevalecerán contra la comunidad de los creyentes. La vida de la comunidad cristiana no será entregada a la futilidad y olvido en el reino de los muertos. La vida caritativa de Dorcas conquista la muerte y un día será restaurada al esplendor eterno porque es del Espíritu.

Esta es la obra verdadera de la caridad: estar dispuesto de sacrificar la propia vida por causa de Cristo. Tal es en realidad la vida vivida en el Espíritu de Cristo.

La sanidad de Eneas, paralítico por ocho años, también muestra que nuestras vidas no necesitan ser vividas vacías.

Estos milagros fueron hechos por Pedro, aquel que había confesado a Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios, después de lo cual Cristo le dio la promesa de que las puertas del infierno no prevalecerían contra su iglesia. La iglesia que mantiene esta confesión es invencible.

Pensamiento clave: *Por su Espíritu Cristo otorga la vida eterna.*

La sanidad del paralítico. Después de la conversión de Saulo la persecución de los creyentes se detuvo. Mientras tanto, iglesias habían sido establecidas a través de Judea, Galilea y Samaria. Estas iglesias continuaron creciendo. Internamente, fueron fortalecidas en la fe. Los creyentes vivían en

el temor del Señor; se inclinaban ante su palabra y ante su consejo de gracia, y así eran animados por el Espíritu Santo.

Pedro visitó todas aquellas iglesias, incluyendo aquella en Lida. Entre Pedro y estos creyentes existía siempre la comunión en la fe. Regocijaban en la vida que les fue dada en la comunión con el Señor Jesucristo a través del Espíritu Santo.

En Lida Pedro encontró a una persona que había estado en la cama por ocho años, un hombre llamado Eneas. Este hombre estaba condenado a una vida inactiva. Al parecer, llevaba una existencia inútil. Pero puede haber mucho fruto en la vida de una persona que tiene que soportar años de sufrimiento si solamente se inclina en fe delante del Señor. Podría ser este el caso también con Eneas. Sin embargo, era incapaz de tomar parte activa en el intercambio social común. Así aquí la poderosa vida del Espíritu encontró la impotencia que el pecado había traído a su vida. Pedro y la congregación de creyentes evidentemente estaban conscientes de este conflicto.

En el Señor Jesucristo el pleno amor de Dios nos ha llegado, un amor que restaura la vida. Pedro por lo tanto dijo con simple confianza: "Eneas, Jesucristo te sana; levántate y haz tu cama". Inmediatamente Eneas se levantó. También vio por la fe que el Señor Jesús había venido a darnos vida. En su vida restaurada serviría al Señor. Esta sanidad era una revelación de la vida poderosa que nos otorga el Espíritu Santo.

Tales milagros ya no ocurren. Al veces tenemos que sufrir toda la vida. Pero incluso entonces debemos aferrarnos a la revelación de Dios de que el Señor Jesús vino a darnos vida en toda su plenitud. Entonces creemos en la vida, aunque en algunos aspectos sufrimos bajo el poder de la muerte. La vida aún ha ganado la victoria.

Muchos habitantes de Lida y sus alrededores vieron a Eneas después que fue sanado. Muchos enfrentaron el poder de la vida que es dada por el Espíritu. Como resultado muchos se volvieron al Señor.

La resurrección de Tabita. Cerca de Lida estaba el pueblo de Jope, donde vivía cierta mujer llamada Tabita o Dorcas. Esta mujer, una creyente, era de gran ayuda a los necesitados. Toda su vida se había entregado al servicio de otros, aunque no en el sentido de perder su propia vida en el proceso. Salvar nuestras vidas significa rendirlas al Señor y, por causa de él, a nuestros semejantes.

Por esos días Dorcas se enfermó y murió. No la sepultaron inmediatamente sino que la pusieron en una sala. Nadie podía imaginar que esta bendita vida había llegado a su fin. En Dorcas habían visto el fruto de una vida vivida en el

Espíritu. Todos los santos se regocijaron en una vida como esta. Simplemente no podía ser verdad que había terminado. Su fe luchaba dentro de ellos, la misma fe por la que habían visto la vida de Dorcas como el fruto del Espíritu.

Entonces oyeron que Pedro estaba en Lida. Probablemente habían oído también de la sanidad de Eneas. La palabra que Pedro predicaba tenía el poder de sanar. ¿No era posible que volviera a la vida a Dorcas? En todo caso, Pedro tenía que ser informado de su muerte. No podían simplemente resignarse a ser conquistados por la muerte sin tratar de vencerla. Por eso enviaron a dos hombres a Lida para pedir a Pedro que viniera lo más pronto posible.

Pedro inmediatamente regresó con ellos. Lo llevaron a la sala donde estaba el cuerpo de Dorcas. Las mujeres perplejas le mostraron las túnicas y vestidos que Dorcas había hecho para ellas el fruto de una vida vivida en el Espíritu. ¿Podía esto haber terminado para siempre?

Pedro entendió que esto no podía ser el fin. La palabra que da vida protestaba dentro de él contra la muerte. La Vida del Espíritu no es sólo temporal y efémera sino es eterna. Pedro les hizo salir y luego se arrodilló y oró. Volviéndose al cuerpo, dijo, "¡Tabita, levántate!" Ella abrió los ojos y se sentó. Luego Pedro la devolvió a los creyentes en Jope. Muchos testificaron del poder de la palabra de vida y se convirtieron.

Todos lo que ven por la fe son además fortalecidos por la fe. Si vivimos con el Señor y nos damos a él y a nuestro prójimo esta vida no es sólo por un tiempo que pronto pasa al olvido. La vida en el Espíritu es victoriosa sobre la muerte. Se origina en Dios y un día será restaurada a la gloria. De modo que no vivimos en vano, sino que sabemos el propósito de nuestra vida, a saber, llevar fruto eterno para Dios. Ese fruto tal vez no sea idéntico al de Dorcas, pero cada vida requiere sacrificio. Al dar nuestra vida por causa del Señor, es preservada para siempre.

34: La purificación de los gentiles

Hechos 10 y 11

El ministro de finanzas de Candace, reina de Etiopía, era un solo convertido; aquí leemos (11:1) que los gentiles en general recibieron la palabra de Dios. Pedro requería una visión del cielo antes de sentirse libre para bautizar a los gentiles. Además el Espíritu Santo vino primero sobre los oyentes del evangelio antes de que fueron bautizados. Generalmente el orden era al revés. Pedro necesitaba esta señal antes de sentirse libre para bautizar a los gentiles convertidos. Aprendió que Dios no hace acepción de personas. No había adoptado a Israel como su pueblo porque eran mejores que todos los otros pueblos. Ahora extendía su pacto para incluir a todas las naciones. Todo aquel que temiera al Señor e hiciera lo que era recto—es decir, quien en fe pusiera su esperanza en él y viviera delante de él—era aceptable a él. La predicación del evangelio estaba dirigida a gente que reconocía el pacto original del Señor con Israel. A través de esa proclamación vendría a la libertad del Espíritu. Tal libertad hacía innecesario para ellos ser incorporados a Israel por la circuncisión. Era enteramente posible para creyentes judíos gozar de comunión con los gentiles en el Espíritu a través de la fe en Jesucristo. El hecho de que la iglesia comenzara a darse cuenta de esto significó una enorme transición en aquellos días. Cuando Pedro más tarde rompió la comunión con creyentes gentiles en Antioquía (Gá. 2:11-21) representó un retraso pecaminoso, especialmente cuando se considera a la luz de este pasaje.

Pensamiento clave: *A través del Espíritu Santo todas las naciones son purificados en el pacto.*

La hora del recuerdo con Dios. Después que Pedro hizo el milagro en Jope, permaneció en la casa de un cierto Simón, un curtidor. Mientras estaba

allí pasó algo raro en Cesarea, un pueblo costera a 45 kilómetros de distancia. Una compañía de soldados romanos integrado de ciudadanos romanos estaba acantonada allí. El centurión a cargo, un hombre llamado Cornelio, junto con su casa, temía al Dios de Israel. No había sido incorporado a Israel pero adoraba al Señor, oraba diariamente y daba generosamente al pueblo del Señor. A través de su asociación con los judíos él había oído del Señor y le había dado su corazón.

Sin embargo, aquello era como servir al Señor de lejos, porque no pertenecía al pacto. Esto debe haber sido difícil para él y sin duda buscaba en oración conocer la voluntad del Señor. Entonces Dios proveyó una solución a sus dificultades de una manera que excedía en mucho cualquiera de las expectativas de Cornelio.

Un día, en la tarde, un ángel del Señor le apareció en una visión y lo llamó por su nombre. Cuando preguntó lo que el ángel quería de él; el ángel contestó que el Señor estaba atento a sus oraciones y limosnas y estaba proveyendo una solución a sus dificultades. En su gracia el Señor intervino en la vida de Cornelio, la vida de un gentil. Lo que le sucedió a Cornelio fue la obra del Señor. Ahora era el tiempo de traer esa obra a su gloria plena. Dios iba a adoptar a los gentiles en su pacto. Cornelio había de enviar mensajeros a Simón Pedro en Jope, quien le diría lo que debería hacer.

Cuando el ángel se fue, Cornelio llamó a dos siervos y un soldado, quienes también temían al Señor. Les dijo de la visión que había visto y los envió a Jope. Debe haber esperado con ansias la llegada de Pedro. El beneplácito de Dios estaba dirigida a los gentiles por causa de Cristo.

La visión de Pedro. A medio día siguiente, cuando los mensajeros de Cornelio se aproximaban a Jope, Pedro se encontraba en la azotea orando. Era hora de comer y él tenía hambre. Mientras se preparaba la comida, tuvo también una visión. Vio los cielos abiertos y un enorme lienzo atado por las cuatro puntas bajándose a la tierra. En el lienzo había de todos los cuadrípedos terrestres, reptiles y aves del cielo. Una voz le dijo, "¡Levántate, Pedro, mata y come!" Aquella visión y mandato eran apropiadas para su hambre. Sin embargo, Pedro no comería porque los animales que veía eran inmundos. Por consiguiente, le respondió al Señor que él nunca habia comido algo inmundo.

En el Antiguo Testamento el Señor había hecho una distinción entre animales limpios e inmundos; en realidad todos los animales habían llegado a ser inmundos a través del pecado. Aquellos animales que el Señor había sancionado a través de su pacto con Israel tenían que ser purificados. Lo mismo era verdad con la humanidad. Todos eran inmundos; solamente a su pueblo

Israel había querido santificar en su pacto. Pero desde ahora en adelante Dios tenía el propósito de purificar a todas las naciones. Por lo tanto, una segunda revelación vino a Pedro, diciéndole que no debía llamar inmundo lo que Dios había hecho limpio. Entonces la visión desapareció. Se repitió dos veces más para evitar que Pedro concluyera que la visión había sido una simple ilusión. Pedro se hallaba ahora con la revelación del tremendo hecho de que Dios había limpiado a los gentiles en su pacto.

Dios no muestra parcialidad. Mientras Pedro reflexionaba sobre esta visión, los mensajeros de Cornelio llegaron a la puerta y preguntando por él. El Espíritu Santo le dijo a Pedro que fuera con ellos. Cuando ellos entregaron su mensaje, él los recibió en la casa. Al día siguiente Pedro fue con ellos, acompañado por algunos de los hermanos de Jope.

Al día siguiente, a la hora en que estaba esperando a Pedro, Cornelio reunió a su familia y a sus amigos más íntimos. Cuando Pedro llegó, Cornelio salió a encontrarlo y se postró a sus pies y lo adoró. En esto hizo mal, porque era una idea pagana. Cornelio pensaba que el poder divino estaba encarnado en Pedro. Pero Pedro lo levantó y le dijo que él era simplemente un hombre ordinario cuya sola tarea era llevar la palabra de Dios a Cornelio. Y mientras hablaban con él Pedro entró en la casa y encontró a muchas personas reunidas allí.

Entonces Pedro se dirigió primero a aquellas personas. "Ustedes saban", dijo, "que un judío nunca puede entrar en la casa de un gentil sin contaminarse". Y sin embargo, él estaba haciendo precisamente eso. Sin embargo, no estaba haciendo eso porque había sido persuadido por hombre sino por Dios mismo. Dios le había mostrado que no debería considerar inmundo a ningún hombre. La dispensación de Dios había cambiado ahora, explicó Pedro. El había venido libremente y preguntó porqué habían mandado a buscarlo.

Por su parte, Cornelio contó su visión y las palabras del ángel. Obediente a esa palabra, habían enviado por Pedro. Estaban reunidos a la vista de Dios para escuchar la palabra de Dios que Pedro les iba ahora a traer.

Pedro veía ahora como el Señor había preparado el curso que su evangelio había de tomar en el mundo. ¡Y como se regocijaba! A través de la proclamación del evangelio el Señor pensaba no sólo volverse hacia Israel sino también hacia los gentiles. Ahora veía Pedro muy claramente que Israel no era mejor que cualquier otra nación; Dios no había escogido a Israel debido a algún don especial en los israelitas. Dios quería dar la vida de fe a todas las naciones y para ese fin despertó en ellas hambre por el evangelio. De allí en adelante el

pueblo del Señor sería reunido de entre todas las naciones. Y todo el que miraba al Señor en fe y vivía como en su presencia era aceptable a él.

Pedro les dijo todo esto, combinándolo con la predicación del evangelio de Jesucristo. Todos sabían de la vida de Cristo en la tierra, como había sido enviado por Dios y ungido con el Espíritu Santo y como él había ministrado entre el pueblo, sanándolos y redimiéndolos. Aunque Cristo había levantado de los muertos. Todos los apóstoles fueron testigos de esto, porque Cristo había aparecido a ellos y ellos habían comido y bebido con él después de su resurrección. Habían sido comisionados para dar testimonio de él, porque un día Cristo regresaría de nuevo a juzgar a los vivos y a los muertos, según si habían aceptado el evangelio de su muerte y resurrección. Así había sido profetizado de él en el Antiguo Testamento para que todo aquel que en él cree recibiera el perdón de sus pecados en el nombre de Jesús.

Obediente a Aquel que lo enviaba, Pedro tampoco mostró parcialidad sino que proclamó el evangelio a los gentiles así como lo hizo a los judíos. El muro que separaba a los judíos de los gentiles había sido derribado como resultado de la obra del Señor Jesús. Había perdón de pecados para todos los que creían.

La inclusión de los gentiles en el pacto. Mientras Pedro aún hablaba, el Espíritu Santo vino sobre sus oyentes y empezaron a hablar en lenguas extranjeras para magnificar a Dios. El Espíritu Santo abrió sus corazones al evangelio en fe y los hizo compartir los dones especiales que otorgaba en aquellos días. Así el Espíritu los unió a la iglesia del Señor. La corriente del Espíritu que da vida rebosó en la vida de estos gentiles.

Los hombres que habían venido con Pedro estaban asombrados por lo que había sucedido. Nadie había esperado esto. Y sin embargo fueron testigos de la unión del judío y el gentil en el Espíritu con sus propios ojos. En este momento Pedro dijo que el bautismo no podía ser negado y a su orden ellos fueron bautizados. De este modo ellos recibieron el sello de su incorporación a la iglesia del Señor y en su pacto. Para los creyentes judíos como para estos creyentes gentiles este era un momento tremendo. Sin duda hablaban sin parar acerca de ello durante los días que Pedro, a petición de ellos, permaneció en Cesarea.

También en el mundo de hoy el Espíritu Santo desea quitar toda oposición y unir todas las brechas. A través de la fe en el Señor Jesucristo todo el pueblo puede ahora ser uno.

Informando a la congregación madre en Jerusalén. Los apóstoles y los hermanos en Judea oyeron que los gentiles también habían llegado a creer en

la palabra de Dios. No les agradaba a todos esta idea. No entendían el camino de Espíritu Santo todavía. Cuando Pedro regresó a Jerusalén, algunos lo criticaron por buscar la comunión con los gentiles. Había comido con ellos y había así dejado de lado las leyes que tenían que ver con la pureza ceremonial. Pedro había también abandonado el concepto del Antiguo Testamento de que Israel había sido apartado de entre otras naciones. Aquel cambio era aún un obstáculo demasiado grande para ellos. No estaban conscientes todavía de como la gracia de Dios había limpiado a las naciones y las había aceptado en su pacto.

Pedro explicó cómo había sucedido todo. Después reconocieron la obra del Espíritu y glorificaron a Dios porque había dado conversión de la vida también a los gentiles. Nadie más que el Espíritu Santo los convenció de esto.

La primera comunidad de creyentes entre los gentiles. La obra del Espíritu no se detuvo aquí. El Espíritu Santo tenía otras metas también. Los creyentes que habían sido dispersados como resultado de la persecución de Saulo habían ido mucho más allá de los límites de Palestina. Dondequiera que iban proclamaban el evangelio sólo a los judíos que vivían en el extranjero. Algunos creyentes originalmente de Chipre y Cirene vinieron a Antioquía. Ellos también proclamaban el evangelio a los gentiles. El Señor bendijo mucho a su predicación, de modo que muchos gentiles creyeron y fueron convertidos.

Cuando estas noticias también llegaron a la iglesia en Jerusalén Bernabé fue enviado a Antioquía para ver lo que había sucedido. Allí vio la gracia de Dios y se regocijó, exhortándolos a todos a permanecer cerca del Señor en fe. Además predicó el evangelio en la misma Antioquía y como resultado una gran multitud creyó en el Señor.

Este ya no era simplemente un grupo de creyentes; había nacido una verdadera congregación de creyentes, muchos de ellos gentiles. Bernabé buscaba alguién que con él pudiera hacerse cargo de esta iglesia. Pensó en Saulo, quien había presentado a los apóstoles en Jerusalén. Bernabé sentía que era la persona adecuada, de modo que fue a Tarso para traer a Saulo a Antioquía. Enseñaron un año entero en la iglesia en Antioquía y la comunidad de creyentes creció. Aquellos que estaban fuera de la iglesia también veían muy bien que esta no era simplemente un grupo o secta de judíos con ideas raras propias a ellos, sino que se estaba formando un movimiento distinto. Comenzaron a llamarlos "cristianos". El nombre era un honor para los creyentes porque ellos participaban plenamente del ungimiento de Cristo.

El contacto entre la iglesia en Jerusalén y la iglesia en Antioquía se hizo cada vez más estrecho. Algunos profetas llegaron de Jerusalén para instruir a

los creyentes de Antioquía. Uno de ellos, un cierto Agabo, profetizó que una gran hambruna iba a venir sobre todo el mundo. Bajo el emperador Claudio (41-54 d.C.) se cumplió esta profecía. A través de estos profetas la iglesia en Jerusalén compartía su don espiritual con la iglesia en Antioquía; por su parte, la iglesia de Antioquía enviaba dinero por manos de Saulo y Bernabé para ayudar a los hermanos en Judea que habían llegado a sufrir necesidad. Este contacto personal fortaleció más los lazos entre las dos iglesias.

35: La victoria de la palabra de gracia

Hechos 12:1-24

Jacobo y Pedro fueron perseguidos como portadores de la palabra de Dios. Después que Jacobo fue muerto, Pedro fue liberado de la prisión. No podía darse la impresión de que el curso de la palabra de Dios podría de algún modo ser frustrado. De ahí la liberación de Pedro.

Sin embargo, esta liberación también tuvo gran significado para la vida personal de Pedro. El tuvo que ponerse nuevamente al servicio del evangelio, aunque de un modo distinto. Fue obligado a huir de Jerusalén. Jacobo "el justo", el hermano del Señor, se hizo cargo ahora del liderazgo en vez de los apóstoles en la iglesia en Jerusalén. Pedro gradualmente se retiró a un segundo plano y Saulo tomó su lugar. Para Pedro esto era el comienzo de aquel camino especial que Cristo había profetizado para él (Jn. 21:18,19).

Pensamiento clave: *La palabra de gracia conquista y reina suprema.*

Opresión debido al dominio de la carne. Cuando Saulo perseguía a la iglesia, los creyentes comunes eran amenazados aunque los apóstoles no fueron molestados porque el pueblo los tenía en gran estima. De hecho, mucha gente tenía en gran estima a toda la comunidad de creyentes. Algunos cambios ocurrieron después que una congregación de gentiles había sido establecida en Antioquía. El evangelio se estaba predicando a los gentiles también, seguido por la comunión entre judíos y gentiles. Especialmente este último no era al agrado de algunos.

Este cambio de disposición, el creciente desagrado entre el pueblo, fue explotado por un hombre que hacía mucho tiempo había estado esperando esta

oportunidad. Este era el Rey Herodes Agripa I.* Su vida había tomado un extraño curso. Una vez, en Roma, había sido despojado de todos sus derechos por el emperador Tiberio y había llegado casi a la desesperación. Repentinamente había sido elevado al trono de su abuelo, Herodes el Grande. En su juventud había sido muy frívolo, pero una vez que estuvo en el trono guardó la ley judía tanto como pudo con el fin de ganarse el apoyo de los judíos.

Este gobernante oportunista comprendía muy bien que la palabra de Dios demandaba un gobierno muy diferente, a saber, el gobierno soberano de Jesucristo. Aunque no necesariamente hostil a los gobernantes terrenales, el gobierno de Cristo demandaba obediencia incluso de ellos. Por supuesto, para Herodes aquello no era aceptable. De ahí que él sólo veía en el reinada de gracia de Jesucristo una amenaza a su propio reinado.

Ahora, apoyado por un cambio en la opinión popular, entró en acción. Algunos que pertenecían a la iglesia fueron encarcelados y muertos. Incluso se atrevió echar mano a Jacobo el hermano de Juan, a quien había tomado prisionero y luego muerto.

El "poder de la espada" del gobierno claramente estaba siendo usado en forma ilegítima con el fin de detener el crecimiento del evangelio. La ejecución indiscriminada de Jacobo por parte de Herodes tenía el propósito de detener la palabra de gracia y desacreditar a Jesucristo. Debe haber sido una tremenda lucha para Jacobo rendirse a la muerte por causa del evangelio, pero ganó la victoria en aquella lucha. Debe haberse estado preocupado pensando que el evangelio podría sufrir pérdida como resultado. La iglesia también debe haberse preocupado acerca de esta situación.

El juicio de Jacobo era un caso de prueba para Herodes. ¿Cómo verían los resultados el pueblo y sus líderes? Se dio cuenta de la aprobación del pueblo. En la medida en que la causa del reino de Dios parecía defender los intereses nacionales judios, el pueblo aún tenía respeto por ella. Pero ahora que el gobierno de Cristo estaba extendiéndose a todas las naciones e Israel estaba comenzando a amar su posición privilegiada, la hostilidad comenzó a asomarse. Herodes y los otros líderes, junto con todo el pueblo, se aliaron contra el reino de gracia de Jesucristo. Todos los líderes se sintieron amenazados porque buscaban su propio provecho más que el reino de Cristo.

Asegurado de la aprobación del pueblo, Herodes procedió a encarcelar a Pedro, el discípulo que hasta ahora había estado en primer plano. Esto, pensaba

*Este Herodes Agripa fue despachado por su abuelo, Herodes el Grande, a Roma para educarse. Se crió en la corte imperial con el joven Claudio y era amigo íntimo de los emperadores Calígula y Claudio. Se mostró un aliado celoso de los judíos y persiguió severamente al joven movimiento cristiano.—Trad.

Herodes, sería el golpe decisivo. Sin embargo, era víspera de la fiesta de la Pascua y el juicio tuvo que ser postergado hasta después de la fiesta. La iglesia estaba muy turbada y aun Pedro debe haber dudado la voluntad del Señor, estando en la cárcel. ¿Le matarían a él también? La iglesia estaba muy unido a Pedro y lamentaría su muerte. ¿Pero qué le sucedería al evangelio y a la causa del reino si Pedro muriera? El mismo debe haber pensado en esa misma pregunta. Durante los días en que Pedro estuvo en la cárcel la iglesia oraba continuamente a Dios en su favor.

La expectativa de la carne es frustrada. La noche antes del juicio Pedro estaba durmiendo entre dos soldados encadenado, mientras que los centinelas en la puerta guardaban la cárcel. Repentinamente un ángel del Señor apareció en la celda y en un instante una maravillosa luz inundó la prisión. El ángel despertó a Pedro y cuando éste se levantó las cadenas se cayeron de sus manos. Pedro se vistió, se calzó sus sandalias y siguió al ángel. Durante todo este tiempo debe haberse preguntado si estaba soñando.

Cruzaron frente a los dos guardias y salieron a través de la puerta de hierro de la entrada de la prisión. Caminaron juntos pasando una calle y entonces de repente el ángel desapareció. Afuera Pedro al fin volvió en sí y se dio cuenta que su liberación era real. Las maquinaciones malignas de Herodes serían frustradas por la misma mano de Dios.

Esto era sin duda un gran alivio para Pedro pero probablemente estaba más feliz al darse cuenta que era imposible detener el progreso del evangelio o atar la palabra de Dios. Eso nunca sería posible, no importa lo que los hombres y gobiernos emprendan contra la soberana palabra de gracia y la iglesia del Señor. Nada puede detener el evangelio, ni siquiera lo pecaminoso de nuestros corazones, si el Señor quiere que su palabra salga victoriosa. ¡Este es un tremendo consuelo para todos los tiempos!

La dirección del Espíritu. Pedro suponía que la mayor parte de la comunidad de creyentes estaría reunida en la casa de María, la madre de Juan Marcos. Decidió ir allí. Cuando tocó la puerta la criada que contestó reconoció la voz de Pedro. De puro gozo, en vez de abrir la puerta corrió al interior de la casa para decirles a los que estaban reunidos allí que Pedro estaba afuera. Le dijeron que estaba loca, pero cuando ella insistió que era verdad, concluyeron que era el ángel de Pedro, venido a anunciar su muerte. Poco entendían el poder del Señor, aunque habían orado sin cesar por la liberación de Pedro. ¡Esto muestra cuán poco afinados estamos con la obra del Señor y la victoria de su palabra.

Pedro siguió golpeando hasta que le abrieron. Lo miraban asombrados. Nos asombramos de las maravillas de Dios aunque en tales momentos él está muy cercano. Al darles una señal Pedro, se quedaron en silencio y él les explicó como el ángel del Señor lo había sacado de la cárcel. Grande fue su felicidad, porque vieron que la obra del evangelio no podía ser detenido.

También se regocijaron porque estaban juntos nuevamente. Sin embargo, una sombra opacó su gozo; la actual persecución hacía imposible que Pedro permaneciera en Jerusalén. Por aquel tiempo, sin embargo, Jacobo el hermano del Señor, había comenzado a hacerse cargo del liderazgo en la iglesia en Jerusalén. Le contarían a él y a todos los hermanos acerca de la liberación de Pedro, para que ellos pudieran también estar seguros de que el curso del evangelio no podía ser detenido. Entonces Pedro les dijo adiós y se fue.

La liberación de Pedro produjo un gran cambio en su vida. Estaba libre de nuevo para servir a su Señor predicando el evangelio. Pero ya no mantendría la posición más importante en Jerusalén; de allí en adelante estaría yendo de un lugar a otro. Para difundir el evangelio por todo el mundo, otro—Saulo, sería prominente. Pedro ahora se retiraba a un segundo plano. Esta fue una lección difícil para él aunque el Señor Jesús se lo había predicho. Fue algo que contribuyó a su santificación; su vida se terminó con la muerte de mártir, a través de la cual glorificó a Dios.

Juicio de la palabra de gracia sobre el enemigo. Al día siguiente hubo una gran conmoción entre los soldados porque Pedro había desaparecido. Nadie había visto nada. Herodes organizó una búsqueda para encontrarlo pero no tuvo éxito. Los guardias fueron interrogados judicialmente, pero no pudieron arrojar luz sobre el asunto. Sin embargo, Herodes los hizo responsables y los mandó matar. No estaba dispuesto a reconocer la obra milagrosa de Dios, ni a inclinarse ante le mano de Dios. Frustrado por su derrota, Herodes se vengó en hombres inocentes.

Desde Jerusalén, viajó Herodes a Cesarea y se quedó allí. Estaba contemplando una guerra contra Tiro y Sidón, ciudades que nunca serán capaces de sostener un conflicto con Herodes porque Palestina era su granero. Sus oficiales se acercaron, por lo tanto, a Blasto, el mayordomo de Herodes para rogarle a éste por paz. Esto, sin embargo, sólo aumentó el orgullo de Herodes. Un día Herodes, vestido con ropas reales, se dirigió al pueblo, quedando tan impresionados ellos que gritaron, "¡Voz de Dios, y no de hombre!"

El representate de la autoridad gubernamental era deificado, como ha sucedido tan a menudo. El rey recibió aquel honor como su derecho. De este

modo entró aun más en conflicto con la realeza de Jesucristo, el único que es Dios. La palabra del reino de gracia que él había resistido caería sobre él. Un ángel de Señor hirió a Herodes y murió comido de gusanos. En contraste, la palabra se difundía más y más y se multiplicó el número de los que confesaban a Cristo. Sabemos que la victoria pertenece a él y su palabra reina suprema.

Cristo y los gentiles

36: La puerta de la fe abierta a los gentiles

Hechos 12:25-14:28

Una observación importante aparece en Hechos 14:27 acerca de los frutos del primer viaje misionero, es decir, que Dios había abierto la puerta de la fe a los gentiles. Esta es la primera vez que se encuentra la frase "puerta de la fe". Los gentiles entran ahora al reino de Dios por la fe y ya no por medio de la circuncisión. La fe es la rendición absoluta de uno mismo a la gracia de Dios. Al rendirnos perdemos todo aquello sobre lo que habíamos edificado nuestras vidas. La fe es la puerta estrecha a través de la cual no podemos llevar nada con nosotros. De este modo la fe contrasta con cualquier otra forma de confianza en el mundo. Se opone a la magia de Elimas (13:6,8) a la autojusticia de los judíos en Antioquía (de Pisidia) (13:45,46,50) y a la idolatría de los gentiles en Listra (14:11-18).

Pensamiento clave: *Mediante el Espíritu y la palabra de Dios la puerta de la fe es abierta a los gentiles.*

Enviado por el Espíritu Santo. Después que Bernabé y Saulo habían traído a Jerusalén el dinero recolectado en Antioquía para sus hermanos en Judea, regresaron a Antioquía. De Jerusalén llevaron consigo a Juan Marcos, el hijo de María, hermana de Bernabé; (véase Col. 4:10).

En Antioquía vivían varios profetas y maestros, entre ellos Bernabé y Saulo. Los creyentes tenían un profundo deseo de entender la voluntad de Dios con respecto a los gentiles. Sentían que su propia comunidad era solamente el comienzo de la iglesia no judía. Todo el mundo gentil tendría que ser sometido al reinado de Jesucristo. Esperaban y oraban por la revelación de la voluntad del Señor. También ayunaban; estos creyentes querían vencer todos sus propios deseos para poder estar abiertos a la revelación de la voluntad del Señor.

Ciertamente el Señor contestó sus oraciones. El Espíritu Santo impulsó a estos profetas a apartar a Bernabé y Saulo para predicar el evangelio a los gentiles. Nuevamente oraron y ayunaron para que juntos con Bernabé y Saulo pudieran someterse completamente a la voluntad del Señor para el mundo gentil. Entonces pusieron sus manos sobre estos dos siervos de Dios, no sólo como una señal que Bernabé y Saulo estarían haciendo su trabajo en comunión con los profetas y toda la comunidad de creyentes en Antioquía, sino también como una señal de la comisión del Espíritu Santo. Por fe estos dos tenían que ser obedientes al llamado del Espíritu y no ocuparse de nada más. En ese espíritu salieron en su misión. Llevaron a Juan Marcos consigo como su ayudante.

El evangelio y la magia. Desde la costa siria cruzaron a la isla de Chipre. En Salamina proclamaron la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos. El mensaje tenía que ser llevado a los judíos primero. Las oportunidades para hablar en sus sinagogas eran muchos. Dios abriría el camino a los paganos. Viajaron por toda la isla hasta que llegaron a Pafos.

Pafos era la sede del gobernador Sergio Paulo, un hombre sabio. Era influido por un judío que afirmaba ser un profeta y que practicaba la magia. Era una desgracia que un judío estuviera desviando a los gentiles hacia el error de esta manera. La palabra de Dios había sido confiada a los judíos para la edificación de los gentiles. Los judíos también conocían el pacto del Señor, en el cual tenían el privilegio de vivir en justicia por la fe en el Señor. Por el contrario, Elimas seducía al gobernador con mentiras. No predicaba la sumisión fiel a la gracia del Señor en su pacto; al contrario, buscaba ganar control sobre los poderes divinos a través de la magia. Esto era exactamente lo opuesto de una vida de justicia en el pacto.

El gobernador había oído de la obra hecha por Bernabé y Saulo. Los llamó a su corte, muy ansioso de oír la palabra de Dios. Pero Elimas se opuso a Saulo y Bernabé y trató de disuadir al gobernador de aceptar la fe cristiana. Saulo, que en el mundo griego era llamado Pablo, se llenó del Espíritu Santo y de la ira del Espíritu. Desenmascaró a Elimas, el enemigo de Cristo. Miró fijamente a Elimas y lo llamó hijo del diablo, lleno de engaño y un enemigo de todo lo que es recto. En el nombre del Señor dejó a Elimas temporalmente ciego. La palabra de gracia que Pablo tenía el privilegio de llevar tenía poder sobre este mago y lo dominó. ¡Incapacitado, tuvo que ser conducido por otros en una condición bastante diferente a la de tratar de controlar los poderes divinos!

Sergio Paulo estaba impresionado por el evangelio y se sometió en fe. La manifestación del evangelio de poder en la ceguera de Elimas fue también un factor que contribuyó a su rendición.

El evangelio y la autojusticia. Desde Pafos en la isla de Chipre cruzaron a Panfilia, un distrito de Asia Menor. Allí Juan Marcos los dejó para regresar a Jerusalén. ¿Tuvo temor de las dificulatades del viaje? ¿O es que no estaba inspirado por el celo misionero, dudando si el evangelio podía ser predicado a los gentiles sin condiciones? ¿Sentía tal vez él también un cierto celo judío hacia los gentiles? Cualquiera fuera el caso, Pablo resentió profundamente este regreso de Juan Marcos.

Pasando por el campo llegaron a otra Antioquía, una ciudad de Pisidia y colonia romana. Entre sus habitantes había muchos judíos que ocupaban un importante lugar en la ciudad. Pertenecían a las familias prominentes de la ciudad. Debido a ellos el Dios de Israel no era desconocido en Antioquía de Pisidia. Muchos gentiles querían servir al Dios de Israel y por lo tanto estaban asociados con los judíos de un modo u otro. No obstante la vida en la ciudad no estaba liberada por todo esto. ¿Cómo podía ser de otro modo? Los judíos mismos no estaban liberados por la fe en la gracia de Dios. Debido a que ellos pensaban que tenían que ganar su propia justicia, vivían una vida de servidumbre, un pobre ejemplo para los gentiles.

En el día de reposo Pablo y Bernabé entraron en la sinagoga. Después de leer en la ley y en los profetas los dirigentes de la sinagoga les preguntaron si tenían alguna palabra que compartir con los que estaban presente. Pablo se puso en pie y después de mandar callar a los concurrentes, les habló. Quería mostrar que Israel no tenía derecho a nada; Israel no podía, ni necesitaba, ganar nada por sí mismos porque Dios había primero otorgado su gracia sobre su pueblo. Para ilustrar esto, hizo un breve resumen de su historia. Por su gracia libre Dios había escogido a los patriarcas. Por el gran poder de su gracia había sacado al pueblo de Egipto. Aunque Israel había pecado contra Dios por cuarenta años en el desierto, Dios había eliminado a siete naciones hostiles y había dado a Israel la tierra de Canaan como herencia. Había guiado al pueblo a través de jueces y el profeta Samuel. Cuando el pueblo pidió un rey, les dio a Saúl. Y cuando ese primer rey hizo desviarse al pueblo, Dios puso a David en su lugar—David el hombre de quien Dios mismo dijo: . . . varón conforme a mi corazón. Toda la dirección de Dios a su pueblo había sido una manifestación de gracia.

Entonces Pablo fue desde el rey David directamente a Cristo. De la simiente de David Dios había levantado al Salvador Jesús, así como lo había prometido

a David mucho tiempo atrás. Juan el Bautista había señalado a Cristo y había hablado de su gloria. Israel, sin embargo, no lo había recibido sino que por el contrario lo había entregado a la muerte de cruz. ¿No debería Dios abandonar a su pueblo por este rechazo? Sin embargo, a pesar de ello, Dios quiso mostrar a su pueblo la gracia en este Jesús; porque Dios lo había levantado de los muertos, un hecho de que muchas personas habían sido testigos. Y ahora en su nombre era proclamado el perdón de los pecados. Había sido profetizado en las Escrituras que el Redentor sería el Hijo de Dios y que ciertamente moriría, pero que en la tumba no vería la corrupción sino que sería resucitado de los muertos. También había sido profetizado que todo aquel que creyera en él recibiría el perdón de sus pecados. Pablo les amonestó no endurecer sus corazones contra esta predicación. Vendría juicio sobre ellos, una advertencia también profetizada en las Escrituras.

Muchos de los judíos y también de los gentiles creyeron. Pablo y Bernabé los instaron a aferrarse a la gracia de Dios y no buscar ningún otro fundamento para su vidas.

Las noticias de esta predicación se esparcieron a toda la ciudad. De hecho, existía bastante contacto entre judíos y gentiles en esta ciudad. Los gentiles solicitaron que el siguiente sábado fuera predicado el mismo mensaje. Aquel día casi toda la ciudad se reunió para escuchar a Pablo y Bernabé predicar la palabra de Dios. Nuevamente los orgullosos judíos nacionalistas se levantaron para protestar contra este evangelio. Hablaron en forma abusiva contra estos dos hombres. Pero Pablo y Bernabé respondieron que de acuerdo con la promesa del Antiguo Testamento ellos habían predicado la palabra de Dios a los judíos primero (Hch. 13:46); ahora que los judíos rechazaban el evangelio y no se consideraban dignos de la vida eterna, Pablo y Bernabé se estaban volviendo a los gentiles. Cumplían siempre la palabra del Señor que profetizaba que los judíos serían una luz para los gentiles. Los gentiles estaban gozosos al oír esto; oyeron y vieron que Dios quería mostrarles su gracia. Todos los gentiles ordenados para la vida eterna llegaron a ser creyentes. Consideraban este privilegio de oír el llamado del evangelio como evidencia de la elección por la gracia de Dios.

Desde Antioquía la palabra del Señor se extendió por toda la región. Esto llenó a muchos judíos de una ira aún mayor. Estos incitaron a las mujeres de alta categoría asociadas con los judíos y con los hombres importantes de la ciudad, con el fin de perseguir a Pablo y Bernabé y expulsarlos de su país. A su vez, estos dos creyentes sacudieron el polvo de sus pies en protesta contra sus enemigos, simbolizando que el juicio de los judíos caería sobre sus propias cabezas. Los mensajeros del evangelio siguieron viaje. Los creyentes en

Antioquía y la región alrededor no estaban desalentados por esto, sino, más bien estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo. El Espíritu los guiaba más hacia un entendimiento de la palabra de Dios y los hacía vivir en el gozo de la fe.

El evangelio y la idolatría. Desde Antioquía Pablo y Bernabé viajaron a Iconio en el distrito de Galacia. Allí también predicaron el evangelio en la sinagoga y fueron escuchados tanto por judíos como por gentiles. Por largo tiempo proclamaron allí la palabra de Dios con gran valentía. El Señor confirmaba la palabra de su gracia mediante señales milagrosas, haciendo que muchas personas creyeron. Pero pronto surgió la disensión también aquí. Se produjo un disturbio y los enemigos del evangelio tramaron apedrear a Pablo y Bernabé. Los dos vieron que era mejor abandonar la ciudad. Pero el Espíritu de la palabra de Dios permaneció.

Continuando su viaje, Pablo y Bernabé llegaron a Listra, una ciudad en la región de Galacia llamada Licaonia. Aquí el elemento judío no era muy fuerte; la población era predominantemente gentil. Aquí ellos esperaban trabajar en paz.

Listra adoraba a Júpiter y Mercurio, dioses griegos y romanos. Los dioses de los griegos y romanos eran poderes humanos deificados. La adoración de poderes humanos es una forma de idolatría. La gente tenía que predisponer a esos dioses favorablemente hacia ellos mediante sacrificios. En contraste, los apóstoles predicaban al Dios vivo que había mostrado su favor en Jesucristo a quien el hombre acepta por la fe.

Un día Pablo estaba hablando a una multitud entre la cual había un hombre que había sido cojo desde su nacimiento. Su corazón estaba abierto al evangelio y vio que la gracia de Dios había llegado a redimir la vida. ¿Podría la gracia de Dios sanarlo de su condición inválida? Pablo sentía lo que sucedía en el hombre y vio que tenía la fe necesaria para ser sanado. Pablo habló a gran voz para que todos escucharan: "¡Levántate sobre tus pies!" Al instante el hombre saltó y comenzó a caminar. ¡Que demostración maravillosa de que la gracia liberta la vida!

La sanidad hizo una profunda impresión en los habitantes de Listra, pero resultó ser una impresión equivocada. No habían visto la gracia del reino, recibida solamente en fe. Por el contrario, consideraron la curación como resultado del poder de Pablo y Bernabé. Veían la fe como poder humano. Y en su concepto pagano ellos deificaron este poder humano. Pensaban que los dioses habían descendido a ellos. A Bernabe lo llamaban Jupiter (Zeus) y a Pablo lo llamaban Mercurio (Hermes), porque él era el portavoz. (Mercurio

era el mensajero o portavoz de las antiguas deidades.) Su paganismo no había sido quebrantado. Querían incluso ofrecer sacrificios a estos "dioses" para ganar su favor.

Tristes, los apóstoles rasgaron sus ropas y se lanzaron entre la multitude hablando a grandes voces: "Hemos estado precisamente predicándoles que deben rechazar los ídolos que ustedes mismos han hecho y volverse al Dios vivo que ha hecho los cielos y la tierra y el mar y todo lo que en ellos hay. No tienen que predisponer a Dios a su favor mediante los sacrificios, porque él ha venido en Jesucristo a otorgarnos su favor. En realidad, en tiempos pasados Dios permitió a las naciones paganas seguir sus propios caminos porque rechazaron y olvidaron su pacto. Sin embargo, incluso entonces él les mostró su bondad. Ese fue un testimonio contra sus pecados. Pero ahora Dios ha pasado por alto su ignorancia culpable y quiere revelarles su favor total".

Con dificultad los apóstoles evitaron que la multitud les ofrecieran sacrificios. Pero entonces el ánimo de la multitud cambió. Ellos querían adorar al poder humano, no someterse en fe a la gracia de Dios que había aparecido. Algunos judíos llegaron desde Antioquía e Iconio para incitar al pueblo. Como resultado, Pablo fue apedreado y arrastrado fuera de la ciudad. Pensaban que él estaba muerto pero resultó que aún vivía. Después que los creyentes se juntaron a su alrededor se levantó y regresó a la ciudad. Al día siguiente él y Bernabé partieron para Derbe. Dios había protegido a Pablo porque había de llevar el evangelio aún más lejos. Listra pareció rechazar el evangelio, pero incluso en este lugar Cristo había establecido su reinado, porque había algunos que creyeron.

La organización de las comunidades de fe. Después de proclamar el evangelio en Derbe regresaron. En su viaje de regreso visitaron los lugares donde había estado. Se preocuparon de la organización de las comunidades de creyentes nombrando ancianos en cada lugar. Los miembros mostraron su aprobación levantando sus manos. En todas partes enseñaron que este oficio era el ente que daba dirección a la comunidad de manera que éstas se formaban una unidad. Bernabé y Pablo oraron también con las congregaciones y las exhortaron a permanecer en la fe.

Desde Asia Menor regresaron nuevamente a Antioquía, de donde habían salido. Allí informaron de las grandes cosas que Dios había hecho por medio de ellos y como había abierto la puerta de la fe a los gentiles. Permanecieron allí mucho tiempo con los discípulos. Se había emprendido la primera entrado al mundo gentil (el paganismo) y los muros de separación y oposición habían caído.

37: La libertad de la fe

Hechos 15:1-34

Algunos agitadores judaizantes habían venido a Antioquía, razonando en favor de la continuación de las prácticas farisaicas en la iglesia cristiana. En el asunto de la adoración el fariseísmo se caracteriza por buscar la justicia propia. En asuntos políticos tiende hacia el nacionalismo. Tanto el mérito como el nacionalismo continuaron en el judaísmo. Exigía estricta adherencia a la ley de Moisés, sin la cual uno no podría ser salvo. Pablo más tarde se opuso a esta renovación de la predicación del mérito, especialmente en su Epístola a los gálatas. Cuando estos agitadores judaizantes exigían que los creyentes gentiles fueran circuncidados y de este modo incorporados a Israel, demostraban su carácter nacionalista. En contraste, Pablo luchaba en forma especial por la justificación por la sola fe aparte de las obras de la ley y por el carácter ecuménico de la iglesia.

Un hombre podría guardar estrictamente la ley de Moisés sin imponer sus demandas sobre los creyentes de entre los gentiles. Eso es lo que hizo Jacobo, el hermano del Señor; el debe su sobrenombre "el justo" a este hecho. Esto no oscurecía el evangelio, porque guardar la ley evidentamente no era considerado como necesario para la salvación. Para Jacobo, el observar la ley mosaica era una decisión que cada creyente hacía dentro de los perímentros de la libertad cristiana. Esa fue la conclusión que Pablo también alcanzó en su Epístola a los romanos. En esa epístola Pablo escribe de un modo completamente diferente al de su Epístola a los gálatas, porque en Roma esta tendencia judaizante no se hallaba.

La decisión del concilio apostólico en Jerusalén, registrada en este capítulo, proveyó una regla triple: los creyentes gentiles debían abstenerse de la idolatría, de la inmoralidad sexual y de comer sangre en cualquiera forma. El guardar los primeros dos requisitos demostraría la rotura total con el paganismo porque la idolatría y la inmoralidad sexual eran los dos principales pecados del paganismo. La abstención de la idolatría incluía no tomar parte en los banquetes en los templos de los ídolos, un requisito que más tarde provocó una diferencia de opinión en la comunidad de creyentes en Corinto. La inmoralidad sexual era muchas veces excusada entre los gentiles,

pero en ese sentido también el evangelio era claro. En cuanto el tercer requisito, Jacobo establece (v. 21) la razón para la prohibición. En cada ciudad había aún sinagoges o lugares donde la ley de Moisés era predicada. No había necesidad de romper la continuidad con el pasado en este sentido; sería un impacto demasiado fuerte para los judíos y prosélitos (gentiles que habían ya venido a la fe en el verdadero Dios guardando la ley de Moisés) si en la comunidad cristiana se permitía consumir sangre, sin considerar como había sido preparada. Esta prohibición era sólo temporal y debe distinguirse de la prohibición de beber sangre no cocida, una prohibición dada en el pacto con Noé y válido para todos los tiempos.

Pero el punto principal acerca de la decisión en Jerusalén es que los apóstoles basaron sus tres decisiones sobre el reconocimiento de que el pacto del Señor había sido ahora extendido a todas las naciones.

Pensamiento clave: *A través del Espíritu Santo la libertad de la fe ha sido confirmada.*

Tendiendo lazos para la libertad. En el período posterior al primer viaje misionero algunos hermanos de Judea vinieron a Antioquía. Estos hombres hablaron en la congregación, diciendo que si una persona no era incorporada al pueblo de Israel y no guardaba la ley de Moisés, no podría ser salva. Esto significaba que todos los creyentes gentiles tendrían que circuncidarse. Estos hermanos creían que el pacto del Señor había tenido y tenía vigencia solamente para Israel. No veían que el Señor quería ahora extender su pacto a todas las naciones. Peor aún, ellos querían imponer nuevamente sobre la iglesia la idea de que el hombre tiene que ganar su salvación guardando la ley.

Estos hermanos no tenían una comisión de la comunidad cristiana o de los apóstoles o ancianos en Jerusalén. Sin embargo, eran tan osados en sus acciones que confundieron a la congregación en Antioquía. Pablo y Bernabé en particular se opusieron a estos celotes. Para resolver la cuestión Pablo y Bernabé con algunos otros fueron enviados a Jerusalén para consultar con los apóstoles y ancianos.

Afortunadamente, el Señor no ha guardado su salvación restringida a los límites de Israel. Lo sucedido el día de Pentecostés prometía algo más. Tampoco depende nuestra salvación de nuestros méritos. Por la fe en el Señor Jesucristo podemos servir a Dios en libertad.

Deliberaciones en el concilio apostólico. Pablo y Bernabé y aquellos que iban con ellos pasaron por Fenicia y Samaria, contando a todas las

comunidades cristianas lo que Dios había hecho entre los gentiles. En todas partes su mensaje fue recibido con gran gozo. Ninguno pensó en exigir que los gentiles fueran incorporados a Israel.

Cuando llegaron a Jerusalén, informaron a los apóstoles y ancianos cuán grandemente Dios había bendecido la predicación del evangelío entre los gentiles. Entonces les explicaron la controversia que había surgido en Antioquía. Se convocó a una reunión en presencia de los hermanos de la congregación en Jerusalén para tratar el asunto.

En aquella reunión surgió una gran disputa con respecto a este asunto hasta que Pedro se puso en pie y habló a la asamblea. Les recordó como Dios lo había instruido para predicar la palabra de Dios a los gentiles y cómo Dios les había dado su Santo Espíritu. Los gentiles ya no eran inmundos, sino limpios por la fe en el Cristo. Si Dios así lo había ordenado, los hombres no debían tentar al Espíritu del Señor en los creyentes gentiles imponiendo sobre ellos una carga que no serían capaces de sobrellevar. Dios no lo exigía ni tampoco debía hacerlo el hombre. Bajo tal carga la vida del Espíritu necesitaría un poder mucho más grande para revelarse. Los hombres no deberían tentar a Dios a tal revelación de poder. Incluso los judíos nunca habían podido guardar la ley de Moisés. La ley siempre los había convencido del pecado con el fin de conducirlos a Cristo. Ahora que él había venido ellos estaban libres de la ley en el sentido del Antiguo Testamento. "Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos", dijo Pedro, "de igual modo que ellos".

Toda la asamblea quedó grandemente impresionada por las palabras de Pedro, pero no estaban totalmente convencidos todavía. Entonces Bernabé y Pablo testificaron de las señales y maravillas milagrosas que Dios había hecho a través de ellos entre los gentiles.

Cuando hubieron terminado de hablar, Jacobo, el hermano del Señor, se puso en pie. Jacobo guardaba la ley de Moisés al pie de la letra y por lo tanto era llamado "el justo". En esta controversia la opinión de tal hombre tenía gran autoridad. Estuvo de acuerdo con lo dicho por Pedro y mostró por el Antiguo Testamento como Dios había ya predicho en su pacto que se volvería a todas las naciones. Por lo tanto, propuso que ellos solamente exigieran a los creyentes gentiles que rompieran completamente con el paganismo. Además, deberían abstenerse de sangre en cualquier forma. Aunque este mandato ya no se aplicaba *literalmente* a las iglesias del Nuevo Testamento, se había arraigado tan profundamente en los judíos y en aquellos gentiles que venían regularmente a las sinagoges, que habría sido un choque demasiado grande si se hubiese permitido el consumo de sangre cocida en las comunidades cristianas.

La decisión. La propuesta de Jacobo recibió la aprobación general; la decisión se hizo de acuerdo a esos consejos. De este modo era confirmada la confesión que el pacto del Señor había cruzado las fronteras de Israel. Una vida por la fe podría traernos a todos a un servicio de Dios en libertad.

Los miembros acordaron enviar una declaración escrita de su decisión a Antioquía con Pablo y Bernabé quienes serían acompañados por Judas Barsabás y Silas, líderes de la congregación de Jerusalén. La comunicación escrita declaraba que era agradable al Espíritu Santo y a los líderes en Jerusalén no imponer a los creyentes gentiles ninguna carga más que los requisitos necesarios. Estaban así convencidos de la dirección especial del Espíritu al tomar esta decisión. El Espíritu Santo mismo había protegido la libertad de una vida vivida por la fe. Cuando la decisión fue anunciada en la congregación en Antioquía, todos se gozaron por el estímulo. En la iglesia, la vida en libertad había triunfado a través del Espíritu.

Judas y Silas, ambos profetas, permanecieron por un tiempo en Antioquía, enseñando y exhortando a la congregación allí. Entonces Judas regresó a Jerusalén, pero Silas prefirió permanecer en Antioquía. Al parecer se sentía atraído por la expectativa de predicar el evangelio entre los gentiles.

38: Pasando por alto los tiempos de su ignorancia

Hechos 15:35—18:22

Con el segundo viaje misionero de Pablo el evangelio llegó a Europa. Aquí tenemos otra de las transiciones en la obra del Espíritu. Cualquiera que toma en cuenta el pacto del Señor y así las naciones con sus historias, nunca dirá que sólo es importente que aquí y allá algunas personas individuales lleguen a creer o que se establezca una congregación en alguna parte. No podemos sugerir que no es importante el lugar donde suceden estas cosas. La revelación de Dios sigue en líneas del pacto; por consiguiente, trae a las naciones y su desarrollo a la luz. Ahora el continente europeo había de ser conquistado por y abierto al evangelio. Lo que sucedió en Filipos lo hace claro particularmente.

En Atenas Pablo luchó con el pensar religioso de aquellos días. Comenzó con el altar al DIOS NO CONOCIDO. Dentro del hombre natural o sus obras no hay puntos de contacto para la gracia divina. Cualquier remanente de la imagen de Dios en la forma de conocimiento de Dios que quedaban en el hombre sólo lo instan a huir de Dios. Cuando el Espíritu Santo cambia el corazón, esos remanentes llegan a ser puntos de contacto para la gracia.

Para su propia seguridad los atenienses habían dedicado un altar al dios no conocido. Ese intento por asegurarse contra la ira de un posible dios desconocido nada tenía que ver con la verdadera santidad. Sin embargo, Pablo comienza con este punto de partida con la esperanza que ellos pudieran escuchar y la palabra pudiera convecerlos de su culpa, ilustrando cómo el verdadero Dios era desconocido para ellos.

No debemos considerar el discurso de Pablo en el Areópago como un fracaso. Si lo leemos equivocadamente, podemos fácilmente concluir que Pablo dedicó la mayor parte de su discurso a lo que se conoce como la revelación general y el conocimiento común de Dios, con sólo unas pocas referencias no relacionadas acerca de Cristo agregadas. Esta alegada debilidad ha sido explicada a veces como un colapso espiritual de parte de Pablo. Se dice que cometió el error de construir sobre el conocimiento existente de Dios sin presentar el evangelio francamente en oposición a las mentiras del mundo

pagano. Debemos recordar, sin embargo, que el espíritu de Pablo se enardeció al ver la idolatría practicada en Atenas. ¡Eso sugiere algo más que un colapso espiritual y compromiso!

Considerar su discurso con ese enfoque es por lo tanto totalmente equivocada. Pablo dice que Dios pasó por alto los tiempos de ignorancia (cf. Ro. 3:25). Aquellos eran los tiempos de culpa debido a la ignorancia. Toda la raza humana poseía el conocimiento de Dios y de su reino, su revelación especial en su palabra y la revelación de su pacto. Sin embargo, las naciones obstinadamente rechazaron el vínculo del pacto. Los atenienses por cierto servían al dios desconocido, pero lo hacían a su propia manera.

El verdadero Dios no es servido por manos humanas, como si necesitara algo. El es servido sólo en sumisión por la fe, que recibe todo de él. De este modo Dios es servido sólo en su pacto, que estaba allí en el principio cuando la humanidad era aún una. Posteriormente Dios separó a la humanidad en naciones, para que, manteniéndose fiel a la palabra de su pacto, ellos pudieran buscarlo y encontrarlo en todas las cosas por toda la tierra. La búsqueda de Dios no significaría ciertamente buscar algo extraño, porque vivimos y nos movemos en él; somos dependientes de él quien en su pacto había buscado al mundo con su favor. Además, originalmente nos creó en una relación de dependencia de él. Los hombres, sin embargo, no buscaron ni encontraron al verdadero Dios en todas sus obras, sino al contrario hicieron sus propias representaciones de Dios y de su servicio. Olvidaron el pacto del Señor. Ahora Dios ha pasado por alto la culpa de esa ignorancia y ha mandado a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan. Cualquiera que entre las naciones del mundo no se someta al pacto del Señor será juzgado por Cristo a quien Dios ha designado para ese propósito y a quien Dios ha dado la victoria sobre la muerte.

Pensamiento clave: *Dios envía su evangelio a todas las naciones, habiendo pasado por alto los tiempos de su culpa por la ignorancia.*

Conducido por el Espíritu Santo. Por un tiempo Pablo y Bernabé permanecieron en Antioquía, enseñando en la congregación. Entonces Pablo le dijo a Bernabé que le gustaría hacer otra visita a todas las congregaciones que habían sido establecidas. El Espíritu Santo estaba inquietando a Pablo; el evangelio tenía que ser extendido. Bernabé estuvo de acuerdo con su plan, pero quería llevar con ellos a su sobrino Juan Marcos (Col. 4:10). Evidentemente Bernabé esperaba que el corazón de su sobrino sería ganado totalmente para esta misión. Sin embargo, Pablo definitivamente rehusó llevarlo debido a que Juan Marcos había desertado y regresado en el primer viaje misionero. Tal persona, a juicio de Pablo, no era adecuada para el trabajo que en este segundo viaje seguramente no demandaría menos sacrificios. La disputa resultó

amarga. No se logró un acuerdo, por lo que las dos partes tomaron distintos caminos. Bernabé tomó a Juan Marcos y se embarcaron para Chipre, su ciudad natal (Hch. 4:36). Pablo escogió a Silas como su compañero de viaje. No importa cuánto eran guiados por el Espíritu Santo, el pecado esta aún presente en sus vidas. La diferencia de perspectiva no debería acabar en la división. Sin embargo, la separación de Pablo y Bernabé fue también usada por el Espíritu Santo para hacer avanzar el progreso del evangelio.

Pablo viajó por tierra pasando por Siria y Cilicia, fortaleciendo a todas las iglesias hasta que llegó a Derbe y Listra. Allí encontró a un discípulo llamado Timoteo, hijo de un padre griego y una mujer judía quien era creyente. Timoteo era muy alabado por los hermanos en Listra e Iconio. Al parecer Pablo quedó muy impresionado por este joven. Lo invitó a ayudarlo a servir la causa del evangelio. Más tarde hubo un vínculo muy especial entre Pablo y Timoteo a quien llegó a considerar como su hijo (1 Ti. 1:2; 2 Ti. 1:2; 2:1). Sin embargo, Timoteo no era circuncidado. Esto molestaba a los judíos porque su madre era judía. En aquellos días esto realmente era una señal de la negligencia. Para evitar que los judíos tomaran esto contra él, Pablo tomó a Timoteo y lo circuncidó. Pablo recibió del Señor un fiel colaborador en Timoteo.

En todas partes las iglesias se fortalecieron en la fe y crecían en número. Pablo y sus asociados informaron a las diferentes congregaciones de las decisiones tomadas por los apóstoles y ancianos en la conferencia en Jerusalén, para asegurarse que los problemas anteriores en Antioquía no llegaran a ser causa de disturbios en las iglesias.

Pablo trató también de extender su servicio a otras áreas, pero el Espíritu Santo se lo impidió. Sólo podía ir al oeste, pero también fue advertido por el Espíritu Santo de no trabajar allí. No sabemos exactamente cómo era impedido. En cualquier caso, fue encausado al noroeste hasta llegar a Troas en la costa.

Opuesto a Troas yacía el continente de Europa. ¿Qué razón tenía el Espíritu Santo para impulsarlos a la costa? ¿Era la intención del Espíritu que el evangelio fuera extendido a Europa? Por una parte, Pablo debe haberlo anhelado; por otra, probablemente lo temía. Europa era desconocida, una fortaleza misteriosa. Sin la instrucción especial del Espíritu Pablo no podía arriesgarse a irse a Europa.

Sin embargo, Dios quería traer la paz a Europa para dispensar la oscuridad. Dios pasaría por alto sus pecados y su luz alumbraría en la oscuridad. Pablo recibió la instrucción de Dios a través de una visión de un hombre en Macedonia al otro lado del mar, llamando, "¡Pasa a Macedonia y ayúdanos!" El Espíritu Santo había ido delante de Pablo y había despertado a Europa. Así es como Pablo interpretó la visión. El podía ahora proceder confiadamente,

puesto que el Espíritu del Señor había abierto las puertas de aquella fortaleza misteriosa.

La primera puerta abierta. Una vez recibida la visión cruzaron a Macedonia y pronto llegaron a Filipos, la ciudad principal de Macedonia y colonia romana. En contraste con Antioquía, sin embargo, había pocos judíos allí; ni siquiera había una sinagoga. Los pocos judíos que vivían en Filipos se reunían cada día de reposo fuera de la ciudad junto al río. ¿Cómo sería abierta al evangelio esta ciudad exclusivamente pagana donde el judaísmo no era un factor determinante? Pablo y sus compañeros deben haber meditado extensamente sobre este asunto.

En el día de reposo encontraron a algunas mujeres junto al río. Pablo les habló del evangelio. Entre ellas había una mujer griega que conocía y servía al Dios de Israel. Era Lidia, una mujer rica, comerciante en púrpura. El Espíritu Santo abrió su corazón y ella creyó la palabra.

Cuando Lidia y su casa fueron bautizados, puso a su hogar al servicio del evangelio. Instó a Pablo y a sus compañeros a quedarse en su casa. Al ver que Pablo vacilaba, ella le preguntó si él dudaba de lo genuino de su conversión. De este modo el hogar de Lidia llegó a ser un centro para los creyentes que eran agregados a la iglesia de Dios. La primera puerta, el primer corazón y la primera casa en Europa habian sido abiertos para el evangelio. ¿No era esta una señal alentadora para Pablo de que esta fortaleza aparentemente inaccesible un día caería? De esta manera las semillas del mensaje del evangelio cayeron en tierra ya preparada por el Señor.

El poder del evangelio. Pablo y sus compañeros permanecieron en Filipos por algún tiempo. Todos los días se reunían fuera de la ciudad para orar con los creyentes. Varias veces fueron seguidos por una muchacha esclava que tenía un espíritu que predecía el futuro. Poderes satánicos sobrenaturales la dejaban ver el futuro y sus amos ganaban mucho dinero con sus adivinaciones. Mientras seguía a Pablo clamaba, "Estos hombres son siervos del Dios altísimo, quienes les anuncian el camino de salvación". Sus palabras eran a la vez verdaderas y falsas. Ella hablaba de una dicha, una felicidad de manera que sólo los paganos entenderían. Pablo no quería ponerse a la par con tales predicadores de felicidad. El evangelio se opone directamente a cualquier entendimiento humano de la salvación. Esa oposición tenía que hacerse clara; el evangelio tenía que impactar a este mundo pagano. Debido a que ella había seguido a Pablo y a sus compañeros por muchos días, la atención de la ciudad se fijaba en ellos. Pero entonces en el nombre de Jesucristo, Pablo presenta la

antítesis mandando al espíritu salir de la muchacha. El espíritu obedeció inmediatamente. La palabra del reino de gracia es más fuerte que cualquier poder en el mundo pagano y tiene autoridad incluso sobre los demonios.

Pero ahora el conflicto también había entrado en esa ciudad. Los amos de la muchacha sacaron cuentas de sus pérdidas y arrastraron a Pablo y a Silas a la plaza ante los dos magistrados romanos que gobernaban a la ciudad. Una acusación era fácil de encontrar: estos judíos estaban tratando de hacer que el pueblo aceptara costumbres extrañas a Roma. Esto instigó una actitud hostil. Se les quitaron las ropas y por orden de los magistrados fueron azotados con varas por lictores romanos, hombres que portaban varas para este fin mientras asistían a los magistrados (cf. 2 Co. 11:25).

Tanto Pablo como Silas poseían la ciudadanía romana. Podrían haber apelado para evitar ser golpeados. Sin embargo, ambos sentían que no podían protestar en estas circunstancias y dejar la impresión que no estaban dispuestos a sufrir por el evangelio. La victoria del evangelio en Filipos tenía que llegar a través de su sufrimiento.

¡Y realmente llegó! Les echaron luego en una cárcel que estaba cuidadosamente vigilada. El carcelero los echó en la celda de más adentro y les aseguró los pies en el cepo. Estos gentiles ataban a los portadores del evangelio, pensando que el gobierno así era capaz de atar al evangelio mismo. Sin embargo, en la noche Pablo y Silas oraban y cantaban cánticos de alabanza a Dios, mientras los otros presos escuchaban. Cantaban del poder del evangelio que conquista al mundo pagano. Se regocijaban en la gracia de Dios y su victoria segura.

De repente hubo un gran terremoto que sacudió los cimientos de la cárcel, abrió las puertas y soltó las cadenas de los presos. Obviamente había ocurrido un milagro con la intervención de Dios; era un despliegue del poder de su gracia que no puede ser atada por el poder de ningún hombre. ¿No movería el Señor de una manera similar a toda Europa y sacudiría sus mismos cimientos? ¿Y no conquistaría el poder de la gracia a Europa? Eso fue lo que Pablo y Silas deben haber visto en ese terremoto. Y un día Dios sacudirá al cielo y a la tierra cuando se introduce la gloria de su reino.

El carcelero despertó y dándose cuenta de lo que había sucedido, quería suicidiarse porque pensaba que algunos presos habían escapado. Pablo lo detuvo, explicándole que todos estaban allí. Para poder ver en la oscuridad, el carcelero pidió una luz. Viendo que todos los presos estaban allí incluyendo a Pablo y a Silas, se postró temblando. Entonces les preguntó qué tenía que hacer para ser salvo. Evidentemente la conducta de Pablo y Silas hizo una profunda impresión en él. Posiblemente recordó lo que había dicho la muchacha esclava.

Sabía que ellos habían sido encarcelados injustamente. Veía este terremoto como la respuesta del verdadero Dios, a quien Pablo y Silas servían.

Como pagano aún preguntó qué cosas tenía que hacer para ser salvo o bendecido. La respuesta fue totalmente diferente de lo que había esperado. Pablo y Silas dijeron: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, tú y tu casa". Entonces le proclamaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa. Esto despertó su fe, y los trató en forma diferente. Les lavó sus heridas. El y toda su casa fueron bautizados. Luego les preparó una comida, regocijándose de haber encontrado a Dios junto con su familia. Ahora el carcelero honraba a sus prisioneros en su propia mesa. De esta manera el evangelio sería honrado por todo Europa.

En la mañana llegó un mensaje de los dos magistrados ordenando que Silas y Pablo fueran puestos en libertad. Posiblemente aquellos magistrados también consideraron al terremoto como una demostración de poder de parte del Dios a quien Pablo y Silas predicaban. Los magistrados también ya tenían temor. El carcelero habría cumplido a la orden de buena gana, pero no así Pablo. Fue entonces cuando declaró abiertamente que ellos eran ciudadanos romanos y exigió que los magistrados mismos los sacaran de la cárcel con honor. El gesto no era para el beneficio de Pablo sino más bien por el honor del evangelio, implicando el reconocimiento oficial de la justicia del evangelio. De este modo el evangelio fue recibido en la ciudad.

Después que los magistrados hubieron acatado la exigencia de Pablo, pidieron a Pablo y a Silas abandonar la ciudad por temor de posibles disturbios. Los apóstoles fueron primero a la casa de Lidia, consolaron a los hermanos y dejaron la ciudad. Así como siglos atrás Jericó fue la primera en caer ante el pueblo de Dios, Filipos fue la primera ciudad Europea en ser conquistada por el evangelio.

La revelación del Señor en Tesalónica y en Berea. Desde Filipos Pablo y sus compañeros viajaron a Tesalónica. Había allí una sinagoga judía, de modo que pudo dirigirse directamente a los judíos de nuevo. Por tres días de reposo les proclamaba a Cristo. Algunos judíos creyeron, como así también muchos de los griegos que asistían a la sinagoga y muchas de las mujeres prominentes también.

Sin embargo, unos judíos incrédulos instigaron un alboroto alquilando a algunos delincuentes de la plaza para asaltar la casa de Jasón donde se alojaban Pablo y Silas. Incluso las autoridades de la ciudad estaban implicadas en esto. Los judíos acusaron a los apóstoles de preparar una rebelión contra el emperador, porque predicaban que Jesús era rey. Era cierto que el reino de

Jesús se presentaba en oposición al poder del emperador, pero si el emperador se sometiese a Cristo él sería bendecido por el reinado soberano de Cristo. Péro los judíos acusaban a Pablo de predicar la revolución contra el emperador. Jasón se prestó como fiador y pagó la fianza por Pablo y Silas. Sin embargo, los hermanos estimaron aconsejable que dejaran la ciudad. Pero el Espíritu del Señor quedó allí; el reino soberano de Cristo había sido establecido.

La misma cosa sucedió en Berea, su próxima estadía. Nuevamente, muchos judíos recibieron la palabra con gran anhelo y examinaban las Escrituras diariamente para ver si así estas cosas habían sido profetizadas del Mesías. Muchos creyeron así como muchos griegos prominentes, hombres y mujeres. Pero los judíos hostiles de Tesalónica llegaron a Berea y provocaron también aquí un disturbio. Los hermanos instaron a Pablo a irse, pero Silas y Timoteo se quedaron. También en Berea Cristo había establecido su trono.

La revelacíon del poder de la resurrección. Algunos de los hermanos de Berea acompañaron a Pablo hasta Atenas. Pablo les pidió que enviaran a Silas y Timoteo tan pronto como fuera posible y se fueron, dejando a Pablo en Atenas.

Mientras caminaba Pablo por la ciudad, se asombró por el número de ídolos. En todas partes había templos e ídolos paganos; la vida entera de la ciudad estaba saturada de idolatría, porque el pueblo buscaba obtener el éxito y la felicidad. Ausente, sin embargo, estaba una confesión que la culpa y la muerte habían sido conquistadas y que hay resurrección para vida eterna. El hombre buscaba la felicidad temporal, convencido que la vida terminaría en el reino de los muertos. Los cultos paganos y la filosofía pagana centrados en Atenas no habían llegado a ninguna otra conclusión. Pero Pablo no dejó al lado a Atenas. Sabía que el evangelio también tendría que hacer un impacto en este centro de erudición pagana y el Cristo podía también ser victorioso aquí. Al ver toda esta idolatría Pablo se enardeció. ¡Con cuánta claridad la verdad de Dios testificaba contra estas mentiras! ¡Cómo le gustaría proclamar esa verdad aquí!

¿Pero, cómo? ¿Dónde comenzar? En la sinagoga él basaba sus razones sobre las Escrituras, hablando con los judíos y los griegos que temían a Dios y asistían a los servicios. Pero esto no lo ponía en contacto con la vida en la ciudad. Por consiguiente, comenzó a hablar en la plaza todos los días quien quisiera escucharlo. Poco a poco, comenzó a llamar la atención. Algunos filósofos comenzaron a discutir con él, abogando por un modo de vivir que los llevara a una vida de felicidad. Mientras tanto Pablo era todavía menospreciado. Lo llamaron palabrero y predicador de nuevos dioses. Veían en Jesús y en el poder

de la resurrección unas deidades extrañas. Para la gente cautivada por sus propias ideas el evangelio es absurdo y menospreciable.

No obstante, su curiosidad había sido despierto. Por eso, trajeron a Pablo ante un grupo de eruditos en el Areópago para darle oportunidad de hablar ante ellos. ¡Fue traído delante de los grandes de la tierra, los intelectuales selectos! ¿Pero qué eran estos hombres a la luz del evangelio? Ni conocían ni querían la verdad. Por esa razón continuamente tenían que buscar algo nuevo para mantener la atención del mundo. Sin embargo, todo era falsedad.

Pablo comenzó diciendo que había notado que era muy la ciudad religiosa. Incluso había encontrado un altar a un dios no conocido. Este Dios, a quien ellos querían servir a su manera, les proclamaría él. Este es el Dios que hizo los cielos y la tierra. El está muy por sobre los ídolos y no habita en templos hechos por manos de los hombres. El no depende de los hombres sino que es suficiente en sí. No podemos darle nada que lo ponga bajo alguna obligación hacia nosotros. Por el contrario, recibimos todo de él y estamos bajo obligación a él por todo. A través de todo lo que nos da él desea revelar su gracia. Una vez, cuando la humanidad era todavía una, este Dios era conocido de todos los hombres, porque Dios hizo toda la raza humana de un solo hombre. Cuando hizo que la humanidad se dividiera en naciones, determinó la historia de cada pueblo y los lugares exactos donde habrían de vivir. Quiso que ellos preservaran el conocimiento de su nombre y observaran su grandeza en todo la creación.

Debería haber sido fácil para el hombre ya que todos los hombres viven y se mueven y tienen su existencia misma en él. Su mano nos sostiene cada día. Además, originalmente Dios nos había puesto en relación de dependencia con él. Los griegos deberían haber entendido esto, ya que algunos de sus propios poetas habían creído ser descendencia de Dios. Sin embargo, todas las naciones se olvidaron de Dios y empezaron a servir a ídolos de oro, de plata o de piedra que dicen habitar en templos. Sin embargo, esto ciertamente se opone al hecho de como fue creado el hombre originalmente. Pero aunque las naciones se han alejado perversamente de Dios, él no desea recordar su culpa y ahora está dándose a conocer al hombre nuevamente. Proclama a los hombres en todas partes que se vuelvan a él en fe. Su gracia es para todo aquel que cree. Sólo entonces habrá liberación de la culpa y de la muerte. Sin embargo, si los hombres no creen, un día serán juzgados por Cristo a quien Dios ha dado autoridad de juzgar, el Cristo a quien Dios ya ha levantado de los muertos. El ha ganado la victoria sobre la muerte por nosotros.

Cuando Pablo llegó a la resurrección de los muertos, ellos ya habían oído suficiente. Algunos comenzaron a burlarse mientras que otros se excusaron

cortésmente diciendo que lo escucharían sobre el tema en otra ocasión. ¿Qué podría la victoria milagrosa de Cristo sobre la muerte significar para gente que sólo vivía en base a sus propias ideas y perspicacia? Carecían de todo sentido de la gracia de Dios; no estaban convencidos de su culpa o del juicio que les aguardaba en la muerte.

Pablo los dejó. ¿Había sido en vano su predicación? No, porque algunos creyeron el evangelio. Entre ellos estaba Dionisio, uno de los intelectuales y un miembro del Areópago; otro era una mujer de nombre Dámaris. En Atenas también el evangelio había logrado un lugar. La palabra de Dios había emprendido una lucha con la ciencia incrédula y nunca cedería.

La luz de Cristo en la tinieblas de los tiempos. De Atenas Pablo fue a Corinto, un tipo de ciudad totalmente distinta. Corinto era un centro comercial importante, un lugar de gran riqueza, pero también de agraviosa impiedad e inmoralidad. ¿Qué podía hacer el evangelio en una ciudad como esta?

Esperando quedarse, Pablo esperó la dirección del Señor. Se quedó con unos judíos, Aquila y Priscila, que habían sido expulsados de Roma por el Emperador Claudio junto con todos los otros judíos. Pablo se unió con ellos porque como él, tenían el oficio de hacer tiendas. Todos los días de reposo hablaba a judíos y a griegos en la sinagoga. Aquí se le unieron Silas y Timoteo nuevamente. Su llegada estimuló grandemente a Pablo e, impulsado por el Espíritu, testificaba a los judíos que Jesús era el Mesías.

Sin embargo, la oposición se hizo tan fuerte que Pablo se fue de la sinagoga. El juicio de los judíos caería sobre sus propias cabezas, les advirtió Pablo. Como señal de que estaba rompiendo toda relación con ellos, Pablo sacudió sus vestidos. Desde ahora en adelante él iría a los gentiles. Al lado de la sinagoga vivía un hombre griego temeroso de Dios llamado Justo y allí encontró Pablo un lugar donde proclamar el evangelio. Su predicación no fue sin fruto. El principal de la sinagoga llamado Crispo, y muchos otros corintios creyeron y fueron bautizados.

No obstante en esta ciudad Pablo luchaba contra el poder de la impiedad y la inmoralidad. ¿Irrumpiría allí la luz del evangelio? Una noche Pablo vio una visión en que el Señor lo animaba a continuar. El Señor le aseguró a Pablo que había muchos creyentes potenciales en Corinto. Aun en esta ciudad pecaminosa Dios tenía sus elegidos, aunque todavía atados por las cadenas del pecado. En el beneplácito de su gracia Dios ejerce su dominio sobre el hombre y salva a quien él quiere.

Pablo se quedó en Corinto un año y medio. Finalmente surgió el conflicto. Los judíos se levantaron contra él y lo llevaron a la corte ante Galión, el

gobernador romano donde lo acusaron de pecados contra la ley judía. El gobernador rehusó enredarse en la disputa y los echó de la corte. Aparentemente los judíos no eran muy populares en Corinto y un alboroto sólo podía empeorar las cosas. Al final los griegos golpearon a Sóstenes, el principal de la sinagoga, allí mismo en la calle frente a la corte. Galión no intervino en esto tampoco y se mantuvo fuera del asunto. De este modo los judíos no tuvieron éxito en oponerse a Pablo y el evangelio continuó su curso en Corinto.

Esperanza puesta en Efeso. Pablo permaneció en Corinto por muchos días más. Luego se fue, pensando regresar a Antioquía. Priscila y Aquila en cuya casa se había alojado, se embarcaron con él. Evidentemente Pablo pensaba en ir a Efeso esperando que Aquila y Priscila irían a vivir allí para que él pudiera vivir con ellos. Esto ayudaría a Aquila que había estado viajando de un lado a otro desde su exilio de Roma.

De acuerdo a sus planes, se detuvieron primero en Efeso donde Aquila y Priscila se quedaron. Pablo habló en la sinagoga y por una vez no hubo oposición; la gente quería escuchar lo que tenía que decir. Cuando Pablo les dijo que tenía planes para continuar viaje le pidieron que se quedara. Pero sólo le prometió regresar. ¡Efeso le daba esperanzas! ¿Sería ganada allí para Cristo toda la sinagoga? Pablo había puesto su esperanza en Efeso, porque esa ciudad tenía muchas rutas de acceso hacia el interior de Asia Menor, abriendo así toda el área al evangelio.

Sin embargo, Pablo quería celebrar la próxima fiesta de la Pascua en Jerusalén. No había todavía cortado el lazo con el pueblo del antiguo pacto. Además, quería ver la iglesia en Jerusalén. Después de estar allí un tiempo, fue a Antioquía, su hogar. Sabía ahora que Europa había sido abierta al evangelio. Dios ahora haría lo necesario para llevarlo a otros lugares desde allí.

39: El Camino del Señor

Hechos 18:23—20:38

Más de una vez en esta sección encontramos la expresión "el camino del Señor" o simplemente "el camino". No es tanto el camino de Dios hacia nosotros o nuestro camino a Dios, sino el camino que el Señor ha abierto ante nosotros en la vida, el camino en el que podemos caminar con él, el camino en el cual podemos tener compañerismo con él en la comunión de su pacto. Así como Israel viajó en el desierto con el Señor delante de ellos, así nosotros seguimos el camino del Señor.

Los discípulos de Juan el Bautista que conocían sólo su bautismo, no conocían suficientemente este camino. Estos discípulos de Juan no deben ser igualados con los primeros discípulos de Juan el Bautista. Juan siempre había desviado la atención de sí mismo; el bautismo de Juan había sido aceptado por Cristo. De modo que si después de su muerte la gente mantenía el bautismo de Juan con el fin de honrarlo, no estaban realmente honrándolo como el heraldo de Cristo. Peor aun, se oponían así a que Juan fuera eclipsado por Cristo. De manera que el bautismo practicado por estos seguidores de Juan no era realmente un bautismo cristiano. Es por el Espíritu Santo que el hombre anda en el camino y tiene completa comunión con el Señor. A través de ese mismo Espíritu la plenitud de la vida nos es abierta. No podemos permenecer alejados como los discípulos de Juan, porque nuestro interés es por la santificación de toda la vida. ¡De modo que el interés de Pablo era por todo Israel y todo el mundo incluyendo a Roma! La repetición de la expresión "el camino del Señor" en este pasaje está relacionado con el hecho de que Pablo en este tiempo había entrado en una lucha por toda la sinagoga en Efeso; anhelaba ir a Roma en estos días (19:31). Sólo cuando ya no fue posible seguir como antes, Pablo separó la iglesia en Efeso de la sinagoga.

Pensamiento clave: *La revelación del camino del Señor en el mundo.*

El Camino del Señor y Apolos. Pablo no tuvo descanso en Antioquía por mucho tiempo. Pensaba en su promesa a los judíos en Efeso y su corazón anhelaba volver a su obra allí. Aquella ciudad era tan prometedora. De ahí que pronto salió en otro viaje.

Mientras tanto Aquila y Priscila no se quedaron sin hacer nada en Efeso. Un judío llamado Apolos había llegado a la ciudad. Era de Alejandría donde había una gran colonia judía ocupada en estudios del Antiguo Testamento. En realidad, Apolos demostró estar muy bien versado en la Escrituras. También había oído y creído el evangelio del Señor Jesucristo y conocía el bautismo de Juan el Bautista. Lo que él no sabía era que el bautismo de Juan el Bautista había sido adoptado por el Señor Jesús y que el significado del bautismo de Juan había sido plenamente realizado en el derramamiento del Espíritu Santo. Nada sabía del derramamiento del Espíritu y de los dones especiales que lo habían acompañado. No entendía que ahora Cristo por su Santo Espíritu iba a establecer su reinado soberano entre todas las naciones. El sabía sólo de una salvación para Israel, así como Juan había sido instruido sólo para bautizar a Israel. Nunca había oído del significado pleno de Pentecostés.

Este Apolos era un orador elocuente y de un espíritu muy entusiasta. Al llegar a Efeso, comenzó a hablar en la sinagoga acerca del Señor Jesús sin saber nada de Pablo. Aquila y Priscila, que aún asistían a los cultos en la sinagoga en Efeso porque ésta no había tomado aún una decisión a favor o en contra de Cristo, lo oyeron hablar. ¡Qué poderoso testigo era este Apolos para el Señor Jesús! ¡Pero, qué vacío había aún en su conocimiento! De ahí que Aquila y Priscila lo llevaron con ellos a su casa y le hablaron de todo lo que habían aprendido de Pablo. Amplias perspectivas se abrieron para él. Vio que no solamente había comunión entre Dios e Israel y una unión del Señor con ese pueblo en el camino de la vida; sino que el pacto del Señor era ahora para todas las naciones. Veía ahora no sólo el bautismo de Juan, sino cómo ese bautismo había sido cumplido completamente en el bautismo del Espíritu Santo. Así, de maestro en la sinagoga, Apolos llegó a ser el alumno de sencillos creyentes como Aquila y Priscila.

Sin embargo, el papel de Apolos no terminó allí. Estaba planeando ir a Grecia. Aquila y Priscila y los de Efeso que habían hecho ya una elección definitiva por el Señor Jesús le informaron que en Grecia los creyentes habían sido obligados a romper con la sinagoga. Allí él se expondría al odio de los judíos. Por esa razón lo animaron a permanecer fiel al evangelio. También le dieron una carta para los creyentes allí. Después de llegar a Grecia, Apolos

condujo un poderoso ministerio. Refutaba con vehemencia a los judíos, demostrando públicamente por las Escrituras que Jesús era el Mesías y como resultado de su obra muchos llegaron a creer. Apolos había llegado a entender el significado de Pentecostés y el camino del Señor para todas las naciones.

El Camino del Señor y el bautismo de Juan. Después que Apolos había dejado Efeso, Pablo llegó allí. Las primeras personas que encontró eran algunos creyentes que sostenían la misma posición que Apolos había sostenido antes. Tal vez ellos incluso habían sido influidos por Apolos. Nada sabían del bautismo del Espíritu Santo.

A Pablo no le gustaban las cosas a medias. Sabía que eran ignorantes del llamado que desde el día de Pentecostés salió a todas las naciones. Aún sostenían la posición nacional judía. Les preguntó directamente si habían recibido el Espíritu Santo cuando creyeron. Inmediatamente su ignorancia salió a la luz cuando contestar con: "Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo". La revelación total del Espíritu Santo, quien en Pentecostés había venido a morar en su iglesia, así como aquellos dones del Espíritu mediante los cuales había demostrado que el muro que separaba a Israel de las naciones había sido derribado todo esto era totalmane desconocido para ellos.

Asombrado, Pablo les preguntó en qué habían sido bautizados. ¿No traía consigo el bautismo, como la señal de la unión a la iglesia, la participación en el don del Espíritu Santo? Su respuesta a Pablo fue: "Fuimos bautizados en el bautismo de Juan". Entonces Pablo les explicó que el bautismo de Juan había sido el bautismo de arrepentimiento, la señal y el sello se la conversión a la gracia del Señor que se había manifestado en plenitud en el Señor Jesucristo y como resultado de lo cual el Espíritu Santo había sido derramado. El bautismo de Juan había sido adoptado por Cristo y había sido hecho un bautismo para todas las naciones. Si la gente quería aún aferrarse al bautismo de Juan, como en la tradición nacional judía, significaba que el bautismo no era genuino. Esta gente en Efeso no tenía conocimiento de todas las cosas que habían sucedido durante y después de Pentecostés. Aquellos que los habían instruido de esa manera eran probablemente personas que se oponían al curso del evangelio entre las naciones y usaban el nombre de Juan el Bautista para sus propios propósitos.

Estas personas, unos doce, fueron convencidos por Pablo de la verdad y entonces bautizados en el nombre del Señor Jesús. Cuando Pablo hubo puesto sus manos sobre ellos, el Espíritu Santo vino sobre ellos y hablaban en lenguas y profetizaban. Entonces ellos vieron la salvación del Señor para todos los pueblos y entendieron algo de la profundidad y amplitud de la gracia de Dios.

El Camino del Señor y la sinagoga en Efeso. Después de este episodio Pablo entró en la sinagoga. Por tres meses debatía con los judíos efesios, proclamando el reino de Dios en Jesucristo. Conocía el interés del Señor por Israel y por tanto también por la sinagoga en Efeso. Todo el pueblo tenía que ser liberado por el Espíritu Santo de una vida de servidumbre bajo la ley. Por esa razón es que Pablo luchaba con ellos, esperando ganar toda la sinagoga.

Pero aquí también las cosas resultaron en forma diferente porque algunos desobedecieron el llamado del Señor. Ante la congregación reunida hablaron mal del camino del Señor; no estaban dispuestos a compartir la salvación con otras naciones. Por esa razón la sinagoga de Efeso se dividió. Pablo tomó consigo a los creyentes y se fue. Una separación similar ocurrirá en todas partes debido a que en todas partes hay incrédulos. Un día el Señor Jesucristo mismo separará los creyentes de los incrédulos.

Pablo se reunía con los creyentes en la escuela de cierto Tiranno. Todos los días por dos años, Pablo proclamó el evangelio tanto a judíos como griegos. Como él había esperado, el evangelio se difundió desde Efeso a toda la región de Asia Menor. Todo el mundo tenía que saber que Cristo era Rey.

El Camino del Señor y la iglesia en Efeso. Dios hizo muchos milagros en Efeso por medio de Pablo. Se hizo inequívocamente claro que la gracia del Señor significa la redención, la sanidad, de toda la vida. El Señor estaba tan cerca con el poder de su gracia que cuando los paños o delantales de los enfermos tocaban el cuerpo de Pablo, éstos eran sanados y los poseídos por malos espíritus eran liberados de ellos. Esto puede haber parecido como una magia a algunos espectadores, pero era algo muy diferente. Llevar ropas tocadas por Pablo a los enfermos era visto como una señal de la comunión con Pablo o más bien, con la palabra de gracia que predicaba. Ellos tenían que aceptar esa palabra por la fe.

Había aún el peligro que esto fuera considerado como magia, especialmente en una ciudad tan llena de magia pagana, hasta que algo sucedía que mostrara la inmensa diferencia entre la magia y la fe en el Señor Jesucristo. En Efeso vivía un sumosacerdote judío llamado Esceva, cuyos siete hijos practicaban la magia. Aquí nos enfrentamos con la misma abominación de Elimas: los judíos—quienes por causa de la verdad se suponía que habían de ser una luz para las naciones y habían de predicar la sumisión a la palabra de Dios—estaban haciendo que las tinieblas fueran aun peores con sus mentiras. Con sus artes mágicas pretendían poder sujetar las fuerzas divinas bajo su propio control. Estos hombres vieron y oyeron acerca de los milagros hechos por Pablo. Lo consideraban como un poder mágico y querían imitar a Pablo.

Una vez, cuando encontraron a una persona poseída por un espíritu malo, dijeron, "Te adjuramos por el Jesús a quien Pablo predica . . ." En otras palabras, querían usar el nombre del Señor Jesús como una fórmula mágica. Sin embargo, el espíritu malo les contestó, "A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero ustedes, ¿quienes son?" Ante el poder del Señor y de la palabra que Pablo predicaba, satanás temblaba, pero qué poder creían estos exorcistas de demonios que tenían sobre él? El hombre poseído saltó encima de ellos con un poder tan terrible que tuvieron que huir de la casa heridos y con su ropa desecha. Todos en Efeso, tanto judíos como griegos, oyeron de este suceso. Cayó temor sobre todos y el nombre del Señor Jesús fue magnificado. Habían visto claramente la diferencia entre la magia y la fe en Cristo.

El hecho produjo una impresión tan profunda que muchos que habían practicado la magia creyeron y confesaron sus pecados. Trajeron todos sus libros de magia y juntos los quemaron públicamente, rompiendo definitivamente con su pecado. El valor de esos libros no era inferior a 50.000 dracmas, indicando lo extenso que era la practica e influencia de la magia. La palabra del Señor había ganado la victoria; ahora crecía y prevalecía. En el camino del Señor el pueblo fue liberado de la magia.

El Camino del Señor y los creyentes de Efeso. Pablo ya había estado en Efeso por dos años y tres meses. El Señor había bendecido ricamente la predicación del evangelio en la ciudad. Pablo comenzó a pensar en un viaje por Macedonia para visitar las iglesias griegas y luego volver a Jerusalén. Y tenían aún otros planes: quería ir a Roma. Anhelaba llevar el evangelio a la capital del mundo, porque su interés no era sólo reunir pequeños grupos de creyentes aquí y allá, sino hacer que todo el mundo y todas las naciones reconocieran a Cristo como Rey. Envió a dos de sus colaboradores adelante a Macedonia, pero él mismo se quedó en Efeso un tiempo más.

Durante ese tiempo hubo un alboroto en Efeso. Había en la ciudad una imagen de la diosa Diana que se decía haber caído del cielo. En realidad había también un famoso templo de Diana. Cierto Demetrio, fabricador de templecillos de plata, proveía de sus productos a muchos comerciantes que mantenían un lucrativo negocio vendiendo estos objetos. Ya que el evangelio estaba ganando una gran influencia, Demetrio vio su comercio de artefactos amenazado, de modo que comenzó a incitar a todos aquellos que tenían interés en este negocio. Primeramente, apeló a sus propios intereses; la perspectiva de pérdida económica los atemorizaba. Luego le dio un tinte religioso a su acción; la adoración a Artemisa (Diana) podía desaparecerse. Pero debido a que la idolatría sirve sus propios intereses, hubo una gran conmoción. La gente corrió

a las calles, gritando, "Grande es Diana de los efesios". Toda la ciudad se precipitó al teatro, arrastrando a Gayo y Aristarco, macedonios, compañeros de viaje de Pablo.

Cuando Pablo oyó lo que sucedía quiso ir allí. La causa de Cristo estaba en juego. Sin embargo, los creyentes no lo dejaron ir; aparentemente temían que Pablo fuera maltratado por la turba. Además, recibió una advertencia de varias personas prominentes en esa parte de Asia Menor de que bajo ninguna circunstancia debería mostrarse en el teatro. Podemos ver cómo muchos ciudadanos prominentes estaban entre los servidores de Cristo.

Mientras tanto afuera el griterío seguía y muchos se unieron al alboroto sin saber realmente lo que estaba pasando. Los judíos incrédulos temían ser implicados también, porque los cristianos originalmente eran considerados como una secta judía. Estos judíos por lo tanto querían dejar bien claro que ellos nada tenían que ver con aquellos cristianos. Designaron a cierto Alejandro para explicar la posición judía a la mulitud. Pero no pudo callar a la muchedumbre, porque cuando notaron que era judío, su hostilidad se manifestó de tal manera que gritaban por dos horas, "Grande es Diana de los efesios".

¿En qué quedaría esto? ¿Quién había que pudiera apaciguar a la turba? Afortunadamente apareció el escribano de la ciudad y aplacó al populacho rabioso. Este hombre sabía cómo controlar a la gente. Les aseguró que nadie podía dudar del honor de la diosa Diana y que Efeso gozaba de una posición preferencial desde que la imagen de Diana había sido encontrado en la ciudad. No había necesidad de un alboroto ya que nadie había difamado a la diosa o robado el templo. Además, concluyó que cualquier cargo debía hacerse a través de los tribunales. Les advirtió que las noticias de este incidente podrían llegar a Roma, dando a Efeso mala fama. Su discurso calmó el alboroto y la gente regresó a sus hogares. No obstante, la hostilidad hacia el camino del Señor se había manifestado ahora abiertamente. No toda la ciudad fue ganada por el evangelio. Aquí también una división era evidente.

La victoria sobre la muerte. Pablo entonces se fue de Efeso, viajando a través de Macedonia a Grecia hasta llegar a Corinto de nuevo donde se quedó por tres meses. Pensaba navegar directamente de Corinto a Siria, porque su plan de ir a Roma se le hacía cada vez más urgente. Pero primero quería celebrar Pentecostés en Jerusalén y entregar las ofrendas que había recibido de varias iglesias para la iglesia empobrecida en Jerusalén. Los judíos, sin embargo, habían tramado su muerte. Planeaban matarlo en el momento de embarcarse o en el viaje mismo, de modo que al final Pablo tenía que regresar

por Macedonia. Creyentes de varias regiones lo acompañaron. Había un fuerte vínculo de fe con este predicador del evangelio.

Pasaba la fiesta de la Pascua en Filipo. Desde allí cruzó a Troas, donde permaneció por siete días, porque allí también había sido establecida una iglesia. El primer día de la semana—celebrado ya como el día de la resurrección de Cristo—la congregación se reunió para celebrar la Santa Cena. Esta cena se celebraba al final de la cena de amor (el Agapé), que se realizaba al final del culto. Pero primero Pablo se dirigió a la asamblea hablando por muy largo tiempo. Les explicó que esa podría muy bien ser la última vez que él hablara a las iglesias en Asia Menor. En realidad, una y otra vez en este viaje de regreso a Jerusalén el Espíritu Santo le reveló por los profetas que en Jerusalén le guardaban las cadenas y el encarcelamiento. ¿Qué le iba a suceder? ¿Tendría que sufrir la muerte ya por causa del evangelio? ¿Y que sería de su deseo de llevar la palabra a Roma? En Troas algo sucedió que le fortaleció grandemente durante aquellos días. Habló hasta la medianoche. La iglesia estaba reunida en una sala en el tercer piso de una casa. La sala estaba llena y muchas candelas habían sido encendidas de modo que hacía mucho calor. Un joven llamado Eutico estaba sentado en una ventana tratando de escapar del calor. Aún así se quedó dormido y cayó de la ventana, muriéndose. Sin embargo, Pablo descendió al primer piso, cubrió al joven, lo abrazó y declaró que la vida le había sido devuelta. Aquí Pablo puso su propia vida por la vida del joven y el Señor oyó su oración. Había poder en la palabra del Señor para vencer la muerte. Aquello debe hacerle fortalecido grandemente. No importa lo que le sucediera, Pablo también vencería a la muerte. Regresaron a la sala y juntos celebraron la Santa Cena. Después, Pablo habló hasta el amanecer. Con Eutico Pablo bajó de la sala, ambos redimidos de la muerte. Un día ellos tendrían que morir, pero la muerte no podría hacerles daño.

Pablo envió a sus compañeros adelante por barco a Asón mientras él caminó los cuarenta kilómetros por la costa. Evidentemente quería estar solo. Tenía tanto en que reflexionar. Entonces se embarcaron juntos desde Asón.

Impulsados por el Espíritu Santo. Navegando por la costa, Pablo pasó también a Efeso donde tenían tantos vínculos estrechos. No podía detenerse allí porque entonces no llegaría a Jerusalén con tiempo para Pentecostés. Pero pasar por largo al lugar tampoco sería correcto. ¿Jamás vería a Efeso alguna otra vez? Finalmente Pablo hizo llamar a los ancianos de la iglesia de Efeso para que vinieran a la playa en Mileto. Allí les habló. Ellos conocían su trabajo en Efeso y en Asia Menor y a todas las tribulaciones que había sufrido por causa del evangelio. Ahora estaba en camino a Jerusalén sabiendo que

probablemente sería encarcelado. Sin embargo, simplemente tenía que ir porque el Espíritu Santo lo estaba llevando allí; Pablo estaba dispuesto a morir por el evangelio. Una vez más quería exhortarlos a ser fieles en su supervisión sobre la congregación, así como él mismo había sido fiel al alcance total del evangelio. Predijo que lobos rapaces entrarían en la congregación. Instó a los ancianos a recordar cómo el, completamente sumiso al evangelio, no había buscado su propio bienestar sino que había trabajado para satisfacer sus propias necesidades y había ayudado a los pobres.

Cuando hubo terminado de hablar, oró con ellos, arrodillados en la playa. La despedida fue emocionante y dolorasa porque había dicho que posiblemente ya no lo verían más. Impulsado por el Espíritu Santo y gobernado por la palabra de Dios, Pablo finalmente partió. Pablo por cierto tenía un llamado especial para el evangelio, pero nosostros también estamos sujetos a la palabra de Dios y debemos servir a esa palabra en todo lo que hacemos.

El reinado mundial de Cristo

40: Imitadores de Cristo

Hechos 21:1—23:35

Las acciones de Pablo aquí parecen muy calculadas. Junto con otros, hizo un voto nazareo; apeló a su ciudadanía romana para evitar que lo azotaran; lanzó en medio de los fariseos y saduceos en el concilio (Sanedrín) la cuestión de la fe en la resurrección de los muertos como motivo principal del conflicto. Sin embargo, debemos tener en mente que Pablo, impulsado por el Espíritu, estaba dispuesto a sufrir encarcelamiento e incluso la muerte por el evangelio. No se permitió, por más que lo rogaron, que le impidieran ir a Jerusalén. ¿Por qué estaba Pablo tan ansioso por reunirse con los hermanos en Jerusalén y celebrar la fiesta de Pentecostés con ellos? No era debido a una división entre la iglesia de Jerusalén y las iglesias gentiles. En sus cartas Pablo se gloriaba en el gran misterio que en los siglos anteriores había estado escondido, a saber, que Cristo quitó la enemistad entre el judío y el gentil. El Cristo hizo de los dos un solo cuerpo. Por esta unidad Pablo estaba dispuesto a ofrecerse como sacrificio. En ese sentido Pablo era un imitador del Cristo.

El hecho de que Pablo y otros hicieran un voto de nazareo por un tiempo no estaba en conflicto con su actitud hacia lo ceremonial o su carta a los gálatas. Pablo se oposo rotundamente a los intentos de imponer la ley ceremonial sobre los gentiles y considerarla necesaria para la salvación. Sería una negación de la suficiencia total de Cristo. Pero los creyentes judíos mismos podían observar la ley, siempre y cuando no obligaran a los gentiles hacerlo. Aquella también era la posición de Pablo en su carta a los romanos. De este modo como creyente judío, él podía seguir uno de los preceptos de la ley siempre que tal observación no afectara la unidad entre creyentes judíos y gentiles. Esta es por qué resistió a Pedro en Antioquía cuando éste rompió la comunión en la mesa con los creyentes gentiles. Pablo hizo este voto en Jerusalén con el propósito de promover la unidad entre creyentes judíos y gentiles.

Pablo no era deshonesto al promover discordia en el Sanedrín al introducir el asunto de la resurrección. En realidad, el asunto para él era la resurrección de los muertos en relación con la resurrección de Cristo. En este punto los fariseos apoyaban literalmente las Escrituras. El hecho de que la fe en la resurrección

significara algo más para Pablo que para los fariseos era una falta de los fariseos, no de Pablo. La fe, como Pablo la entendía, era fe de acuerdo a las Escrituras.

Pensamiento clave: *Por fe somos imitadores de Cristo.*

Dispuesto para el encarcelamiento y la muerte. Después que Pablo y su grupo se despidieron de los ancianos efesios en la playa de Mileto, abordaron el barco. El viaje transcurrió sin novedad. Llegaron mucho antes de Pentecostés a Tiro donde tenía que ser descargado el barco. Durante la estadía de siete días Pablo se alojó con los creyentes. A estos creyentes el Espíritu Santo reveló que Pablo pronto sería encarcelado. La rogaron que no fuera. La tentación de desobedecer al Espíritu se hizo cada vez más fuerte. Sin embargo, permaneció fiel. Al final de su estadía la gente lo despidió con oraciones.

Hubo otra parada de varios días en Cesarea donde Pablo se quedó en la casa de Felipe el evangelista con quien se había conocido antes. Este hombre tenía cuatro hijas con dones proféticos. Mientras Pablo y sus compañeros estaban allí, un profeta llamado Agabo llegó desde Judea. Impulsado por el Espíritu Santo, este hombre simbólicamente tomó el cinturón de Pablo y ató sus propias manos y pies con él. Entonces profetizó que de este modo Pablo sería atado en Jerusalén y entregado a los gentiles. Aquello hizo una profunda impresión no sólo en los creyentes de Cesarea sino también en los compañeros de viaje de Pablo. Juntos le rogaron que no fuera a Jerusalén. Pablo los reprochó por tratar de debilitar su resolución. Declaró que estaba dispuesto no sólo a ser atado sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor.

¿Qué es lo que impulsaba a Pablo a ir a Jerusalén y por qué estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio por llegar allí? Era imperativo que el vínculo entre las iglesias gentiles y la iglesia judía en Jerusalén permaneciera intacto para evitar el alejamiento entre creyentes judíos y gentiles. Cristo había dado su vida para hacer de los creyentes judíos y gentiles un solo pueblo. La vida de Pablo había sido una constante lucha por establecer esa unión y él se sentía constreñido a sacrificar incluso su vida por ello. De esta manera él iba a ser un imitador del Señor Jesús. Nosotros también debemos estar dispuestos a dar nuestras vidas para servir en la obra por la cual el Cristo vino a tierra.

Como Pablo no se dejó disuadir, sus amigos se resignaron a su decisión, diciendo, "Hágase la voluntad del Señor". Luego salieron rumbo a Jerusalén. Algunos de los hermanos de Cesarea también acompañaron a Pablo para

presentarlo a cierto Mnasón de Chipre, un discípulo anciano con quien se hospedaría Pablo. Como Mnasón había vivido entre los gentiles, entendía su trabajo mucho más que los hermanos que nunca habían estado fuera de Jerusalén.

El voto. Los hermanos en Jerusalén recibieron a Pablo gozosamente. Al día siguiente hubo una reunión en la casa de Jacobo, el hermano del Señor, quien tenía cargo del liderazgo en la iglesia. Todos los ancianos estaban presentes. Una por una, Pablo relató las cosas que Dios había hechos entre los gentiles. Cuando lo oyeron, sus corazones rebozaron de gratitud y glorificaron a Dios.

Sin embargo, había un problema. Miles de judíos en Jerusalén y en Judea habían venido a la fe. Todos ellos guardaban estrictamente la ley de Moisés. Jacobo también lo hacía, ganándose el título de "el Justo". Sin embargo, circulaba ahora la historia que Pablo aconsejaba a los judíos en todo el mundo no circuncidar a sus hijos ni guardar la ley ceremonial. La historia era incorrecta porque Pablo solamente predicaba que el guardar la ley no era necesario para la salvación y por lo tanto que los gentiles no debían ser obligados a guardarla. El había declarado esto muy enfáticamente para que la cuestión de la ley de Moisés no metiera una cuña entre los creyentes judiós y gentiles y destruyera la unidad de la fe. Sin embargo, Pablo no tenía objeción que los creyentes judíos guardaran la ley. Hecho de este modo, el guardar la ley era un símbolo de lo que Cristo significaba para ellos. Observar la ley podía sólo confirmarles en su fe en Cristo.

Sin embargo, esta calumnia tenía que ser cortada a la raíz. Los hermanos sugirieron que Pablo se uniera a unos hermanos que habían hecho un voto de nazareo. Estos hombres habían hecho el voto de dejar crecer el cabello como señal de devoción al Señor y de no comer nada producido por la vid como una señal que querían ser movidos sólo por el Espíritu Santo. Si Pablo haría el voto con ellos y además, si estaría de acuerdo en pagar los gastos para los cinco de la purificación y de los sacrificios al final de la semana, demostraría su alto respeto por el nazareato y de este modo por la ley de Moisés. Esto no estaría demostrando que la observancia de la ley era esencial para la salvación porque anteriormente los gentiles habían sido informados que nada sería requerido de ellos más que abstenerse de la idolatría, la inmoralidad y el comer sangre.

Pablo aceptó su consejo, ansioso de promover la unidad entre creyentes judíos y gentiles. Sin vacilar, hizo el voto con el fin de remover todo malentendido y contradecir la calumnia. Tenía gran respeto por el voto de nazareo porque el verdadero cumplimiento de ese voto era solamente posible por la fe en Cristo, quien había dedicado a sí mismo a Dios y se había dejado

ser guiado sólo por el Espíritu Santo. La obra de Cristo era también un cumplimiento del nazareato. En esa fe judíos y gentiles debían ser uno.

En cadenas por causa de Cristo. De acuerdo con su decisión, Pablo hizo el voto. Fue con los otros cuatro hermanos al templo a informar al sacerdote la fecha en que se cumplirían los días de su purificación y a permanecer allí hasta que los sacrificios hubiesen sido ofrecidos por ellos.

Hacia el fin de la semana Pablo fue reconocido en el templo por varios judíos de Asia Menor. Lo agarraron y pidieron ayuda. Se quejaron que Pablo enseñaba a los hombres a rechazar la ley y la adoración del templo. Además, lo acusaban de haber introducido a unos griegos a un lugar del templo, reservado para judíos, habiéndolo profanado de este modo. Aparentemente ellos lo habían visto antes en Jerusalén acompañado por un griego de Efeso y suponían que había traído al griego al templo.

Sus gritos alborotaron a toda la ciudad y el pueblo se reunió en el templo. Arrastraron a Pablo fuera del templo, pensando matarlo. Inmediatamente cerraron las puertas del templo porque estaba prohibido todo desorden en aquel lugar santo. Repentinamente el comandante de la guarnición con sus tropas aparecieron en las calles. Ya había sido informado del alboroto y temía un levantamiento popular. Decidió intervenir inmediatamente. Cuando la gente lo vio, dejaron de golpear a Pablo. El comandante puso a Pablo bajo custodia, lo ató con dos cadenas y preguntó a la gente lo que había hecho. Pero no pudo entender nada de la turba porque empezaron a gritar todos a la vez. Así que, hizo llevar a Pablo al cuartel, pero debido a que la furiosa turba quería eliminar a Pablo, éste tuvo que ser llevado por los soldados para su propia protección.

Justo antes de entrar en el cuartel, Pablo pidió permiso, en griego, para hablarle a la multitud. Esto perturbó al comandante porque pensaba que Pablo era el mismo egipcio que tan recientemente había causado un levantamiento en Jerusalén. Cuando Pablo le dijo que él era un judío nacido en Tarso, el comandante lo autorizó para hablar al pueblo. Encadenado ahora, procedió a testificar de Cristo delante del pueblo de Jerusalén.

Un apóstol por la voluntad de Dios. (Véanse 2 Co. 1:1, Col. 1:1, 2 Ti. 1:1). Cuando Pablo, parado en las gradas, hizo una señal con su mano la multitud se calló, más aun cuando él se dirigió a ellos en hebreo que no era la lengua común en Palestina. (La lengua común era el arameo.) Quería establecer que él no había eligido a sí mismo para proclamar el evangelio, sino que el Señor lo había llamado a esa tarea. El no hacía nada sino seguir obedientemente.

Para subrayar esto, les habló de su alianza anterior con los fariseos y su educación en la escuela de Gamaliel de acuerdo a los conceptos más estrictos. Había perseguido incluso a los creyentes en Jerusalén y obtenido cartas de recomendación del sumo sacerdote de aquel entonces para los ancianos de las sinagogas en Damasco para extirpar la fe en el Señor Jesucristo. Luego les dijo lo que había acontecido en el camino a Damasco y los acontecimientos subsiguientes. El Señor lo había conquistado, para que él pudiera conocer a Cristo como el cumplimiento de la ley y de este modo testificar de él a todos los hombres. Luego había sido bautizado.

Más tarde en Jerusalén había visto al Señor Jesús en una visión. El Señor le había mandado dejar Jerusalén rápidamente porque el pueblo no aceptaría su testimonio allí. No se quiso ir y había tratado de asegurar al Señor que el pueblo de seguro aceptaría su testimonio puesto que él antes había perseguido a la iglesia. Pero a pesar de sus protestas el Señor lo había enviado a los gentiles.

Pablo quería demostrar que no era por falta de amor por su pueblo que había ido a los gentiles. Informó a la multitud que el Señor había predicho que no lo esucharían a él para arrepentirse.

Sin embargo, aquellas palabras cayeron mal. La multitud no lo dejó terminar; disgustados arrojaron sus ropas y lanzaban polvo al aire y gritaron: "¡Quita de la tierra a tal hombre! ¡No conviene que viva!" Pero a través de la incredulidad de ellos se cumplía la palabra profética del Señor.

El juicio ante el Sanedrín. Como resultado de la manía del pueblo Pablo permaneció en cadenas. Era a través del sufrimiento que tendría que seguir a su Señor. La manera en que terminó el asunto no dejó al comandante averiguar más. Este mandó que Pablo fuese interrogado y azotado. Cuando un centurion estaba a punto de ejecutar esta orden, Pablo le preguntó si era legal azotar a un ciudadano romano. El centurión trasmitió este información a su superior quien se espantó al oír la noticia. No había sabido que Pablo era un ciudadano romano aunque sabía que Pablo había nacido en Tarso. La ciudadanía romana era privilegio otorgado a todos los ciudadanos de Tarso. En realidad, Pablo era superior al comandante quien había comprado su ciudadanía. El castigo fue suspendido; el comandante estaba preocupado incluso por haber mantenido encadenado a un romano.

Esta vez fue apropiado para Pablo apelar a su ciudadanía romana. El Señor Jesucristo había abolido la enemistad entre las naciones y por consiguiente también entre judíos y romanos. No era necesario para un creyente rehusar los privilegios de ciudadanía romana, porque todo en el mundo era santificado por Cristo. El restauró la comunidad de las naciones.

Al día siguiente el comandante convocó una reunión del Sanedrín. Esto en sí era una humillación para el supremo Concilio. Entonces trajo a Pablo a la reunión después de haberle quitado las cadenas. En cierto sentido Pablo se encontraba ante el Concilio como un hombre libre. El comandante quería oír ambos lados de la historia para poder entender al final por qué los judíos estaban en contra de él.

Sin ceremonia o halagos introductorios Pablo comenzó a dirigirse al supremo Concilio. Los llamó "Varones hermanos", y les dijo que él siempre había actuado con buena consciencia delante de Dios. Esto enardeció tanto al sumo sacerdote—él ya estaba agitado debido a la humillación infligida al Concilio—que mandó golpear a Pablo. Pablo protestó vehementemente esta injusticia: "¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada! ¿Estás tú sentado para juzgarme conforme a le ley, y quebrantando la ley me mandas golpear?" Pablo no sabía que la orden había sido dada por el sumo sacerdote. Cuando lo supo se disculpó, recordando las palabras de las Escrituras: "No maldecirás al príncipe de tu pueblo" (Ex. 22:28). Tenía el derecho de oponerse a la injusticia, así como el Señor también lo había hecho cuando fue golpeado, pero la autoridad del gobierno debía ser honrada.

Con semejante actitud en el Concilio era imposible tener un juicio ordenado. No se le daría a Pablo ni siquiera la oportunidad de testificar de Cristo. Por lo tanto, debido a que deseaba mostrar cómo se encontraba dividida la nación contra ella misma como resultado de la revelación de las Escrituras, dijo que estaba siendo enjuiciado por la esperanza de la resurrección de los muertos. Los fariseos creían en la resurrección mientras que los saduceos la rechazaban. Ni siquiera había acuerdo entre los miembros del Concilio en cuanto a la revelación de Dios. Y en el juicio de Pablo la cuestión era realmente la bendita resurrección de los creyentes que, después de todo, es el fruto de la resurrección de Cristo. ¿Había realmente una victoria sobre la muerte y una restauración de la vida en comunión con Dios?

Al identificar Pablo el punto candente una seria discordia estalló en el Concilio. Los fariseos dijeron que no encontraban ninguna falta en él, concediendo que era enteramente posible que un espíritu o ángel le hubiese hablado a Pablo. Pero los saduceos querían la piel de Pablo. La disputa se hizo tan violenta que el comandante temió que se despedazarían; rápidamente hizo sacar a Pablo de la reunión.

La noche siguiente el Señor se reveló a Pablo y le dijo, "Ten ánimo Pablo, pues como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma". ¡Qué consuelo debe haber sido para Pablo! Aunque su discurso al pueblo había sido interrumpido y también su defensa ante el

Concilio, Pablo había intentado dar testimonio de Cristo. Había hecho un testimonio de Cristo y Jerusalén estaba ahora alborotada por causa del evangelio. Para Pablo significaba ahora que podía ir a Roma aunque no sabía todavía cómo lo haría.

Rescatado de la muerte. Al día siguiente algunos judíos juraron que no comerían ni beberían hasta que hubiesen matado a Pablo. Más de cuarenta personas estaban implicadas en el complot y arreglaron que el Concilio pidiera al comandante que trajera a Pablo a su reunión. En camino al Concilio Pablo sería asesinado.

No obstante se corrieron noticias de esta conspiración. Un sobrino de Pablo le advirtió a él y al comandante. El comandante secretamente envió a Pablo de Jerusalén escoltado por unos quinientos soldados. Fue llevado a Cesarea, la sede del gobernador romano Felix. El comandante Claudio Lisias le explicó a Felix en una carta las razones por qué le enviaba Pablo.

La conspiración fue descubierta por obra del Señor; de esta manera Pablo fue rescatado de la muerte. El mandato de Pablo de proclamar el evangelio no había aún llegado a su fin.

41: Ante los reyes y gobernadores

Hechos 24—26

Cristo le había predicho a Pablo que él estaría en presencia de reyes y gobernadores (véase Hch. 9:15, y cf. Mr. 13:9). Esta profecía fue cumplida en la explicación que Pablo tenía que dar a Felix, Festo y Agripa. Sus discursos cada vez fueron no sólo un relato de su conducta personal, sino un testimonio del evangelio.

El testimonio fue diferente en cada una de las tres ocasiones, dependiendo de la persona a quien estaba hablando. Felix era el déspota arbitrario, el hombre que ofendía el derecho de los judíos. A él Pablo habló del juicio venidero. Festo sobreenfatizó el hecho de que los romanos no estaban acostumbrados a dar condenación de muerte simplemente como un favor a terceros. Pablo declaró a Festo que estaba dispuesto a morir si eso era lo que merecía; el evangelio, explicó Pablo, no desdeña la justicia del estado sino más bien la confirma. Agripa sabía de la revelación de Dios en su palabra, especialmente por su padre, Herodes Agripa I. Pablo lanzó un ataque directo sobre Agripa llamando su atención a esa revelación.

Pensamiento clave: *El testimonio de Jesucristo llega también a reyes y gobernadores.*

Testimonio respecto al juicio venidero. Cuando Pablo llegó a Cesarea, fue custodiado en el tribunal de Herodes por ordenes del gobernador Felix. Cinco días más tarde el sumo sacerdote Ananías y varios miembros del supremo Concilio llegaron para presentar al gobernador sus acusaciones contra Pablo. Su consejero legal era un cierto Tértulo.

Este Tértulo conocía el arte del halago, porque comenzó alabando al gobernador y agradeciéndole todo lo que había hecho por los judíos. Este era

una astucia porque Felix era odiado apasionadamente por los judíos debido a sus discriminaciones contra ellos. Enseguida Tértulo enumeró las quejas: a) se decía que Pablo era un agitador entre todos los judíos en el mundo; b) era un cabecilla de la secta de los nazarenos; y c) había profanado el templo. Ellos lo habrían juzgado por sus propias leyes, agregó Tértulo, si Lisias no le hubiese quitado de su custodia. Felix podía interrogar a las personas que habían sido testigos de los crímenes de Pablo para comprobar los cargos. Demás está decir que todos los miembros del supremo Concilio confirmaron los cargos de su abogado.

La presentación de las acusaciones era extremadamente astuta. Nada provocaba temor en un romano más rápidamente que el rumor de sedición. Además, Felix tenía ahora una excusa para su trato arbitrario y despótico hacia los judíos: podía culpar a los nazarenos. Además, los romanos sancionaban los cultos religiosos de sus súbditos y la profanación de cualquier templo era una ofensa digna de castigo. Tértulo trató de ocultar el hecho de que no había testigos imparciales de la supuesta profanación del templo, presentando como "testigos" a los miembros del Concilio.

En su defensa, Pablo evitó el halago. Sí, notaba que Felix había sido gobernador de los judíos por muchos años de modo que conocía muy bien sus costumbres. Esto hacía más fácil para Pablo su defensa. Habían transcurrido sólo doce días desde que Pablo había llegado a Jerusalén, de manera que no había habido mucha oportunidad de incitar a una multitud. De hecho, nadie lo había visto siquiera hablar con el pueblo. Admitió pertenecer a la secta que Tértulo había llamado los nazarenos. Sin embargo, esta no era una secta disidente; sus miembros servían al Dios de sus padres de acuerdo a su palabra. Pablo tuvo una oportunidad de decir lo que Dios había revelado en su palabra y lo dijo de tal manera que tendría que afectar a Felix, cuya conciencia estaba pertubada por su prejuicio.

Pablo habló de la resurrección de los muertos, tanto de justos como de injustos, señalando así el juicio que un día enfrentarán todos los hombres. Dijo que procuraba tener siempre una limpia conciencia ante Dios y ante los hombres. Con ello no quería decir que no tuviera pecado, sino que estaba dispuesto a confesar los pecados delante de Dios y de los hombres. Se consideraba libre porque sabía que tenía paz con Dios. ¡Probablemente Felix estaba profundamente ofendido, especialmente cuando se le dijo cómo debería el gobierno relacionarse con Dios!

Pablo prosiguió hablando de sus propios asuntos. Había venido a Jerusalén para entregar las ofrendas reunidas de todo el mundo. Además, había traído sacrificios al templo. Algunos judíos de Asia Menor se habían precipitado a

acusarlo de profanar el templo pero no podían probarlo. Aquellos acusadores deberían presentarse pero no lo hicieron. En justicia el supremo Concilio tampoco podía presentar ningún cargo contra Pablo, puesto que él sólo les había hablado acerca de la resurrección.

Nada de esto ayudaba a Felix. Además, las palabras de Pablo acerca de la resurrección de los muertos le preocupaban, probablemente porque el Concilio estaba dividido sobre esa cuestión. Así que postergó el asunto hasta que Claudio Lisias llegara de Jerusalén. Mientras tanto Felix alivió las condiciones del encarcelamiento de Pablo; permitió a todos sus amigos visitarlo y cuidar de sus necesidades. De este modo Pablo mantuvo el contacto con la congregación del Señor.

Sin embargo, Felix continuó pertubado. Estaba casado con Drusila, una judía que compartía su vida pecaminosa. Cuando se encontraba en Cesarea con su esposa hizo traer a Pablo ante él nuevamente, en presencia de Drusila. Como judía ella debía estar mejor preparada para formarse una opinión sobre el asunto. Nuevamente habló Pablo de la fe en Cristo por medio de la cual tenemos paz con Dios y una conciencia limpia. Pero también habló de una vida de justicia y dominio propio, que es el fruto de la fe. Esta vez también se refirió al juicio venidero.

Perturbado por su incapacidad de resolver los problemas, Felix postergó el asunto otra vez. Al mismo tiempo esperaba que Pablo ofreciera una suma de dinero para su liberación. Por tanto trató el asunto una y otra vez. ¿Cuántas veces estuvo expuesto al evangelio? Sin embargo, fue inútil. Felix continuó en su vida de pecado. Dos años más tarde le hicieron volver a Roma. Los judíos tenían muchas quejas contra él. Para mantenerlos al menos razonablemente dispuestos hacia él, Felix dejó a Pablo en la cárcel. Así sufrió el portador del evangelio a manos de la malicia del gobernador. En este sentido Pablo compartió los sufrimientos de su Señor. (Véase Fil. 3:10 y cf. Tomo III, pp. 138-143.)

Testimonio respecto a la justicia. Cuando Festo (quien seguía a Felix) llegó a Jerusalén, el sumo sacerdote y sus colegas lo confrontaron con sus cargos contra Pablo. Le pidieron, como un favor, que mandara traer a Pablo a Jerusalén porque estaban planeando emboscarlo y matarlo en el camino. Festo contestó con altivez que los romanos no estaban acostumbrados a dar condena de muerte como un favor; los romanos actuaban estrictamente de acuerdo a la ley.

Festo permaneció en Jerusalén no más de diez días. Cuando llegó a Cesarea, hizo comparecer a Pablo ante él. También estaban allí sus acusadores de

Jerusalén. Ante Festo que había insistido tanto en la justicia romana, Pablo sostuvo que él nada había hecho contra la lay de los judíos, contra el templo o contra el César.

Ahora bien, la justicia no siempre era estrictamente mantenida por los romanos y un favor a veces figuraba. Esto se hizo evidente cuando Festo sugirió que el caso fuese visto en Jerusalén. Evidentemente estaba pensando complacer a los judíos. Si fuere necesario, sacrificaría incluso a Pablo, porque debe haber notado cómo lo odiaban los judíos.

Entonces Pablo mostró, apelando al emperador, que el evangelio no temía a la justicia del mundo. El deseaba ser enjuiciadao ante la corte mayor del imperio. El evangelio y la justicia en el mundo no están en contraste el uno al otro. El gobierno también tiene el poder de administrar justicia mientras permanece sujeto a Jesucristo, el Rey de reyes. Todo gobierno tiene el deber de proteger la confesión del nombre de Dios y la iglesia del Señor. Ya no podría un gobierno actuar como si el evangelio de Jesucristo no fuera de interés suyo. El mundo entero, estado y gobierno incluidos, llegarían a desenvolverse con el Cristo. Esa es la razón por qué Dios ha dirigido los hechos de tal manera que Pablo tuvo que ir a Roma.

Resueltamente, Pablo declaró que el evangelio no protege la injusticia. Si él había cometido un crimen, pagaría el precio, hasta la muerte. En realidad, el evangelio enseña al hombre a tomar toda la responsabilidad de sus acciones, un sentido de responsabilidad mucho mayor que lo jamás encontrado en la conciencia de algún romano. El evangelio avergonzaba el sentido de justicia romano. Pero entonces Pablo también exigía que se le hiciera justicia a él; él no se dejaría entregar al Sanedrín porque el gobernador rehusaba aceptar su responsabilidad.

Después de conferenciar con su consejo Festo decidió acceder a la apelación de Pablo. Pablo haría su defensa ante el emperador. Iría a Roma como prisionero, algo distinto ciertamente de lo que había imaginado. Pero cualesquiera fueran las circunstancias se le permitiría llevar el evangelio al palacio del emperador. En todo ofreció su vida como un sacrificio a su Señor.

Testimonio respecto a la palabra de Dios. Después de algunos días el rey Agripa, gobernador de varias provincias en el norte, vino a visitar a Festo y a darle la bienvenida. Agripa estaba acompañado por su hermana Berenice. Agripa era hijo de Herodes Agripa I que había sido rey de toda la nación. Agripa había hecho instruir a sus hijos en la ley de los judíos lo más posible, pero aquéllos no habían aprendido a inclinarse ante la palabra del Señor. Por el contrario se entregaron tanto más al pecado.

Durante esta visita Festo informó al rey del caso de Pablo. Agripa entonces expresó el deseo de escuchar a Pablo. Esto hicieron al día siguiente. Debido a que tanto Agripa como Berenice se complacían en un despliegue de gran esplendor, convocaron una reunión llena de pompa. Festo señaló que le gustaría que el rey Agripa lo aconsejara con respecto a Pablo, a quien estaba enviando al emperador.

Pablo expresó su alegría por el privilegio de defenderse ante Agripa, sabiendo que el rey estaba particularmente familiarizado con todo lo que sucedía entre los judíos. Luego explicó que había sido educado como fariseo y reiteró que su juicio tenía que ver con la fe en la resurrección de los muertos. Lo que realmente estaba en juego era la resurrección de Jesucristo, los frutos de lo cual podrían verse en su propio pueblo. En esa fe Pablo no se desviaba de la línea de los fariseos. ¿Era la resurrección de los muertos una imposibilidad para Agripa y su familia? Agripa conocía la ley y los profetas con respecto a la resurrección.

Pablo le habló luego a Agripa de su propia oposición fanática al evangelio y de cómo el Señor lo había llamado a proclamar el evangelio a judíos y gentiles. A través de esa proclamación todas las naciones tenían que ser convertidas de las tinieblas a la luz y del poder de satanás a Dios. Todos recibirían el perdón de pecados y una herencia entre aquellos que son santificados por la fe en Cristo. Pablo habló deliberadamente de las tinieblas, del poder de satanás y acerca de la luz del evangelio, sabiendo que Agripa vivía en pecado. Desde su conversión, Pablo había sido obediente al llamado del Señor y ahora testificaba a Agripa de la luz, del camino. Y sin embargo, Pablo nada dijo que contradijera la ley y los profetas porque allí estaba escrito que Cristo tendría que sufrir y levantarse de los muertos, siguiendo lo cual llegaría a ser una luz para todas las naciones.

Cuando Pablo se refirió al Antiguo Testamento, Festo gritó, "Estás loco, Pablo; las muchas letras te vuelven loco". Festo nada entendía de las Escrituras.

Pablo respondió que él decía la verdad, como bien sabía Agripa porque todas las cosas relativas a Jesús eran de conocimiento común. Entonces Pablo tomó la ofensiva: "¿Crees a los profetas, oh rey Agripa? Yo sé que crees". El rey Agripa sabía que ciertas cosas habían sido predichas por los profetas. Desafortunadamente esto no significaba que él se había entregado en fe a lo que los profetas habían dicho. No lo había hecho. Por consiguiente, su conocimiento testificaba contra su conciencia. Por esa razón Pablo lo atacó en este punto. Pero Agripa despidió a Pablo en tono despectivo, "¿Crees que en tan poco tiempo me puedes persuadir a ser cristiano?" Pablo respondió casi apasionadamente, "Quisiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú,

sino también todos los que hoy me oyen, fuesen hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas". Estaba orando que todos vieran la luz del evangelio y así estuvieran librados de la esclavitud del pecado.

Ahora el rey había oído demasiado. Se levantó junto con Berenice y los otros, dando por terminada la audiencia. El evangelio no lo había afectado. Sin embargo, el testimonio había llegado también hasta este rey; Cristo había mantenido su legítimo derecho a la sujeción de los reyes. Privadamente Festo y Agripa estuvieron de acuerdo en que Pablo nada había hecho que mereciera la muerte y que podría haber sido liberado de no haber apelado al Cesar. La actitud de las autoridades era aún la de que el evangelio no tenía que ver con ellos.

42: El reinado mundial de Cristo

Hechos 27 y 28

Particularmente en este relato, Pablo aparece como el portador de la palabra de Dios. Así como anteriormente la vida de Elías había estado íntimamente vinculado con la palabra de Dios,* así también la de Pablo. De modo que tenemos que contarles a los niños no sólo de las liberaciones de Pablo sino del evangelio y de Cristo, que nos revela su reinado universal.

En este pasaje el evangelio penetra a Roma, el centro del mundo. El evangelio no es algo para esconder en un escondedero en la tierra; debe gobernar la vida de todas las naciones.

Pensamiento clave: *Cristo establece su derecho en el centro del mundo.*

A la manera de Dios. Debido a que había apelado al emperador, Pablo tuvo que ser llevado a Rome. Junto con algunos otros prisioneros fue supervisado por un cierto Julio, centurión de las tropas imperiales. Todos zarparon para Roma.

Había sido el deseo de Pablo llevar el evangelio a la capital del imperio mundial. El evangelio tenía que tener un lugar en el centro del mundo; toda autoridad terrenal tendría que ser sometido al gobierno soberano de Jesucristo. ¿Pero en cadenas? ¡Cuán diferente de lo que Pablo había soñado! Su esperanza había sido predicar la palabra en libertad. ¿Tendría aún una oportunidad de predicar la palabra? Pero Pablo iba a la manera de Dios. Pablo tenía que estar dispuesto a rendirse a la voluntad del Señor; de este modo estaba siendo

*Véase Tomo II, especialmente pp. 237-242 y p. 266—Trad.

santificado y también dotado para el servicio adecuado del evangelio. Nadie le dicta términos al evangelio; por el contrario, el evangelio nos gobierna y prepara nuestras vidas para el servicio.

En aquel viaje difícil a Roma no faltaron las consolaciones de Dios. Cuando llegaron a Sidón, Julio permitió a Pablo ver a sus amigos. Pablo gozaba de cierta medida de libertad. ¿Era esto profético de las oportunidades que tendría en Roma de llevar la palabra? Además, se le permitió a Aristarco, macedonio de Tesalónica y viejo amigo de Pablo viajar con él. (Véanse Hch. 19:29; 20:4; cf. Col. 4:10 y Flm. 24; de estos pasajes se ve claramente que Aristarco se quedó con Pablo durante su [primer] encarcelamiento romano.)

Habiendo zarpado de Sidón, navegaron bajo la protección de la isla de Chipre por la costa de Siria y Asia Menor, porque iban con fuertes vientos en contra. Era como si estuvieran siendo impedidos en su viaje. ¿Llegaría Pablo, es decir, llegaría el evangelio alguna vez Roma? A veces todo en el mundo parece frustrar la difusión del evangelio. En Mira, ciudad de Licia, en la parte occidental de la costa sur de Asia Menor, el centurión los pasó a un gran barco que navegaba de Alejandría a Italia.

Bajo la protección de la palabra de Dios. Desde Mira navegaron hacia el sur y luego por la costa sur de Creta. El progreso fue lento debido a los vientos contrarios. Finalmente echaron el ancla en un lugar llamado Buenos Puertos en la isla de Creta. Mientras tanto, debido a la persistencia de los fuertes vientos, el tiempo favorable para la navegación ya había pasado. El invierno con sus tormentas se estaba aproximando. Consideraron la posibilidad de pasar el invierno en Buenos Puertos. Aunque había un rada o fondeadero bastante seguro, no había puerto. Entonces Pablo se presentó como el portador de la palabra de Dios. Debido a que él se había rendido al servicio de su Señor, el Señor le mostró lo que sucedería en el viaje. El barco y las vidas de todos los hombres a bordo, advirtió Pablo, estarían en peligro. Sin embargo, el centurión puso más fe en el capitán y el piloto que en Pablo. Decidieron buscar un puerto mejor en la isla de Creta donde pasar el invierno. Por supuesto, el centurión y sus prisioneros estuvieron de acuerdo. ¿Cómo podía el centurión haber tenido fe en la palabra de Dios? ¿Cómo podría haberla escuchado alguna vez? No obstante debería haber confiado en Pablo más bien que en los otros, incluidos los marinos experimentados. ¿Pero cuándo nos rendimos completamente a la palabra de Dios?

Al principio el capitán y el piloto parecían haber tenido razón. Navegaron con un suave viento del sur por la costa sur de Creta, cerca de la playa. Pero aquello no duró mucho. Pronto sopló desde la isla un viento huracanado

llamado Euroclidón que los arrastró completamente fuera de su curso. Al segundo día se hallaban en tal peligro que echaron la carga por la borda. El tercer día arrojaron incluso los aparejos de la nave. Para empeorar las cosas no hubo sol ni estrellas por varios días, haciendo imposible determinar su ubicación. No había tiempo para comer, porque en cualquier momento podían perecer. Todas las velas habían sido arriadas; ellos fueron abandonados al mar y al viento.

Entonces Pablo se levantó y los reprochó por no haber oído su consejo. Pero también los instó a no perder el valor, porque un ángel del Señor le había revelado que llegaría a salvo a Roma. Vería su deseo cumplido: que se le permitiera testificar de Cristo ante el César. Esa era la respuesta a la oración que había ofrecido durante la tormenta. Por causa del evangelio Pablo había luchado por la seguridad del barco. El ángel le había revelado que, aunque el barco se perdería, todas las personas a bordo saldrían a salvo. Dios había puesto las vidas de toda la tripulación y los pasajeros en las manos de Pablo; su liberación era la respuesta a la oración de Pablo. Todos se darían cuenta que es seguro estar bajo la protección de la palabra del Señor. Aunque eso no significa que seremos protegidos de toda desgracia temporal, nuestras vidas no serán en vano; seremos salvos para siempre. Pablo predijo que ellos llegarían a encallarse.

En la décimocuarta noche de navegar a la deriva en el mar Adriático, los marineros sospecharon que se estaban acercando a tierra. Echaron la sonda y confirmaron sus sospechas. Temiendo que pudieran encallar en las rocas, echaron cuatro anclas por la popa y esperaron el amanecer. Algunos marineros planearon huir secretamente de la nave echando el esquife al mar con el pretexto de que iban a largar también las anclas de proa. Pablo se dio cuenta de su plan y alertó al centurión. Si los marineros no permanecían a bordo, advirtió Pablo, nadie sobreviviría. Toda la tripulación tenía que ponerse bajo la protección de la palabra del Señor. Por ahora Pablo tenía tal influencia que los soldados creían en él. Los soldados cortaron las amarras del bote y lo dejaron a la deriva. Estaban ahora obligados a rendirse a la palabra del Señor. Aquello por cierto no significaba que todos aquellos hombres en ese barco tenían una fe vardadera; de hecho, la mayoría de ellos eran probablemente muy supersticiosos, pero en ese momento no tenían alternativa.

Hacia el amanecer Pablo los exhortó a todos a comer. Renovó la promesa de que ninguno de ellos moriría. Pablo tomó pan, dio gracias a Dios públicamente y comió. Sus palabras y ejemplo les dio ánimo y todos también comenzaron a comer. Eran en total doscientas setenta y seis personas a bordo. Cuando hubieron comido, echaron el trigo al mar para aligerar el barco. En

cierto sentido aquello también era un acto de fe. Tenían confianza en la palabra de Pablo de que ya no necesitarían el trigo.

Al amanecer veían tierra desconocida. La tripulación ubicó una ensenada que tenía una playa, un lugar ideal para varar el barco. Las amarras del timón que habían estado aseguradas por largo tiempo, fueron ahora soltadas al mar nuevamente. Alzaron la vela de proa, cortaron las anclas y enfilaron hacia la playa. Pero sus desgracias no habían terminado aún: la nave encalló. La proa quedó hincada y todos corrieron hacia adelante, abandonando la popa que se estaba despedazándose por el constante oleaje. Los soldados se pusieron nerviosos ya que los prisioneros podrían tratar de escapar y ellos tendrían que pagar con sus vidas en el caso que se perdieran. Para evitarlo pensaban matar a todos los prisioneros. Sin embargo, el centurión quería salvar la vida de Pablo y mandó a sus soldados retroceder. Mandó a aquellos que podían nadar que se dirigieran a tierra. Los otros asidos de tablas y otras partes del barco flotaron hasta la playa. Todos alcanzaron la playa a salvo. La palabra del Señor los preservó, porque la promesa de Dios es segura.

Designado como señal. La isla era Malta y los isleños les mostraron una amabilidad poco común. Hicieron una fogata y cuidaron de los naúfragos lo mejor posible. Pablo ayudaba a recoger leña. Cuando estaba a punto de echar un montón de ramas al fuego, una víbora se le prendió en la mano. Los isleños vieron la serpiente venenosa colgando de la mano del prisionero. Era obvio para los isleños que la venganza divina perseguía a Pablo: aunque había escapado del naufragio, iba ahora a morir por la mordida de una víbora venenosa. Esperaban que la mano de Pablo se hinchara y éste cayera muerto. En realidad, la vida de Pablo estaba en gran peligro. Sin embargo, él era el portador de la palabra del Señor y su misión era aún proclamar esa palabra en Roma. Por lo tanto estaba seguro bajo la protección de la palabra del Señor. Su vida fue protegida por otro milagro de Dios. Cuando los naturales vieron que nada le sucedía, cambiaron de opinión y declararon que era un dios. Pablo decidió que ellos no podían permanecer viviendo en la superstición; tenían que oír la palabra de Dios. El Señor proveyó claramente la oportunidad.

Cerca del lugar donde habían desembarcado había propiedades que pertenecían a Publio, el hombre principal de la isla, que les mostró una amable hospitalidad durante tres días. Sucedió que su padre estaba enfermo con fiebre y disentería. Pablo lo visitó y, después de orar, puso sus manos sobre el enfermo y lo sanó. Entonces los otros que tenían enfermedades vinieron y fueron sanados. ¡Qué maravillosa revelación del poder para salvación que hay en Cristo y en la palabra de su gracia! Pablo no hubiera querido desaprovechar

esta oportunidad de predicar la palabra en Malta. De este modo la gracia del Señor fue revelada y el reino de Dios se manifestó también en Malta.

Proclamando la palabra en Roma. Pasaron tres meses en la isla. Entonces abordaron un barco de Alejandría que tenía como enseña las figuras de los dioses gemelos Cástor y Pólux y que había invernado en la isla. Ahora el viaje fue sin novedad. Pasaron tres días en Siracusa y luego viajaron a Regio; al día siguiente llegaron a Puteoli donde encontraron a algunos hermanos. Estos los invitaron a estar con ellos y se quedaron allí siete días. Como resultado de todo lo que había sucedido, el centurión debe haber llegado a tener gran respeto por Pablo y lo recompensó con toda la libertad que podía darle.

Mientras tanto, los hermanos en Roma habían oído que venía Pablo. A través del comercio y negocio el evangelio había penetrado hasta los judíos en Italia y muchos habían llegado a ser discípulos. Cuando Pablo llegó a las cercanías de Roma, los hermanos salieron a encontrarlo. Este encuentro hizo una profunda impresión en Pablo. Había logrado la meta de su viaje y, realmente, la meta de su vida. Tendría el privilegio de llevar el evangelio a ese lugar. ¡Qué rápido había desparramado el evangelio a través del mundo! Y ahora Pablo se encontraba en el umbral de la capital no solo sino en la compañía de creyentes hermanos. Dio gracias a Dios por este encuentro y se sintió alentado.

Cuando llegó a Roma, Pablo fue tratado con gran deferencia. Los otros prisioneros fueron entregados a un centurión, pero Pablo fue permitido vivir en una casa propia y recibir a quien él quisiera. Bajo arresto domiciliario era custodiado por un solo soldado. Esto también lo había ordenado el Señor para que tuviera la oportunidad de proclamar el evangelio.

Pablo hizo uso inmediato de esta libertad. Claro que aunque había algunos creyentes en Roma, el evangelio aún no había sido predicado a todos los judíos que asistían a la sinagoga. Sin embargo, esto tenía que suceder. Pero como Pablo no podía ir a la sinagoga, invitó a todos los líderes judíos a visitarlo. Les contó de su encarcelamiento y del trato de los romanos. Negó haber violado la ley de Moisés pero que había sido acusado falsamente y obligado a apelar al César. Sin embargo, explicó que no había venido a Roma a acusar a su pueblo. Más bien deseaba hablar con ellos acerca de la esperanza de Israel por la cual él había sido hecho prisionero.

Los judíos estaban un tanto vacilantes. Nada habían oído acerca del caso de Pablo ni por carta ni por informe oral. Lo que ellos, sí, sabían era que esta secta de la que Pablo era evidentemente un defensor era rechazada en las sinagogas en todo el mundo. Sin embargo, les gustaría oír lo que Pablo pensaba. Sin duda ellos sabían que había ya algunos de estos creyentes en Roma también.

Un día muchos de los judíos vinieron a ver a Pablo. Desde la mañana hasta la noche les habió del reino de Dios y les mostró por las Escrituras que Jesús es el Cristo. Algunos creyeron el evangelio, pero otros no. Pablo advirtió a los incredúlos que ya los profetas (Isa. 6:9,10) habían predicho que el pueblo del antiguo pacto desobedecería y endurecería sus corazones. El mensaje había de dirigirse a ellos primero, pero después iría a los gentiles. Los gentiles oirían y dejarían atrás a Israel. No hubo acuerdo al final. Se había hecho el esfuerzo en Roma para traer a todo Israel a la fe, pero aquí nuevamente sólo algunos del pueblo llegaron a creer.

Pablo vivió en su casa arrendada por dos años enteros. Proclamó el evangelio a mucha gente, judíos y gentiles por igual. Sin ningún obstáculo trajo el evangelio del reino de Dios. Cristo había establecido su derecho en el centro del mundo. Ahora sería más facil llevar el evangelio a los fines de la tierra. Todo el mundo tenía que ser ganado para Cristo. Todos los pueblos y gobiernos tendrían que servirlo.

La consumación

43: La victoria del reino

Mateo 24 y 25

Se ha tratado la historia del pacto de Dios hasta la misión de Pablo en Roma, pero la historia no está completa sin contar la consumación de todas las cosas. Esta consumación no es historia aún pero un día pertenecerá a la historia de "esta edad". Por lo tanto, la historia de esta época presente hasta la consumación es parte de la historia del pacto.

Pensamiento clave: *Un día el reino de gracia será victorioso.*

La desaparición de vista del reino. Un día cuando el Señor Jesús estaba saliendo del templo con sus discípulos, le señalaron la belleza de los edificios del templo. Cuán horrible debe haberles parecido su predicción: "De cierto os digo, que no quedará aqui piedra sobre piedra, que no sea destruida". Aquello causó una profunda impresión en los discípulos. Al llegar al monte de los Olivos frente a Jerusalén, le preguntaron cuándo sucedería aquello. Ellos entendieron que tal destrucción vendría por causa de Jesús porque los judíos, quienes estaban orgullosos de su templo, lo habían rechazado. Con la gloriosa venida de su reino, el templo sería destruido. Aquella venida significaría el fin del tiempo. Le preguntaron cuáles señales precederían a su venida y cuándo podrían esperarla.

Los discípulos habían visto muchas cosas correctamente. Anhelaban ver la llegada del reino en su gloria y deseaban conocer las señales. También vieron correctamente cómo este reino resultaría en la desintegración del judaísmo incrédulo y su templo. Tampoco estaban enteramente equivocados al pensar

que esta ruptura introduciría el fin del tiempo. Lo que no podían captar era el lapso de tiempo entre la destrucción del templo y el fin del tiempo.

Podemos ver esto más claramente que los discípulos, aunque no debemos divorciar la destrucción de Jerusalén del fin del tiempo. El mundo judío iba a desintegrarse porque no se había inclinado delante del reino de la gracia del Señor. De la misma manera, el mundo sería destruido porque llegaría a ser desobediente a su evangelio. Primero, sin embargo, el evangelio sería predicado en todo el mundo como testimonio a todas las naciones. Pero siguiendo a la desobediencia del mundo vendría la destrucción. De este modo la caída de Jerusalén estaría prefigurando el fin del mundo presente. Un día el Señor vendría para juicio. De todas estas cosas el Señor comenzó a hablarles a sus discípulos.

Ciertamente no toda la gente en el mundo creería en el reino. Por el contrario, falsos profetas se proclamarían redentores del mundo y harían desviarse a muchos. Los hombres buscarían la salvación en todas partes menos que en el reino de gracia de Cristo.

Tampoco el espíritu de aquel reino cautivaría al mundo. Las naciones se dividirían una contra otra. El mundo se llenaría de guerras y rumores de guerras. Las gentes no entenderían la justicia del reino.

Como resultado, la bendición del reino desparecería de la tierra. El reino habría de someter al mundo y toda la vida al hombre y el hombre a su vez se sometería a Dios en obediencia de fe. Aquello era la paz bíblica. Pero al rechazar el reino el hombre viviría en terror por los terremotos y enfermedades.

Todo esto, sin embargo, señalaría solamente el comienzo del sufrimiento. Surgiría un enemigo reconocido para desafiar a los creyentes. La iglesia sería perseguida. Muchos de sus miembros caerían e incluso se traicionarían unos a otros. Los apóstatas se unirían a las filas de los falsos profetas que proclamarían su propio evangelio.

Debido a que la fe sería eliminada de la vida del mundo, la iniquidad se multiplicaría y la vida llegaría a ser siempre más impía. Casi nadie podría escapar de estas influencias. Los creyentes tendrían una seria lucha en sus manos.

¿Qué quedaría de la revelación del reino en el mundo? Sería más y más difícil creer en el Señor Jesús como el rey de gracia. ¡Cuán difícil es ya en nuestro tiempo! Pero el que persevera hasta el fin será salvo.

La gran tribulación. Los creyentes son llamados a trabajar en toda circunstancia en la vida porque toda la vida debe ser sometida a Cristo y la justicia de su reino debe gobernar en todas partes. Sin embargo, un día la vida

se hallará tan saturada con el pecado que los creyentes ya no podrán participar provechosamente en la vida y tendrán que aislarse de ella. Esto será terrible porque la vida de la humanidad se hará imposible. Las vidas jóvenes en particular serán grandemente afectadas.

Jesús quería predecir esto también para que los creyentes pudieran estar preparados. Predijo cómo sería hacia el fin del tiempo comparando la conducta de los creyentes en el tiempo de la destrucción de Jerusalén.

Los judíos se levantarían contra los romanos y tratarían de sacudir el yugo de sus cuellos. Pero cuando las legiones romanas invadieran a Canaan, una vez tierra sagrada, los judíos no deberían tomar la espada en defensa de su honor nacional, porque entonces vendría el juicio del Señor. Ellos deberían huir, dijo Jesús, cruzando el río Jordán hacia las montañas. Sería doloroso, predijo Jesús y ¿qué tendría el futuro para sus hijos? No obstante, era inevitable. Sólo podían orar que su huida no tuviera que suceder bajo circunstancias muy difíciles.

Así también sería hacia fines del tiempo. A través de la multiplicación de la iniquidad la vida se haría opresiva. Esta opresión causada por el pecado sofocaría la vida. Particularmente para los creyentes, la existencia llegaría a ser imposible y sus hijos no tendrían futuro. Pero porque Dios ama a los suyos, acortará aquellos días; las cosas sucederán a un ritmo más rápido de lo que cualquiera hubiese pensado posible.

Escapar de esta prueba, sin embargo, sería imposible. Durante aquellos días la gente hablará de cosas extrañas. Dirán que aquí o allá ha aparecido el Cristo. Pero aquellos que pertenecen a Cristo no deberían creer esos rumores, porque cuando Cristo venga, será revelado a todos a un mismo tiempo, así como el relámpago es visible a todos. El juicio tiene que ver con todos y por lo tanto vendrá sobre todos.

La crisis ha de ser terrible si incluso ni el Señor Jesucristo puede hablar de algún alivio. El mundo permanecerá en esta opresión, sin alivio hasta que él aparezca.

El juicio que viene sobre todos. Inmediatamente después de esta gran tribulación vendrá el juicio. Los cielos y la tierra serán sacudidos. El sol, la luna y las estrellas se oscurecerán. Todo el mundo estará aterrado cuando vea la gloria del Hijo del Hombre. Entonces reunirá a sus elegidos de todo el mundo.

Los elegidos son llamados a poner atención a estas señales. Cuando en la primavera los árboles brotan sabemos que el verano está cerca. Del mismo modo, los creyentes podrán determinar por las señales en la historia que la venida del reino esta cerca. Aquella venida será más pronto de lo que

esperamos. No vendrán más dispensaciones nuevas; la iglesia aquí en la tierra, viviendo bajo la dispensación actual de la gracia, permanecerá hasta la venida de Cristo en su reino. Debemos recordar estas palabras del Señor Jesús porque ciertamente se cumplirán.

En general, la gente en el mundo no estará apercibida del fin de los tiempos. Será como en los días de Noé cuando la gente vivía sólo para sí mismo y fue repentinamente arrasado por el diluvio. Los hombres estarán ocupados con sus trabajos como de costumbre, tanto los creyentes como los no creyentes, hasta que súbitamente la gran división occurrirá, separando a aquellos que vivieron para el Señor de aquellos que vivieron para sí. Dos hombres estarán trabajando en el campo; uno será juzgado y el otro será perdonado. Dios mujeres estarán moliendo en el mismo molino; una será juzgada; la otra perdonada.

¡Todo el mundo debe vivir con una gran expectación del fin! Nadie sabe el día ni la hora, ni siquiera los ángeles en el cielo. La venida del juicio será repentina, como un ladrón en la noche. Desafortunadamente, advirtió Jesús, pocos estarán esperándola, salvo que los creyentes. ¡Es mejor estar alerta para que no sean sorprendidos desagradablemente.

El Señor mismo enfatizó sus advertencias con ejemplos. Un hombre puso a uno de sus siervos para administrar su casa durante su ausencia. Un siervo responsable no necesita preocuparse que su Señor regrese inesperadamente. El está siempre preparado para ello. Pero si descuida sus deberes o engaña a su señor, su amo ciertamente lo castigará. De la misma manera, si vivimos en obediencia al Señor, siempre estaremos preparados para su regreso.

La prueba. Entonces el Señor Jesús describió el juicio mismo. Del Padre recibió la autoridad para juzgar. Cristo separará a los creyentes de los incrédulos así como un pastor separa las ovejas de los cabritos cuando regresan en la noche al redil.

Poniendo los creyentes a su derecha les dirá; "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo". Los introducirá en la gloria de su reino diciendo, "Tuve hambre, y me dieron de comer; tuve sed y me dieron de beber". En la tierra ellos vivieron solamente para el Señor Jesús.

No comprenderán lo que el Señor dice, no sabiendo lo que ellos han hecho para el Señor. No podrán ciertamente jactarse de sus propias obras. Entonces el Señor les dirá: "En cuanto lo hicieron a uno de estos mis hermanos más pequeños me lo hicieron". Por causa de Cristo se dieron a otros en amor y al hacerlo mostraron que entendían el significado del reino. Nada ganaron al hacerlo, pero cuando vieron como Cristo se dio a sí mismo tan completamente

en su reino, se dieron a sí mismo también. Fue una respuesta a su amor y produjo una actitud completamente diferente hacia la vida que lo que se encuentra en el mundo.

Los incrédulos a su izquierda oirán su reproche de que no hicieron nada por él. Y cuando le pregunten a Jesús cómo podrían haber hecho algo, Jesús les responderá que no mostraron amor a otros por causa de él. Nada dieron y a nadie amaron salvo que a ellos mismos porque rechazaron sus dones y su amor.

Los incrédulos se precipitarán a la miseria eterna. Se endurecerán para siempre en su rebelión contra Dios y en el rechazo de su amor. Los creyentes, los que han conocido la justicia del reino, gozarán para siempre la comunión de Dios.

44: La victoria sobre satanás

Apocalipsis 12

Junto con este capítulo de Apocalipsis consideraremos lo que se dice en Apocalipsis 20 acerca del juicio sobre satanás. No podemos aquí, por supuesto, analizar las dificultades mileniales que surgen de los primeros versículos del capítulo 20.

Pensamiento clave: *Cristo vencerá a satanás.*

La mujer y el dragón. El apóstol Juan sobrevivió a todos los otros apóstoles. Después de la muerte de Pablo proveyó el liderazgo para la congregación en Efeso por un largo tiempo. Desde allí envió su mensaje a las otras congregaciones. Por causa del evangelio, sin embargo, fue arrestado y exiliado a la isla de Patmos frente a la costa occidental de Asia Menor. Durante el tiempo de su vida que pasó allí Juan no estaba sin hacer nada, porque Cristo le reveló mucho de "las cosas que deben suceder pronto". Se le mostraron las cosas que están ocurriendo ahora y que ocurrirán hasta el regreso del Señor Jesús. Ya han pasado muchos siglos aunque el Señor le dijo a Juan que sucederían pronto. Las cosas están sucediendo rápidamente: el Señor está apresurando el fin del tiempo y la gloria de su reino. Sin embargo, debido a que hay tantas cosas que deben suceder, todavía se requieren siglos.

El Señor reveló estas cosas a Juan en visiones. Aunque él recibió estas visiones mientras estaba despierto, eran parecidas a nuestros sueños. En nuestro sueño vemos cosas extrañas y a veces fluye una imagen tras otra de una manera muy confusa. Del mismo modo, las visiones de Juan eran extrañas

y había transiciones extraordinarias. Una por una, sin embargo, formaban una revelación del Señor.

Un día Juan vio una gran y maravillosa señal en el cielo. Había una mujer a quien Dios había concedido toda la gloria y toda la luz que él había creado, porque estaba vestida del sol. Tenía la luna bajo sus pies y sobre su cabeza tenía una corona de doce estrellas.

Mientras Juan contemplaba la señal, apareció otra en el cielo: un enorme dragón rojo con siete cabezas y diez cuernos. En sus cabezas tenía siete coronas. Con su cola esta serpiente o dragón controlaba un tercio de las estrellas en el cielo las que arrojó a la tierra. El dragón era decididamente hostil hacia la mujer.

¿Cuál era la revelación del Señor en esa visión? Obviamente había enemistad entre el dragón y la mujer, una enemistad que gobernaba la historia del mundo. Por todo lo que Juan vio en su visión es claro que la mujer representaba al pueblo de Dios, y que la serpiente representaba a satanás. Satanás es el enemigo implacable del pueblo de Dios y esta hostilidad corre a través de toda la historia. El pueblo de Dios conoce su comunión y por medio de esa comunión ellos son glorificados. De ahí que toda la luz rodeaba a la mujer. ¡Pero el único propósito de satanás era destruir esa comunión, romper el vínculo entre Dios y su pueblo y despojar a la mujer de su gloria! Satanás no quería nada sino obscurecer el honor de la gracia de Dios y estorbar la obra de Jesucristo, por cuanto era Cristo que obró la comunión entre Dios y su pueblo.

El niño. La visión mostraba que la ira del dragón estaba especialmente dirigida contra Cristo porque el hijo representa al Señor Jesús, nacido del pueblo de Dios. No sólo era el tesoro de María, sino el tesoro de su pueblo como un todo. El dragón sabía que sin Cristo, el pueblo no sobreviría.

El dragón, enloquecido de ira contra el pequeño niño, quiso devorarlo. Después de todo, este niño había de reinar sobre todas las naciones. El juicio del Señor Jesús sobre las naciones sería un juicio en justicia; condenaría a aquellos que habían rechazado la comunión con Dios. Sin embargo, satanás no quiso reconocer el gobierno de Cristo sobre todas las naciones; quisiera que gemen bajo su propio yugo y viven en la impiedad e injusticia.

Sabemos cómo persiguió satanás a Jesús cuando estuvo en lá tierra. Debido a los impulsos de satanás en los corazones de los ancianos judíos y de Judás, Jesús fue en realidad llevado a la muerte sobre la cruz pero Dios lo resucitó y lo tomó al cielo. Juan también vio esto en la visión; el hijo fue llevado hacia Dios y a su trono.

Guerra en el cielo. Había más en la visión. Juan vio aparecer ángeles bajo el arcángel Miguel. El dragón y sus ángeles tomaron su posición contra ellos. En el comienzo de la visión la cola del dragón controlaba un tercio de las estrellas, es decir, un tercio de los ángeles. Cayeron con él y como él llegaron a ser demonios.

Entre estas dos fuerzas se produjo una violenta guerra en el cielo. ¿Qué significa esta guerra? Los ángeles sirven a Cristo manteniendo la comunión entre Dios y su pueblo a través de su Espíritu; los demonios no tienen otra intención que romper esta comunión. De ahí que la guerra entre las dos fuerzas es inevitable.

Satanás y sus fuerzas no pudieron sostenerse contra Miguel y sus ángeles, a quienes Cristo en su gracia soberana otorgó mayor fuerza. La victoria fue ganado por aquellos que pelearon por Cristo. Nunca será posible quebrar la comunión entre Dios y su pueblo; satanás nunca entrará al cielo. En el cielo y en la soberanía celestial de Cristo que el Padre le ha concedido esa comunión es segura.

Satanás entonces quiso presentar acusaciones contra el pueblo de Dios y así romper la comunión. Sin embargo, como Cristo hizo expiación por los pecados de su pueblo con su sangre Dios está con ese pueblo eternamente. ¿Y si Dios está con ellos, quién contra ellos? Por lo tanto, Miguel y sus ángeles tenían un poder superior contra el ejercito de satanás que fue expulsado del cielo para siempre.

Gritos de gozo y alabanza se levantaron en el cielo por esta victoria. Los ángeles se regocijaron en la salvación del pueblo de Dios, porque en esa salvación la gracia de Dios fue glorificada y ellos tenían el privilegio de estar ocupados en su servicio. El reino de gracia había sido establecido ahora por toda la eternidad.

Esta victoria no había sido lograda sin el pueblo de Dios. Ellos también habían luchado en fe, afferándose a su comunión con Dios. Confiaron en la expiación de sus pecados por medio de la sangre del Cordero. Habían testificado de Cristo en la tierra; habrían incluso sacrificado sus vidas por ese testimonio. Ciertamente hubo guerra en el cielo y en la tierra—ángeles y hombres tomaron parte en ese conflicto—pero el verdadero vencedor fue Cristo.

Guerra continua en la tierra. Esta victoria no significó que la lucha en la tierra había terminado, porque Juan vio que algo más sucedía. El cielo estaba ahora definitivamente cerrado a satanás, pero él y sus ángeles caídos fueron arrojados a la tierra. Allí continuarían ejerciendo su influencia para romper la

comunión entre Dios y su pueblo. ¿Qué sería de la iglesia en la tierra y de toda la raza humana si satanás podía aún hacer sentir su influencia allí? Al mismo tiempo que los ángeles cantaban su canción de alabanza por la victoria, tambien advertieron: "¡Ay de los moradores de la tierra y del mar porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo!"

Juan vio que la mujer fue dada dos alas como de una gran águila con las cuales huyó al desierto más allá del alcance de la serpiente. Lo que Juan vio nos recuerda lo que una vez sucedió con Israel. Cuando el pueblo del Señor estaba en peligro inminente de perecer en Egipto, el Señor los condujo al desierto más allá del alcance del faraón. Era por cierto todavía un desierto, un lugar lleno de peligros, pero fueron llevados allí seguros porque el Señor había provisto ese lugar para su pueblo. De este modo la mujer fue salvada del poder del maligno; satanás nunca podrá romper la verdadera vida del pueblo, su comunión con Dios. La iglesia está fuera del ámbito y alcance de la serpiente. Sin embargo, en esta vida la iglesia se encuentra aún como en el desierto, en un lugar lleno de peligros. Es un consuelo para ella saber que Dios ha provisto este lugar para ella, porque entonces él también la protegerá.

El dragón hizo un esfuerzo más por destruir a la mujer. Derramó agua de su boca como un río para arrastrarla con una inundación. Pero la tierra se abrió y tragó al río. La vida de la iglesia nunca caerá bajo el poder de satanás. Debido a su fracaso, la furia de satanás se encendió aun más y hará todo lo posible por hacer daño a los creyentes en la tierra.

El juicio. Aunque satanás nunca podrá tener a la iglesia bajo su poder, sin embargo lucha por ejercer dominio sobre todos los pueblos de entre los cuales es reunida la iglesia. De este modo lucha contra Cristo, porque aquellas personas han sido dadas a Cristo para que él reine sobre ellas y asegure sus vidas por su palabra y Espíritu, reuniendo a su iglesia consigo.

En su ascensión Cristo ascendió a su trono, a su posición de honor y a su lugar de poder y autoridad. En ese momento comenzó el reinado de gracia del Mediador exaltado sobre todos los pueblos. Desde ese momento en adelante su palabra está siendo proclamada entre todas las naciones. ¿No fue por esa razón también que él derramó su Espíritu? Por su Espíritu y palabra influiría la vida de las naciones en toda la tierra con el fin de que pudiera ser reconocido como Rey. Había comisionado a sus discípulos para hacer discípulos de todas las naciones y bautizarlos en el nombre del Dios trino.

Cristo, al conquistar las naciones por su Espíritu y palabra, es estorbado en todas partes por satanás, porque satanás antes tenía a las naciones en su poder. Pero éste no puede detener el curso del evangelio y nación tras nación se inclina

ante la autoridad de Cristo. Esto no significa que todas las personas en esas naciones llegan a la fe y a la conversión de sus vidas. Tampoco significa que el pecado es conquistado totalmente en esas naciones. Pero sí, significa que entre aquellos pueblos la iglesia ya no es perseguida; por el contrario, es reconocida y esas naciones reconocen de este modo el señorío de Jesucristo.

Sin embargo, esto no continuará hasta el fin del mundo. Satanás capturará nuevamente las naciones de Cristo; entonces cerca del fin se dará la ilusión que satanás esta ganando la lucha después de todo. Las naciones que no han permanecido en el centro de la historia mundial se levantarán. Su espíritu influirá al mundo. Satanás entonces se saldrá con la suya nuevamente. En este punto tendrá lugar la última gran persecución de la iglesia. Así como Jerusalén una vez fue sitiada por naciones paganas circundantes, el pueblo de Dios será rodeado por la enemistad de las naciones. La vida para los creyentes se hará imposible. Parecerá como si la iglesia va a perecer en esa persecución.

Pero entonces descenderá fuego del cielo y consumirá a los enemigos de la iglesia. Así es cómo Juan lo vio en una visión posterior (Ap. 20:9b): el diablo fue arrojado al lago de fuego. Se encenderá la ira de Dios contra él eternamente. Entonces el reino de satanás será destruido para siempre.

Depués de aquello Juan vio un gran trono blanco sobre el cual estaba sentado Cristo cuya gloria no toleraba nada que no estuviera santificado. De su gloria vino una renovación del cielo y la tierra. Todos los muertos fueron resucitados y juzgados por él según habían respondido a él y a su amor en fe. Después de aquel juicio fueron conquistados la muerte y el lugar de los muertos (Hades). En la nueva tierra la muerte ya no tendría ningún poder. Todos aquellos que no hubiesen confesado a Cristo, cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida, serían arrojados al lago de fuego. En la nueva tierra solamente la verdadera vida será conocida, es decir, la vida en comunión con Dios, que nada podrá, perturbar jamás.

45: La victoria sobre la bestia

Apocalipsis 19:11-21

En esta sección haremos uso también de lo que se nos revela en 2 Tesalonicenses 2, Apocalipsis 13 y otras partes de Apocalipsis. Partimos de la idea que debemos considerar al anticristo como una persona particular, principalmente debido a expresiones tales como "el hombre de iniquidad (pecado)" y "el hijo de destrucción" (2 Ts. 2:3). Si el anticristo ha de ser el tirano del mundo, entonces "quien lo detiene" en 2 Tesalonicenses probablemente se refiere al gobierno cuya autoridad aún encuentra suficiente reconocimiento. Porque el tirano sólo puede llegar al poder cuando el mundo haya llegado a un estado de desintegración por la revolución y anarquía. Sin embargo, en la medida en que la autoridad del gobierno encuentre suficiente reconocimiento esta desintegración es frenada.

Pensamiento clave: *El que es llamado Fiel y Verdadero vencerá a la bestia del mar.*

El anticristo. Cuando Juan estaba en Patmos el Señor le mostró visiones con el fin de revelar a él y a nosotros lo que sucedería al fin del tiempo. Un día Juan estaba parado en la playa y contemplaba las olas del mar. Repentinamente el mar se abrió y un horrible monstruo subió. Este tenía siete cabezas y diez cuernos. En cada cuerno había una corona. Toda la apariencia de la bestia dejó la impresión en Juan que venía a blasfemar contra Dios; la bestia odiaba ardientemente al Señor.

Mientras Juan miraba con espanto vio que una de las cabezas de la bestia tenía una herida mortal y que la herida sanó milagrosamente. Aparentemente el poder de satanás mantenía viva a aquella bestia.

Poco a poco la imagen en la visión cambió, como sucede tan frecuentemente con las imágenes en nuestros sueños. De algún modo la bestia adquirió características humanas e hizo su aparición en el mundo de los hombres. Todo el mundo comenzó a adorar a la bestia y la invitó a ser su líder. El mundo no la pudo resistir porque actuaba con poder satánico.

La bestia constantemente blasfemaba contra el Señor. Por lo tanto se volvió con furia contra todo el que amaba al Señor, de modo que los creyentes eran oprimidos y perseguidos.

Esto podría suceder en todo el mundo porque a la bestia le fue dada autoridad sobre todas las naciones. Todo el mundo reconocía su autoridad y reverenciaba a la bestia en vez de Dios. Sólo aquellos que pertenecían al Señor eran excluidos, cuyos nombres estaban escritos en el libro de la vida. Estos han sido comprados por la sangre del Cordero y porque son su posesión. Los preserva por su fe en él.

La bestia que Juan vio es el anticristo, el archienemigo de Cristo. El espíritu del anticristo, el espíritu de enemistad contra Cristo ha estado ya por mucho tiempo en el mundo. Pero un día el anticristo mismo vendrá. Todas las naciones estarán sometidos a su autoridad y él reunirá a todos los hombres para hacer la guerra contra Cristo. Satanás le dará el poder.

El falso profeta. Este anticristo tendrá un aliado. El Señor le mostró a Juan eso también, porque a la primera siguió una segunda visión. Sus ojos ya no estaban ahora dirigidos al mar, sino hacia la tierra. De repente la tierra se abrió y Juan vio subir otra bestia de apariencia basante distinta. Todo lo relacionado con la bestia del mar hablaba de poder y fuerza y dominio. No era así con la bestia de la tierra. Tenía dos cuernos como un cordero y hablaba siseando como una serpiente. Esta bestia no reinaría por la fuerza sino que sutilmente engañaría las mentes de los hombres.

Sin embargo, se pondría de aliado con la bestia salida del mar. Juntos gobernarían al mundo. Esta segunda bestia funcionaría como un falso profeta. Lograría que la gente reverenciara y adorara a la bestia del mar e hiciera una imagen de ella.

Este falso profeta hará grandes señales milagrosas sobre la tierra. Porque está al servicio de la bestia del mar, satanás le dará ese poder.

Su tarea más importante será de establecer y organizar la batalla de la raza humana contra la iglesia del Señor. Todos aquellos que participan en la adoración del anticristo llevarán su marca externa. Y todo el que no lo adora será excluido de la sociedad. Ese será el momento de la verdad para los

creyentes. Sólo la fe y el amor agradecido por el Señor Jesús les hará permanecer fieles. El Señor les dará la fuerza para mantenarse firmes.

Babilonia la grande. El mundo será organizado por el anticristo y el falso profeta de acuerdo a sus propias ideas. Serán guiados, no por el Espíritu de Cristo, sino por el espíritu de satanás, el espíritu de hostilidad hacia el Dios viviente. Cristo vino para hacernos vivir en comunión con Dios; el anticristo trae una vida sin Dios y de hostilidad hacia Dios.

Sólo en comunión con Dios a través del Señor Jesucristo es posible que nuestro egoísmo sea vencido y muera. De esa comunión surge en nosotros una nueva vida de amor a Dios y del uno al otro. Entonces podemos ofrecer nuestras vidas como un sacrificio, como lo hizo el Señor.

El anticristo y el falso profeta, sin embargo, quieren algo completamente diferente. Sin Dios la humanidad siempre se buscará a sí misma. Al principio cada persona debe ofrecerse supuestamente pare la gloria de la humanidad como un todo, pero el hombre puede hacer eso sólo bajo la ilusión de aquella gloria falsa. En último análisis todos los hombres se buscarán a sí mismos y al hacerlo no reconocerán leyes o límites. Entonces la iniquidad sobre la tierra se multiplicará y el hombre hará de la vida un infierno para sí y para los demás.

Las Escrituras llaman a tal mundo "Babilonia la grande". La Escritura nos recuerda del antiguo imperio mundial babilónico del cual la Babilonia magnífica era la capital. En su tiempo aquel imperio también buscaba su propia gloria y por lo tanto pereció en impiedad e iniquidad. Surgirán condiciones similares bajo la guía del anticristo. Será Babilonia revisitada si cada uno piensa sólo en sí mismo y pisotea a los demás. El egoísmo será la única guía del hombre. Incluso el amor natural—el amor de los padres por sus hijos y de los hijos por sus padres, el amor entre hermanos e incluso todos los lazos naturales—se debilitarán y desvanecerán. Los hombres serán como lobos destrozando a sus semejantes. Así es la vida cuando el anticristo incita al hombre a abandonar a Dios. ¿No es así ya hoy día?

La gente se aprovechará el uno del otro. Los así llamados grandes del mundo, el rico y el prominente capitalizarán de esta inclinación a expensas de sus prójimos.

Este enemigo de Cristo puede ser llamado correctamente el anticristo, porque en todo él es la falsificación de Cristo. Cristo vino a redimir y a sanar nuestra vida. ¡Especialmente buscó al pobre y al oprimido, al desdichado y al enfermo! Su amor por medio del cual se ofreció a sí mismo por nuestra raza humana fue un bálsamo para nuestras muchas heridas. En contraste el anticristo

causa incontables heridas en nuestra vida. ¡Es bueno saber que su dominio no será sin fin!

La venida de aquel que es llamado Fiel y Verdadero. No es posible que Babilonia dure. Un día caerá y todos los que se beneficiaron de ella lo lamentarán. La humanidad se horrorizará por su caída, particularmente aquellos que se han beneficiado de su injusticia despiadada. Sentirán—y con razón—que el fin del mundo ha llegado. Después de esta destrucción no habrá otra repitición ya que el anticristo mismo será conquistado y condenado. Cristo se encargará de ello cuando regrese.

También se le permitió a Juan ver al anticristo vencido. Esta vez no miraba hacia el mar ni hacia la tierra; en vez de ello, sus ojos fueron dirigidos hacia el cielo. Vio el cielo abierto y un caballo blanco cuyo jinete era llamado Fiel y Verdadero. Venía a juzgar y a hacer la guerra.

El jinete era Jesucristo. Sus ojos estaban en llamas y llevaba muchas coronas en su cabeza. Nadie puede conocer totalmente su nombre porque él es Dios y vino a nosotros en la plenitud del amor divino. ¿Quién jamás entenderá esa plenitud?

Sin embargo, lleva un nombre por el cual podemos conocerlo. El es llamado el Verbo de Dios, porque él habla del amor de Dios hacia nosotros y nos trae la comunión de Dios por la fe en él. Sin embargo, como la palabra de Dios también produce la separación entre creyentes e incrédulos. Además de traer el amor de Dios él también juzga a todos aquellos que rechazan el amor de Dios. Consecuentemente, la túnica que Juan vio que llevaba puesta estaba salpicada de sangre.

Los ejércitos del cielo, vestidos de lino fino, blanco y limpio lo seguían sobre caballos blancos. Los ángeles lo habían servido cuando vino a traer la comunión con Dios; ahora también serían sus siervos en el juicio.

Juan vio el siguiente nombre escrito en su túnica y sobre su muslo: "Rey de reyes y Señor de señores". Precisamente porque nos trajo la comunión de Dios, Dios lo había ungido para ser Rey do todo el universo. Había de reinar en su amor y gracia. Aun los reyes de la tierra tenían que someterse a él y servirlo en su reino de gracia. Sin embargo, se habían enaltecido en oposición a él y por eso él vino para juicio, particularmente de estos reyes.

Repentinamente Juan vio un ángel en pie en el sol, llamando a todas las aves de presa. Había ahora suficiente presa para ellas entre el gran número de enemigos destruidos, tanto prominentes como insignificantes. Una gran guerra irrumpió entre Cristo con su ejército y el anticristo con todos los reyes de la tierra y sus ejércitos. Toda la tierra se transformó en un campo de batalla. Tal

guerra espiritual entre el Espíritu de Cristo y el espíritu de sus enemigos ha estado desarrollándose en la tierra, a través de toda la historia. Al regresar Cristo, sin embargo, llegará el momento decisivo y la guerra será concluida.

Juan vio cómo el anticristo y el falso profeta fueron capturados y echados vivos al lago de fuego. La ira de Dios se enciende contra ellos por toda la eternidad. Y el juicio de Dios no sólo está contra ellos sino también contra sus seguidores. Serán condenados y expulsados de la tierra para siempre; sus nombres perecerán con ellos. El juicio vino como una gran guerra en la cual todos ellos fueran muertos y las aves devoraron sus restos. No se permitió un entierro honorable; nada fue dejado para recordarlos.

Sofocada toda hostilidad Cristo reinará para siempre sobre la tierra nueva. Y junto con él todo su pueblo gozará de comunión eterna con Dios y reinará sobre todas las obras de sus manos.

46: La era venidera

Apocalipsis 21—22

La nueva Jerusalén no es la iglesia, así como Jerusalén no era el pueblo de Israel. La nueva Jerusalén indica el nuevo estado en el cual la gloria de Dios nuevamente cubrirá todas las cosas; se refiere a lo que las Escrituras llaman "la era venidera" en contraste con "la era presente".

La era venidera, sin embargo, no es puramente futura; no solamente sigue a esta era, sino que está por sobre ella, lista para ser revelada en cualquier momento. En cierto sentido esa era venidera ya se ha hecho presente. Con el derramamiento del Espíritu Santo el nuevo y eterno testamento (véanse Heb. 9:15; 13:20) ha comenzado realmente; ninguna tercera dispensación del pacto habrá de seguir a la actual. La comunión plena con Dios nos ha sido otorgada mediante la morada del Espíritu Santo en nosotros. El efecto de eso en nuestras vidas es diluido aún por el pecado dentro de nosotros; además, todavía estamos esperando la renovación del cielo y de la tierra que es el resultado del derramamiento del Espíritu. La renovación del cielo y de la tierra está necesariamente relacionada con el derramamiento del Espíritu. Por esa razón el profeta Joel los vincula inseparablemente. De modo que la era venidera ya ha comenzado, pero aún esperamos la revelación de su gloria. En cuanto a la comunión con Dios por el Espíritu, ya está aquí, pero la transformación del cielo y la tierra y de nuestra vida en relación con el cielo y la tierra aún está por venir.

No es posible entonces que se signifique una nueva creación cuando se dice "He aquí, yo hago nuevas todas las cosas". Así como el derramamiento del Espíritu no significaba una nueva creación (sino más bien la santificación y la renovación), tampoco debemos buscar una nueva creación en el último día (aunque en realidad debemos buscar la renovación y la glorificación). Habrá también glorificación; es necesario enfatizar esto. No solamente serán quitados de la tierra el pecado y sus efectos, sino que habrá otra forma de existencia, otra forma de vida. Sin embargo, la creación original ya había sido estructurada con aquella nueva forma de existencia en mente, de modo que no es necesaria ninguna nueva

creación. En la redención Dios no niega la obra de sus manos; la purifica y la glorifica al mismo tiempo.

Poco puede decirse acerca de lo que será característico de la vida en la era venidera. En estos capítulos la Escritura habla al respecto en un lenguaje prestado de nuestra vida actual. 1 Corintios 15:44 habla de la diferencia entre "lo animal" y "lo espiritual": se siembra cuerpo animal; resucitará cuerpo espiritual. Lo "animal" está ahora en realidad corrompido por el pecado y por lo tanto ha llegado a ser lo opuesto de lo "espiritual", pero no fue así con lo "animal" como lo fue creado originalmente. Una vez Dios creó una vida "animal" santa, para producir de ella lo "espiritual". El nombre "espiritual" para la nueva forma de existencia señala a una comunión mucho más intima entre el Espíritu de Dios y nuestra vida que fue posible con nuestra existencia "animal". Esta comunión muy íntima hace imposible una nueva caída en pecado.

Hay algo ambiguo acerca de la vida del creyente. Por una parte, mediante el derramamiento del Espíritu, participa en la era venidera; por otra parte, aún vive en esta era actual. En la vida del creyente también el derramamiento del Espíritu clama por la renovación de todas las cosas.

Nótese que en la primera parte del capítulo 21 el escritor habla del nuevo cielo y la nueva tierra y de la nueva Jerusalén descendiendo del cielo de Dios. Entonces, en la segunda parte del capítulo esta nueva Jerusalen es descrita como ya preparada ahora en el cielo. Esa es la razón por qué es posible para el escritor hablar de la presencia continua de las naciones (gentiles) y decir (22:2) que las hojas del árbol de la vida son para la sanidad de las naciones.

Pensamiento clave: *La era futura está a punto de llegar.*

El nuevo cielo y la nueva tierra. Con su derramamiento en Pentecostés, el Espíritu Santo vino a morar en los corazones del pueblo de Cristo y nos fue dada la más intima comunión con Dios. Esta intima comunión había de traer consigo la glorificación (transfiguración) de nuestra vida. Y dado que el hombre es la cabeza de toda la creación, la glorificación del cielo y la tierra estuvo necesariamente ligada a ese hecho. Por consiguiente, en la fiesta de Pentecostés, Pedro citó la profecía de Joel en la cual la renovación del cielo y la tierra está muy íntimamente vinculada con el derramamiento del Espíritu. Estamos aún esperando esa renovación. Eso no quiere decir que ha sido postergada. Vendrá muy pronto, pero hay aún tanto que se debe hacer antes. La vida sobre la tierra deberá haber tenido su oportunidad plena de renovación.

El Señor mostró en visiones a Juan en Patmos lo que algún día tendría lugar. Cuando Juan más tarde recibió otra visión similar, vio un nuevo cielo y una nueva tierra, con una nueva comunión entre ellos. Cielo y tierra eran perfectamente unidos de modo que en la tierra los hombres participaban de la vida del cielo.

Debe haber sido un deleite para Juan ver esa gloriosa novedad que Dios iba a llevar a cabo. Debe haber sido una fiesta para sus ojos. Nada quedó de la antigua forma de la tierra, ni siquiera el mar con sus implicaciones negativas de separación entre las naciones de la tierra.

Mientras observaba, vio una ciudad descendiendo de Dios desde el corazón del cielo. Esta era la nueva Jerusalén la nueva vida en gloria que Dios había preparado para su pueblo. Dios había hecho esa nueva vida hermosa y gloriosa para su pueblo, así como una esposa es hecha hermosa para su esposo.

En el mismo momento Juan oyó una gran voz del cielo diciendo que Dios moraría ahora para siempre con su pueblo. Aquella comunión traía consigo la glorificación de su vida y del cielo y de la tierra. No habría más tristeza o muerte. La caída en el pecado era ahora imposible porque el Espíritu del Señor había tomado posesión completa de los corazones de los creyentes. El antiguo estado de cosas se había ido para siempre. Juan tenía que escribir lo que Dios decía: "He aquí, yo hago nuevas todas las cosas". La comunión a través del Espíritu ciertamente traería esta renovación. Dios dio su palabra jurada al respecto.

Como si todo ya hubiese sido realizado, Dios dijo: "Hecho está". Y se llamó el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Era él en su amor de quien son todas las cosas y a quien todas las cosas volverían nuevamente. Ya que su amor era el punto de partida y meta de todas las cosas, él daría de beber a los sedientos de la fuente de su amor. El sediento tendría el agua de la vida; significaría vida eterna para él y sería gratuito.

No obstante, esta restauración de todas las cosas no incluía a todos los hombres. Los que vencieren por la fe heredarán todo; serán hijos de Dios para siempre. Pero los que por temor del mundo pecaminoso negasen su fe serán echados de la tierra y lanzados al lago de fuego. Sufrirán la muerte segunda, el olvido eterno.

La nueva Jerusalén. La nueva Jerusalén, la gloriosa vida nueva, descenderá de Dios algún día desde los cielos. La nueva Jerusalén ya está siendo preparada bajo la dirección del Señor Jesucristo y él se apresura a darla a los suyos.

Juan tuvo el privilegio de ver esta nueva Jerusalén. Un ángel lo llevó en el Espíritu a un monte alto de donde podía ver la ciudad. Y era realmente una ciudad; los creyentes vivían juntos como en cualquier otra ciudad. Dirigida apropiadamente, la vida en una ciudad puede ser innovadora y emocionante. En la nueva Jerusalén también la vida de los creyentes llegará a un desarrollo pleno.

La gloria de Dios cubría la ciudad, produciendo un fulgor como el que emite un jaspe diáfano. El Espíritu de comunión había traído una gloria resplandeciente a la ciudad.

La ciudad tenía un muro alto con doce puertas, tres en cada uno de los cuatro lados. Por los cuatro lados había acceso a la ciudad, aunque las entradas eran guardadas por doce ángeles. En las puertas estaban escritos los nombres de las doce tribus de Israel y sobre los cimientos del muro estaban los nombres de los doce apóstoles. Los creyentes del antiguo y nuevo pacto juntos encontraron una comunión segura en aquella ciudad.

El ángel que hablaba con Juan midió la ciudad a vista de él con una vara de medir de oro. La ciudad era un cubo de enormes proporciones, así como una vez el Lugar santísimo en el templo había tenido forma de un cubo. Las medidas del santo lugar de la morada de Dios son de igual y perfecta longitud. Y todo el pueblo de Dios había de gozar de su comunión en aquella gran ciudad.

Cuando Juan miró más detalladamente a la ciudad, vio que su muro era una sola piedra de jaspe puro. Las calles eran de oro puro, pulidas y brillantes como vidrio limpio. Los doce fundamentos del muro eran piedras preciosas de varios colores resplandecientes. Cada una de las doce puertas era una perla. Más maravillosa que uno jamás pudiera imaginar en la tierra es la vida que Dios ha preparado para su pueblo.

El reino eterno. Aparantemente no hubo templo en aquella ciudad como hubo una vez en Jerusalén. Tampoco era necesario porque la vida en la ciudad es de constante adoración; aquí Dios en Cristo vive con sus elegidos.

El sol y la luna ya no tienen que brillar; la gloria de la comunión de Dios en Cristo es su luz.

Las naciones que son salvas caminarán en esta luz. Los creyentes de todas las naciones y razas pasarán por aquellas calles. Allí conocerán una unidad que nunca encontraron en la tierra. Sin embargo, su vida en la tierra no habrá sido en vano; los frutos se harán evidentes en la nueva Jerusalén. Los reyes pondrán su gloria a los pies de Cristo y su pueblo. ¿Qué significan las posesiones más ricas de los reyes comparadas con la gloria de esta ciudad? Aquellas posesiones tendrán primero que ser consagradas para que ellos puedan ser aceptados allí. De hecho, todos los tesoros de la tierra serán glorificados en la nueva Jerusalén. De todos lados entrarán en la ciudad. Nunca será necesario cerrar sus puertas, porque no habrá noche allí. No solamente será traída allí la gloria de los reyes, sino también la gloria y el honor de las naciones. Los creyentes de todas las naciones gozosamente traerán sus tesoros a la nueva Jerusalén para verlos glorificados allí. Incluso los incrédulos habrán contribuido al almacenamiento

de aquellos tesoros, pero sólo los elegidos se beneficiarán. Nada entrará a la ciudad que contamine o provoque horror, sino que solamente entrarán aquellos que estan escritos en el libro de la vida del Cordero.

El ángel le mostró a Juan un rio limpio de agua de vida, claro como cristal. Este río fluía del trono de Dios y del Cordero. Aquel trono estaba en la ciudad; el reino soberano de la gracia de Dios está sobre él. A cada lado del río había una calle y junto al río estaba el árbol de la vida. Cada mes aquel árbol produce una nueva cosecha de frutos, y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones (los gentiles). El río y el árbol señalan la comunión que Dios proveerá para la sanidad de la vida.

Dios en su gracia reinará sobre aquella ciudad eternamente. Nadie será maldito jamás. Llenos de gozo, sus ciudadanos servirán al Señor; verán su faz siempre y llevarán su nombre en sus frentes. Reinarán con el Señor Jesucristo eternamente como reyes sobre todo lo que el Señor Dios ha hecho.

Toda la vida en esa ciudad será radiante y llena de esplendor porque es el fruto de la más intima comunión entre Dios y su pueblo por medio del Espíritu Santo. Y puesto que esta íntima comunión entre el Espíritu de Dios y el espíritu del hombre ha llegado, nunca será posible que esta vida sea perturbada.

He aquí, vengo pronto. El Señor Jesús había mostrado y explicado todas estas cosas a Juan mediante su ángel. Juan estaba tan profundamente impresionado que cayó postrado ante él en adoración. Esto asombró al ángel que le dijo a Juan que adorara solamente a Dios porque el era sólo un consiervo con Juan y todos los creyentes.

El ángel instó a Juan a dar a conocer la visión ya que el tiempo de decisión vendría pronto. Todos deberían estar preparados para la venida de la nueva Jerusalén. Esto significa hacer una elección: continuar en la iniquidad o crecer en comunión con Dios. Los que eligen vivir para él en su comunión entrarán por las puertas en la ciudad y comerán del fruto del árbol de la vida. Afuera de la ciudad estarán todos aquellos que rechazan al Señor.

El Señor dijo que regresaría pronto. Han pasado muchos siglos, pero no debemos pensar que el Señor demora el cumplimiento de su promesa. Hay tanto que hacer, pero el Señor está apresurándose; él acelera el curso de los eventos. No quitaremos ni añadiremos a su palabra, sino que la guardaremos fielmente en nuestros corazones y oraremos por su venida. Si vivimos cerca del Señor su venida no nos dará temor. ¡Más bien será motivo de celebración!